
Unexpected
Encounter
REBECCA BAKER

Unexpected Encounter - Encuentro inesperado

Seducida por el multimillonario

Rebecca Baker

Indice

1. Capítulo 1 Josie
2. Capítulo 2 Maddox
3. Capítulo 3 Josie
4. Capítulo 4 Maddox
5. Capítulo 5 Josie
6. Capítulo 6 Maddox
7. Capítulo 7 Josie
8. Capítulo 8 Maddox
9. Capítulo 9 Josie
10. Capítulo 10 Maddox
11. Capítulo 11 Josie
12. Capítulo 12 Maddox
13. Capítulo 13 Josie
14. Capítulo 14 Josie
15. Capítulo 15 Josie
16. Capítulo 16 Maddox

17. Capítulo 17 Josie
18. Capítulo 18 Maddox
19. Capítulo 19 Josie
20. Capítulo 20 Maddox
21. Capítulo 21 Josie
22. Capítulo 22 Maddox
23. Capítulo 23 Josie
24. Capítulo 24 Maddox
25. Capítulo 25 Josie
26. Capítulo 26 Josie
27. Capítulo 27 Maddox
28. Capítulo 28 Josie
29. Capítulo 29 Maddox
30. Capítulo 30 Josie
31. Capítulo 31 Maddox
32. Capítulo 32

Capítulo 1 Josie

—Ya viene otra vez tu clienta favorita —rezongó Susy mientras revisaba la agenda de citas en la pantalla.

—¿Qué? ¿Ahora mismo? —Levanté la vista. Tenía una taza de café en la mano. Eran esos valiosos cinco minutos en los que no había clientas en nuestro centro de estética y estábamos a solas. Me encantaba mi trabajo y adoraba a mis clientas. Pero, de vez en cuando, necesitaba un descanso.

Y un poco de mi amado café. Sin él, literalmente, no era persona. Por la mañana no salía de casa hasta haberme tomado uno. Y ahora, en mi descanso, también necesitaba una taza.

O tal vez dos. Susy se había referido a ella como mi clienta favorita, pero era pura ironía. Así era como llamábamos entre nosotras a la señora Palin, una clienta especialmente exigente. Y eso ya era decir, porque en realidad no teníamos clientas que no lo fueran. Nuestro salón gozaba de una reputación excelente entre los ricos y famosos de Manhattan, por lo que las neoyorquinas más conocidas entraban

y salían de aquí constantemente. Todo el que fuera alguien figuraba en nuestra lista de clientes.

Lamentablemente, también la señora Palin. No había ni una sola cita en la que no me contara sus penas sin descanso. Sabía perfectamente lo difícil que era su vida. El marido de la señora Palin, sus hijos, los empleados, las mascotas... parecía que no había nadie que se limitara a hacer lo que ella pedía. Tenía que estar siempre pendiente de todos. Sin embargo, la verdad era que me parecía que la señora Palin era la que mandaba en casa y hacía todo lo posible para que los demás miembros de la familia actuaran según sus deseos y ajustaran su comportamiento al humor que ella tuviera ese día.

Y se comportaba exactamente de la misma manera aquí. Bueno, era clienta y podía permitírselo. Queríamos conservarla como tal y ella lo sabía perfectamente. Siempre tenía alguna queja y, encima, exigía un descuento. Yo siempre me mostraba comprensiva con sus reclamaciones, por muy injustificadas que fueran. Pero no le había concedido el descuento ni una sola vez. Porque, del mismo modo que nosotros queríamos mantener a la señora Palin como clienta, yo sabía que ella no quería cambiar de centro de estética. Éramos el mejor estudio de Manhattan y la señora Palin quería ser nuestra clienta.

Quería quejarse con nosotros y con nadie más.

Suspiré.

Al menos solo venía cada dos semanas. Probablemente no habría podido soportarla más a menudo.

Susy sonrió con aire compasivo. —Me alegro mucho de que no sea clienta mía.

Asentí. —Por suerte no todas son como ella. —Solté una carcajada —. ¡Madre mía, eso sería insoportable!

—Tenemos suficientes clientas maravillosas —coincidió Susy—. Te adoran.

Asentí. —Y yo a ellas.

También me encantaba mi trabajo. Me producía una gran satisfacción lograr sacar lo mejor de una clienta y hacer que su aspecto radiara de verdad. Las malas lenguas solían decir que embellecíamos tanto a nuestras clientas que luego no se las reconocía. Pero eso no era cierto. Sacábamos lo mejor de ellas y les dábamos una nueva confianza en sí mismas.

En la medida de lo posible.

Con la señora Palin, llegaba a mis límites.

Y cuando yo estaba de vacaciones, era Susy quien llegaba a los suyos.

—Tal vez el nuevo dueño decida que la señora Palin debería ser clienta de otro sitio. —Susy me miró con esperanza.

Nuestro estudio había cambiado de dueño hacía tres días. Hasta ahora no le habíamos visto la cara a nuestro nuevo jefe. Seguíamos trabajando como siempre. Nuestro anterior jefe apenas se dejaba ver y, si el nuevo hacía lo mismo, por nosotros estaría perfecto.

—No lo creo. —Me mostré escéptica—. ¿Por qué iba a hacer eso? Trae buen dinero y, como a pesar de todas sus quejas tiene un

aspecto deslumbrante, es una valla publicitaria viviente y gratuita para nosotros.

—En eso tienes razón.

Antes de que pudiera responder, se oyó un trinar de los pájaros. Era la señal de que se había abierto la puerta y alguien había entrado en el salón.

—¿Hola? ¿Es que no hay nadie? —Una voz algo ronca que sonaba un tanto impaciente.

Inconfundible: la señora Palin.

—Hola, señora Palin. —Fui rápidamente hacia adelante.

—¿Por qué no está aquí cuando llego? —La señora Palin empezó a quejarse de inmediato en lugar de devolverme el saludo—. No tengo todo el día. Precisamente hoy tengo una agenda muy apretada y no puedo permitirme retrasos innecesarios. Tenemos que empezar de inmediato.

—Por supuesto, señora Palin. —No hice ningún gesto ni le señalé que había llegado cinco minutos antes de tiempo.

La clienta era la reina.

—Para esta cita necesito sin falta ese tratamiento especial del que he leído en una revista. Un nuevo tipo de tratamiento facial. Dicen que hace milagros. Supuestamente, tras una sola aplicación, pareces diez años más joven. —A duras penas, la señora Palin esbozó una sonrisa. A duras penas, porque probablemente, debido a los numerosos tratamientos con bótox y otros productos, ya no le

resultaba tan fácil sonreír ni expresar sus sentimientos con la mímica.

Negué con la cabeza. Aunque trabajaba en un centro de estética, me resultaba incomprensible cómo se podía seguir cada moda y perseguir cualquier ideal de belleza inalcanzable.

Una cosa era querer sacar lo mejor de una misma. No sentirse nunca lo bastante bien era otra muy distinta.

Y yo no quería fomentar eso en mis clientas. Todo lo contrario.

—¿A qué se refiere exactamente, señora Palin? ¿Sobre qué tratamiento ha leído? —le pregunté mientras le indicaba que pasara a la cabina. Susy asomó desde nuestro rincón. Puso los ojos en blanco y yo asentí. Este intercambio mudo pasó desapercibido para la señora Palin.

—Lo sabía. ¡Oh, lo sabía! —La señora Palin se detuvo y lanzó las manos al cielo de forma teatral. Su voz sonó algo aguda y chillona, como si acabara de ocurrir una catástrofe—. De verdad que lo sabía. Ya tenía el presentimiento, pero... —La señora Palin se interrumpió —. Y eso que hasta ahora siempre he tenido la mejor opinión de ustedes.

No dije nada. En estos casos, lo mejor era dejar que la señora Palin siguiera hablando. Antes solía intentar hacerla entrar en razón con argumentos, pero terminé comprendiendo que no servía de nada.

—Otros salones están más avanzados que ustedes —se lamentó la señora Palin—. Debería haber volado a Los Ángeles esta vez. O a Miami. Allí ya se realiza este tratamiento y los resultados han sido sencillamente asombrosos. Le enviaré el artículo para que sepa de

qué le hablo. —Ahora la voz de la señora Palin sonaba condescendiente.

Me mordí la lengua. Por desgracia, era frecuente que una clienta creyera saber más de mi profesión que yo misma. Recibía consejos con regularidad sobre cómo trabajar mejor o cómo ser más profesional. Normalmente ya ni les prestaba atención. Pero con la señora Palin me costaba ignorar ese comportamiento. Seguramente porque era una pesada de cuidado y no paraba hasta que le dabas la razón.

—Por supuesto, envíeme el artículo cuando quiera —respondí automáticamente.

Limítate a asentir, Josie, limítate a asentir.

Seguramente en el artículo no pusiera nada especial. Puede que hubieran redescubierto un método antiquísimo y ahora lo vendieran como la última tendencia. O alguien creía haber descubierto un método totalmente nuevo y, como en un caso realmente había funcionado, ahora pensaban que era un remedio milagroso.

O cualquier cosa.

Al final, las promesas grandilocuentes solían resultar papel mojado. El supuesto nuevo método milagroso no funcionaba mejor que cualquier otro tratamiento; al contrario. Pero solía ser más caro y se vendía bien gracias a los esfuerzos de hábiles estrategas de marketing, reportando mucho dinero. Así que nadie podía evitar tener que lidiar con esas cosas. Todo el mundo tenía que afirmar que también sabía aplicar el nuevo método, aunque la mayoría de nosotras, las esteticistas, supiéramos perfectamente que no servía para nada.

—De verdad que debería haber ido a otro sitio —siguió quejándose la señora Palin—. ¿Qué dirán mis amigas cuando me vean y se den cuenta de que tengo el aspecto de siempre?

Probablemente nada.

Pero también me ahorré esa respuesta. En su lugar, dije: —Haré todo lo que pueda, señora Palin. Puede confiar en nosotras. Como siempre. —Como por arte de magia, logré que mi voz no destilara ni una pizca de ironía.

—Todo lo que pueda. —La señora Palin suspiró—. Sé que hace todo lo que puede, jovencita. Pero todo el mundo tiene sus límites y los suyos... los suyos son... bueno...

Apreté los dientes.

—No se ponga triste —intentó consolarme la señora Palin—. No a todo el mundo se le da bien inventar un nuevo método o aplicarlo profesionalmente. Zapatero a tus zapatos, como suelo decir. Seguro que seguirá encontrando clientas, aunque ya no esté a la última.

Esta vez tuve que apretar los dientes con un poco más de fuerza.

—Tal vez para la próxima cita sí que vuele a Miami. —La señora Palin me hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

Le devolví el gesto y dije con el tono más amable que pude: —¿Me permite que la acompañe a la cabina ahora, señora Palin? De lo contrario, realmente va a perder su siguiente compromiso y no queremos eso de ninguna manera.

—¡Por Dios, no! —La señora Palin me observó con severidad—. ¿Se ha enterado ya de que los nuevos métodos no solo funcionan mejor, sino que también ahorran tiempo?

Emití un sonido indefinible y me preparé para una hora agotadora con la señora Palin.

Después iba a necesitar un café.

Como mínimo.

Más bien una cafetera entera.

—No voy a pagar ese precio. —Una hora más tarde, la señora Palin estaba ante mí frente a la caja y me miraba indignada.

—Es exactamente el mismo precio que la última vez, señora Palin —respondí con suavidad—. Y ha sido exactamente el mismo tratamiento.

—Como clienta habitual, debería recibir un descuento. —La señora Palin se mantuvo firme.

—Si ya lo recibe. Como siempre. —Seguí sonriendo. A estas alturas ya me dolían las mejillas de tanto forzar la sonrisa y deseaba con toda mi alma que la señora Palin se marchara pronto. Por suerte no había demasiadas clientas como ella. Miré a mi alrededor. No había ni rastro de Susy. Probablemente estaba aprovechando su descanso para hacer algunos recados.

En ese mismo instante, se oyó el trinar de los pájaros.

Levanté la vista.

Un hombre alto y corpulento entró en el centro de estética. Fruncí el ceño. ¿Se habría equivocado de puerta?

—Bueno, ¿qué pasa con mi descuento? —la señora Palin reclamó mi atención.

—Lo siento, señora Palin, pero no puedo... —No tuve oportunidad de terminar la frase.

—Si no me hace un descuento, me plantearé seriamente si seguir siendo clienta de este sitio. —La señora Palin me miró con desdén. Intentaba este tipo de chantaje cada vez que venía. Yo nunca había cedido, pero, aun así, la señora Palin no dejaba de intentarlo.

—Sentiríamos mucho perderla, por supuesto. —Mantuve la cortesía, aunque por dentro estaba a punto de explotar y lo que más me habría gustado era decirle a la señora Palin que se buscara otro centro, ya que no queríamos a clientas tan difíciles. Al final, la señora Palin solo conseguía ponerme de los nervios y aquello no merecía la pena.

—¿Entonces me da el descuento? —la señora Palin no daba su brazo a torcer.

Negué con la cabeza con gesto de pesar.

—Durante el tratamiento me ha apretado demasiado la mejilla esta vez; por eso también me correspondería un descuento extra, huelga decirlo. —La señora Palin jugaba al mismo juego de siempre. Unas veces era la mejilla, otras la frente o la ceja. Inevitablemente, sufría

dolores atroces en cada tratamiento, y todos eran culpa mía, por supuesto.

Inspiré profundamente.

—Debería hacerse algo en ese diente, jovencita. —Mrs. Palin me miró con aire triunfal.

Me estremecí. Tenía el incisivo derecho ligeramente torcido desde la infancia. Mis padres no habían tenido dinero para costearme una ortodoncia. Y yo tampoco lo tenía. Mis ahorros se habían ido esfumando poco a poco en los últimos meses. Vivía sola y, en realidad, debería haber buscado una compañera de piso con urgencia. Pero, por alguna razón, hasta ahora solo se habían presentado candidatas que me recordaban demasiado a Mrs. Palin. Por eso, al final las había rechazado a todas y prefería pagar el alquiler yo sola. Aquello me ahorraba disgustos, pero no dinero.

Y así, mi diente seguía tan torcido como siempre.

Por eso, en las reuniones sociales solo sonreía si conocía bien a los presentes. De lo contrario, me limitaba a curvar los labios cortésmente. Me avergonzaba demasiado mi defecto. Simplemente no quería que nadie se diera cuenta.

La señora Palin parecía saberlo y, en cada visita a nuestro salón, hurgaba en la herida con auténtico placer.

—¿Qué hay de mi descuento? —la señora Palin parecía creer que me doblegaría antes y conseguiría el descuento si me atacaba personalmente.

Negué con la cabeza.

—¿De qué se trata exactamente? —El hombre corpulento se acercó al mostrador—. Soy el nuevo dueño del salón y me interesa muchísimo oír lo que tiene que decir.

Inspiré hondo.

Al fin alguien que me escuchaba.

Entonces me di cuenta de que el hombre no me estaba mirando a mí.

Sino a Mrs. Palin.

Ella se creció visiblemente. —En este centro no se trabaja con los métodos más modernos. Además, los tratamientos son más dolorosos de lo necesario. A pesar de estas... estas torturas, soy clienta habitual desde hace años. Me encantaría seguir siéndole fiel, pero un pequeño descuento por todos estos suplicios sufridos no es pedir demasiado, de verdad. —Mrs. Palin le sonrió al hombre. Con una sonrisa de lo más falsa. Seguramente, después de tantos tratamientos, ya ni siquiera podía sonreír correctamente.

—Sé que Josie aquí presente —Mrs. Palin hizo un gesto hacia mí— siempre hace lo que puede. Pero eso no es necesariamente... —Se encogió de hombros y dejó la frase sin terminar. Aquello tuvo más efecto que cualquier insulto o falta de respeto.

Siempre hace lo que puede.

Una forma sutil de decir que yo no valía mucho.

—Tendrá su descuento —decidió entonces el nuevo propietario—. Soy Marty McLaughlin.

—Encantada, señor McLaughlin. —La señora Palin le tendió la mano con condescendencia. Él depositó un beso en ella.

Tragué saliva. —Pero...

—Nada de peros. —El señor McLaughlin se giró y me lanzó una mirada furibunda—. Tú eres la responsable de que nuestras clientas estén satisfechas. Y si no es el caso, una rebaja es lo mínimo que podemos hacer por ellas.

El señor McLaughlin se volvió de nuevo hacia la señora Palin. —¿Ha ocurrido esto otras veces, que no haya quedado satisfecha?

—Bueno, básicamente... nunca he estado satisfecha del todo. —La señora Palin miró al señor McLaughlin pensativa.

Claro. Mrs. Palin probablemente no había estado satisfecha del todo en ningún sitio en toda su vida.

El señor McLaughlin se puso rojo. Luego inspiró profundamente y dijo con rabia: —¿Y siempre la ha tratado esta... esta Josie?

Esta Josie.

Los dos hablaban de mí como si no estuviera allí.

Quise protestar en voz alta, pero las palabras se me quedaron literalmente grabadas en la garganta.

¿Qué iba a decir?

El señor McLaughlin no me creería ni una palabra. Estaba totalmente prendado de la señora Palin.

Como en trance, preparé la cuenta de la señora Palin y le apliqué un generoso descuento. Ella le sonrió encantada al señor McLaughlin y luego salió de allí con pasos cortos y rápidos.

El pájaro trinó.

Esta vez, porque Mrs. Palin se había marchado.

—¿Pero qué se ha creído usted? —El señor McLaughlin me miró fijamente. Tenía el rostro desencajado por la ira.

—¿A... a qué se refiere? —tartamudeé confundida.

Desde luego, aquello no había salido muy bien. Pero no tenía ni idea de a qué se refería exactamente el señor McLaughlin.

—¿Hace un trabajo pésimo y encima discute por ello con una clienta? ¿Y eso cada vez? —Al señor McLaughlin se le hinchó una vena en la frente.

—Si no he discutido nada. Usted no conoce a Mrs. Palin. Ella es siempre así y no debería... —No pude seguir.

—¿Que no debería? ¿TÚ me vas a decir a mí lo que tengo que hacer? —La voz del señor McLaughlin alcanzó tonos insospechados.

Me sobresalté.

—He oído y visto suficiente de ti en estos cinco minutos como para juzgar tu trabajo. —El señor McLaughlin resopló con desprecio—. Insuficiente. Sencillamente insuficiente.

¿Qué?

Lo miré asombrada.

Esto era una pesadilla, ¿verdad?

—¡Y por si fuera poco, tiene un aspecto impresentable! —El señor McLaughlin me señaló con el dedo índice.

Más concretamente, a mi boca.

—Con un diente así en la boca, lo mejor es que ni siquiera abras los labios. —Soltó una carcajada estrepitosa—. ¿TÚ quieres trabajar en un salón de belleza? ¿Precisamente tú? Tendrías que embellecerte a ti misma antes de que una clienta pueda confiar en ti con tranquilidad.

Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas y tragué saliva con fuerza.

Entonces dije con todo el valor y la indignación que pude reunir: —Pero llevo mucho tiempo trabajando aquí y hasta ahora todas las clientas estaban contentas conmigo. Yo...

De nuevo, no me dejó terminar.

El señor McLaughlin se rio. —Puede que sí. Pero eso se ha acabado. Yo soy el nuevo jefe. Este va a ser el salón de belleza más exclusivo

y mejor de Manhattan. Solo lo mejor de lo mejor. —Asintió con énfasis—. Y eso empieza por nuestro personal. Quien no cumpla mis expectativas, será despedido.

Ahora sonreía con malicia.

Sollocé levemente.

En el aire flotaba una tensión casi insoportable.

—Puedes ir recogiendo tus cosas. —El señor McLaughlin me señaló con el dedo.

Me quedé petrificada.

Seguramente lo había oído mal.

—Bueno, ¿vas a hacerlo pronto? ¿O es que también tienes problemas de oído? —El señor McLaughlin gritó aún más fuerte.

En ese momento me di cuenta de lo que estaba pasando.

—Pero no puede hacer eso —protesté.

—Claro que puedo. Aquí el jefe soy yo. —El señor McLaughlin sonrió con socarronería.

—Pero yo... usted no puede simplemente...

—Ya lo creo. —El señor McLaughlin rodeó el mostrador—. Si te resistes, puedo hacerlo con más motivo todavía. —Se plantó ante mí de forma amenazadora—. Coge tus cosas. Y lárgate de aquí.

Abrí la boca.

Luego volví a cerrarla.

El señor McLaughlin se frotó las manos. —Faltaría más que no pudiéramos limpiar este salón de parásitos como tú. Coge tus cosas. ¡Y rápido!

Parásitos.

Entre lágrimas, cogí mi bolso.

—Quizá quiera volver a pensárselo. Llevo tanto tiempo trabajando aquí y... —Mi voz sonaba tan ahogada que apenas oía yo misma lo que decía.

—Probablemente esa sea la razón de que no se hayan obtenido más beneficios hasta ahora. —El señor McLaughlin me agarró del brazo —. No tengo nada que pensar. Mi opinión está formada; he oído suficientes datos para hacérmela. ¡FUERA! —El señor McLaughlin me sacó a rastras de mi sitio.

El pájaro trino.

Y, de repente, me encontré fuera, ante la puerta.

—No te atrevas a poner un pie aquí de nuevo. De ser así, haré que te lleve la policía y te denunciaré por allanamiento —amenazó el Mr. McLaughlin.

La puerta se cerró.

Y de repente, estaba en el paro.

Mierda.

Capítulo 2 Maddox

Pulsé el botón de «Enviar» y observé cómo el correo desaparecía primero en la bandeja de salida y luego pasaba a la carpeta de elementos enviados.

Una vez más, había respondido a unas últimas preguntas. ¿Por cuánta vez ya? Había perdido la cuenta. Hacía unos meses habíamos rellenado páginas y páginas de formularios de solicitud. Nosotros; es decir, mi gerente general y yo. Era el dueño de una de las mayores cadenas hoteleras de los USA. *MyNights*. Todo el mundo conocía la cadena. Ofrecíamos alojamientos de primera clase en todas las grandes ciudades de América y nos habíamos especializado sobre todo en las necesidades de los viajeros de negocios. Se trataba de una clientela muy distinta a la de los turistas. Los viajeros de negocios siempre tenían prisa, daban mucha importancia a una buena conexión de transporte y solían quedarse solo unas pocas noches, durante las cuales utilizaban internet de forma intensiva y, por lo demás, solo hablaban por teléfono de vez en cuando con sus mujeres. Por la mañana querían un café cargado y un buen desayuno que les sirviera de base para reuniones interminables. Si nuestros clientes tenían que coger un vuelo temprano, preferían un

paquete de desayuno para llevar en lugar de un bufé. Y por la noche, les apetecía una pequeña copa para terminar la noche en el bar. La habitación debía estar limpia, la cama debía ser cómoda y el baño estar bien equipado.

Oh, sí, sabía perfectamente lo que valoraban los viajeros de negocios de hoy en día. En *MyNights* ofrecíamos exactamente eso, pero en una atmósfera cálida y familiar en lugar de un ambiente de negocios gélido. De eso ya tenían bastante nuestros clientes durante el día. Por las noches, queríamos que estuvieran lo mejor posible.

Estaba convencido de que precisamente ese enfoque había contribuido a nuestro éxito. *MyNights* iba a la cabeza en el sector hotelero. Solo nuestro competidor *EzeHotels* se nos acercaba ligeramente. *EzeHotels*. Los Hotels de Ezekiel Molloy.

Resoplé. Ezekiel también se había especializado en viajeros de negocios y a menudo nos ganaba en precio. A cambio, hacinaba a los huéspedes en las habitaciones más pequeñas posibles, ofrecía un servicio pésimo y trataba a quienes al fin y al cabo pagaban su sueldo como si fueran una molestia inoportuna. La amabilidad era otra cosa.

Y sin embargo, debido a sus bajos precios, Ezekiel no podía quejarse de falta de huéspedes. Al final siempre venía alguien que quería alojarse con él. De hecho, muchísima gente.

En fin.

En realidad, eso no debería importarme lo más mínimo.

En teoría.

En ese instante, llamaron a la puerta.

—¿Sí? —Todavía era temprano. Mi secretaria, Gracie, aún no había llegado, al igual que la mayoría de mis empleados.

—¿Maddox? ¿Te molesto? —Mi gerente general, Patrick, asomó la cabeza por la puerta. Sabía que prefería pasar las horas de la mañana a solas en mi despacho para concentrarme a fondo y prepararme para el día. Y, de vez en cuando, aprovechaba para quitarme de encima algunas tareas pendientes.

O también algunos asuntos urgentes. Como precisamente esas últimas preguntas.

—¿Has leído ya el periódico? —quiso saber Patrick.

—No. —Negué con la cabeza. Durante esas horas matutinas quería estar libre. Libre de noticias, de correos y de llamadas. Por eso llegaba siempre tan temprano a la oficina.

Aunque ya no fuera tan temprano. El sol ya había salido y la luz entraba a raudales en la habitación a través del gran ventanal panorámico que tenía a mis espaldas. Era un día maravilloso de finales de verano. ¿O principios de otoño? Desde que todo el mundo hablaba del cambio climático, cada vez me costaba más diferenciar las estaciones. Algunos años caían nevadas récord, otros el invierno era tan cálido que apenas se le podía llamar invierno.

Patrick parpadeó ante el sol. —Las vistas me fascinan una y otra vez —confesó entonces, mirando por encima de mi hombro.

Me di la vuelta y seguí su mirada. Ante mí se extendía Nueva York. Para mí, era la ciudad más bonita del mundo. Desde aquí arriba,

todo parecía tranquilo. El horizonte con el Empire State Building, el Chrysler Building, la Central Park Tower y todos los demás rascacielos se recortaba nítidamente contra el cielo azul claro de la mañana. Abajo, en las calles, reinaba una vida bulliciosa. No en vano llamaban a Nueva York la ciudad que nunca duerme. Aquí siempre pasaba algo, sin importar la hora. Eso me encantaba tanto como la paz que se respiraba aquí arriba temprano por la mañana. No habría cambiado mi sitio por el de nadie ni habría querido vivir en ninguna otra ciudad del mundo.

Pero ahora, lamentablemente, no podía dedicar demasiado tiempo a contemplar Nueva York. Aunque me gustaba hacerlo, había cuestiones más urgentes que resolver. Volví a girar mi silla.

—¿Qué dice el periódico? —le pregunté a Patrick. Mi gerente general seguro que no subía a estas horas para comentar conmigo los últimos resultados de fútbol. Así de bien lo conocía y así de bien me conocía él a mí.

—Ezekiel ha inaugurado un nuevo Hotel —anunció Patrick.

—¿Otra vez? —Arqueé una ceja—. ¿Pero por qué informa el periódico sobre ello? La inauguración de un hotel no tiene nada de especial. Ocurre todos los días.

Patrick anduvo con rodeos un momento. —Bueno... —vaciló.

—Suéltalo ya —le insté—. Si no me dices de qué se trata, lo leeré yo mismo. —Alargué la mano hacia el ratón y desperté mi pantalla de nuevo. Una simple búsqueda en Google bastaría con seguridad para encontrar la noticia de la que hablaba Patrick.

—El edificio se ha convertido en un auténtico palacio. —Patrick respiró hondo—. El periódico lo califica como el mejor hotel de Nueva York y ha nombrado a Ezekiel como el candidato más firme para el premio.

El premio.

En unos meses se entregaría por primera vez el premio al mejor hotel de Nueva York. Sabía que Ezekiel estaba ansioso por conseguirlo.

Y yo no quería por nada del mundo que él ganara. Porque ganar significaría que me habría vencido. Aunque no había presentado una candidatura oficial, como todos los hoteles de Nueva York estaban en la competición y el jurado acabaría probando personalmente los diez mejores hoteles antes de elegir al ganador, Ezekiel y yo éramos competidores automáticos en esto.

Como siempre.

Patrick puso una tableta frente a mí.

En ella se veía el artículo. Con foto incluida. Por fuera, el Hotel de Ezekiel recordaba a un búnker de hormigón sobrio y estéril. Si hubiera habido rejas ante las ventanas, se podría haber tomado el edificio por una cárcel. Al menos así lo veía yo.

Solté una carcajada. —¿Eso se supone que es el hotel más bonito de Nueva York? Ni en sueños.

Patrick gruñó. —Lee el artículo. El periodista está entusiasmado con el diseño. Lo llama Clean Design.

—Clean Design. —Negué con la cabeza—. Claro, como en un hospital. Todo clínicamente puro. Ni una mancha de color, nada que aporte algo de atmósfera y calidez. No sea que los huéspedes quieran quedarse más tiempo. —Arqueé una ceja con ironía.

Luego eché un vistazo rápido al artículo. No necesitaba leerlo con detalle. Al final, estos artículos se parecían tanto entre sí como los hoteles de Ezekiel. Uno era igual al otro y nadie habría podido decir si estaba en Nueva York, Los Ángeles o Dallas. Una habitación estéril sin florituras.

Ezekiel Molloy lo ha vuelto a lograr. Junto con su magnífico arquitecto, ha conseguido una verdadera obra maestra. Su nuevo Hotel neoyorquino combina una fría sobriedad y líneas claras, ofreciendo precisamente a los viajeros de negocios lo que tanto anhelan: ni la más mínima distracción de sus asuntos. El nuevo edificio puede parecer sobrio, pero cumple su propósito de forma excelente y, por tanto, debe considerarse un serio aspirante al premio al mejor hotel de Nueva York. Al fin y al cabo, no se trata solo de belleza, sino también de funcionalidad y de hasta qué punto el Hotel satisface las exigencias de los huéspedes. Y en este aspecto, Ezekiel Molloy va claramente a la cabeza.

Cuando terminé de leer este párrafo, resoplé y dejé la tableta a un lado. —Qué soberana estupidez. —Negué con la cabeza—. El periodista debió de beber demasiado. De lo contrario, se habría dado cuenta de que en los hoteles de Ezekiel uno se siente casi tan a gusto como en los aseos de una estación.

Patrick soltó una breve risita, pero enseguida recuperó la seriedad. —He pensado que debía enseñártelo. Porque... —vaciló.

—¿Por qué? —Me levanté y miré a mi gerente general. Empecé a caminar inquieto por el despacho.

—¿Estás seguro de que el nuevo concepto sigue siendo el acertado? —quiso saber Patrick.

Me detuve. Miré fijamente a mi gerente general. —Sí. Estoy seguro. Más seguro que nunca. Nos especializaremos en pequeños y elegantes hoteles boutique y nos alejaremos de la imagen de cadena. Queremos que nuestros huéspedes se sientan a gusto y bienvenidos con nosotros. Que sean viajeros de negocios no significa que sean robots sin alma que prefieren pernoctar en cajitas y comer comida rápida. Son personas con necesidades como todos nosotros. Ezekiel puede ir en la otra dirección y construir búnkeres, pero eso es solo cosa suya.

Patrick cambió el peso de un pie a otro con nerviosismo. —Ya, pero... si el periódico alaba tanto el concepto... —Se encogió de hombros—. Los periodistas también viajan mucho y... el autor seguro que sabe lo que necesita.

—Lo que ÉL necesita, exacto. Pero eso no tiene por qué ser lo que todos quieren o necesitan. —Apreté los dientes. Que ese periodista pusiera por las nubes el hotel-prisión de Ezekiel no significaba nada en absoluto—. Por suerte, el premio no lo otorga el periódico, sino un jurado independiente.

—Pero ellos también leen el periódico —replicó Patrick—. Creo que deberías reflexionar sobre todo esto una vez más. Sí, al principio a mí también me pareció buena la idea de personalizar más nuestros hoteles. Pero ahora... no sé. ¿Y si nuestros huéspedes no quieren eso en absoluto?

Miré a mi gerente general casi con indignación. Luego recordé que no lo había contratado para que me diera siempre la razón.

Al contrario.

Lo había contratado porque valoraba su opinión crítica y su voz, y le había pedido expresamente que nunca se guardara sus puntos de vista.

—Seguiremos con nuestro plan. —Miré a Patrick fijamente. En este caso, estaba convencido de que tenía razón y de que nuestros huéspedes no solo valorarían un trato individualizado, sino también un diseño personalizado. Debían sentirse como en casa. Cuanto más cómodos estuvieran, más tiempo se quedarían y con más ganas volverían.

Patrick hizo una mueca de cierto dolor, pero no dijo nada. En los últimos años había tenido en cuenta muchas de sus ideas y objeciones, pero ni de lejos todas. Así que Patrick ya estaba acostumbrado a mi actitud tajante.

Me relajé un poco. —Aún queda tiempo para la entrega de premios. Lo conseguiremos, ya lo verás. Al final nuestro plan funcionará. —Ojalá hubiera estado tan convencido como sonaba. Pero no era el caso.

Sin embargo, tampoco era una opción imitar a Ezekiel y plantar un montón de búnkeres sin alma en el paisaje solo para no dejar que Ezekiel ganara ese premio.

¡No!

¡Eso no lo haría bajo ningún concepto!

¡Yo, Maddox Eastbourne, no me acobardaría por nada del mundo!

En ese caso, Ezekiel ni siquiera necesitaría el premio para poder llamarse ganador. Habría ganado simplemente porque yo me había

rajado.

—Empezaremos con nuestro concepto según lo previsto. Y terminaremos a tiempo para que el primer Hotel que abramos después sea tenido en cuenta para el premio. —Asentí a Patrick y cambié de tema—. Acabo de responder a unas últimas preguntas. Para la *VY Corporation*.

Esa última frase no era necesaria. Patrick ya sabía a qué me refería. La *VY Corporation* era una de las mayores empresas de Silicon Valley. No había apenas ningún proyecto de internet en el que no tuviera metida la mano. Y la *VY Corporation* tenía su segunda sede principal en Nueva York. Sus empleados viajaban regularmente entre la costa este y la oeste. Por eso, la *VY Corporation* buscaba ahora un socio de confianza. Una cadena de hoteles en la que sus empleados pudieran alojarse a precios justos, sin tener que preocuparse demasiado por la reserva y otras gestiones. Un lugar donde fueran bienvenidos y pudieran concentrarse plenamente en sus negocios. Un lugar al que pudieran volver una y otra vez sin tener que pensar además en dónde pasarían la noche y si allí habría todo lo que necesitaban.

La *VY Corporation* quería firmar un contrato con una cadena hotelera. Quien ganara ese contrato obtendría una facturación inmensa en los próximos años. Esa cadena se convertiría en la más grande de los Estados Unidos.

MyNights ya lo era.

Y yo haría todo lo posible para que siguiéramos siéndolo.

Había trabajado noches enteras en la documentación para la *VY Corporation*, mantenido numerosas conversaciones y dado todo lo que podía.

Ahora estábamos en la selección final.

Junto con Ezekiel.

MyNights y *EzeHotels*.

Uno de los dos se llevaría el gato al agua y, con ello, superaría al otro en todos los sentidos.

El premio era importante, pero ese contrato era para mí mucho más importante todavía.

Ezekiel no podía ganar bajo ningún concepto.

Me lo quedé pensando. ¿Y si Patrick tuviera razón? Si alguien en Silicon Valley leía algo bueno sobre Ezekiel en el periódico, eso podía inclinar la balanza.

—Más tarde tengo una cita con una delegación de Silicon Valley. Están aquí para ver algunas cosas, para comprobar la ubicación de los hoteles… —Asentí a Patrick—. Para esta gente, las consideraciones prácticas juegan un papel fundamental. Eso es mucho más importante que cualquier premio de diseño.

En mi fuero interno no estaba tan seguro. Al fin y al cabo, no sabía quién tomaba las decisiones en Silicon Valley ni bajo qué criterios. Algunas personas se dejaban impresionar fácilmente por los artículos de prensa.

Me sonó el móvil.

Respondí. Ya había visto ese número en la pantalla, pero no lograba ubicarlo con exactitud.

—Vaya… ¿Ya has leído las noticias? —Al otro lado se oyó una risita maliciosa. O quizás más bien infantil.

No necesité preguntar quién llamaba.

Ezekiel.

Solo él soltaba esa risita tan insoportable. Me hacía pensar en un pequeño gnomo. En un enano malvado. Y eso que Ezekiel era más o menos de mi estatura.

—Cuánto lo siento por ti, Maddox. —Ezekiel no sonaba en absoluto como si lo sintiera. Al contrario. Sonaba como si estuviera disfrutando de este momento de todo corazón—. Seguro que se te hace raro verte en el bando de los perdedores. —Ezekiel volvió a reírse.

Tenía que guardar su número sin falta. Así, la próxima vez ni siquiera le cogería el teléfono.

—Quien ríe el último, ríe mejor —repliqué fríamente—. Aún no has ganado ningún premio. Y el periodista no forma parte del jurado.

—No, pero es un creador de opinión. ¿Has oído hablar alguna vez de eso? —Ezekiel saboreaba al máximo su supuesta superioridad.

—Desde luego —me limité a responder—. Pero no todo el mundo compartirá su opinión.

Ezekiel volvió a su risita. —Eso ya lo veremos. Primero me llevaré el contrato y luego el premio. Y al final, tu empresa. —Más risitas.

—¿Con qué sueñas por las noches para tener ya fantasías tan salvajes? —Miré por la ventana con desdén.

—Con follarme a tu mujer mientras tú miras. —Ezekiel soltó una carcajada—. Eso sí que sería algo, ¿verdad?

Retiré el móvil de mi oreja con asco.

Claro, Ezekiel y yo éramos competidores profesionales. Y desde que le había arrebatado alguna que otra buena oportunidad en sus narices, no me tenía mucha estima. Pero esto iba decididamente demasiado lejos. Esto era enemistad.

No.

Era más que enemistad.

Era odio.

—Igual que tu abuelo sedujo en su día a mi abuela y la alejó de su familia. —Ezekiel ya no se reía.

Reprimí un suspiro. Era cierto. Mi abuelo había seducido a la abuela de Ezekiel, la había convencido de que dejara a su marido y a su hijo, el padre de Ezekiel, y la había abandonado poco después para reconciliarse con mi abuela.

No fue precisamente un gesto noble.

Pero también había pasado mucho tiempo.

El pasado no se podía cambiar y yo no veía razón alguna para dejar que me amargara el presente.

Pero Ezekiel sí la veía.

Para él, el hacha de guerra entre nuestras familias estaba lejos de ser enterrada.

¿Sería por eso por lo que él también se movía en el sector hotelero?

Era capaz de ello.

Me encogí de hombros. Al fin y al cabo, ese no era mi problema.

—¿No creerás que todavía tienes alguna oportunidad real en Silicon Valley? Mis hoteles están diseñados según las últimas tendencias. A los informáticos les encanta eso. Clean Design. Ellos no quieren esos adornos que tú ofreces. Lo quieren todo liso y predecible. —Ezekiel volvió a su risita.

—Eso no puedes saberlo. —No dejé que me provocara.

—A diferencia de ti, yo he hecho mis deberes. ¿O es que tú mismo te has informado en Silicon Valley?

Eso dolió.

Ezekiel había dado en el clavo.

No, no me había informado en Silicon Valley. Estaba tan convencido de mi concepto que no había encargado costosos estudios de mercado, ni hecho encuestas, ni leído análisis. Simplemente me había fiado de mi sentido común. ¿Dónde me gustaría alojarme a mí cuando durmiera fuera? ¿Qué era lo más importante para mí?

—Los informáticos no son como tus otros clientes. Abogados y ese tipo de gente. A ELLOS sí les gustan todas tus florituras. Pero la informática… ahí solo importan los números, los datos, los hechos. Es un lenguaje completamente diferente. Un diseño totalmente distinto. Y una empresa tan prestigiosa como la *VY Corporation* seguro que no se dejará guiar por las emociones. Así se lo dije también en nuestra reunión.

—¿Ya has tenido tu reunión con ellos? —En cuanto se me escaparon las palabras, maldije para mis adentros.

Ezekiel se rió. —Al que va primero se le invita antes. Siempre es así.

Rechiné los dientes. Hasta ahora me había contenido. Pero en ese momento estaba a punto de perder los estribos. —Para ese artículo no has hecho más que pagarle a un periodista —gruñí.

Ezekiel soltó otra risita. —Ándate con ojo, Maddox. Si afirmas algo así públicamente, te denunciaré por calumnias. Y entonces te garantizo que no conseguirás el contrato que tanto deseas. —Ezekiel siguió riéndose—. Dios, qué amable soy por decírtelo todavía, en lugar de dejar que caigas en la trampa. Así que estás avisado. El contrato, el premio y tu mujer: me pertenecen. Podrás mirar cuando me la folle. —Ezekiel volvió a reírse.

Colgué.

No tenía por qué seguir escuchando semejantes estupideces. Todo aquello no eran más que amenazas vacías.

¿O no?

Me quedé mirando pensativo la tableta con el artículo que estaba sobre mi escritorio.

Ezekiel era capaz de cualquier cosa.

Capítulo 3 Josie

He abierto el buzón. Dentro había una carta alargada en un sobre gris, con todo el aspecto de provenir de alguna administración. O de algún otro organismo oficial. He tragado saliva. Una factura. O una liquidación complementaria de impuestos.

O cualquier otra cosa que no quería y que, ahora mismo, no me venía nada bien.

Estaba en el paro.

No tenía dinero. Mi cuenta estaba bajo mínimos. Un vacío desolador. Literalmente, vivía al día desde que tenía que hacerme cargo del alquiler yo sola.

¿Ahorros? ¿Un colchón para emergencias? Solo podía soñar con ello. Los había tenido. Pero luego había agotado ese dinero para subsistir y pagar el alquiler después de que mi amiga Holly se mudara. Holly me preguntaba de vez en cuando por qué no buscaba una compañera de piso y si podía permitirme vivir sola. Entonces yo

mentía un poco y afirmaba que disfrutaba de la soledad y que no tenía problemas financieros.

Holly se había casado con un hombre rico y podía permitirse de todo. Bajo ningún concepto quería que supiera cómo estaba mi situación para que no intentara, posiblemente, pasarme dinero. Yo era una mujer independiente, no alguien que viviera de la caridad.

Hasta ahora.

He tragado saliva y he sentido un nudo en el estómago.

Hasta ahora también había tenido un trabajo y no me había tocado pagar impuestos atrasados. Pero ahora todo era distinto. Todavía me sentía aturdida por los acontecimientos de esta mañana. Un poco como si fuera sonámbula o estuviera soñando.

Esta es la realidad, Josie. A partir de ahora formas parte de los desempleados.

Y lo que es peor: formaba parte de los desempleados a los que su antiguo jefe detestaba. Si echaba el currículum en otro salón, querrían saber qué había pasado.

Y entonces no podría mentir. ¿Qué se suponía que debía decir?

La situación parecía desesperada.

Entretanto, ya había llegado a la puerta de mi casa con la carta en la mano.

He abierto y he ido a la cocina.

Lo que más me hubiera gustado habría sido tirar la carta directamente a la basura. Así podría alegar que nunca había llegado. Quizá Hacienda simplemente se olvidara de mí.

Tonterías, Josie. Esos no se olvidan de nadie.

¿Y si la carta ni siquiera era de Hacienda? La he examinado más de cerca.

Entonces me he quedado perpleja. Cierto, el sobre parecía de una autoridad oficial. Sin embargo, la dirección estaba escrita a mano.

He observado la carta con más detenimiento aún.

Y entonces he descubierto la fecha del matasellos. La carta había tardado mucho en llegar. Muchísimo.

Varios meses.

Y, además, había sido enviada desde Nueva York.

Al final ha podido más la curiosidad.

He rasgado el sobre.

Han caído dos hojas.

Una carta.

Y una especie de certificado.

He leído ambas cosas.

Luego he dejado bajar las hojas, aturdida.

Mrs. Rotheringham, mi antigua profesora, a la que visitaba unas dos veces al año en su residencia de ancianos, había fallecido. Muy de repente, poco después de mi última visita. Lamentablemente, en la residencia no tenían mi número de teléfono y, por tanto, no habían podido localizarme para avisarme. Solo mi dirección se encontraba entre las pertenencias de Mrs. Rotheringham.

Junto con la hoja que al principio había tomado por un certificado. Era una especie de testamento, una última carta de Mrs. Rotheringham para mí. Lo he leído todo.

Mrs. Rotheringham me había legado un hotel.

Un hotel.

He dejado caer las hojas.

Eso no podía ser.

Alguien me estaba tomando el pelo, ¿verdad?

He vuelto a estudiar los papeles.

Pero sí, allí estaba escrito, negro sobre blanco. Mrs. Rotheringham me había legado una pequeña casa señorial en Nueva York que décadas atrás había sido reformada como Hotel. Su prima lo había regentado, pero esta había fallecido hacía algunos años. Desde entonces, la propiedad pertenecía a Mrs. Rotheringham. Nadie se

había ocupado de ella. Ahora Mrs. Rotheringham quería que yo me quedara con el Hotel. Creía que yo sería una directora de Hotel excelente.

Directora de un hotel.

He sacudido la cabeza, grogui.

¿Podía ser todo aquello verdad?

Mrs. Rotheringham debía de haberse acordado de lo que una vez le confié. En realidad, yo quería haber ido a la escuela de hostelería. Pero mis notas no habían sido lo bastante buenas. Así que me hice esteticista. Me gustaba mi profesión, pero el sueño del Hotel siempre seguía vivo en algún rincón de mi mente.

He vuelto a leer la carta.

Luego he sacado el móvil del bolso y he marcado el número de la residencia de ancianos.

—Residencia de ancianos Parkblick, ¿en qué puedo ayudarla? —una voz femenina y amable.

—Soy Josie Harland. Llamo por Mrs. Rotheringham. He recibido hoy mismo la noticia de que ha fallecido. Ya hace tiempo de eso y... —No he seguido hablando. Solo en ese momento me he hecho consciente de que mi antigua profesora ya no estaba. No habíamos sido íntimas, pero a menudo me había ayudado con sus consejos y sus actos. Sin ella no habría terminado mi formación. Siempre había creído en mí.

He sorbido por la nariz.

—Oh, Ms. Harland. Sí, me acuerdo de usted. Sí, hace ya unos meses que Mrs. Rotheringham no está con nosotros. —la mujer sonaba compasiva—. Le escribimos una carta con las últimas palabras de Mrs. Rotheringham para usted. Ese era el deseo expreso de Mrs. Rotheringham, así constaba en su documentación.

—Su carta, lamentablemente, me ha llegado hoy. —He mirado el sobre—. Pero... ¿entonces es cierto?

—¿Qué es lo que es cierto, Ms. Harland? —la mujer parecía algo confundida—. Mrs. Rotheringham, como le digo, ha fallecido.

—Sí, pero... —He mirado los papeles que estaban sobre la mesa de la cocina—. O sea, ¿Mrs. Rotheringham me ha dejado en herencia un... un hotel? —Aún no podía creer lo que estaba diciendo.

Parecía una película.

Esteticista despedida llega a casa y descubre que ha recibido una herencia millonaria.

Esas cosas no pasaban en la realidad.

¿O sí?

—Yo no he leído la carta de Mrs. Rotheringham. —La mujer sonaba apenada—. Pero si eso es lo que pone, entonces será verdad. Al fin y al cabo, Mrs. Rotheringham sabía muy bien lo que quería. Sin embargo, la carta llevaba un tiempo en el cajón, así que no sé si el contenido sigue siendo actual.

He pensado en mi antigua profesora. Mrs. Rotheringham todavía había estado muy bien de memoria. Pero había tenido miedo de

padecer demencia o algo parecido algún día. Al fin y al cabo, la probabilidad aumentaba con la edad. Pues bien, Mrs. Rotheringham simplemente había muerto en paz mientras aún sabía lo que quería. ¿No habría sido eso exactamente lo que ella habría deseado?

—Adiós, Ms. Harland. —la empleada de la residencia de ancianos se ha despedido.

Y yo he hecho lo mismo.

Luego he dejado el móvil sobre la mesa de la cocina.

Un hotel.

Yo era dueña de un hotel.

Me he dado un pellizco rápido en el brazo para asegurarme de que no me equivocaba.

No podía ser verdad.

¿O sí?

Al fin y al cabo, estaba escrito negro sobre blanco en la carta.

Iba a comprobarlo.

Ahora mismo.

Iba a ir a la dirección y a ver el hotel.

Y si estaba allí... entonces aquello tenía que ser verdad.

De repente, mi futuro parecía mucho más prometedor que hace solo unas horas.

Un Hotel.

Eso abría perspectivas totalmente nuevas.

Yo era...

Sí, quizá pronto podría decir que era rica.

Al fin y al cabo, una casa en Nueva York valía lo suyo. Por no hablar de un hotel.

He saltado de la silla, he vuelto a coger el bolso y me he puesto en marcha. He cerrado rápidamente la puerta del piso tras de mí.

Entonces me he acordado de que me había dejado la cartera dentro.

Maldita sea.

Ahí estaba mi dinero. Y mi abono mensual para el autobús y el metro.

Suspirando, he buscado las llaves en el bolso.

Ni rastro de las llaves.

He vuelto a buscar.

Nada.

He volcado el contenido del bolso sobre el felpudo.

Mi móvil, que acababa de guardar. Un paquete de pañuelos, crema de manos, un brillo de labios, unas cuantas monedas sueltas y dos tampones.

Pero ni rastro de la cartera.

Y ni rastro de las llaves.

Me había olvidado de ambas cosas.

He maldecido para mis adentros. ¿Tenía que pasarme precisamente ahora? Cuando Holly todavía vivía aquí, en casos así solo tenía que llamar un momento al timbre y Holly me abría. Y entonces todo arreglado. En el peor de los casos, había tenido que esperar un poco hasta que Holly llegara a casa y me dejara entrar en nuestro piso para que yo pudiera encontrar mis llaves.

Realmente debería buscar una nueva compañera de piso. Ya solo fuera por mis despistes.

Y para no pagar todo el alquiler yo sola.

Pero quizá...

Quizá ahora todo saldría de una forma muy distinta. Quizá era rica.

Pero, primero, tenía que llegar hasta el Hotel y echarle un vistazo. Observé las monedas que había encontrado en mi bolso. Bastarían

para un trayecto por Manhattan.

Sin embargo, luego también tendría que volver a mi apartamento.

Cogí el móvil y marqué el número de Hollys. Cuando se mudó en su día, me sugirió dejar una llave de repuesto a algún vecino. Pero yo no me fiaba de mis vecinos. Apenas los conocía. Siempre había alguien distinto viviendo en los apartamentos de mi planta.

Así que le había pedido a Holly que se quedara ella con una llave de repuesto. Con eso me ahorraba, en caso de emergencia, la cara llamada al cerrajero. No me la podía permitir. Ahora menos que nunca.

—Dime, Holly al habla.— mi amiga sonaba como siempre. Nadie sospecharía que ahora estaba casada con un hombre inmensamente rico que literalmente la llevaba en palmitas. Sonaba como una chica sencilla que viviera a la vuelta de la esquina.

Y eso que era una mujer que vivía con su marido e hijo en un enorme ático con unas vistas increíbles. Holly me trataba como siempre, pero yo me sentía un poco pequeña en cada visita, como si estuviera en otro mundo. En un mundo al que no pertenecía.

—Holly, soy Josie. Me acabo de quedar fuera de casa—, confesé compungida.

Holly se rió. —Tarde o temprano tenía que pasar. Me sorprende que no haya ocurrido antes.

—He tenido mucho cuidado. Pero hoy he tenido bastante estrés y... — Tomé aire. Lo que más deseaba era soltarle toda la historia de

golpe. No había nada mejor que contarle a una verdadera amiga las cosas que te pesaban en el alma.

—No pasa nada. El problema es que ahora mismo no estoy en Manhattan.— Holly sonaba un poco indecisa. —Creo que, como pronto, estaré de vuelta en tres horas.

Tres horas.

Me quedé mirando la puerta cerrada.

Luego calculé mentalmente el tiempo que me llevaría llegar al Hotel.

—Está bien—, dije. ¿Qué otra cosa podía decir? No era plan de que Holly se teletransportara hasta aquí.

—Tenemos una cita urgente más tarde y la verdad es que no tengo nada de tiempo... Lo siento, pero hoy está siendo todo bastante caótico—, se disculpó Holly. De fondo oí a su hija pequeña balbucear. —Pero ya me las apañaré.

—No hay problema—, respondí, tragándome mi decepción. Me habría encantado hablar largo y tendido con Holly. Pero ahora ella tenía mucho menos tiempo que antes. Por supuesto que lo entendía. Seguro que a mí me habría pasado lo mismo de haber tenido un marido y una hija pequeña. Aun así, estaba decepcionada.

Quizá pronto tengas un Hotel, Josie.

Un hotel.

Tres cuartos de hora más tarde estaba ante la casa más destartalada que había visto en mi vida. Que algo así existiera siquiera en Manhattan. Parecía más bien una...

No encontraba ni las palabras.

Sin habla, contemplé el jardín asilvestrado. La puerta parecía que cedería en cuanto le dieras una patada. Hacía décadas que la fachada no se pintaba ni se limpiaba siquiera. Estaba de un color grisáceo ennegrecido.

Nada, absolutamente nada, indicaba que aquello hubiera sido alguna vez un hotel.

Al menos todas las ventanas estaban intactas.

¿Qué te creías, Josie? ¿Que habías heredado el Hilton, el Hyatt o el Waldorf Astoria? Esta casa perteneció a una anciana que, probablemente, al final ya no se ocupaba mucho de ella. Luego la heredó otra anciana que, con toda seguridad, no volvió a ocuparse de ella.

Fui hacia la puerta principal.

Mierda.

No tenía ninguna llave. En la carta, por supuesto, no venía ninguna. No había pensado en ello para nada. Fruncí el ceño. ¿Cómo conseguiría la llave? ¿Tendría que pasar por la residencia de ancianos a recogerla?

Tenía que averiguarlo.

Más tarde.

Ahora estaba aquí.

Empujé la puerta con cuidado.

Por supuesto, estaba cerrada con llave.

Retrocedí un paso, sin saber qué hacer.

¿Qué se suponía que debía hacer ahora?

Simplemente podía volver a marcharme.

Ni hablar, Josie.

Ni hablar.

Retrocedí un paso.

Y entonces me di cuenta de que la ventana de al lado de la puerta estaba un poco abierta.

Fruncí el ceño.

Miré a mi alrededor con precaución. No se veía a nadie en la calle. Esta zona era muy tranquila. Casi se podría creer que uno no estaba en Manhattan. Y eso que solo dos calles paralelas más allá mandaban el bullicio y el ajetreo. Pero incluso el omnipresente ruido del tráfico llegaba aquí amortiguado.

No había ni un alma. Era la oportunidad perfecta para mí. Trepé por la barandilla de la escalera, me agarré a un poste que sostenía el pequeño tejadillo de la entrada y planté un pie en el alféizar de la ventana.

La maniobra no resultó tan difícil.

Por suerte la ventana estaba justo al lado de la puerta, si no habría tenido que estirarme más. Así que solté con cuidado una mano del poste y abrí la ventana del todo. Una hoja de la ventana giró hacia dentro. Agarré el marco central y terminé de subirme al alféizar.

Un instante después estaba dentro de la casa.

Sentí un nudo en la garganta.

Oh, Dios mío.

El aire estaba tan viciado que temí desmayarme en cualquier momento. Dejé la ventana abierta para que entrara un poco de aire fresco. No quería abrir las otras ventanas todavía. A saber si se saldrían del marco o si luego no se podrían cerrar.

Ahora miré a mi alrededor.

Aunque quería contener el aliento, solté un respingo al inhalar.

Madre mía.

En la estancia que debió de ser en su día la recepción para los huéspedes, reinaba un caos absoluto. Muebles y alfombras

polvorientos. Decoración tirada por ahí. Cortinas carcomidas por las polillas.

Caminé con cautela por la habitación hacia el fondo. Allí había un pasillo con varias puertas.

Probé suerte abriendo la primera.

Una habitación de hotel.

O mejor dicho, lo que en su día fue una habitación de hotel. Ahora lo único que se podía hacer era llamar al chatarrero. O a una empresa de vaciado de inmuebles. O a quien fuera que se especializara en estos casos.

Las nubes de polvo bailaban en el aire, especialmente sobre la cama. Aquí no solo las cortinas, sino también todas las mantas y almohadas estaban apolilladas. El mobiliario databa seguramente de los años 70, pero estaba tan desconchado y rayado que no se podría vender ni en un rastro. Sobre la cama colgaba un cuadro antiquísimo con un ciervo berreando. Exactamente así es como uno se imagina una habitación barata en la que habrían pernoctado vendedores de aspiradoras en los 70. En un estante había un viejo televisor de tubo. Probablemente hoy inútil, ya que solo había canales digitales.

Con cuidado abrí una puertecita justo al lado de la cama.

Retrocedí de un salto.

El baño y el váter estaban alicatados con el marrón más oscuro que uno pudiera imaginar. Un huésped probablemente pillaba ahí dentro o una diarrea o una depresión. Encendí la luz. Ahora el marrón parecía aún peor. Todo rebosaba suciedad. Una limpieza a fondo se

quedaría muy corta aquí. En una pared creí distinguir incluso moho. Probablemente habría que arrancar el baño entero.

Apagué la luz rápidamente.

Entonces estornudé.

—¡Mierda!—

Al menos aquí podía desahogar mi malestar en voz alta.

¿Por qué me tenía que salir todo siempre mal?

¿Por qué no podía salir algo tal y como yo me lo imaginaba o deseaba por una vez?

Esto no era un hotel.

Era una pocilga.

Para sacar algo de esto, tendría que volver a heredar. Pero esta vez mucho de verdad. No podía recibir huéspedes aquí en este estado.

Aun así siempre puedes vender la casa, Josie. Aunque no esté en muy buen estado, seguro que se encuentra un comprador y seguro que sacarás algo por ella.

Inhalé más tranquila.

Y entonces me asaltó un pensamiento horrible: ¿y si nadie quería comprar la casa? Al fin y al cabo, había que invertir muchísimo

dinero aquí. Y con eso me refería a MUCHÍSIMO. Nadie tenía tanto dinero y poca gente conseguiría un crédito por una suma tan alta.

Seguí dándole vueltas.

Y entonces se me cortó la respiración: ¿y si la casa todavía tenía una hipoteca? ¿Y si había heredado una pocilga y, además, un montón de deudas?

Había mucha gente en Nueva York que, aunque tenía una casa, no terminaba nunca de pagarla.

Se me formó un nudo en el estómago.

Mi labio inferior empezó a temblar.

Todo era demasiado.

Despedida.

Heredera.

Habiendo visto la riqueza ante mis ojos.

Y ahora estaba en una pocilga que posiblemente no me traería más que problemas.

Si tenía suerte.

Si tenía mala suerte, me arruinaría por completo.

Y rechazar la herencia... a estas alturas ya no era posible.

Lo que más deseaba era acurrucarme en mi cama y olvidarme del mundo.

¿Por qué no podía salir algo tal y como yo deseaba UNA SOLA VEZ?

Capítulo 4 Maddox

—Como usted sabe, no son la única cadena hotelera que sigue en liza por este contrato —mi interlocutor enarcó una ceja y me miró con intención.

Estaba sentado en la sala de conferencias más grande de mi empresa, situada justo al lado de mi despacho. Las vistas sobre Nueva York eran tan grandiosas como las de mi oficina. Había mandado instalar la sala de reuniones aquí a propósito para impresionar a los visitantes especialmente importantes y asegurarme así una ventaja competitiva. Cierto es que hoy en día nadie decide si otorga un contrato o no basándose solo en una sala de conferencias. Pero todo el mundo sabe que nuestro subconsciente registra esas impresiones y que, al final, acaban influyendo en la decisión, solo que de forma inconsciente. Así que hacía todo lo posible para que la balanza se inclinara a mi favor.

Por eso, al conducir a la delegación de Silicon Valley a la sala, registré con satisfacción cómo un ligero asombro cruzaba los rostros de mis invitados. Como todos eran hombres de negocios experimentados y astutos, apenas se les notó nada. Sin embargo,

percibí un ligero cambio en la atmósfera. Y eso fue suficiente para saberlo: mi truco de las vistas funcionaba.

—Sí, soy consciente de que todavía están hablando con la competencia —respondí con calma. Puede que Ezekiel tuviera varios argumentos a su favor que poner sobre la mesa. Pero la ventaja psicológica ya estaba de mi lado. Y eso pesaba mucho. Muchísimo.

—Si le dijera que su competidor ofrece unos precios por habitación y noche significativamente inferiores a su oferta, ¿qué haría usted? — El del medio de los tres hombres sentados frente a mí se reclinó en su silla y se cruzó de brazos. Me miró con aire desafiante.

Mr. Browning.

Ese era su nombre y era el portavoz de la delegación. Ya se me habían olvidado los nombres de los otros dos. Lamentablemente, no tengo muy buena memoria para los nombres, así que eché un vistazo disimulado a las tarjetas de visita que me habían entregado los visitantes.

Mr. Riddle y Mr. Halley.

Me aclaré la garganta. —Mire, Mr. Browning, al final lo que cuenta es el paquete completo. ¿En qué ubicación están los hoteles? ¿Cuál es la calidad de las habitaciones? ¿Qué servicio pueden esperar sus empleados? —Hice una pausa—. ¿Dónde se sentirán más cómodos?

Mr. Browning guardó silencio, esperando a que yo siguiera hablando. Un viejo truco de negociación que yo mismo había utilizado alguna vez.

Le di el gusto a Mr. Browning y continué. Como conocía el truco, de todos modos aún no había terminado mi exposición. —Como usted seguramente sabe, un empleado que se siente a gusto es un empleado motivado. Un empleado productivo. Un empleado que aporta el mayor valor añadido a su empresa. —Hice otra pausa. Esta vez más larga—. Y creo que sus empleados se sentirán más a gusto en mi cadena hotelera.

Mr. Browning levantó una ceja. —Su competidor acaba de recibir grandes elogios en la prensa. Y usted no conoce de nada a nuestros empleados. ¿Qué le lleva a esa conclusión?

Este tipo sí que era un hueso duro de roer. La mayoría de mis interlocutores asentían impresionados al llegar a este punto de mi discurso y no hacían más preguntas. Pero no Mr. Browning. No tenía ni idea de qué formación tendría. Pero una cosa estaba clara: en el arte de negociar, el hombre era un profesional absoluto. No revelaba nada y no mostraba sus cartas. Además, no era nada fácil de impresionar.

Pero yo tampoco dejé traslucir nada. Al fin y al cabo, esta no era mi primera negociación.

Así que me limité a asentir con comprensión y levanté un dedo. —En primer lugar, no conozco a sus empleados. Pero conozco a mis huéspedes. Sé lo que la gente valora en un Hotel, especialmente los que viajan por negocios. He analizado esas necesidades al detalle y he orientado mi cadena hotelera hacia ellas. Sus empleados se sentirán a gusto conmigo. —Asentí para dar énfasis.

Luego levanté el segundo dedo. —Me han planteado numerosas preguntas al respecto y yo las he respondido, la última parte hace solo unas horas. Seguramente ya han leído las respuestas, pero las estudiarán con detenimiento.

Mr. Browning asintió también. En mi fuero interno, deseé haberme traído a Patrick a la reunión. No porque lo necesitara estrictamente. No, yo me las arreglaba muy bien solo e incluso había venido solo a propósito para demostrar a la delegación de Silicon Valley que no les temía.

A pesar de que del resultado de esta reunión dependía si podía seguir manteniendo a raya a Ezekiel. O si, al final, él se llevaría el gato al agua.

Pero no dejé que se me notara.

No, deseé haber traído a Patrick para que pudiera contar cuántas veces se asentía en esta reunión.

Muchísimas veces.

Y eso era precisamente lo que me inquietaba.

Normalmente, en este tipo de reuniones hay más controversia. Cuando se asiente mucho, puede significar que la otra parte ya ha tomado su decisión hace tiempo y solo está aquí para poder decir luego en la central que han valorado a todos los candidatos potenciales. Como en un proceso de selección en el que ya se sabe que el puesto será para un candidato interno, pero aun así se invita a todos los demás a la entrevista.

Por otro lado, asentir mucho también podía indicar que la otra parte aún no había cerrado sus deliberaciones.

—Los hoteles de su competidor tienen una ubicación bastante buena. —Mr. Browning me miró—. Queremos que nuestros empleados lleguen de la forma más rápida posible del hotel a

nuestra sucursal. Sin pasar horas en atascos ni tener que apretujarse en un metro abarrotado en una ciudad desconocida, para luego aparecer en sus reuniones completamente sofocados.

Asentí. No podía negarlo. —Tiene razón.

—Eso es una desventaja para *MyNights*. Seguro que usted mismo es consciente de ello. —Mr. Browning se reclinó—. ¿Y qué me dice ahora del hecho de que su competidor mejore considerablemente el precio por habitación? No ha respondido a mi pregunta de antes. —Mr. Browning frunció el ceño.

Otro cambio brusco de tema. Del precio a la ubicación y otra vez al precio. También era una técnica de negociación muy habitual.

—La calidad tiene un precio. —Dejé mi declaración en el aire, sin más.

—Aun así, casi todos los precios son negociables. —La voz de Mr. Browning tenía un matiz ligeramente distinto al de antes. Como negociador astuto que era, supe que habíamos llegado a un punto decisivo de nuestra conversación.

Dinero.

Como siempre, todo era cuestión de dinero.

Patrick y yo habíamos calculado nuestra oferta meticulosamente.

Estaba dispuesto a mucho por conseguir este contrato.

Sin embargo, no estaba dispuesto a cerrar un negocio deficitario. En ese caso tendría un buen contrato, sí, pero a largo plazo perjudicaría a mi empresa e incluso pondría en peligro su supervivencia. Yo no era de esos jefes que creen que un contrato a pérdidas les abrirá una puerta y traerá tras de sí diez contratos lucrativos. Eso era ser un ingenuo.

Los contratos lucrativos no suelen llegar y, al final, uno acaba llevando a su propia empresa a los números rojos.

—A corto plazo, casi todos los precios se pueden ajustar. —Miré a Mr. Browning con intención—. Pero cuando uno está interesado en una colaboración a largo plazo, al final los precios bajos suelen salir caros. O bien la calidad deja de poder mantenerse, o bien la empresa deja de existir. De modo que la calidad tampoco puede mantenerse. —Me encogí de hombros.

Mr. Browning me miró pensativo.

Sentí que este era un momento crucial de la negociación.

Contuve el aliento, expectante.

¿Qué diría Mr. Browning?

En ese instante sonó una melodía a todo volumen.

Una melodía muy alta.

Más concretamente, la melodía de Indiana Jones.

Oh, maldita sea.

Mi móvil.

Reprimí un juramento.

¿Por qué no aprendería nunca? ¿Por qué?

Patrick me había recordado antes de la reunión que apagara el móvil. Me conocía desde hacía años y sabía que a menudo se me olvidaba y que el móvil sonaba en los momentos más inoportunos. No era la primera vez que me pasaba algo así en una reunión.

Los tres señores de Silicon Valley se miraron entre sí.

Una sombra imperceptible cruzó el rostro de Mr. Browning.

Saqué el móvil, que no paraba de sonar, del bolsillo de mi americana.

—Cójalo, no se preocupe. Seguro que solo se permitiría interrumpir por una llamada importante. —Mr. Browning sonó un poco más frío que antes.

Miré la pantalla.

Otis.

Mi mejor amigo.

Probablemente la llamada no fuera especialmente urgente. Pero no podía admitir eso ante Mr. Browning. Por eso me limité a asentar, probablemente por quincuagésima vez en esta reunión. —Gracias.

Cogí el móvil, que no dejaba de sonar, y salí fuera. —¿Qué pasa? —siseé en cuanto la puerta de la sala de conferencias se cerró tras de mí.

—Hola, tío, ¿te pillo mal? —La voz alegre de Otis llegó a mis oídos.

Casi le respondo que sí.

Casi.

Pero me limité a suspirar. Al fin y al cabo, Otis no tenía la culpa de que yo no hubiera puesto el móvil en silencio.

—No —dije entonces—. No molestas. —No resultaría muy creíble que terminara una supuesta llamada importante en cuestión de segundos. Pero tampoco quería ausentarme de la reunión demasiado tiempo—. Aunque no tengo mucho tiempo —añadí.

Otis se rió. —¿Cuándo has tenido tiempo tú? Eres el empresario más ocupado de todo Nueva York. Con tu agenda, es un milagro que me hayas cogido el teléfono y no estés metido en alguna reunión.

Apreté los dientes.

Otis no sabía cuánta razón tenía.

—¿Todo listo para el gran día? —quiso saber Otis.

El gran día.

El domingo, Otis pasaría por el altar para casarse con la mujer de sus sueños.

Y yo era el padrino.

Un asomo de mala conciencia se apoderó de mí.

Debería haber sido YO quien llamara a Otis para preguntarle si todo estaba en orden. Si estaba listo para el gran día. Si le estaban entrando dudas de última hora o si estaba deseando que empezara el capítulo más maravilloso de su vida.

Ese habría sido mi deber como padrino.

En lugar de eso, era Otis quien me llamaba a mí para recordarme que no me olvidara de su boda.

Vaya mierda de amigo estás hecho, Maddox. Puedes sentirte afortunado de que Otis aún te dirija la palabra. Deberías estar apoyándolo; en lugar de eso, solo piensas en tus negocios.

—Lo siento, tío —me disculpé compungido—. Debería estar hoy a tu lado.

—Qué va. —Otis se rió alegremente—. Por mi parte está todo bien. Lo que no puedo decirte es cómo está Lea. —Lea era la futura mujer de Otis. Su bienestar no era responsabilidad mía.

—¿Y bien, vienes con o sin acompañante? —quiso saber Otis.

—Sin nadie, por supuesto. Ya te lo dije hace tiempo. —Miré de reojo con cautela hacia la puerta cerrada de la sala de conferencias. ¿Qué estarían discutiendo allí dentro en este momento los tres caballeros de Silicon Valley?

Habría dado cualquier cosa por saberlo.

¿Estarían hablando de mí?

Debería haberme llevado a Patrick a la reunión. Así no se habría producido esa pausa tan incómoda que les daba a esos señores la oportunidad de intercambiar impresiones sobre mí antes de continuar con la conversación.

Maldita sea.

Precisamente eso era lo que había querido evitar.

—Pensé que al final traerías a Randa. —La voz de Otis me devolvió al presente.

Traer a Randa.

Esa era otra de las cosas que quería evitar a toda costa.

—Ni de broma —respondí con energía—. Quiero pasar un día agradable. Así que ni harto de vino me traigo a Randa. —Negué con la cabeza, aunque Otis no podía verme.

Randa era la mejor amiga de mi hermana. Se conocían desde siempre. Y desde hacía el mismo tiempo, mi hermana intentaba emparejarme con ella. Organizaba encuentros casuales, fines de semana los tres, cenas en su apartamento... Todo para que Randa y yo acabáramos juntos.

Lo malo era que yo no soportaba a Randa. Era una de esas mujeres controladoras que siempre le sacan punta a todo lo que hace un

hombre. Ya su nariz afilada indicaba que tenía que meterla en todas partes. Incluso en asuntos que no le incumbían. Nunca nada le parecía bien.

Y lo peor de todo es que una vez tuve un breve lío con ella. Una aventura de una noche, mejor dicho. Acababa de romper con mi novia de entonces y me había emborrachado sin sentido. Randa pasó por mi casa «de casualidad» para consolarme. A la mañana siguiente, me desperté a su lado. Me disculpé con ella y le dejé claro que no quería nada serio. Pero desde entonces, Randa estaba convencida de que estábamos hechos el uno para el otro y de que solo era cuestión de tiempo que yo le pidiera matrimonio y nos comprometiéramos.

Por desgracia, mis padres también opinaban que Randa era un partido excelente para mí. Su padre era dueño de una de las empresas más grandes de Nueva York y hacía negocios con mi padre regularmente. Randa era su única hija, una heredera rica.

Daba igual cuántas veces les dijera a mis padres que no la aguantaba y que yo mismo tenía dinero más que suficiente —de hecho, incluso más que su padre—; no servía de nada. Mis padres también la invitaban una y otra vez, incluso a reuniones familiares en las que, a mi juicio, ella no pintaba nada.

En esas ocasiones yo siempre apretaba los dientes e intentaba aguantar el tipo. Pero últimamente todo el asunto me estaba saturando. Había pensado varias veces en llevar a otra mujer a cenar a casa de mis padres y presentarla como mi acompañante. Así me dejarían en paz. Mis padres y, con seguridad, también Randa, porque mi hermana se lo contaría todo con pelos y señales.

Sí, quizá debería hacerlo de verdad.

Parecía que ni mi familia ni Randa entendían otro lenguaje.

Otis soltó una carcajada. —Solo era broma, tío. Sé que no traerías a Randa en la vida.

Intenté reír brevemente.

Pero mis pensamientos estaban en lo que estaba pasando ahora mismo en la sala de conferencias.

—¿Tienes listo el discurso? —quiso saber Otis.

—Claro —mentí.

En realidad, no había escrito ni una sola palabra. Tendría que hacerlo esta noche.

—Oye, tío, tengo que volver a mi reunión. Hablamos luego. —Bajo ningún concepto quería tener que responder a más preguntas incómodas.

Terminé la conversación tan rápido como pude.

Después, respiré hondo y abrí la puerta de la sala de conferencias.

Allí me esperaban Mr. Browning, Mr. Riddle y Mr. Halley.

De pie.

La imagen me provocó una sensación desagradable en la boca del estómago.

¿Pasaba algo malo?

¿Acaso se habían decidido en mi contra durante el tiempo que había estado fuera?

¿Por una llamada?

Sentí el impulso absurdo de justificarme.

Maddox. Un buen hombre de negocios nunca se justifica. ¡NUNCA!

Así que recorrí con la mirada a mis tres interlocutores sin dejar traslucir nada.

—Ya nos pondremos en contacto con usted, Mr. Eastbourne. —Mr. Browning me saludó con la cabeza. No de forma despectiva, pero sí un poco... condescendiente.

—Por supuesto. —Yo también asentí.

Otros dos asentimientos de Mr. Riddle y Mr. Halley.

—Si tienen alguna otra pregunta... —No terminé la frase.

—De momento no. Tenemos toda la información que necesitamos en este punto. —Mr. Browning me estrechó la mano, seguido por Mr. Riddle y Mr. Halley.

—Entonces les acompaño abajo.

Mientras intercambiábamos banalidades durante el trayecto de bajada, no pude evitar la sensación de que algo acababa de salir

rematadamente mal.

Pero tenía que conseguir ese contrato como fuera.

Apreté los puños a escondidas.

¿Cómo podría convencer a la *VY Corporation*?

Capítulo 5 Josie

Abatida, me arrastré hasta el edificio donde tenía mi apartamento.

Vaya día de mierda.

Primero me despiden y luego casi heredo una fortuna.

Casi.

Esa parecía ser la palabra de mi vida.

Casi habría logrado esto o aquello. Casi habría sido la primera. O la mejor de la clase. Casi me habría quedado con un hombre estupendo, casi habría ido a la universidad y casi…

Casi no estaría hoy metida en este lío.

Si mi jefe hubiera llegado veinte minutos más tarde.

O si la señora Palin hubiera cancelado la cita.

Miré el móvil.

Ningún mensaje de Holly.

Probablemente iría con retraso y, una vez más, no habría sido capaz de avisarme. Le pasaba a menudo desde que se había convertido en madre. No me atrevía mucho a decírselo; al fin y al cabo, no tenía ni idea de cuántas cosas tenía que gestionar una madre a la vez. Aunque yo necesitaba apoyo de vez en cuando, Holly tenía cosas más importantes que hacer. Los niños siempre eran lo primero.

Y, aun así, estaba un poco decepcionada.

—¡Josie! ¡Por fin estás aquí! Ya me preguntaba cuándo aparecerías —una voz conocida me sacó de mis pensamientos.

Delante de la puerta de mi casa estaba mi prima Lea.

—Lea. —No podría haber estado más asombrada—. ¿Qué haces aquí?

—Necesito tu ayuda urgentemente —Lea me miró desesperada—. Ya te he llamado y te he enviado mensajes, pero… nada de eso te ha llegado —la voz de Lea había tomado un tono ligeramente acusador.

¿Nada de eso había llegado?

Miré el móvil.

Y allí lo vi. Arriba a la derecha en la pantalla había un pequeño avión.

Había conectado el modo avión. Debió de ser por accidente. En realidad, solo había querido poner el móvil en silencio para ver el Hotel sin interrupciones.

No era de extrañar que no hubiera recibido ningún mensaje.

Es que no PODÍAN haber llegado.

—Holly también quería localizarte con urgencia —Lea abrió la mano derecha y agitó la llave de un lado a otro ante mis ojos.

—La llave —suspiré aliviada.

Por primera vez en todo el día.

Al menos algo que no salía del todo mal.

—Holly tenía que seguir su camino y, como no sabía dónde estabas, cuándo vendrías o cuánto tardarías, me ha dado a mí la llave —Lea siguió agitándola.

Y yo que pensaba que Holly no daba señales de vida.

Resulta que esta vez había sido yo la que no estaba localizable.

—Gracias, Lea. Eres un sol —le sonreí a mi prima. Luego fruncí el ceño—. Un momento. ¿Qué haces tú aquí, para empezar? Si… si te casas el domingo —reflexioné febrilmente. Pero estaba segura. El domingo era el gran día.

La invitación llevaba semanas colgada en el corcho de mi cocina. Llevaba el mismo tiempo deseando que llegara la fiesta.

Solo que en este momento no tenía ninguna gana de celebraciones.

Lo que más me habría gustado era decirle a Lea en ese mismo instante que no iría el domingo. Solo quería acurrucarme en mi cama y no fastidiarle un día estupendo a los demás con mi mal humor.

Y menos aún el día de su boda.

Lea y su novio Otis se merecían estar rodeados solo de gente alegre que les deseara de corazón lo mejor para el inicio de su vida en común. No quería ser un alma en pena en medio de una fiesta divertida.

Probablemente la gente incluso intentaría animarme.

Y aunque, por un lado, eso no estaba mal, por otro era lo último que quería en aquel momento.

—Sí. Me caso el domingo. Y ese es precisamente el problema —Lea sorbió por la nariz.

—¿Un problema? —miré fijamente a mi prima y olvidé por un instante mis propias preocupaciones—. ¿Pasa… pasa algo entre Otis y tú? —No podía imaginármelo por nada del mundo. Pero eso no significaba nada. Al fin y al cabo, ya se habían separado suficientes prometidos en el último momento porque la novia había pillado al novio con otra. O porque…

Ahora mi imaginación me fallaba.

Una boda es algo que se piensa bien.

¿No?

—No, con Otis todo va bien. Pero Raynor… —los ojos de Lea se agrandaron. Su labio inferior tembló ligeramente—. ¿Podemos subir? —preguntó entonces.

—Por supuesto —cogí la llave de la mano de Lea y fui hacia la puerta. Apenas podía contener la lengua. Casi reventaba de curiosidad.

Raynor era la mejor amiga de Lea y debía ser la madrina el domingo.

Apenas entramos en el ascensor, Lea soltó: —Raynor se ha roto la pierna. Se ha caído de la escalera como una tonta cuando iba a limpiar una ventana.

Me llevé la mano a la boca. —Dios mío. ¿Cuándo ha pasado?

—Hoy. Hace unas cinco horas o así —Lea puso cara de pena. Aunque ya no parecía que fuera a romper a llorar de un momento a otro, tampoco se parecía precisamente a una novia que estuviera ilusionada por el día de su boda.

Suspiré. Cuando llegamos arriba, abrí la puerta del apartamento. Luego me di la vuelta—. Ven, deja que te dé un abrazo.

Lea y yo estábamos muy unidas. Nos habíamos criado en el mismo vecindario y habíamos sido casi como hermanas. Al fin y al cabo, ninguna de las dos tenía hermanos propios. ¿Qué mejor que unirse a la prima?

Abracé a mi prima.

—Gracias —murmuró Lea contra mi chaqueta.

Le acaricié la espalda. Mi propia desgracia había pasado realmente a un completo segundo plano.

¿No se decía incluso que las preocupaciones de los demás podían ayudarnos a distraernos de las nuestras?

Quizá.

En cualquier caso, no me parecía que fuera del todo falso.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —Solté a Lea—. ¿Podéis celebrar la boda también sin madrina?

—¿Sin madrina? —la voz de Lea subió a niveles insospechados—. Eso es imposible.

Yo no tenía ni idea de bodas ni de los trámites necesarios. ¿Pero no era cierto que dos personas podían simplemente casarse porque querían? ¿Así, sin testigos? ¿No se podía ir simplemente al registro civil? En Las Vegas uno también podía casarse así como así, en unos minutos, sin grandes formalidades. Entonces en Nueva York seguramente no sería mucho más complicado.

¿O sí?

—¡De ninguna de las maneras! Toda la ceremonia se echaría a perder —Lea me miró excitada—. No, necesito una madrina sea como sea. ¿No… no podrías hacerlo tú? —Lea me miró suplicante—.

Si eres casi como mi hermana. Sí, Raynor es mi mejor amiga, pero tú… — Lea se calló—. Tú y yo éramos casi como gemelas de pequeñas.

Contra todo pronóstico, se me escapó una risita. —Es verdad. La gente nos confundía cuando llevábamos la misma ropa. Incluso nos divertíamos con eso.

Lea sonrió. —Hoy ya casi no nos parecemos. Pero… pero te sigo sintiendo muy cercana y… —tragó saliva—. Sé que es feo ser la segunda opción, pero…

Suspiré. —Lea, de verdad que me gustaría sacarte del apuro. Pero ahora mismo no tengo nada de cuerpo para fiestas. Sería la peor madrina que se recuerda y probablemente solo te traería mala suerte. Y eso es lo último que querría.

—¿Pero qué ha pasado? —ahora era Lea la que me miraba fijamente.

—Yo… primero necesito un café. —De repente me sentí un poco mareada. Todo aquello había sido un poco demasiado para un solo día.

Fui delante hacia la cocina. Allí cogí rápidamente una cápsula, abrí la cafetera y la introduje. Hacía un tiempo que me rondaba la idea de comprarme una cafetera automática moderna, pero, para empezar, mi cocina era demasiado pequeña. Y, para seguir, no tenía el dinero necesario.

Otro sueño más que probablemente nunca se cumpliría.

Comprobé el nivel del depósito en la cafetera y añadí un poco de agua. —¿Quieres tú también una taza? —le pregunté a mi prima.

—Con mucho gusto. —Lea se puso a mi lado—. Me vendrá de perlas hoy. Después de tanto ajetreo.

—Y que lo digas. —Presioné el botón de encendido de la máquina. Emitió un leve zumbido. Sentí cómo todo mi cuerpo se relajaba. La perspectiva de tomar café pronto me sentaba de maravilla. Aunque eso no fuera a disipar de repente todas mis preocupaciones, hacía que la vida fuera considerablemente más fácil de soportar.

De pronto, la cafetera soltó un fuerte siseo.

¿Qué ha sido eso?

Me quedé mirando el aparato. Nunca había oído ese sonido.

Una nube de vapor salió de la máquina.

Luego se oyó un bufido.

Y después, nada más.

En su lugar, me llegó a la nariz un ligero olor a quemado.

—¿Qué pasa? —Inspeccioné la cafetera buscando alguna señal de avería. Pero no detecté nada.

Lea arrugó la nariz. —Ese trasto ha pasado a mejor vida.

—¿Estás segura? —Encendí y apagué la cafetera de nuevo.

Nada.

Entonces la desenchufé.

Y volví a enchufarla.

—Quizá sea por otra cosa... —Una sensación de vacío se instaló en mi estómago. Y mi cabeza se sentía igual. Si no me tomaba una taza de café pronto, no sería capaz de articular un pensamiento coherente. Me conocía lo suficiente como para reconocer las señales.

Tenía síndrome de abstinencia de cafeína.

—A mi cafetera le pasó exactamente lo mismo hace unos años. No volvió a arrancar nunca. —En este caso, Lea no servía de mucho consuelo.

—¡Mierda! —Golpeé la encimera con el puño. Por un momento me sentí muy bien. Por fin podía dar salida a todas las emociones que se habían acumulado en mi interior desde que me echaron esta mañana.

Pero enseguida me froté la mano.

Debería haber golpeado con un poco menos de fuerza.

—Sabes, sobre la boda... —empezó a decir Lea.

—Necesito café —interrumpí a mi prima—. Después de todo lo que ha pasado hoy... —Negué con la cabeza.

—Pero ¿qué es lo que ha pasado exactamente? —repitió Lea su pregunta de antes.

—Ay. —Me quedé mirando con melancolía mi cafetera—. Todo se ha roto. Y no sé cómo voy a recoger los pedazos.

Lea me agarró del brazo. —Nos vamos ahora mismo a la cafetería de al lado. Allí te tomas el café y luego me hablas claro. Porque te necesito el domingo como madrina.

Me dejé llevar al exterior sin oponer resistencia.

—No puede ser verdad —gemí poco después—. Sencillamente no puede ser verdad. —Apoyé la cabeza con desesperación contra el cristal de la puerta de mi cafetería favorita.

Había un cartel pegado al cristal.

Cerrado hoy.

Lo leí tres veces antes de que mi cabeza procesara lo que estaba pasando.

La cafetería estaba cerrada.

Seguía sin haber café para mí.

¿Qué narices pasaba hoy?

¿Se había conjurado el universo contra mí?

Normalmente la cafetería abría todos los días.

¡TODOS LOS DÍAS!

¿Por qué hoy no?

Entonces sentí una mano sobre mi hombro. —A ver, Josie, por favor. Esto no es el fin del mundo. No es la única cafetería de Nueva York. Vamos a dar una vuelta a la manzana y mientras tanto me cuentas por fin qué es lo que te pasa.

No me moví de donde estaba.

—Sin protestas. —Lea me apartó con energía de la puerta. Se agarró a mi brazo y empezamos a caminar despacio calle abajo.

Mi prima tenía razón. Uno no podía quejarse precisamente de falta de cafeterías en Manhattan.

—¡Josie! ¿Qué ha pasado? —Lea no se daba por vencida.

Suspiré. —Ay. Me han despedido. Y luego pensaba que había heredado algo, pero no es más que una ruina y probablemente pueda darme por satisfecha si me deshago de ella sin tener que pagar encima nada y... —Me mordí la lengua. Por poco le cuento también a mi prima que mi cuenta estaba a cero y que realmente no sabía qué hacer.

Pero no quería decirle eso.

No quería dinero de ella, como tampoco de Holly.

No quería deberle nada a nadie, y menos a la gente cercana a mí. Me daría demasiada vergüenza si no pudiera devolver mis deudas a

tiempo.

Y además, no quería que Lea se preocupara todavía más por mí estando tan cerca su boda.

—Ya lo solucionaré. —La frase sonó poco convincente. Exactamente como me sentía yo.

—No suenas muy optimista. —Lea me conocía demasiado bien. No podía engañarla.

Mi prima se detuvo. Me agarró por los hombros. —Pero te digo una cosa: por supuesto que lo solucionarás. No hay solo un salón de belleza en Nueva York. Igual que no hay una sola cafetería. O solo una de lo que sea. Siempre hay otra posibilidad, pase lo que pase o aunque algo salga mal.

—Sí. —Respondí lo que se esperaba. Aún no estaba del todo convencida—. Pero si no consigo una recomendación y...

—Alguien te querrá. Solo tienes que buscar un poco y ya encontrarás lo adecuado. —Lea volvió a cogerme del brazo. Ojalá hubiera podido estar tan segura de mí misma como ella lo estaba.

Me limité a asentar. Así, al menos, Lea no notaría por mi voz que seguía dudando. Si hubiera dicho una palabra, me habría pillado las dudas al vuelo.

—Pero si vas por ahí como un alma en pena, no funcionará. Tienes que irradiar energía. Entonces encontrarás a alguien que te contrate. A la gente le encanta tu vitalidad. —Lea me sonrió.

Genial.

¿Cómo se suponía que iba a hacerlo?

¿Alegrándome por que me hubieran despedido?

—La boda te distraerá. Cuando seas mi madrina, pensarás en otras cosas. Estarás demasiado ocupada para estar deprimida. —Lea soltó una risita—. Podrás beber un poco y tener el flirteo de rigor con el padrino.

—Ja, ja —dije. Por alguna razón, la broma de Lea no me hizo ninguna gracia.

Pero mi prima no paraba. —Y si no quieres eso, al menos podrás tomar todo el buen café que quieras. Hemos alquilado varias cafeteras. No te faltará de nada.

Me quedé pensando.

Realmente no me vendría mal pensar en otras cosas, ¿verdad?

—Pero ¿y si no estoy de tan buen humor y te arruino la boda? —Miré a Lea con duda.

—Qué tontería. El hambre viene comiendo. Y el buen humor viene celebrando. Ya lo verás. El domingo por la mañana, en cuanto te maquilles, te sentirás mucho mejor. Y la cosa irá a más y a más.

—Hm. —Todavía no estaba totalmente convencida.

—Encerrándose en casa y deprimida no se ha resuelto ningún problema. Y tampoco se ha puesto nadie de mejor humor por ello. —Lea se detuvo de nuevo.

Me miró con determinación. —Necesito tu ayuda, joder.

Entonces hice un esfuerzo. Tenía delante a mi prima, a la que quería tanto como a una hermana. No podía dejarla tirada. Y probablemente tuviera razón. La fiesta seguro que me sentaría bien.

Necesitaba salir.

En las últimas semanas y meses me había preocupado demasiado.

Ya era hora de despejar la mente.

¿Y si Lea tenía razón?

¿Y si toda la mala suerte de hoy era el comienzo de una nueva vida?

—Lo haré —dije.

Capítulo 6 Maddox

Desbancar a Ezekiel.

Convencer a VY Corporation.

Me levanté de la silla de un salto y me puse a caminar inquieto por el despacho. Estaba incluso más nervioso que por la mañana. La reunión no había ido tan bien como esperaba; tampoco es que hubiera ido mal del todo, porque aún no me habían dado una respuesta negativa, pero lo que se dice óptima, no había sido. Ezekiel seguía en la carrera. Pese a mi buena presentación, no había logrado obtener una ventaja decisiva.

Y gran parte de la culpa era mía. Me maldije una vez más por no haber sido capaz de apagar el móvil, ponerlo en silencio o en modo avión.

—¿Qué impresión he dado?

Hay cosas más importantes que esta reunión.

Hay cosas más importantes que VY Corporation.

Esa había sido la impresión.

Y aunque no quería parecer en absoluto desesperado por mis interlocutores o por el contrato, ese no era el mensaje que pretendía transmitir. A nadie le gusta que lo traten así. Todo el mundo quiere sentirse importante.

Yo también.

—¿Cómo puedo enmendar este error sin quedar mal?

Caminaba de un lado a otro. De un lado a otro.

De pronto, me detuve.

Claro.

Tenía que poner sobre la mesa algo que nadie más tuviera. Ni Ezekiel ni ningún otro. Algo que solo yo pudiera ofrecer.

Pero ¿qué podía ser?

Me puse a pensar frenéticamente.

Cualquiera podía ofrecer un servicio de primera clase, contratar a buen personal y mimar a los huéspedes. Ezekiel no era precisamente famoso por eso, pero no suponía un gran obstáculo. Podía cambiar la política de su empresa, contratar a gente más amable e introducir nuevas directrices. Le llevaría un tiempo, pero al final estaría a mi nivel en ese aspecto.

No, eso no era una ventaja decisiva. Y menos a ojos de unos empresarios curtidos de Silicon Valley. Para ellos, lo que contaba eran principalmente dos cosas: el tiempo y el dinero.

En cuanto al dinero, Ezekiel me llevaba la delantera. Su oferta era más baja que la mía y, aunque yo estaba seguro de ofrecer mejor calidad, al final lo que iba a inclinar la balanza sería la cifra que figurara en el balance. Así funcionaban todas las empresas. Había que evitar gastos innecesarios.

Así que solo quedaba el tiempo.

Y, de hecho, ya había tomado medidas hacía meses para vencer a Ezekiel en ese terreno.

Dos segundos después, estaba al teléfono. —Patrick. Ven a mi despacho. Ahora mismo, si puedes.

Menos de dos minutos después, mi gerente general apareció en el despacho. Rara vez le pedía que viniera a verme. Muy rara vez. Así que sabía que era urgente. Extremadamente urgente.

—¿Qué ha pasado con aquel hotelito que tenías que comprar? —La pregunta salió de mi boca casi disparada. Ni siquiera me había tomado la molestia de saludar a Patrick como es debido.

Por suerte, mi gerente general me conocía bien y no se lo tomó a mal. Sabía que, cuando se me metía una idea en la cabeza, no descansaba hasta tener la seguridad de que se llevaría a cabo.

—¿Te refieres al de la dueña que vivía en una residencia de ancianos? —se aseguró Patrick.

—Sí, ese mismo —fruncí el ceño—. Está a solo dos calles de la sucursal de VY Corporation. Es ideal. Precisamente por eso me interesé por él. —Todo aquello había ocurrido hacía unos meses. Como el hotel no era muy grande, le había pasado el asunto a Patrick. Que se encargara él. Un establecimiento tan pequeño no tenía mucha importancia.

Normalmente.

Pero ahora podía ser determinante. Podía ser el punto que convenciera a VY Corporation para firmar el contrato conmigo y no con Ezekiel.

¿Por qué no le había hecho un seguimiento al asunto? ¿Y por qué Patrick no me había mantenido informado? Mi gerente general solía ser muy fiable y nunca dejaba ningún proyecto a medias.

—Si la compra ya estaba prácticamente cerrada —recordé entonces todos los detalles del proceso—. Me dijiste que solo faltaba la certificación notarial. Lo sé perfectamente.

Pero ¿cuánto tiempo hacía de eso?

¿Por qué Patrick no había dicho nada más?

¿Por qué no había preguntado yo?

Ahora podría ser demasiado tarde.

Seguí caminando inquieto frente al gran ventanal panorámico.

—Es cierto —confirmó Patrick—, teníamos la cita, pero la señora no pudo asistir. No se encontraba bien.

—¿Y qué? —miré a Patrick con impaciencia—. Pues se pospone la cita. Eso fue hace meses. ¡No me digas que se tarda meses en conseguir una nueva fecha!

—No. —Patrick no perdía la calma. Normalmente, esa era la cualidad que más valoraba de él, pero hoy estaba empezando a sacarme de quicio. Cuanto más tranquilo parecía él, más impaciente me ponía yo. Y cuanto más impaciente me ponía yo, más tranquilo se ponía Patrick.

—¿Entonces? —apenas podía contenerme—. Habla de una vez, maldita sea. No tengo todo el día. —Se me pasó por la cabeza fugazmente que todavía tenía que escribir mi discurso para el domingo. O, al menos, pensar qué iba a decir.

—La señora ha muerto. —Patrick me miró con semblante apenado—. Justo al día siguiente de cuando teníamos la cita. Como te he dicho, se puso mal de repente y luego... —Patrick levantó ambas manos hacia el cielo, como indicando que aquello había sido causa de fuerza mayor.

—Maldita sea —gruñí. El comentario de Patrick me devolvió a la realidad.

Fallecida.

Qué pena.

Pero no tenía tiempo para guardar un minuto de silencio por una desconocida. Seguro que era una mujer encantadora, ¿pero no

podría haber pospuesto su óbito un par de días?

—¿Y ahora qué? ¿No lo habíamos pagado ya todo, si no recuerdo mal? La señora necesitaba el dinero con urgencia y, como juró y perjuró que no nos daría el cambiazo e incluso firmó un precontrato, ya le pagamos —recordé más detalles. Normalmente olvidaba estas cosas en cuanto se las confiaba a Patrick. Al fin y al cabo, ¿para qué tenía un gerente general?

—Así es. Y solo gracias a ese precontrato y al precio ya abonado he tenido alguna oportunidad en los tribunales —Patrick suspiró levemente.

—¿Tribunales? No tengo ni idea de qué me estás hablando.

—A ver, ¿quién si no va a confirmar que el Hotel nos pertenece? —Patrick se encogió de hombros—. El problema es que el patrimonio de la anciana pasó a sus hijos. Ellos ya tienen nuestro dinero.

—¿Y? Pues que nos den el hotel y ya está. Seguro que ni siquiera quieren ese cascajo —no entendía dónde estaba el problema.

—El hotel fue legado a otra persona. Esa persona tendría derechos sobre el inmueble, pero no sobre el dinero. —Patrick me miró.

—¿Cómo? —no lo seguía.

—Es que el importe pagado forma parte del patrimonio monetario y va a los hijos. El Hotel no forma parte del patrimonio monetario y va a parar a otra persona. Esa persona ahora se queda sin nada y, además, no aparecía por ninguna parte. Simplemente no se ha puesto en contacto con nadie —Patrick se rascó la cabeza—. Por eso preferí meter a los abogados de por medio. Si no, nos habríamos

buscado un lío. Peleas entre dos herederos y nosotros en medio, no, gracias.

Asentí. Lo que decía Patrick tenía sentido.

—¿Por qué no me habías contado esto? —quise saber.

—Lo hice. Justo después. Pero le quitaste importancia con un gesto y no volví a mencionarlo. Sé que confías en mí. —Patrick me miró extrañado.

Cierto.

Siempre trabajábamos así.

¿Por qué iba a ser diferente ahora?

Y, de hecho, recordaba vagamente que Patrick me había comentado algo parecido.

—¿Y cuál es el resultado? —seguí preguntando. Ya me preocuparía más tarde de si debía cambiar algo en nuestros procesos para que estas cosas funcionaran mejor en el futuro. Ahora tenía que ocuparme de los asuntos urgentes: el pequeño hotel y el contrato con VY Corporation.

—Luego tengo la comparecencia en el juzgado. En tres cuartos de hora. Todo debería salir según lo previsto. —Patrick me sonrió.

—Bien. —Me esforcé por no mostrar demasiado lo tenso que estaba.

¿Por qué la cita era para tan tarde?

Las cosas de palacio van despacio, Maddox. Todo el mundo lo sabe.

Los tribunales de Nueva York estaban crónicamente saturados. Probablemente Patrick había tenido suerte de conseguir siquiera una fecha para antes de que terminara el año.

—Ya te avisaré. —Patrick me miró inquisitivo—. ¿Había algo más?

—No, yo...

Antes de que pudiera terminar la frase, la puerta de mi despacho se abrió de golpe con brusquedad.

—No puede entrar así como así —oí gritar a mi secretaria, antes de encontrarme con dos rostros de mujer con sonrisas fingidas.

Mi hermana Amber y su mejor amiga Randa.

Solté un gemido interno.

Lo que me faltaba.

Hoy no me iba a librar de nada.

—¿Qué hacéis aquí? —Mi saludo no podría haber sonado más antipático. Patrick pasó por el lado de Amber y se escabulló en silencio por la puerta. Le envidié. Cuánto me habría gustado a mí también desaparecer así, de forma discreta y silenciosa.

—Hola, hermanito —dijo Amber con voz cantarina mientras me plantaba un beso en la mejilla a modo de saludo. Randa se puso al otro lado e hizo lo mismo.

En ese momento debí de parecer una estrella de Fórmula 1 en el podio tras ganar una carrera, recibiendo besos de ambos lados. Solo que yo no tenía champán ni cava para rociar a las dos y al público. Además, faltaba el público. Y, por último, pero no menos importante, no me alegraba lo más mínimo mi victoria.

Amber y Randa eran todo menos un premio.

Eran un par de pesadas.

—¿Qué queréis aquí? —repetí mi pregunta.

—Pero bueno, ¿quién se ha puesto así de malhumorado? —Amber me sonrió. La conocía lo suficiente como para saber que su amabilidad era puro teatro. No decía nada en serio de todo lo que soltaba a lo largo del día. Pero, por desgracia, aparte de mí, nadie más se había dado cuenta.

Quizá Randa sí se había percatado. O no. Era exactamente igual que Amber.

—Tengo trabajo que hacer y no puedo permitirme interrupciones —dije con brusquedad. No quería dar bajo ningún concepto la impresión de que su visita era bienvenida.

—¿Acaso te estamos molestando? —Los ojos de Amber se pusieron redondos como platos—. Quiero decir... soy tu familia. Como familia, siempre se debe estar ahí y apoyarse mutuamente.

No me esforcé en ocultar mi expresión de sufrimiento. Amber era una verdadera maestra en soltar esas frases trilladas que nadie podía rebatir. ¿Quién iba a decir que la familia NO debía apoyarse?

Exacto.

Nadie.

Sin embargo, en el mundo de Amber, estar ahí para el otro significaba sobre todo que debía hacerse lo que ella quería. Cuando ella quería. Y como ella quería.

Era una manipuladora sin igual que solo pensaba en sus propios intereses.

Y en los de su mejor amiga.

Aunque de eso tampoco estaba seguro. ¿Quizá Randa solo era la mejor amiga de Amber porque siempre hacía lo que Amber quería?

En cualquier caso, yo no iba a morder el anzuelo de mi hermana.

—No tengo tiempo para dar apoyo —dije tajante.

Amber soltó una risita. —No se trata de eso. Randa y yo queríamos irnos fuera el fin de semana.

Entonces Randa se adelantó. —Sí, Maddox, queríamos darnos un capricho y pasar un fin de semana estupendo en un hotel genial. Un fin de semana de chicas con spa y todo lo demás.

Asentí. Eso no me interesaba. Que se fueran si querían. Así estarían lejos y no me darían la lata.

—Pasadlo bien —acerté a decir por compromiso.

—Pero me ha surgido algo. —Los ojos de Amber se abrieron aún más que antes—. Y ahora... ahora habíamos pensado que Randa y tú...

—Ni en broma —interrumpí a Amber antes de que pudiera terminar la frase.

—Pero Maddox. —Randa me cogió la mano y la apretó con fuerza—. No puedo ir sola de ninguna manera. Me daría mucho miedo y... —Ahora las facciones de Randa se suavizaron y me apretó la mano aún más fuerte. Luego inclinó la cara y presionó su mejilla contra mi mano. Casi parecía que estaba usando mi mano para acariciarse a sí misma—. Pensé que podríamos aprovechar esta oportunidad para acercarnos. Lo anhelo tanto. —La voz de Randa era suave.

Pero con eso no me iba a engañar. Detrás de esa fachada se escondía una mujer gélida y calculadora. Conocía a Randa desde hacía tiempo.

—Pues yo no. —Me levanté bruscamente y aparté mi mano—. Y las dos lo sabéis perfectamente.

—No seas tan cruel. —Amber se puso las manos en las caderas. Randa emitió un sonido que recordaba a un leve sollozo. Harto, puse los ojos en blanco mirando al techo. No soportaba ese tipo de cosas.

¿Por qué esa mujer no podía aceptar mi negativa y ya está?

En lugar de eso, estaba montando un numerito intentando chantajearme emocionalmente con sus lágrimas. Si lloriqueaba lo suficiente, al final acabaría yéndome de fin de semana con ella.

Y lo siguiente sería casarme con ella y engendrar unos cuantos hijos.

Los nietos que mis padres y los suyos esperaban con tanta ansia.

Solo porque una vez acabé con ella en la cama.

Conmigo no.

Desde luego que no.

—Maddox, sé que llevas años negando tus sentimientos. —Randa se plantó delante de mí—. Pero no hay ninguna razón para ello. Ninguna en absoluto. Yo... —Randa respiró hondo—. Comparto tus sentimientos. Eso es lo que siempre he intentado darte a entender cuando me mirabas de esa forma tan especial en las fiestas.

¿Mirarla de forma especial?

Casi le pregunto a Randa si había bebido de más en esas fiestas. O si se había comido un bizcocho de marihuana.

Seguro que no la había mirado de ninguna forma especial.

Tal vez con especial irritación, porque siempre me ponía de los nervios.

Debía de haber estado aún más borracho de lo que pensaba durante nuestra aventura de una noche. Sencillamente no tenía ningún recuerdo de aquello. Y eso era una bendición.

—Creo que ha llegado el momento de estar juntos de verdad. Y a nuestros padres seguro que también les gustaría. —Randa sonrió—. No hay motivo para tener miedo. En serio, ninguno. Encajamos perfectamente y seremos muy felices.

Dios mío.

Si dejaba que esta mujer siguiera hablando, probablemente se pondría a elegir el vestido de novia y los anillos en ese mismo instante. Y a llamar al cura.

¿No me había planteado hace poco buscarme una novia? Fruncí el ceño. En realidad no quería a ninguna mujer en mi vida, pero si con ello podía ahuyentar a Randa...

¿Pero dónde iba a encontrar a una mujer?

Deseché el pensamiento y volví a concentrarme en el presente.

—Todo eso te lo estás imaginando —respondí con la mayor brusquedad posible—. No siento nada por ti. Nunca lo he sentido.

Randa volvió a sorberse la nariz. —No lo dices en serio.

Apreté los dientes. La vena de mi frente empezó a latir. Una señal inequívoca de que estaba a punto de perder los estribos. Me sentía capaz de lidiar con cualquier negociación comercial, pero estas dos mujeres me estaban llevando al borde de la locura.

—¡Lo digo muy en serio! —Recalqué cada palabra para que quedara claro lo que quería decir—. No tengo el menor interés en conocerte mejor de ninguna de las maneras. ¿Ha quedado claro?

Amber me miró fijamente.

Randa también.

—Es una pena que aún no estés preparado. —Randa sonrió con suavidad—. Pero no te preocupes. Puedo esperar.

—Por desgracia. —Dicho esto, pasé por delante de ambas hacia la puerta—. Si hicierais el favor de marcharos. Tengo trabajo.

Amber salió de mi despacho sin decir palabra.

Randa me susurró un «hasta pronto».

Tenía que pensar en algo.

Un encuentro más como este y perdería la cabeza.

Tenía que evitar ese «hasta pronto» a toda costa.

Capítulo 7 Josie

El domingo por la mañana me quedé mirando el espejo.

Me devolvía la mirada un rostro de un atractivo medio que hoy, simplemente, estaba especialmente bien arreglado. Arreglarme era algo que se me daba bien. Al fin y al cabo, era lo que había estudiado. Me había levantado muy temprano y me había aplicado todo lo aprendido en la escuela de estética.

Y ahora lucía como la madrina con el maquillaje perfecto.

Sonreí.

En las últimas horas me había invadido cierta sensación de ilusión. Desde que Lea y yo nos habíamos despedido frente a la cafetería, me había esforzado por ver las cosas con más optimismo. Seguro que encontraría un nuevo trabajo. Ayer había estado ocupada con los preparativos de la boda. Sin duda, Lea esperaba que dijera unas palabras. ¿O solo daban discursos los padrinos? ¿O el padre de la novia? ¿O todos?

No tenía ni idea, pero no quería estar desprevenida bajo ningún concepto. Así que había preparado unas cuantas frases en las que elogiaba a Lea y advertía a Otis en broma que cuidara de su mujer y fuera bueno con ella.

Ese tipo de cosas se dicen en un discurso, ¿no?

Aunque, en realidad, no hiciera ninguna falta.

Otis era un auténtico partidazo y trataba a Lea como a un regalo del cielo. Que, por supuesto, lo era. Pero había suficientes hombres que no demostraban a sus mujeres que las valoraban. O que quizá ni siquiera las valoraban.

Otis, por suerte, no era uno de ellos. Desde que Lea lo conoció, había florecido por completo. Irradiaba luz desde su interior y yo estaba segura de que los dos serían felices juntos. En este caso, uno enriquecía de verdad la vida del otro.

Por supuesto, también mencionaría eso en mi discurso. Después de haber bromeado con la advertencia a Otis.

Ayer le di muchas vueltas a mis palabras y estaba convencida de que gustarían mucho.

Volví a sonreír.

Mi reflejo en el espejo me devolvió la sonrisa.

Inconfundiblemente, apareció mi diente torcido.

A ese no podía arreglarlo.

¡Cuánto me habría gustado hacerlo!

Pero un tratamiento de ortodoncia costaba mucho dinero y había que pagarlo del propio bolsillo. Nunca me lo podría permitir y tendría que ir por la vida con el diente torcido para siempre.

Me examiné con ojo crítico.

Cabello rubio y largo.

Ojos verdes.

Labios carnosos.

Una nariz recta.

Se me veía bastante bien, siempre y cuando no abriera la boca.

¿Acaso debía sonreír con los labios cerrados hoy? ¿Apretar la boca en todas las fotos?

Eso queda fatal, Josie, no puedes hacer algo así. Lea te echará la bronca si echas a perder todas las fotos de la boda.

Aunque el diente torcido tampoco era mucho mejor que los labios apretados. Tenía que elegir entre lo malo y lo peor.

Es el día de Lea, Josie. Harás lo que la haga feliz.

Y eso significaba sonreír y enseñar mi diente torcido a todo el mundo.

Solté un gemido profundo. Me habría encantado tomarme una taza de café. Aquella bebida caliente y estimulante no solo me ayudaba a despabilarme por las mañanas, sino que también me subía el ánimo y hacía que fuera más benevolente conmigo misma. Hoy en día el café tiene mala fama a veces. Yo no podía entenderlo.

En realidad, solo tenía efectos positivos, ¿no?

Bueno.

Me encogí de hombros con sentimiento de culpa. No estar nada en forma sin el café matutino y no poder articular un pensamiento coherente no era precisamente positivo. Esta mañana me había vestido a toda prisa y había corrido a mi cafetería favorita para recibir mi dosis diaria de cafeína. Por suerte, ya habían vuelto a abrir.

Y ahora…

Ahora habría dado cualquier cosa por otra taza para mejorar mi humor.

Pero la maldita cafetera seguía estropeada. No tenía filtros ni tampoco café soluble. Siempre había confiado en mi máquina.

Y no podía irme a una cafetería ni a comprar de esta guisa.

Ya llevaba puesto mi vestido verde claro hasta los pies, que me había comprado hacía unas semanas. Al fin y al cabo, mi intención era ir a la boda de todos modos. Solo que no como madrina.

Me miré los hombros descubiertos. El vestido era palabra de honor, muy entallado en el pecho, la cintura y la cadera, pero con más vuelo a partir de las rodillas.

El tono combinaba perfectamente con el color de mis ojos.

Y seguía teniendo un diente torcido.

Además de no tener trabajo ni hombre.

Hace unos días no me molestaba tener que ir a la boda de Lea sin acompañante. Llevaba años yendo sola a todas las celebraciones familiares. Hacía mucho tiempo que no conocía a nadie que me interesara de verdad.

Quizá es que eso nunca había ocurrido. Porque todos los hombres que me habían interesado a primera vista habían resultado ser unos muermos absolutos al final. O unos gilipollas que se habían olvidado de mencionarme que ya estaban comprometidos.

O cualquier otra cosa.

El caso es que nunca encajaba y al final simplemente dejé de buscar. Mis amigas habían encontrado la felicidad.

Holly.

Ahora Lea.

También mi compañera Susy.

Todas tenían un hombre.

Y yo tenía un diente torcido.

En ese instante, sonó el timbre de la puerta abajo. Debía de ser el chófer que tenía que llevarme a casa de Lea. Tenía que ayudarla a ponerse el vestido. Mi primera tarea como madrina del día de hoy. Y para eso no me había podido preparar en absoluto. Maquillar a Lea habría sido pan comido. Pero de eso se había encargado una estilista en la peluquería de Lea. Lea lo había querido así al principio, para que yo pudiera disfrutar del día simplemente como invitada. Pero ahora era la madrina. Y tenía que ayudar a Lea con el vestido.

Haría lo que pudiera.

Con la boca cerrada, cogí mi bolso de mano verde.

Sonreír.

Sin enseñar los dientes.

—¡Oh, Dios mío, Josie! —Cuando entré en el dormitorio de Lea, vino hacia mí totalmente fuera de sí—. ¡Qué bien que estés aquí! ¡Es una catástrofe!

—¿Qué es una catástrofe? —Dejé el bolso sobre el aparador. El dormitorio de Lea y Otis era inmenso. En esa estancia se podrían haber sacado dos dormitorios sin problemas. Casi me parecía que ni siquiera mi piso entero era tan grande. No tenía ni idea de en qué trabajaba Otis, pero, desde luego, debía de ganar muchísimo dinero.

—¡El vestido! —Lea extendió los brazos. Ya tenía el vestido puesto.

Un sueño.

Blanco, por supuesto.

Tan ceñido por arriba como mi vestido. Quizá incluso más. El contraste con los hombros bronceados de Lea y su pelo claro era impresionante. Mientras que yo probablemente me habría visto pálida con un vestido así, Lea estaba más guapa que nunca en su vida.

El vestido tenía algunos ribetes y encajes, pero no demasiados.

Sencillo.

Y precioso.

Luego le pondría a Lea el pequeño velo y le retocaría el maquillaje por última vez. Eso se me daba bien, por suerte. Al fin y al cabo, era mi profesión.

—Pero si está todo bien —tranquilicé a Lea—. Estás fantástica. Si Otis no hubiera decidido ya casarse contigo, tendría que hacerlo ahora mismo como muy tarde. —Por un momento consideré si debía incluir esta frase en mi discurso más tarde.

¿A que era perfecta?

—No hay nada bien —se lamentó Lea. Entonces me tendió la mano abierta. En ella había una pequeña pieza metálica que no supe identificar.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—¡Un corchete! —Ahora Lea casi gritaba, de lo alterada que estaba —. ¡Un corchete de este maldito vestido!

—¡Oh! —exclamé mientras pensaba febrilmente. ¿Tan grave era que se hubiera soltado un enganche del vestido?—. ¿Y dónde va ese corchete?

—Detrás. —Lea hizo un movimiento con la cabeza hacia su espalda.

Rodeé a mi prima. El vestido todavía estaba abierto por detrás. Había por lo menos cincuenta corchetes que tenía que cerrar. Pequeños ganchos metálicos. Al final, Lea se quedaría atrapada en su vestido. Por un momento me pregunté cómo se las apañaría Otis esta noche para abrir los corchetes. ¿Acaso la noche de bodas consistía principalmente en quitarle el vestido a la novia?

—Pero si eso no se nota nada —tranquilicé a Lea—. Hay tantos corchetes que nadie se va a dar cuenta de si uno está cerrado o no.

—Y tanto que se va a notar. —La voz de Lea sonaba casi en estado de pánico. Nunca había oído a mi prima así—. Ya sabes cómo es esto. Si alguien tiene una mancha en la cara, todo el mundo mira exactamente ahí. Y a ninguna otra parte.

—Pero esto no es una mancha en la cara. —Giré a Lea y la miré fijamente a los ojos. Luego la cogí por los antebrazos—. Esto es solo una presilla de tu vestido de novia. Una presilla entre muchas. Nadie se dará cuenta. Y mucho menos después de que te hayamos colocado el velo.

—Eso me lo dices ahora solo para tranquilizarme. —Lea se sumía cada vez más en su pánico.

Me quedé pensando.

—Espera —dije entonces y salí un momento a toda prisa.

Esta mañana, Lea y yo teníamos la casa para nosotras solas. Otis se estaba preparando para la boda en el piso de su amigo. La asistenta tenía el día libre porque, como es lógico, también estaba invitada a la boda. Aquí solo estábamos Lea y yo. Más tarde, el chófer vendría a recogernos.

Fui corriendo a la cocina y enseguida encontré lo que buscaba.

Inspiré profundamente.

Este trabajo de madrina era más duro de lo que me había imaginado. Tenía que conseguir que Lea se calmara como fuera. De lo contrario, acabaría hecha un manojo de nervios ante el altar.

Hasta ahora, Lea siempre había sido la más tranquila y racional de las dos.

Josie. Hoy es el día de su boda. ¿Acaso tú no estarías igual de nerviosa y sería casi imposible calmarte en un día así?

Negué con la cabeza.

A lo mejor.

Pero seguro que no por una presilla en la que al final nadie se fijaría.

Regresé al dormitorio. Allí puse el vasito sobre el aparador y lo llené.

—¡Bebe! —le ordené a Lea.

Ella olfateó—. Eso es alcohol.

—¿Y qué? Me parece que es lo que necesitas ahora. —Asentí a mi prima—. Te tranquilizará.

—No voy a emborracharme el día de mi propia boda —rechazó Lea el aguardiente indignada—. Vaya una madrina que estás hecha.

Suspiré—. Pues nada. —Al menos Lea ya no pensaba en la presilla. Por lo tanto, había logrado mi objetivo.

—Tienes razón con lo de la presilla —anunció Lea—. Nadie se dará cuenta. Y a Otis le da igual de todas formas. Él me quiere tal como soy. Ha dicho que no le importa cómo vaya vestida y que se casaría conmigo con cualquier ropa. —El rostro de Lea adoptó una expresión de arrobamiento—. No puedes imaginarte lo feliz que soy. Lo maravilloso que es casarse.

No.

En efecto, no podía imaginármelo.

Nunca lo había hecho.

Y tampoco parecía que fuera a hacerlo nunca.

Mientras Lea daba hoy el siguiente paso hacia la felicidad, mi vida era un auténtico desastre. A excepción de Lea y sus padres, no tenía familia. Mis padres habían muerto en un accidente de coche poco después de que yo terminara el instituto. Por eso, siempre había deseado formar mi propia familia.

Pero estaba más lejos de eso que nunca.

No tenía hombre a mi lado.

Al menos había conseguido valerme económicamente por mí misma.

Pero desde anteayer tampoco tenía trabajo.

Mientras todos a mi alrededor eran felices, yo estaba metida en un buen lío.

Cogí el vasito de aguardiente y me lo bebí de un trago.

—¡Josie! —Lea me miró indignada.

—Lo necesitaba. —No dije nada más mientras una agradable sensación se extendía por mi garganta. El alcohol surtía un efecto relajante. Y noté cómo una leve sonrisa asomaba a mi rostro. Estaba casi tan contenta como si me acabara de tomar una buena taza de café.

¡Café!

En la cocina de Lea había una de esas cafeteras automáticas tan caras.

Pero ahora no había tiempo para eso. Con pesar, descarté la idea de tomarme un buen café rápido.

Eso tendría que esperar.

Primero tenía que embutir a la novia en su vestido de boda.

Luego ella tenía que casarse.

Y después, quizás, podría retirarme a un rincón tranquilo con una taza de café humeante.

Quizás.

Dejé el vasito vacío en el aparador y me volví hacia la espalda de Lea.

Dos horas más tarde, ocupé mi lugar en el Ladies' Pavilion de Central Park. Lea siempre había deseado casarse en el pequeño pabellón de hierro fundido y Otis le concedió ese deseo encantado.

La tenía en un pedestal y le concedía hasta el más mínimo capricho. Exactamente eso es lo que diría luego en mi discurso.

Aquí tendría lugar la ceremonia. El banquete se celebraría después en el embarcadero de Central Park. A pesar de lo sencillo del nombre, era un lugar sumamente elegante que no tenía absolutamente nada que ver con un embarcadero de campo.

Esto era Nueva York.

Aquí hasta los embarcaderos eran otra cosa.

Lea y Otis habían tenido suerte. Hoy era uno de esos días en los que no se podía decir con exactitud si era finales de verano o principios de otoño. El sol brillaba en un cielo azul y se mostraba una vez más con toda su fuerza. El pabellón estaba decorado con mucho gusto.

Rosas rojas.

Y algunos claveles, las flores favoritas de Lea.

Sonreí.

Raynor, la amiga de Lea, realmente había pensado en todo. Por supuesto, se había encargado de muchos detalles junto con Lea.

Yo solo la estaba sustituyendo hoy.

Raynor tendría que conformarse con algunas fotos. Con suerte, pronto se encontraría mejor. Ayer la habían operado.

Al frente, en el pabellón, alguien hizo una señal.

El oficiante.

Lea y Otis habían optado por un oficiante civil en lugar de un sacerdote. Lea decía que eso le daría a la ceremonia un carácter más individual.

Volvió a saludar con la mano.

Tenía que ir hacia delante.

Venga ya, Josie. No te escondas. Al final, el único que te verá el diente torcido será él. Lea y Otis ya lo conocen, y todos los demás solo te verán la espalda.

Vencí mi timidez y me acerqué al frente del pequeño pabellón, donde habían colocado una mesa cubierta con un mantel blanco. Encima había un centro de flores precioso.

—Me alegra mucho que pueda acompañar a Lea en este día tan importante, Josie. —El oficiante me tendió la mano.

¡Sabía mi nombre!

Yo, en cambio, no tenía ni idea de cómo se llamaba él.

Ahora me quedaba claro a qué se refería Lea con lo del toque personal.

Realmente debería haberme informado y preparado mejor.

—¿Puedo presentarle al padrino? —El oficiante hizo un gesto. Me giré ligeramente hacia la derecha.

Y entonces mi corazón dio un vuelco.

Contuve el aliento tan bruscamente que creí que todo el mundo lo oiría.

Toda la comitiva de la boda.

—¿Se encuentra bien? —El oficiante parecía haber notado algo, en efecto.

—¿Qué? —balbuceé—. Eh... Sí.

Mi corazón volvió a latir.

Ante mí estaba el hombre más atractivo que había visto en mi vida.

El padrino.

Lea solo lo había mencionado de pasada. Sabía que se trataba de un amigo de Otis. Nada más.

Tampoco sabía su nombre, según comprobé en aquel momento.

Mis ojos recorrieron su rostro. Una nariz marcada. Una barbilla pronunciada. Una boca enérgica. El hombre parecía alguien acostumbrado a dar órdenes. Y también acostumbrado a que la gente las cumpliera.

Sus ojos oscuros me examinaron.

Intenté leer la expresión que había en ellos.

¿Qué estaría pensando?

Me era imposible saberlo.

Mi mirada siguió recorriendo su pelo oscuro. Sus orejas estaban un poquito despegadas. Lo justo para no parecer de soplillo, sino para dar un aspecto ligeramente asimétrico.

Una asimetría sexy.

Ay.

Dios.

Mío.

Sonreí.

Y entonces recordé que yo tenía un diente torcido.

Un diente realmente torcido.

Uno que no tenía nada de sexy.

Capítulo 8 Maddox

Me quedé mirando el mantel blanco que cubría la mesa frente a mí, esforzándome por poner la cara más solemne posible. Hacía un momento que mi expresión era de seriedad, pero no sentía realmente que encajara con la situación. Mi mejor amigo se casaba y, aunque un banquete de boda no fuera algo que debiera tomarse a la ligera, al fin y al cabo no dejaba de ser una celebración.

Nada que requiriera un semblante de funeral.

Debería estar riendo y alegrándome por Otis.

Y lo hacía.

Lea era una mujer fantástica. Otis la idolatraba tanto como ella a él. Parecían hechos el uno para el otro, y el hecho de que algo así todavía existiera hoy en día me asombraba una y otra vez. En mi mundo, esas cosas solo pasaban en las novelas románticas y en las películas empalagosas. Quizás también en algún musical de Broadway.

Pero desde luego, no en la realidad.

Sin embargo, Lea y Otis parecían empeñados en demostrarme lo contrario.

Otis no se había mostrado ni un ápice nervioso hace un rato, mientras se preparaba. Yo mismo le había prendido la rosa roja en el ojal y le había preguntado si estaba inquieto.

Otis se había echado a reír. — ¿Nervioso? Bueno, me alegraré cuando todo esto haya pasado. Entonces Lea y yo estaremos juntos para siempre—.

Juntos para siempre.

Le había preguntado a Otis si quería que lo acompañara al altar. Otis se limitó a negar con la cabeza. —Puedo hacerlo solo, colega. ¿Qué clase de imagen daría? Un hombre adulto incapaz de caminar solo hacia su novia...—.

Yo había asentido.

Otis me miró con seriedad. —La decisión de con quién vas a pasar tu vida es una de las más importantes. La más importante de todas. Lea y yo nos conocemos bien y no tengo la más mínima duda de que es la mujer de mi vida. Claro que estoy algo inquieto porque no quiero meter la pata en la ceremonia. Pero todo lo demás... —Otis levantó los brazos—. Yo le pertenezco a Lea y ella a mí. Estamos hechos el uno para el otro—.

Estar hechos el uno para el otro. Al pensarlo, me recorrió un escalofrío como si acabara de comer algo muy ácido. Nunca se me había pasado esa idea por la cabeza con ninguna mujer. A mi

familia, y sobre todo a mi hermana, lo que más les gustaría es que me quedara con Randa para siempre.

Ni hablar.

Preferiría quedarme solo toda la vida.

Además, estar solo no significaba estar realmente solo. Tenía mi trabajo, que me llenaba y me apasionaba. Allí podía cosechar éxitos y mis empleados eran de verdad como una gran familia para mí. Me importaba mucho que se sintieran bien. Tenía a Otis y a un montón de amigos y conocidos más. Tampoco me faltaban mujeres. Esto era Nueva York. Si quisiera, probablemente podría encontrar hoy mismo a una mujer con la que divertirme a mi antojo.

Y, sin embargo... Otis parecía tan feliz que me preguntaba si no habría algún ingrediente secreto para una vida plena que solo los casados conocían y que permanecía oculto para todos los demás.

Pero ¿qué podría ser?

Fruncí el ceño.

¡Maddox! Deja de darle vueltas. Esta es la boda de tu mejor amigo. Él y su novia llegarán pronto y lo que tienes que hacer es reírte y alegrarte con ellos, como están haciendo todos los demás invitados. En lugar de buscar un ingrediente secreto que no existe.

Probablemente el secreto consistiera simplemente en encontrar a una de esas pocas mujeres que no te sacaban de quicio constantemente, como Randa o Amber. Pero esas parecían más escasas que los diamantes. Nunca había conocido a nadie así.

Excepto en el cine.

Y daba igual cómo fuera tu mujer... la soltería tenía ventajas muy claras. No tenía que dar explicaciones a nadie. Podía hacer y deshacer a mi antojo. Hoy estar aquí y mañana allá... comer comida basura sin sentirme culpable. Poner los pies sobre la mesa. No dar golpe si no me apetecía. Simplemente ser yo mismo.

Incluso pasarme de la raya de vez en cuando y despertarme con resaca sin tener que oír que ya no tengo edad para esas cosas.

Ahora sí que sonreí un poco y relajé las facciones. Luego respiré hondo. Entre tanto concentrarme y cavilar, ni siquiera me había dado cuenta de lo que pasaba a mi alrededor.

¡Dios mío, Maddox! Al final va a celebrarse la boda y ni te vas a enterar. ¡Y eso que eres el padrino! ¡Tienes que vigilar que todo salga a pedir de boca!

El oficiante se aclaró la garganta.

—¿Me permite presentarle al padrino? —le oí decir.

A la persona que estaba a mi lado.

A la madrina ya la conocía de sobra. Raynor era una amiga de Lea. Discreta, sencilla y poco memorable. Pero a cambio era atenta, amable y siempre estaba de buen humor. Otis y Lea habían organizado una cena para que nos conociéramos. Después de eso, Raynor me llamó un par de veces para hacerme preguntas de organización, pero por lo demás me había dejado tranquilo.

Se lo agradecía enormemente.

No estaba nada mal.

Por desgracia, no era especialmente atractiva, al menos para mi gusto.

Suspiré.

Entonces me volví hacia Raynor.

¿Raynor?

No.

Parpadeé.

Aquella no era Raynor.

Frente a mí estaba la mujer más hermosa que jamás hubiera visto.

Desde luego, no era Raynor.

¿Qué hacía ella aquí?

Mi mirada recorrió un rostro simétrico, de nariz recta, labios carnosos y mentón suavemente redondeado, enmarcado por una melena rubia. Unos ojos verdes me iluminaron. Nunca en mi vida había visto un color de ojos así y por un momento me pregunté si llevaría lentillas.

No.

Con lentillas sus ojos no habrían brillado de esa manera.

Aquello era real.

Todo en esa mujer era real.

Ahora me sonreía. Al hacerlo, se le veía un diente torcido.

Dios mío.

Esa mujer era absolutamente perfecta incluso en sus imperfecciones.

Me quedé mirándola fijamente. No era mi intención, pero no podía evitarlo.

¡Maddox! No te le quedes mirando.

No quería quedarme mirándola.

Pero no podía apartar la vista de ella. Automáticamente, mi mirada bajó de su rostro. Recorrió su cuerpo. Llevaba un vestido verde que combinaba exactamente con el color de sus ojos y que realzaba sus curvas de una manera capaz de volver loco a cualquier hombre. Pechos turgentes, hermosos y redondeados. Una cintura estrecha. Piernas largas.

Todo en ella pedía a gritos ser tocado.

Sentí un nudo en la garganta.

Tragué saliva.

Maddox, contrólate. Es la boda de tu mejor amigo. No estás aquí para quedarte embobado con una completa desconocida.

Sencillamente no sabía hacia dónde mirar. ¿A su cara? ¿A su cuerpo?

Todo en esa mujer resultaba tentador.

Al final, respiré hondo y me obligué a mirar a la mujer de nuevo a los ojos. Seguía sonriendo, pero ahora tenía los labios cerrados.

Qué pena.

Estaba despampanante de todas formas, pero ese diente torcido le daba un toque especial. Era lo que me estaba volviendo loco, igual que probablemente a cualquier otro hombre. Seguramente ya le habría robado el corazón a media Nueva York.

El oficiante me miró.

Es cierto.

Me la había presentado y me pareció que de eso hacía una eternidad. Debía parecer completamente ido o un tipo de lo más grosero.

Me aclaré la garganta. —Soy Maddox—.

—Josie—. La mujer volvió a sonreír de verdad, de modo que pude verle el diente. —Encantada de conocerte. He tenido que sustituir a Raynor a última hora. Por desgracia, se ha roto una pierna—. Ahora la hermosa Josie puso cara de preocupación.

—Vaya —dije—. Lo siento mucho—.

En realidad, no lo sentía ni lo más mínimo. Por supuesto, le deseaba a Raynor una pronta recuperación. Pero si no se hubiera roto la pierna, Josie no estaría aquí a mi lado. Y eso...

Volví a tomar aire.

Sentía una opresión en el pecho.

Josie era la mujer más sexy que había visto en mi vida.

Abrí la boca.

En ese preciso instante, empezó a sonar música detrás de nosotros.

La ceremonia comenzaba.

Josie se dio la vuelta y se alejó un poco de mí.

Qué pena.

¡Maddox! Contrólate. ¡Estás aquí porque tu mejor amigo se casa! ¡Por ningún otro motivo!

Había perdido la noción del tiempo y no sabría decir si habían pasado media hora o cuarenta y cinco minutos cuando escuché la frase: —Ahora os pondréis las alianzas que habéis elegido como símbolo de vuestro amor y fidelidad—.

¿Alianzas?

¡Las alianzas!

Me sobresalté.

Oh, maldita sea.

Debería haberle entregado los anillos al oficiante antes del inicio, pero primero me había abstraído tanto en mis pensamientos sobre Otis, Lea, los banquetes y el matrimonio, que no caí en ello al momento. Y después estuve demasiado ocupado contemplando a la hermosa Josie.

Llevaba los anillos en el bolsillo de la chaqueta. Envueltos en un pañuelo, sueltos. En realidad venían en una cajita, pero cuando me la metí en el bolsillo quedaba fatal. Parecía que llevaba un marcapasos gigante o algún otro aparato. O una petaca para el novio, por si necesitaba armarse de valor en el último momento.

Me aguanté una sonrisa.

Luego asentí hacia el oficiante. Ya se me había olvidado su nombre. Solo lograba acordarme de la preciosa Josie.

¡Maddox! Ahora no es precisamente el momento adecuado.

Metí la mano en el bolsillo de la chaqueta y busqué el pañuelo.

Ahí estaba.

El oficiante me miró. Mientras tanto, se había producido un silencio incómodo.

Cerré los dedos sobre el pañuelo y saqué la mano del bolsillo.

Rápido.

No quería pasar a la posteridad como el que casi arruina la boda en el último segundo.

Esa no era precisamente la labor del padrino.

Un pico del pañuelo se enganchó con algo dentro del bolsillo.

¡Maldita sea!

¿Qué era eso?

¿Cómo podía ser?

Si no era más que el bolsillo de una chaqueta.

Seguí tirando.

El pañuelo se soltó del bolsillo.

Y de mi mano.

Con un tintineo metálico que nadie más que Otis, Lea, Josie y el oficiante percibieron, los anillos cayeron al suelo.

Oh, joder, me cago en todo.

No podía ser verdad.

Miré hacia abajo con la respiración contenida.

Se me habían caído los anillos.

Una catástrofe.

Me agaché deprisa. Tenía que encontrar esos anillos como fuera y cuanto antes. Si no, Otis no volvería a dirigirme la palabra y rompería nuestra amistad. Y yo ni siquiera podría enfadarme con él. Me lo tendría bien merecido.

¿Cómo había podido suceder?

—Te ayudo—. Antes de que pudiera articular un pensamiento coherente, la hermosa Josie estaba arrodillada a mi lado, pasando las manos por las losas de piedra. —Aquí—. Tenía un anillo en la mano. Miró a su alrededor buscando el otro.

Nada.

Ni rastro de la segunda alianza.

Me incorporé un poco para mirar el suelo desde arriba.

¿Dónde estaba el maldito segundo anillo?

Desesperado, recorrí con la vista cada rincón del pabellón.

¡Era imposible que esa cosa hubiera rodado tan lejos! Había oído perfectamente cómo golpeaba el suelo. Un leve «clin» había llegado a mis oídos, seguido de otro suave «clin» inmediatamente después.

Dos sonidos, dos anillos.

Tenían que estar cerca el uno del otro.

Pero en el suelo no se veía nada.

Por el rabillo del ojo, noté que Otis cambiaba el peso de un pie a otro con inquietud. Lea se inclinó hacia él y le susurró algo al oído.

¡El anillo!

¡Tenía que encontrarlo!

¡Ya!

¡O la boda entera se iría al traste, y no porque a Otis le hubieran entrado dudas de última hora!

¡Yo lo habría arruinado todo!

¡La felicidad de mi mejor amigo!

Tragué saliva.

Nervioso, arrugué el pañuelo en el que habían estado envueltos los anillos. Aún lo tenía en la mano. Si el maldito pañuelo no se hubiera enganchado... Si no hubiera sido tan presumido y hubiera dejado los anillos en su caja... Si no me hubiera distraído hace un momento... Si le hubiera entregado los anillos al oficiante de inmediato...

Si, si, si.

De nada servía lamentarse.

El anillo estaba allí abajo, en alguna parte.

Josie seguía en cuclillas. En esa posición, se desplazó un poco hacia un lado y se recogió la falda del vestido.

Y entonces lo vi. Un leve destello justo al borde de su dobladillo.

El segundo anillo.

Me abalancé hacia ese punto para cogerlo.

En ese mismo instante, Josie también vio el brillo e intentó agarrarlo. Nuestras manos se encontraron. En lugar del metal duro de un anillo que debía simbolizar la eternidad, sentí una piel cálida, suave y delicada.

La piel de Josie.

Que se sentía tan seductora como ella misma se veía.

Que se sentía simplemente perfecta.

Una sacudida recorrió mi cuerpo, casi como si alguien me hubiera dado un golpe. Pero en el buen sentido.

Sacudí la cabeza. Algo estaba pasando en mi interior por el hecho de tocar la mano de Josies, y ni siquiera era capaz de encontrar las palabras adecuadas para describirlo.

A mi lado sonó una risa suave y melódica que me caló hasta los huesos.

Era la risa de Josie. —Si me sueltas la mano, uno de los dos podrá coger el anillo y la ceremonia podrá continuar—.

Aparté la vista del suelo y de nuestras manos entrelazadas. Entonces miré directamente a unos ojos de un verde mágico. Josie me guiñó un ojo y volvió a reírse. Su diente asomó un instante. Y en ese momento, se mostró tan natural y espontánea como no había visto nunca a ninguna mujer.

Era ella misma al cien por cien.

Y parecía darle exactamente igual lo que yo pensara de ella.

Era más sexy que cualquier otra cosa.

Tenía que conocer mejor a Josie.

De eso estaba seguro.

—¿Maddox?— Josie movió los dedos bajo los míos.

Cuando pronunció mi nombre, algo se me encogió en la zona del corazón.

Dios mío.

¿Pero qué era esto?

Nunca había sentido nada parecido; nunca me había pasado algo así.

—Los anillos—, me recordó Josie.

—Sí—. Por fin reaccioné del todo. Avergonzado, retiré la mano. El hechizo que se había creado entre Josie y yo se rompió, pero seguía notando su contacto y su risa.

Josie cogió el anillo.

Me levanté. Era mi oportunidad. Le tendí la mano a Josie. Ella la tomó y se impulsó para levantarse. Volví a sentir el calor de su piel. Y por un instante, Josie estuvo frente a mí y la miré directamente a los ojos.

—Gracias—. No lo dije en voz alta, pero mis labios formaron la palabra.

Josie asintió.

Me había entendido.

Nos quedamos mirando.

Fue solo un momento, pero pareció una eternidad.

Había una chispa en el aire que nunca antes había experimentado.

Capítulo 9 Josie

¿Quién era él?

Absorta en mis pensamientos, me quedé mirando al atractivo hombre moreno que estaba hablando con una mujer pelirroja muy guapa. En ese momento, él levantó su copa de cava y brindó por ella.

Maddox.

Ese era su nombre.

Y era amigo de Otis. Por eso estaba aquí presente como padrino.

Eso era todo lo que sabía sobre él.

Aparte de que, por supuesto, estaba escandalosamente bueno.

Observé cómo Maddox reía con la mujer pelirroja. La ceremonia había terminado. Mientras tanto, todos los invitados se habían desplazado al embarcadero de Central Park, donde ahora se celebraba una recepción con cava. Después servirían la comida. Un menú de cuatro platos, por supuesto de la mejor calidad. Al fin y al cabo, Lea no se había casado con un hombre pobre.

Pero eso no era lo más importante.

Contemplé a Maddox pensativa.

Otras cosas eran más importantes.

Como el modo en que una se sentía en presencia de un hombre.

Evidentemente, algunos hombres eran capaces de hacer sentir a sus mujeres como si fueran la única mujer del mundo. Un diamante. Esa persona tan especial. Y otros no lo conseguían.

—¿Todo bien, Josie?— Lea me abrazó por la espalda.

—¿Qué?— Me sobresalté. —Sí, claro. Esto es... es realmente una celebración maravillosa.—

Lea se echó a reír. —Por suerte ya estamos casados y nada puede separarnos. Por un momento he tenido mis dudas.—

—¿Dudas?— Me quedé mirando a Lea. ¿Acaso había querido decir «no» en lugar de «sí» en el último momento? No me había dado esa impresión en absoluto.

—No sobre Otis y yo—, rió Lea ahora. —Pero cuando a Maddox se le cayeron las alianzas, pensé que tendríamos que suspenderlo todo. Posponerlo.— Lea se puso seria. —Habría sido una mala señal si no hubiera encontrado los anillos.—

—Tonterías.— Negué con la cabeza. —Habría sido señal de que un anillo ha rodado hasta una esquina. Esas cosas pasan. No hay que buscarle un sentido profundo a todo. A veces no lo hay. A veces simplemente ocurre un percance.—

—Quizá tengas razón.— Lea me miró.

En ese instante, un camarero con frac negro apareció ante nosotras. Llevaba una bandeja con copas llenas de cava. Dejé mi copa vacía en la bandeja.

Lea cogió dos copas llenas. —Seguro que tienes razón. Y precisamente por eso ahora vamos a brindar y a estar alegres.— Rió. —No sabes cuánto te agradezco que te hayas prestado a ayudar en el último momento. No solo porque encontraste los anillos.— Lea rió con más ganas.

—No ha sido nada, faltaría más.— Le sonreí a Lea. —Por ti.— Nuestras copas chocaron. Me sentía un poco extraña. Sentía la cabeza ligera, como si estuviera flotando. Algo así como ingrávida.

Ten cuidado con el alcohol, Josie. Lea tenía razón. No ha sido buena idea empezar con el aguardiente ya esta mañana.

Por otro lado... estaba aquí para olvidar y divertirme, ¿no?

Mi mirada volvió a caer sobre Maddox. Ahora bromeaba y reía con una belleza morena que llevaba un vestido amarillo chillón y que

inclinaba su cuerpo hacia él con confianza. Incluso un ciego habría visto que estaba colada por Maddox.

Y a él parecía gustarle el halago.

Naturalmente.

¿A qué hombre no le gustaría?

—¿Quién es él?— Hice un gesto con mi copa de cava hacia Maddox.

Lea me miró. —¿Maddox? Un amigo de Otis. Ya te lo he dicho.—

—Sí.— Me habría encantado seguir preguntando. De qué se conocían Otis y Maddox. Y desde cuándo. Y a qué se dedicaba Maddox. Cómo era él.

Y si estaba soltero.

Josie. No seas tonta. Claro que está soltero. Está aquí solo, como tú. Y flirtea con cada mujer que se cruza en su camino.

De pronto, Maddox levantó la vista. Y de repente me miró. Sus ojos oscuros se fijaron en mí. Entonces me sonrió. Un gesto tan sutil que probablemente nadie más que yo notó. Luego me guiñó un ojo ligeramente y se encogió de hombros, mientras hacía un imperceptible movimiento de cabeza hacia la mujer del vestido amarillo, que aún seguía embobada con él.

Me reí.

De repente volvimos a estar tan conectados como antes, cuando buscamos juntos la segunda alianza. Entre Maddox y yo, a pesar de la distancia y de las otras personas que nos rodeaban, había una tensión que iba aumentando poco a poco.

La mirada de Maddox se volvió más intensa. Era como si el mundo solo consistiera en él y yo. Todos los demás sonidos pasaron a un segundo plano.

Maddox y yo.

No había nadie más.

La piel se me calentó y empezó a darme un ligero hormigueo.

Dios mío. Y eso que Maddox estaba tan lejos de mí.

Entonces Maddox levantó su copa y brindó por mí.

Yo también levanté mi copa y sonreí.

Y entonces volví a ser consciente de que tenía un diente torcido.

Cerré la boca avergonzada.

Las mujeres con las que Maddox había estado hablando en la última media hora seguramente tenían todas los dientes rectos, ya fuera porque siempre habían sido así o porque los mejores ortodoncistas los habían corregido en su juventud.

Dientes impecables, mujeres impecables.

La mirada de Maddox seguía fija en mí. Pero ahora me miraba con curiosidad. Había notado que algo había cambiado en mí.

—Estoy tan feliz.— Lea me abrazó sin previo aviso, devolviéndome al presente. Apenas logré estirar el brazo con mi copa de cava. De lo contrario, probablemente habría manchado a Lea o a mí misma. Habría sido el segundo percance del día.

—Otis todavía quiere darte las gracias.— Lea me arrastró con ella. —Al fin y al cabo, no solo has salvado mi boda, sino también la suya.— Lea soltó una risita.

Me dejé llevar sin oponer resistencia. Por el rabillo del ojo, vi que Maddox estaba siendo acaparado por otra mujer. Ella también era morena. Y llevaba un vestido color turquesa de corte escueto.

Y devoraba a Maddox literalmente con la mirada.

Quizá me lo había imaginado todo.

Es probable que Maddox no me hubiera guiñado el ojo a mí, sino a otra mujer que estaba detrás de mí, que tenía unos dientes impecables y un vestido aún más ajustado de color rojo pasión.

Probablemente lo mejor fuera no desperdiciar ni un pensamiento más en él, sino simplemente divertirme y celebrar.

No desperdiciar ni un pensamiento más en él.

Eso era más fácil de decir que de hacer.

Porque poco después estaba sentada junto a Maddox en la mesa, pensando febrilmente de qué podría hablar con él. Al fin y al cabo, no quería parecer la rubia tonta que no sabía hacer nada más que estar guapa y sonreír con la boca cerrada.

—Gracias por ayudarme con los anillos.— Maddox se volvió hacia mí. Hasta ahora, su vecina del otro lado lo había tenido acaparado. De hecho, llevaba un vestido rojo y era una prima de Otis.

—No hay de qué. Faltaría más.— Sonreí, pero enseguida volví a apretar los labios.

—Por poco arruino la boda.— Maddox puso una expresión de pesadumbre.

Me reí.

Maldita sea.

En presencia de Maddox me sentía tan cómoda y relajada que simplemente no podía evitar reír. Y mostrar mi diente. Normalmente no me resultaba muy difícil ocultar mi imperfección. La mayoría de los hombres eran más bien aburridos y serios.

—Yo no diría eso—, respondí. —Pero desde luego te has asegurado de que ahora todos tengan algo de qué hablar y de que recuerden este día durante mucho tiempo. Más tiempo que cualquier otro día de boda.—

—Hum—, murmuró Maddox. —¿Será eso algo bueno?—

En ese momento apareció un camarero. —¿Caballero? El Rib eye de añojo con salsa variada de pimienta al coñac para usted.—

Maddox negó con la cabeza. —Muchas gracias. Pero prefiero una ración doble de ensalada.—

Examiné a Maddox discretamente. Ya antes me había fijado en que bajo su elegante traje se escondía un cuerpo atlético con músculos firmes. Cuando sus dedos se habían posado sobre los míos, su agarre había sido firme.

Tenía fuerza.

¿Y ahora solo comía ensalada? Con eso uno no se queda realmente saciado. Y menos si se es tan alto y atlético como Maddox. Sencillamente no podía imaginármelo.

Maddox debió de ver la interrogación en mi cara. Se inclinó hacia mi oído y susurró: —Mi hermana siempre dice que soy afeminado porque prefiero la ensalada a la carne.—

El cálido aliento de Maddox me hizo cosquillas en el oído y descendió suavemente por mi cuello. De nuevo me estremecí. Maddox ni siquiera necesitaba tocarme. Una mirada bastaba para que me entraran calores y fríos alternativamente. Su aliento bastaba para que mi piel hormigueara.

Por todo el cuerpo.

Hasta los pezones.

Hasta mi centro.

Oh Dios, Josie. Esta es la boda de Lea. Y esto es un flirteo inofensivo, maldita sea. Nada más y nada menos. No te está tratando mejor ni peor que a todas las demás mujeres con las que

ha hablado. Solo quiere ser especialmente amable porque le ayudaste con los anillos. Tiene que calmar su mala conciencia. Eso es todo.

—Pero es que lo que más me gusta es la ensalada.— Maddox se alejó de mi oído. Una sacudida de arrepentimiento recorrió mi cuerpo.

—¿Y qué?— Con esfuerzo, regresé al presente. ¿Qué había dicho Maddox? ¿Que su hermana se burlaba de él por comer solo ensalada?

Ahora no podía decir nada equivocado. Tal vez Maddox estaba muy unido a su hermana a pesar de las burlas, o precisamente por ellas. Si ahora me indignaba porque ella se metiera con Maddox por sus hábitos alimenticios, la cosa podría salir mal.

—Creo que cada uno debería comer lo que más le guste. No importa si es carne o ensalada.— Me encogí de hombros. —Al fin y al cabo, cada uno es dueño de su propio estómago, ¿no?—

Maddox me miró. —Nadie lo había visto así antes. Lo de «afeminado» era decir poco.—

Suspiré. —Exacto. Y si una mujer come demasiada carne, entonces es demasiado masculina.— Negué con la cabeza. —Lo mejor será que establezcamos cuotas de quién puede comer qué cantidad de cada cosa.—

La mirada de Maddox descansó en mi rostro.

Durante mucho tiempo.

Sentí calor y noté cómo mis mejillas se ponían rojas.

Volví a mirar esos ojos oscuros que me atraían como un imán.

De improviso, Maddox dijo: —Entonces creo que deberíamos aumentar nuestra cuota de vino. Ni de lejos es lo suficientemente alta.—

Se rió.

Y yo me uní a su risa.

Cuota de vino.

Eso estaba bien.

—La cuota de vino nunca es lo suficientemente alta—, coincidí con Maddox. —Ya se lo he dicho esta mañana a Lea.—

—¿Ah, sí?— Maddox sonrió. —¿O sea que ya estabais brindando por la boda esta mañana antes incluso de que se celebrara? Vaya, vaya. —

—Lea no—, defendí a mi prima.

Maddox sonrió. —Peor para ella. Creo que has hecho lo correcto. Hay que celebrar las ocasiones según se presentan. ¿A quién le ha hecho daño un traguito? Seguramente a nadie todavía.—

Como por arte de magia, un camarero apareció detrás de nosotros y rellenó nuestras copas.

—Ahí lo tienes.— Maddox me guiñó un ojo.

Y de repente volví a sentirme como si fuera la única mujer en la sala para él.

¿Me había equivocado antes?

¿O me equivocaba ahora?

¿Cuál era la verdad?

Alcancé mi copa de vino.

En una cosa Maddox tenía razón. Un sorbo de vino nunca venía mal. Al fin y al cabo, ya me había dado cuenta antes de que el alcohol tenía un efecto en mí similar al del café.

Más tarde —mientras tanto había perdido toda noción del tiempo— observaba absorta a Lea y Otis durante su baile de bodas. Ambos se movían con elegancia en la pista de baile. Lea había pedido un vals clásico. Hacía tiempo que no veía algo así. Normalmente, las parejas aquí en Nueva York bailaban con canciones más modernas que tuvieran algo que ver con el amor.

Pero Lea se había empeñado en su deseo.

Y tenía razón.

Era su boda.

Así que los observé.

—Una pareja preciosa.— Maddox se había colocado detrás de mí sin que me diera cuenta. Después de la cena se había disculpado brevemente y no había vuelto a aparecer. Probablemente acaparado de nuevo por mujeres, o eso era lo que yo había pensado.

Pero ahora Maddox estaba de nuevo conmigo.

Se inclinó sobre mi hombro. —¿Te gusta bailar?— me susurró al oído. De nuevo, su aliento rozó mi cuello. Y bajó por mi hombro desnudo.

Oh, Dios mío.

—Sí—, logré decir.

En ese instante, el baile de Lea y Otis terminó. Todos aplaudieron. Automáticamente yo también moví las manos y aplaudí.

Ahora cambió la música.

Un sonido pop.

Despacito de Luis Fonsi.

Reconocí la melodía de inmediato. Sin que yo quisiera o hiciera nada, mis caderas empezaron a moverse.

Y de repente la mano de Maddox estaba en mi cadera. Cálida y firme.

—Pues vamos a darle caña a la pista—, me gritó Maddox ahora al oído y me cogió de la mano.

Una vez más dejé que me arrastraran sin resistencia. Solo que esta vez no fue Lea sino Maddox. De todas las mujeres de la sala, me lo había pedido a mí. Precisamente a mí. Sentía las miradas de las demás en mi espalda. La mujer del vestido amarillo. Y la del vestido turquesa.

—¡Vamos!— Maddox me sonrió.

Y entonces olvidé todo lo que me rodeaba.

Había venido aquí de fiesta, ¿no?

Le sonreí a Maddox y empecé a moverme al ritmo. Nuestros cuerpos encontraron sin esfuerzo un ritmo común y cada vez que Maddox se alejaba de mí, yo lo seguía. Y cada vez que me atraía hacia él, yo acudía dócilmente. Nuestro baile se sentía ligero e ingrávido, casi como flotar.

Era como si siempre hubiéramos bailado juntos.

Maddox levantó un pulgar y me sonrió. Sus ojos oscuros brillaban y se veía cuánto se estaba divirtiendo.

—¡Ahora van a ver estos!— gritó por encima del ruido de la música.

Mi piel hormigueaba y me reí.

En mi cabeza todo era ligereza y libertad.

Yo también levanté mi pulgar.

Y luego me reí.

La mirada de Maddox descansaba sobre mí.

Oscura.

Y un poco misteriosa.

Capítulo 10 Maddox

Just the Way You Are.

Sonaron los primeros compases de la canción lenta. Josie y yo seguíamos bailando. Habíamos pasado casi toda la velada bailando juntos, prácticamente sin descanso. Entre medias, apenas nos habíamos permitido algún que otro sorbo de vino.

Porque, sí, nunca se tiene suficiente vino.

En eso, Josie y yo estábamos de acuerdo.

Y no solo en eso.

A lo largo de la noche habíamos descubierto bastantes puntos en común. Compartíamos el mismo sentido del humor, teníamos el mismo sabor de helado favorito, ambos detestábamos el sirope de caramelo y, en cambio, adorábamos el chocolate. A Josie tampoco le pareció ni pizca de raro que comiera ensalada Y chocolate. Simplemente me aceptaba tal como era.

Eso no me había pasado nunca con ninguna mujer.

—¡Última canción! —gritó Otis. Se había subido a una silla y se ponía ambas manos ante la boca—. Después de esto, tendré que echaros de aquí. —Se rió a carcajadas. Su novia —o mejor dicho, su mujer— tiraba de su chaqueta para que se bajara de la silla.

—¿El último baile? —Miré a Josie. Era consciente de que todos los demás presentes hablaban de nosotros a nuestras espaldas.

Pero eso me daba igual.

Ahora quería tener a Josie en mis brazos al son de *Just the Way You Are*. Hasta ahora, siempre habíamos aprovechado las canciones más lentas y románticas para descansar.

Pero ya había tenido suficiente de eso.

Y Josie me sonrió.

La atraje hacia mí y la estreché entre mis brazos. El cuerpo cálido y suave de Josie se presionaba ligeramente contra el mío. Por primera vez, no solo sentía su mano, sino... todo.

Sus pechos firmes y turgentes se presionaban contra mis músculos.

Oh, Dios.

Josie levantó la cara y me sonrió. Rodeó mi cintura con sus brazos y empezamos a movernos juntos al ritmo de la música.

—Ha sido una velada maravillosa —dijo Josie. Sus ojos verdes brillaban.

—Eso creo yo también —respondí de corazón.

Josie soltó una pequeña risita. —Hacía mucho tiempo que no bebía tanto vino. Me temo que luego no sabré encontrar el camino a casa. —Rió aún más. Al hacerlo, sus pechos se apretaron todavía más contra mis músculos. Probablemente era solo mi imaginación, pero creí notar los pezones de Josie.

De repente, los pantalones me parecieron un poco más estrechos que antes.

Me incliné hacia delante. —He reservado una habitación de hotel. Aquí mismo, cerca. Ya sabía de antemano que no tendría ganas de conducir todo el camino de vuelta a casa. —Mientras hablaba, inhalé el aroma de Josie. Igual que las veces anteriores en las que le había susurrado algo al oído. Era una fragancia ligera, floral, que recordaba a un día de primavera. Y no podía cansarme de ella. Me habría quedado así para siempre, oliendo la piel de Josie.

¿Me engañaba o el vello de su piel se erizaba ligeramente? ¿Como si estuviera excitada?

Inspiré profundamente. Josie era simplemente irresistible.

—Si quieres, podríamos tomar una copa para terminar la noche juntos en el bar del hotel —invité a Josie.

—Encantada. —Josie me miró y, de pronto, su rostro estaba tan cerca del mío que no faltaba mucho para que nuestros labios se rozaran.

Eso era exactamente lo que quería.

Más que ninguna otra cosa.

Bajé la cabeza.

Josie me sonrió con complicidad. Sus labios se curvaron ligeramente. Una señal inequívoca de que deseaba el beso tanto como yo.

En ese instante, terminó la música lenta y las luces a nuestro alrededor se encendieron.

—¡Se acabó! —Otis estaba de nuevo sobre la silla.

¿O seguía allí?

Daba igual.

Josie y yo nos habíamos separado instintivamente.

Sin beso.

—Increíble —rio Josie media hora después—. Hasta el bar ha cerrado. No tenía ni idea de que hubiéramos estado de fiesta tanto tiempo. Se me ha hecho cortísima la velada.

Cuando acababa de registrarme en mi habitación en el lujoso hotel justo al lado de Central Park, la empleada de la recepción me había comunicado con ojos cansados que el bar estaba cerrado. El servicio no volvería a empezar hasta dentro de unas horas. Con el desayuno. Pero podíamos pedir algo al servicio de habitaciones.

En mi hotel eso no habría pasado. Pero este no era mi hotel. Había decidido darme el capricho de una suite para hoy en un hotel frente a Central Park que NO estuviera orientado a las necesidades de los viajeros de negocios. Así no tendría que conducir a casa tras la fiesta. Y no habría peligro de que en mi empresa se cotilleara sobre mí y mi vida privada porque algún empleado me hubiera reconocido. Aquí era completamente anónimo.

Y así estábamos Josie y yo en mi suite, esperando a que nos trajeran el champán.

—Qué vistas —se asombró Josie mientras se acercaba a la ventana.

Me reí. —Y eso que ni siquiera estamos especialmente altos.

Josie se dio la vuelta. —Pero para alguien que normalmente solo ve la ciudad desde abajo, estamos bastante arriba. —Se señaló a sí misma riendo.

Yo también me reí y me di cuenta de que, aunque ya sabía algunas cosas sobre Josie, aún me faltaba mucho por conocer. Dónde vivía, en qué trabajaba, qué sueños e ilusiones tenía... todo eso me era desconocido.

—Dios mío, estos zapatos van a acabar conmigo —maldijo Josie—. Esta mañana me parecían de lo más cómodos, pero ahora... —Josie hizo una mueca.

—Pues quítatelos —sugerí—. Siéntete como en casa. No hay ninguna razón para que los lleves puestos.

Josie no se lo hizo decir dos veces.

Aliviada, lanzó un zapato lejos de sí de una patada. —Juro que este tipo de zapatos solo se inventaron para complicarles un poco la vida a las mujeres. —Josie sacudió la cabeza. Se tambaleó ligeramente.

Ciertamente, habíamos hecho unas cuantas pausas para el vino.

Josie quiso lanzar el segundo zapato, pero se le quedó enganchado en el pie. —¡Vaya! —Se rio del zapato rebelde y con ello me resultó aún más simpática. Su diente relució. Se agachó para quitarse el zapato con la mano.

Pero el estar apoyada en una sola pierna, la larga noche y el vino debieron de ser demasiado. Josie empezó a tambalearse.

—Cuidado. —Le rodeé la cintura con el brazo.

—Madre mía. —Josie soltó una risita. Por fin el zapato salió de su pie.

Josie se giró.

Hacia mí.

Y en menos de un segundo, nuestros rostros estaban tan cerca como antes en la pista de baile, antes de que se encendieran las luces. El aroma de Josie volvió a impregnarme. Y sus ojos brillaban de forma seductora. Sus labios estaban carnosos y ligeramente enrojecidos.

Y esta vez lo hice.

Bajé la cabeza y posé mis labios sobre los suyos. Nuestras bocas se tocaron. Primero suavemente, casi como un roce de pluma. Acaricié los labios de Josie con mi boca. Luego envié mi lengua en una expedición de reconocimiento. El labio superior. El inferior. La comisura entre los labios.

Y entonces mi lengua estuvo en la boca de Josie.

Rodeé a Josie con mis brazos y la apreté más contra mí. Mi lengua se retiró un poco, solo para volver a sumergirse más profundamente en la cálida y suave cavidad. Josie sabía incluso mejor de lo que olía. Nuestras lenguas encontraron un ritmo común tan rápido como lo habían hecho nuestros cuerpos antes en la pista. Deslicé mis manos desde los hombros de Josie por su espalda hasta sus nalgas y las masajeé ligeramente.

Josie lanzó un gemido.

Presionó su pelvis contra la mía.

Y yo me froté contra Josie.

Por fin.

Josie gimió más fuerte.

Mis manos volvieron a los hombros de Josie. Allí donde terminaba su vestido, me detuve. Y entonces abrí la cremallera. Los dedos de Josie forcejeaban al mismo tiempo con mi cinturón.

—Oh, Dios —jadeó Josie, expresando una vez más exactamente lo que yo pensaba.

Por fin logré liberar a Josie del ajustado vestido. Solté el sujetador sin tirantes. Y entonces toqué por fin esos pechos turgentes y firmes. Los tomé en mis manos y los amasé con suavidad. Luego con más intensidad. Rosé los pezones con mis pulgares y sentí con deleite cómo se erguían y se ponían rígidos bajo mi contacto.

Exactamente igual que mi miembro. Ya estaba duro, pero ahora se puso aún más férreo.

Oh, Dios.

Me incliné hacia delante y pasé mi lengua por los pezones de Josie. Josie echó la cabeza hacia atrás y gimió. —Sí, Maddox.

Succioné el pecho de Josie y le di un mordisquito al final.

En ese momento, se oyó un golpe claramente audible en la puerta. —Servicio de habitaciones.

—Olvídalo. —Volví a sellar la boca de Josie con un beso. Nada ni nadie iba a molestarme aquí.

Quería a Josie.

La había deseado desde que la vi por primera vez hace un rato en Central Park. Ahora nada me apartaría de mi propósito.

Volvieron a llamar.

Pero luego oí pasos que se alejaban.

Las manos de Josie volvieron a ocuparse de mi pantalón.

—Te ayudo. —Rápidamente me despojé de los pantalones. Y de mi camisa y mis calzoncillos bóxer.

Luego atraje a Josie hacia mí y dejé que mi mano se deslizara lentamente dentro de su braguita.

Josie gimió por lo bajo.

Mis dedos encontraron su punto más sensible y lo masajearon ligeramente.

—Oh sí, Maddox. —Josie clavó sus dedos en mis costados—. No pares.

Nada me gustaría más.

Seguí masajeando, mientras Josie disfrutaba de mis caricias y se retorcía de placer. Introduje un dedo.

Josie no estaba húmeda.

Estaba empapada.

Le bajé la braguita.

—Ven —susurré y me dirigí con Josie hacia el amplio sofá que dominaba el salón de mi suite.

Josie me siguió dócilmente. La empujé sobre el sofá y dejé que mi mano se deslizara de nuevo hacia su punto más sensible. Josie separó las piernas.

Entonces me puse de rodillas ante ella. Cuando mi lengua tocó la perla de Josie, ella gimió más fuerte que nunca. La acaricié suavemente. Primero con grandes círculos que poco a poco se fueron haciendo más pequeños, hasta que solo hacía cosquillas a Josie con la punta de la lengua.

—Oh, Dios. —Josie me agarró de los hombros—. Ya... ya...

Estaba a punto de llegar.

Pero antes...

En un único movimiento rápido, presioné a Josie contra el sofá, me puse sobre ella y penetré en su interior.

Por fin.

Mi miembro estaba donde había querido estar todo el tiempo.

Me moví rítmicamente arriba y abajo. Y arriba. Y abajo. Cada vez, mi miembro se deslizaba más profundamente en la vagina de Josie. Ella enroscó sus piernas alrededor de mí y acompasó sus movimientos con los míos.

—Oh sí —gimió con fuerza—. Maddox. No pares.

—Nada me gustaría más, cariño —susurré y seguí follando a Josie.

Hundí mi miembro profundamente en ella. Hasta que sentí cómo su vagina se contraía. Josie soltó un fuerte jadeo, gimió y gritó «¡Siiiií!», mientras clavaba sus dedos en mis hombros.

Volví a empujar profundamente en su interior.

Y aún más profundo.

Y entonces yo también me corrí.

Con la cabeza pesada, contemplé el cabello rubio a mi lado sobre la almohada.

Josie.

Así se llamaba.

Lo recordaba.

Y recordaba todo lo demás también.

Cómo habíamos bailado y finalmente habíamos acabado aquí, en mi suite, donde nos habíamos pasado la noche follando. Primero en el sofá, luego en la cama. Y no solo una vez. Tampoco solo dos veces.

El sexo había sido simplemente divino.

Nunca había experimentado algo así.

Me habrían dado ganas de despertar a Josie ahora para hacerlo otra vez...

Ante la sola idea, sentí cómo mi miembro cobraba vida bajo la manta. Moví mi mano hacia Josie.

Entonces me detuve.

Quieto.

Nada de acciones precipitadas, Maddox.

Aunque esta fuera la mujer más fascinante que jamás hubiera conocido y aunque ayer por la noche me hubiera sentido mejor que nunca en mi vida, Josie no dejaba de ser... una mujer.

Una mujer como Amber y Randa.

Y todas las demás mujeres.

Hasta ahora, cada mujer a la que había visto más de una vez, pronto había empezado a hablar de anillos, bodas e hijos. Yo no quería algo así.

¿Y si Josie era igual?

Contemplé el cabello rubio sobre la almohada.

Al fin y al cabo, ayer nos habíamos conocido en una boda.

Boda.

Ese era el lugar por excelencia donde las mujeres iban de caza para encontrar a un hombre con intenciones serias. A uno sin intenciones serias se le podía encontrar en cualquier bar de Nueva York, eso no era problema.

Pero a un hombre que fuera en serio rara vez se le encontraba allí. En cambio, sí se les encontraba en bodas y cenas de gala. Tal vez.

¿Me había seguido Josie a la Suite porque creía que yo estaba seriamente interesado en ella?

Me di la vuelta.

Tenía que reflexionar y, mientras lo hacía, no podía ver el cabello rubio sobre la almohada. No quería verlo. Me distraía. Me atraía hacia Josie.

Cosas como las de ayer por la noche podían ocurrir, ocurrían constantemente. Pero si despertaba a Josie ahora y me la follaba de nuevo, ya no podría usar la «fiesta de boda» como excusa.

Entonces sería algo diferente.

Y eso era quizá exactamente lo que Josie quería.

¿Pero lo quería yo también?

No.

No es que no lo quisiera en absoluto. Pero simplemente no me sentía preparado para ello. He sido un soltero desde que tengo uso de razón y quería seguir siéndolo. Al menos, eso era lo que pensaba hasta ayer.

¡Maddox! No vas a cambiar de opinión y a dar un vuelco a toda tu vida por una sola noche. Por muy maravillosa que haya sido la

noche. Eso es algo que quizá haría una mujer, pero un hombre... no serás tan tonto.

Las mujeres eran más emocionales en ese tipo de cosas.

Yo, en cambio, me sentía orgulloso de mi pensamiento lógico y de mis decisiones racionales.

Y una sola noche tórrida, salvaje y apasionada no iba a cambiar eso.

Tórrida.

Salvaje.

Apasionada.

Exactamente así había sido con Josie.

Mi miembro bajo la manta seguía pidiendo a gritos una repetición.

Y precisamente por eso me levanté.

En silencio, para que Josie no me oyera.

Me iría a mi casa y allí me daría una ducha fría.

Y no volvería a pensar en Josie.

Había sido una bonita aventura.

Pero más no podía ni quería tener ahora.

No, ya no pensaría más en Josie.

Capítulo 11 Josie

Mi mano tanteó buscando por encima de la manta.

No sentí nada. Pero tenía que estar por aquí en alguna parte. ¿Verdad?

Seguí tanteando. Luego rodé desde mi lado hasta ponerme boca abajo y estiré los brazos.

Nada.

Sin embargo, a mi derecha, la cama aún estaba caliente.

Así que había estado aquí.

Por supuesto que ha estado aquí, Josie. No seas tonta. Claro que ha estado aquí. Una puede imaginarse muchas cosas bajo los efectos del alcohol. Pero haber tenido sexo toda la noche, ESO no te lo sueles imaginar.

O tal vez sí.

Pero si te lo hubieras imaginado, a la mañana siguiente no lo sentirías en todo el cuerpo.

Y yo lo sentía.

Mi piel todavía parecía arder por los orgasmos que había experimentado anoche. Y que habían dejado en la sombra todo lo que había sentido antes. Absolutamente todo. Y aun así... si Maddox volviera a meterse ahora en la cama y me buscara, me habría entregado a él con avidez.

¿Cómo era posible que, después de una noche larga e intensa, todavía no tuviera suficiente del cuerpo y de las caricias de otra persona?

Gemí suavemente y sentí el hormigueo en mi piel.

Probablemente Maddox solo estaba en la ducha y, en cuanto saliera del baño... mojado y fresco...

Me puse boca arriba y abrí un ojo para probar.

¡Ay!

Cerré el ojo rápidamente.

Debía de ser ya tarde por la mañana, porque el sol brillaba con fuerza en la habitación y me escocía en los ojos.

Cierto.

Me encontraba justo frente a Central Park, donde ningún rascacielos bloqueaba las vistas. Una rareza en Manhattan y definitivamente una rareza para mí. Mi apartamento estaba bastante bien. Pero alguien que no fuera de Nueva York probablemente lo habría descrito como oscuro y angosto.

Con cuidado, me giré hacia la pared y abrí ambos ojos.

Mucho mejor.

Levanté la cabeza ligeramente. Acto seguido, la dejé caer de nuevo sobre la almohada con un gemido.

Oh, maldita sea.

Hoy iba a necesitar al menos el doble de ración de café.

Esto era una resaca.

Una resaca de las de verdad.

¿Cuánto vino había bebido ayer?

No tenía ni idea.

La noche con Maddox había sido simplemente muy entretenida. Habíamos bailado y reído y charlado y reído aún más y vuelto a bailar y, entre medias, bebido vino una y otra vez. Y así me había parecido de lo más natural seguir a Maddox aquí, a su Hotel, y al final...

—Sí, al final incluso me pareció natural acabar con él aquí en la cama.

Contuve un gemido a duras penas.

Natural.

¿Y ahora?

¿Qué iba a pasar ahora? ¿Cómo debía enfrentarme a Maddox? ¿Qué debía decirle? ¿Cómo debía saludarle? Nunca había tenido una aventura de una noche. Sí, líos cortos. Pero siempre más de una aventura de una noche.

Y esto era una aventura de una noche.

¿O no?

Lo que más me apetecía era esconderme bajo la manta y fingir que no estaba allí. Pero eso nunca había solucionado ningún problema.

Suspiré.

Y entonces pasé ambas piernas por el borde de la cama. Eché un vistazo a la suite. Grande. Con cautela, me acerqué al baño.

Allí reinaba un silencio sospechoso. Ni agua corriendo, ni el sonido de un cepillo de dientes ni nada de nada. Absolutamente ningún ruido.

Llamé a la puerta con cuidado.

Nada.

Con más cuidado aún, la abrí.

El baño estaba vacío.

Entonces Maddox seguramente ya estaría en el saloncito donde ayer habíamos esperado el champán que finalmente no nos bebimos porque, en su lugar, en el sofá...

Mi piel se erizó.

Cogí uno de los albornoces mullidos del gancho, me envolví en él y abrí la puerta del salón.

Vacío.

Me quedé en medio del salón, furiosa.

Maddox se había ido.

Su ropa no estaba.

Todo lo que le pertenecía había desaparecido.

Simplemente se había escabullido.

Como un ladrón en la noche.

Qué pedazo de imbécil. Ni siquiera había tenido la decencia de despertarme o de esperar a que estuviera despierta para despedirse

de mí. No, después de una noche de pasión desenfrenada, simplemente se había largado.

Se había ido.

Como si nada hubiera pasado.

Como si anoche nunca hubiera existido.

¿Era eso lo que pensaba?

¿Lo que quería pensar?

¿Tanto le avergonzaban sus aventuras que prefería olvidarlas de inmediato?

Tranquila, Josie. También podría tener una cita importante y por eso haber tenido que marcharse rápido.

Cita importante. Resoplé. Sí, Otis y Lea se habían casado un domingo. Todas las fechas de los sábados ya estaban reservadas. Así que Maddox probablemente volvería a trabajar hoy.

Pero si tenía una cita importante, podría haberme dejado un mensaje. Una nota. En cada maldita habitación de hotel había papel y bolígrafo. Aquí había un pequeño escritorio junto al sofá. Encima había un bloque de notas.

Estaba vacío.

Nada.

La primera hoja no tenía nada escrito.

Por si acaso, ojeé el bloc. Pero todas las demás hojas estaban en blanco. Sin una sola palabra.

Volví a resoplar.

¿Por qué clase de tonta me tomaba Maddox? Al fin y al cabo, era el mejor amigo de Otis. Incluso si se escabullía de aquí deseando no volver a verme nunca más, podría encontrarlo en cualquier momento sin problemas. Solo tenía que contarle toda la historia a Lea y ella me conseguiría el número de teléfono de Maddox. Y entonces le diría a Maddox cuatro cosas bien dichas.

¿Quién se creía que era?

Dejarme aquí tirada como...

Como...

Como...

Simplemente no se me ocurría ninguna comparación adecuada.

Fui al dormitorio.

Lo mejor sería escribirle un mensaje a Lea ahora mismo.

Pero entonces me detuve.

¿De verdad quería contarle eso a Lea?

¿Acaso quería provocar la primera bronca matrimonial entre ella y Otis? Lea estaría de mi lado, de eso estaba segura. Cualquier mujer estaría de mi lado. Y Otis estaría del lado de Maddox. Al fin y al cabo, eran mejores amigos.

Me quedé quieta.

¿Para qué quieres ponerte en contacto con Maddox, Josie? ¿Solo para cantarle las cuarenta a un imbécil? ¿O quizás incluso para ir detrás de él?

Tragué saliva.

Tal vez un poco de ambas cosas.

Y por eso era mejor que no contactara con Maddox, sino que cerrara ese capítulo de mi vida. Exactamente igual que él ya había cerrado el capítulo «Josie» en la suya.

Me vestiría y luego me tomaría un café en el bar del hotel.

Y luego me ocuparía de mi propia vida.

Tenía cosas más importantes que hacer que llamar a Maddox.

Realmente mucho más importantes.

—Brrr. —Me estremecí con asco cuando, dos horas más tarde, tomé otro sorbo del vaso de poliestireno.

¿Pero qué clase de brebaje asqueroso era aquel?

Era, con diferencia, el peor café que me había bebido en la vida.

Hacía un momento me había percatado de que una taza de café en el bar o en el salón de desayunos de aquel elegante hotel de lujo se salía de mi presupuesto. Era algo que no me habría podido permitir ni siquiera en circunstancias normales.

Pero ahora, para colmo, estaba en el paro. No podía permitirme gastar dinero innecesariamente y tenía que ahorrar en todo lo que pudiera.

Tomar café en hoteles de lujo era, definitivamente, un gasto innecesario.

Pero no podía vivir sin café.

Y menos aún en una mañana después de una noche salvaje con mucho alcohol y sexo. El rubor de la vergüenza volvió a subirme a la cara.

Una noche salvaje tras la cual, además, me habían despachado como si fuera un estorbo.

En realidad, no habría necesitado un café, sino un chupito.

Al menos uno.

Y compañía.

A Lea, por supuesto, ni podía ni quería contarle nada de esto. Pero a mi amiga Holly sí se lo habría podido contar. Volví a sentir una punzada de arrepentimiento porque Holly se hubiera mudado. Por

supuesto, me alegraba de todo corazón por su felicidad con su hija pequeña y su marido. Pero, aun así, la echaba de menos.

Suspirando, contemplé el vaso de poliestireno.

Lo que más me habría apetecido era tirarlo directamente a la papelera más cercana. Este café era verdaderamente imbebible. Era un milagro que el puesto callejero donde lo había comprado siguiera todavía en pie. Debería haber quebrado hace tiempo. Quien compraba café allí una vez, seguro que no repetía.

Pero tirar el café así como así también me parecía un desperdicio. Aunque no había sido caro, me había costado dinero.

Así que volví a llevarme el vaso a los labios y me lo terminé lo más rápido que pude.

Me estremecí.

Pero, al menos, ahora me sentía realmente despierta.

Mis constantes vitales se recuperaron por completo.

Miré a mi alrededor. En la calle reinaba el tráfico habitual de Nueva York. Allí siempre había mucho movimiento a cualquier hora del día. Nueva York era, precisamente, la ciudad que nunca duerme. Además, hoy era lunes. Los trabajadores iban a sus puestos. Repartidores de periódicos, madres con niños, niñeras con niños, hombres apresurados que pasaban de largo, estudiantes… No solo las calzadas, también las aceras estaban abarrotadas.

De pronto fui dolorosamente consciente de que no tenía ningún destino.

Ningún trabajo al que tuviera que ir con prisas.

Aunque hoy, de todos modos, habría tenido la mañana libre para no tener que levantarme inmediatamente después del convite de la boda.

Pero ahora tenía todo un día sin citas por delante.

Y no solo eso.

Mañana tampoco tenía citas.

Ni pasado mañana.

Ni ninguno de los días siguientes.

Estaba sola y no tenía nada que hacer. Hacía un momento había estado en mi apartamento para cambiarme. Al fin y al cabo, no quería ir por ahí todo el día con un vestido verde claro que llegaba hasta el suelo.

Y luego no había sabido qué hacer. Había pensado en cómo distraerme. Podría enviar solicitudes de empleo, limpiar el piso y ordenar todo aquello que llevaba meses queriendo ordenar, pero que nunca hacía. Pero al final acabaría sentada sin hacer nada, mirando fijamente la cafetera estropeada y lamentándome por no tener dinero para comprar una nueva.

Y pensaría en Maddox.

O me estaría esforzando precisamente en no pensar en Maddox.

Haría cualquier cosa posible.

Pero al final acabaría deprimida.

¿Es así como se ve una mujer que toma las riendas de su vida?

No.

Seguro que no.

Así que había vuelto a salir para comprarme un café.

¿Pero a dónde debía ir ahora?

Confié en mi instinto y simplemente me dejé llevar. Giré aquí y allá, caminé un rato entre la multitud por la acera, volví a girar y luego fui contra corriente en una calle transversal. Era como si mi subconsciente ya supiera a dónde quería ir. O a dónde quería él que fuera. En ningún momento me sentí inquieta, sino que me entregué por completo a mi instinto.

Este me llevó hasta el Hotel.

Hasta mi herencia.

De repente, me encontraba en la tranquila calle lateral frente a la casa destartalada. Al igual que hace tres días, sacudí la cabeza con incredulidad.

Pero ahora no estaba tan sorprendida. Ya conocía el panorama. En los últimos tres días, nada había mejorado en la casa. Pero tampoco había empeorado nada.

Suspiré.

¿Qué se suponía que debía hacer?

Sí, quería tomar las riendas de mi vida.

Pero no tenía ni idea de qué hacer con una casa así. ¿Llamar a un agente inmobiliario? ¿Poner un anuncio en el periódico? ¿Pedirle consejo a Holly? ¿Rechazar la herencia? Pero ¿dónde se hacía eso siquiera? ¿Tenía que presentarme en algún juzgado?

Tendría que encontrar respuestas a todas estas preguntas cuando volviera a casa.

Y entonces tendría que tomar decisiones.

Me acerqué a la puerta principal.

Mierda.

Por supuesto, seguía sin tener llave. ¿De dónde la iba a sacar? Aún no me había podido ocupar de llamar a la residencia de ancianos ni mucho menos de pasarme por allí.

Empujé la puerta con cuidado.

Por supuesto, seguía cerrada.

¿Debía darme media vuelta? ¿Acurrucarme en la cama de mi casa? ¿Recuperar el sueño que había perdido la noche anterior? ¿Hacer el vago?

Deprimirme.

Llorar por Maddox.

Sacudí la cabeza con energía.

Mi subconsciente no me había enviado hasta aquí para que al final tomara otras decisiones y me dejara abandonar.

La ventana de al lado de la puerta seguía un poco abierta. Al fin y al cabo, la última vez había entrado en la casa por ahí y, con algunas dificultades, había vuelto a salir por el mismo camino. Eso había sido más difícil que entrar. Pero como un cerrojo de la puerta se había atascado, no me había quedado otra opción.

Miré a mi alrededor con cautela. En la calle el ambiente estaba tan tranquilo como en mi primera visita. Realmente parecía que aquí siempre reinaba la calma. Una rareza en Manhattan. Así que, poco después, volví a estar sentada en el vierteaguas y me deslicé al interior de la casa.

Hoy no olía de forma tan rancia como hace unos días.

¿O eran imaginaciones mías?

¿Porque quería ver el lado positivo de todo?

Miré a mi alrededor desanimada.

Polvo, suciedad, muebles antiquísimos en los que el paso del tiempo había hecho mella.

Deteriorado, pasado de moda.

¿Qué esperabas, Josie? ¿Que de repente todo se hubiera transformado en un castillo de cuento por arte de magia? ¿En cuestión de pocos días? ¿Solo porque tú lo deseas?

En lo más profundo de mi ser, supongo que esperaba precisamente algo así.

Ahora tragué saliva con decepción.

Lo que más me habría apetecido era sentarme.

Pero prefería no tocar nada aquí dentro antes de que se hubiera hecho una limpieza a fondo.

Quién sabía qué más se ocultaba bajo las capas de polvo.

Desencantada, miré a mi alrededor.

¿Por qué había venido?

¿Por qué mi subconsciente me había guiado hasta aquí?

Aquí no me esperaba nada, excepto repetir la decepción de hace unos días. No había nada que ver, nada que hacer y nada… Simplemente nada.

Esto no era mi futuro.

Aquí no podía tomar las riendas de nada.

Al contrario.

Tenía que deshacerme de esta casa lo antes posible.

De repente todo me pareció asfixiante y oscuro por dentro.

Quería salir.

Salir de aquel aire viciado.

Caminé apresuradamente de nuevo hacia la ventana y de un salto me subí al vierteaguas.

Capítulo 12 Maddox

Quería echarle un vistazo al inmueble. Patrick me había enviado un mensaje el viernes. El tribunal había aceptado todas nuestras peticiones y ya éramos los propietarios legítimos del pequeño Hotel, que se encontraba muy cerca de la sucursal de Nueva York de la *VY Corporation*. Los empleados que vinieran de visita desde Silicon Valley y se alojaran aquí podrían ir al trabajo a pie. En una metrópolis como Nueva York, aquello era una ventaja que no se debía subestimar.

Era algo que, con toda seguridad, Ezekiel no podía ofrecer.

Pero antes de escribir un correo electrónico triunfal a la *VY Corporation*, quería inspeccionar nuestro nuevo Hotel por mí mismo una vez más. Al fin y al cabo, mi última visita había sido hace casi un año entero. Sabía que sería necesaria una reforma integral y quería hacerme una idea más precisa de la situación. ¿Cuánto tiempo llevaría? ¿Cuándo podría venir aquí con una delegación de Silicon Valley?

Además, me vendría bien un poco de aire fresco. Todavía sentía la cabeza pesada tras la fiesta de anoche. Y no se debía solo a la gran cantidad de vino que me había bebido con Josie.

Josie.

¿De verdad había estado bien dejarla allí tumbada en la cama y marcharme sin decir ni una palabra? Cuando cerré la puerta de la habitación del hotel, me pareció lo correcto. Como la única opción que tenía. Sin embargo, cuanto más me alejaba del Hotel, más dudaba de mi decisión. ¿No debería haber despertado a Josie? ¿Al menos haberme despedido como es debido?

Pero ya era demasiado tarde. Lo hecho, hecho estaba. El pasado ya no se podía cambiar. Probablemente Josie me estaría maldiciendo mientras tanto, y yo…

… yo me encontraba ahora frente a mi nuevo Hotel.

La vida seguía.

Como siempre.

Contemplé el edificio. No me había parecido tan deteriorado en mi última visita. ¿Se habría echado a perder aún más en los últimos meses?

Probablemente. Siempre pasaba un tiempo hasta que empezaba la decadencia de una casa. Pero después, las cosas seguían un curso imparable y el deterioro parecía acelerarse la mayoría de las veces.

La reforma llevaría meses. La antigua dueña había pospuesto todos los trabajos necesarios durante años. Si no décadas.

Volví a examinar la casa. Y entonces me di cuenta de que, al lado de la puerta principal, había una ventana abierta.

¿Se habrían metido acaso unos okupas y se habrían acomodado dentro? Espero que no, de lo contrario tendría que hacer valer mis derechos tal vez con ayuda de la policía. Y aquello llevaría tiempo.

De repente vi una mano que, desde dentro, agarraba la barra central de la ventana. Luego apareció un pie en el alféizar.

¡Había alguien en la casa!

¡Había alguien en MI Hotel!

Apreté los dientes. Ahuyentaría a esa persona de inmediato. Le diría que no tenía nada que hacer aquí. Que todo esto me pertenecía a MÍ a partir de ahora y que tenía exactamente un día para buscarse un nuevo lugar donde quedarse.

No podía tener okupas aquí dentro.

La persona se encaramó al alféizar.

¿Por qué no salía simplemente por la puerta?

¿No debería poder abrirse la puerta desde dentro sin problemas?

Me quedé mirando la ventana.

Y entonces apareció Josie.

Cerré los ojos un momento. No podía ser. Tenía que ser una alucinación. Seguramente me lo estaba imaginando porque acababa de pensar mucho en Josie y en si mi decisión había sido la correcta. Mi imaginación me estaba gastando una broma.

Volví a abrir los ojos.

Josie estaba sentada en el alféizar y me miraba con la boca abierta.

Así que era ella.

¿Qué demonios hacía aquí? En ese momento me sentí sencillamente perseguido.

—¿Qué haces tú aquí? —solté. No con mi tono más amable. Y sin saludar a Josie.

Josie me miró fijamente. No dijo ni una palabra.

Molesto, me acerqué a la escalinata. ¿Por qué no respondía Josie?

—¡Este es mi Hotel! ¿Cómo has entrado? —Las preguntas salían de mí a borbotones. Sobre todo, cómo había entrado Josie aquí, cuando esta mañana todavía estaba tumbada a mi lado en la habitación de un hotel—. ¿Acaso me has estado espiando?

Hasta ahora, Josie se había limitado a mirarme sin decir palabra. Ahora sus ojos verdes centelleaban. Pero no era el mismo brillo de ayer.

En su expresión había ira y rabia.

—¿Espiarte? —Josie soltó una carcajada—. Por supuesto. Después de que te escabulleras como un ladrón en la noche, me levanté inmediatamente y salí corriendo tras de ti. Sí, incluso sabía que querías venir aquí y me escondí para acecharte en secreto. Claro, así fue exactamente como pasó —La voz de Josie rezumaba ironía.

Inspiré profundamente. Hacía un momento me había dejado llevar demasiado por mis emociones. Josie tenía razón. Era imposible que me hubiera seguido.

No obstante, la pregunta seguía en el aire: ¿qué hacía ella aquí?

¿Qué hacía en MI Hotel?

—El Hotel me pertenece. ¿Por qué has entrado sin permiso? —Consideré que mi pregunta era legítima.

Pero en Josie tuvo un efecto totalmente insospechado. —¿A TI va a pertenecerte? —Josie sacudió la cabeza. Me miró de arriba abajo, en el sentido literal de la palabra. Al fin y al cabo, estaba sentada en el alféizar de la ventana por encima de mí—. ¡El Hotel no te pertenece a TI! ¡Me pertenece a MÍ! ¡Así que soy yo quien tiene que preguntar qué haces TÚ aquí!

Josie levantó la mano que tenía libre y me señaló con el dedo índice. —¿No será más bien que TÚ me has espiado a mí? —Sus ojos brillaron indignados—. Eso sería mucho más lógico que tu versión. Te quedaste esperando frente al Hotel hasta que salí y entonces me seguiste. ¡Así que eres de esos! —La indignación de Josie llegó a su punto máximo—. Dejar a una mujer ahí tirada sin despedirse, pero luego seguirla y querer saberlo todo sobre ella.

—No —me defendí—. No te he seguido.

—¡Ya! —Esa palabrita sonó como una declaración de guerra. Obviamente, Josie no me creía ni una palabra.

Cuando estaba enfadada, se veía aún más atractiva que de costumbre. Sus mejillas estaban ligeramente sonrosadas y su rostro se veía, sobre todo, muy vivo. Josie estaba en su elemento. Sus ojos echaban chispas y…

… y de repente me pregunté cómo había podido ser tan tonto de dejar a Josie allí tumbada en la cama. ¿Por qué no la había abrazado cuando esta mañana había sentido el deseo de hacerlo?

Todo lo que había pensado esta mañana era pura especulación. No conocía a Josie de nada. Había dado por hecho que sería como todas las demás mujeres con las que había salido. Que era como mi hermana Amber y su amiga Randa. Pero Josie no se parecía en nada a ellas.

Josie era simplemente Josie.

Y de repente ardía en deseos de descubrir más sobre Josie. Sobre quién era realmente, qué pensaba y qué hacía.

Ya había tenido esa sensación esta mañana.

Sin embargo, me había marchado.

En ese momento hice un esfuerzo.

—Lo siento. —Miré a Josie compungido—. He sido un estúpido. Cuando me he despertado esta mañana, no deseaba nada más que despertarte a ti también y empezar la mañana a tu lado. —Las palabras salían ahora de mí sin freno.

Josie me miró asombrada.

—Pero entonces me… sí, me ha entrado una especie de pánico. De que… —Ahora me costaba explicar lo que realmente había pensado. A mí mismo me parecía tan ilógico—. Pensé que si te despertaba ahora, entonces… —Volví a dudar—. He tenido algunas experiencias desagradables —dije entonces—. Y tengo un miedo atroz a que se repitan. Así que preferí buscar refugio en la huida. Aunque en realidad no era en absoluto lo que quería. —Le dediqué a Josie una sonrisa torcida.

Maldita sea, Maddox, nadie se va a tragar esa tontería. Y mucho menos una mujer como Josie. Probablemente tiene a diez hombres detrás de cada dedo. Y tú lo has echado todo a perder con ella.

Sorprendentemente, Josie asintió pensativa. —Puedo entender eso. —El enfado de sus ojos verdes casi se había desvanecido.

Aquello me dio ánimos.

—Yo… bueno, tenía ese miedo porque… porque ayer me pareciste realmente fantástica. Fue la velada más bonita que he pasado en mucho tiempo —le confesé a Josie.

Tragué saliva.

Y, de repente, volvió a surgir entre nosotros una tensión que no sabría describir del todo. Simplemente sucedió.

Josie me miró.

Volvió a asentir con la cabeza. —Gracias —dijo entonces. Frunció el ceño—. Pero ¿por qué afirmas que este es tu Hotel?

—Porque es mi Hotel. —No sabía qué más decir. Así eran las cosas. Era la verdad—. Lo compré el viernes. Bueno, en realidad lo compré hace ya un par de meses, pero hubo algunas complicaciones y por eso se tardó en finalizarlo todo. —Le ofrecí una versión resumida de los hechos.

Y de repente recordé que Josie había afirmado que este era su Hotel. Lo había descartado como la típica exageración dramática femenina. Pero Josie no era como las demás mujeres. Si decía algo así, algo de cierto tenía que haber en el asunto.

—¿Por qué dices que es tu Hotel? —le pregunté a mi vez, después de haberle contado mi parte.

—Porque lo he heredado. —Josie me miró como si fuera la cosa más natural del mundo—. Pertenecía a una de mis antiguas profesoras. Me lo dejó en herencia. Murió hace ya unos meses, pero hasta ahora no he recibido la carta en la que me lega la herencia. El viernes. Fue cuando vine aquí por primera vez.

¿Una profesora?

¿Fallecida hace unos meses?

En mi cabeza, las piezas del puzle empezaban a encajar poco a poco.

Debía tratarse de la anciana de la que me había hablado Patrick.

—Tu profesora redactó y firmó un precontrato con mi empresa. Para la venta —expliqué despacio y miré a Josie—. Eso fue poco antes de morir. Quiero abrir aquí un Hotel. Ya soy dueño de varios hoteles en Nueva York. Mi empresa se llama *MyNights*. Como tu profesora

necesitaba dinero urgentemente, le transferimos el precio de compra antes de la cita con el notario. Al fin y al cabo, existía el precontrato, y esas señoras mayores no suelen estafar a nadie.

Josie me miraba con expectación. Esperaba a que yo siguiera hablando. Cuando mencioné que *MyNights* me pertenecía, sus ojos se abrieron de par en par brevemente.

—Pero esas señoras mayores a veces fallecen de repente, así que la cita con el notario no pudo celebrarse y tuvimos que reclamar nuestro derecho ante los tribunales. Desde el viernes, el Hotel nos pertenece. —Añadí—: A mi empresa, *MyNights*.

Josie me miró con la boca entreabierta. —Entonces... ¿entonces no he heredado nada?

Negué con la cabeza. —Me temo que no. El dinero ya se repartió entre los hijos o parientes de tu profesora. Al fin y al cabo, ya se había transferido.

El rubor de las mejillas de Josie desapareció tan rápido como había llegado. Josie se puso un poco pálida.

En aquel instante, habría dado cualquier cosa por saber qué estaba pensando.

—Pero... yo quería aquí... quiero decir, ahora mismo no tengo otro trabajo y... —Josie balbuceaba, como si no supiera muy bien qué hacer o qué decir—. Es decir... pensé que aquí mi sueño podría hacerse realidad... —Los ojos de Josie se volvieron grandes y redondos. Era evidente que el asunto la afectaba profundamente.

Y en ese preciso momento se me ocurrió una idea.

¿No había estado pensando en buscarme una novia? ¿Para demostrarles a Randa, a Amber y a mis padres que ya estaba comprometido? ¿Fuera del alcance de Randa?

¿Y no le había dado vueltas a dónde podía sacar a una mujer?

Y ahora la tenía delante.

Josie.

Ella me permitiría matar varios pájaros de un tiro. Necesitaba una prometida y así resolvería el problema de Randa de una vez por todas. También necesitaba a alguien que vigilara el pequeño Hotel que iba a abrir aquí y que se asegurara, durante las obras, de que no se creara un búnker sin alma. Josie era la persona ideal para ello.

De ese modo podría volver a verla.

Bajo unas condiciones claramente definidas.

Conocería a Josie sin correr el riesgo de que mi vida se descontrolara.

Asentí satisfecho. Eso era.

—Baja —le pedí a Josie—. Quiero hacerte una propuesta. —Subí los escalones hasta la puerta y le tendí la mano a Josie.

¿Cómo se las habría apañado para entrar en la casa por esa ventana?

Con cuidado, se sentó en el alféizar y estiró las piernas hacia mí. Apenas llegaban a la barandilla de la escalera, junto a los peldaños que yo acababa de subir. Josie no tenía ninguna mano libre para agarrar la mía. Así que le sujeté los muslos.

—Te tengo sujeta. No te va a pasar nada —le prometí.

Josie respiró hondo. Luego se dejó deslizar lentamente desde el alféizar. Mis manos se desplazaron hacia su cintura. Josie soltó el marco. Un brevísimo instante antes de tiempo. Pero afortunadamente la tenía bien sujeta.

Cayó directamente en mis brazos.

Contra mi cuerpo.

Sus pechos se presionaron contra mis músculos y Josie resbaló literalmente sobre mí. Nuestros cuerpos estaban tan cerca como el día anterior. Josie levantó la cara. Unos ojos verdes con una expresión indefinible. Unas mejillas que volvían a cobrar algo de color. Una barbilla suave. Y unos labios carnosos.

Que me habría encantado volver a besar.

Agaché la cabeza.

Josie se estiró imperceptiblemente y sonrió de forma sugerente.

Bajé más la cabeza.

Pero entonces me retiré.

No, Maddox. Paso a paso. Piensa en tu plan. Define las cosas claramente. Aquí no debe volver a descontrolarse nada.

Me aclaré la garganta. —Quiero reformar el Hotel y volver a abrirlo. Tiene una ubicación ideal para algunos clientes a los que quiero dar la bienvenida en los próximos años. —No quería hablar de mis negocios con la *VY Corporation*.

Eso no era asunto de Josie.

¿O sí?

Por un momento dudé.

—Necesito a alguien que se encargue de ello. Que vigile que todo vaya bien y que más tarde también dirija el Hotel. Tal como es tu sueño.

En ese instante me di cuenta de que no tenía ni idea de si Josie sería capaz siquiera de dirigir un Hotel.

Por otra parte... las habilidades necesarias puede aprenderlas cualquiera. Josie era amable, acogedora y tenía una gran presencia. Eso era más importante que cualquier otra cosa. Lo demás ya lo lograría.

—Te pagaré bien —añadí.

Josie me miró. —Eso sería maravilloso. Necesito un trabajo urgentemente. Y dinero —confesó—. Nunca habría podido permitirme una reforma, así que probablemente mi sueño no se habría cumplido de todos modos. —Josie se encogió ligeramente de hombros.

Asentí y repetí: —La paga es buena. Me gusta ser generoso. Pero solo con una condición. En las próximas semanas no solo te ocuparás del Hotel. —Hice un gesto con la cabeza hacia el edificio—. También tendrás que hacerte pasar por mi prometida. En algunas ocasiones en las que necesite acompañante. Sobre todo ante mi familia.

La mirada de Josie se ensombreció. Frunció el ceño. Luego arrugó la nariz. —¿Prometida?

Asentí.

Josie seguía estando tan cerca de mí que solo habría tenido que bajar la cabeza para besarla.

Entonces dio un paso atrás. —Tengo que pensarlo.

Me quedé mirando a Josie.

¿A qué venía eso?

Le ofrecía dinero. Un trabajo. No tenía ninguna de las dos cosas, si la había entendido bien. Se había mostrado entusiasmada ante la perspectiva de dirigir el Hotel.

Pero en cuanto mencioné lo de la prometida, su actitud cambió.

¿Por qué?

¿Acaso quería mantener nuestra «relación» en un nivel puramente profesional?

Apreté los dientes.

Esa idea no me gustaba en absoluto.

—Me pondré en contacto con tu empresa cuando haya decidido. — Josie me saludó con la cabeza. Luego bajó las escaleras y salió a la calle.

La seguí con la mirada.

No miró atrás.

Capítulo 13 Josie

Doblé una esquina.

Y luego otra.

Quería poner algo de distancia entre Maddox y yo. De repente, podía entender un poco mejor por qué se había marchado esta mañana dejándome sola en la cama. ¿Quizás había sentido exactamente la misma necesidad que sentía yo ahora? Ganar un poco de distancia para poner en orden mis pensamientos y reflexionar sobre lo que realmente quería y lo que su propuesta significaba para mí.

Por eso necesitaba alejarme.

Si me quedaba cerca de Maddox, no podía garantizar nada.

Su presencia lo trastocaba todo en mi exterior. Y todo en mi interior. Ya no era capaz de articular un pensamiento coherente y mi cuerpo estaba en pleno hervidero. Excitación, tensión, pasión… de todo.

Cuando Maddox me ha ayudado hace un momento a bajar del alféizar de la ventana, he estado tan cerca de él como ayer durante nuestro último baile. Y, de nuevo, ha surgido en mí el deseo de estar todavía más cerca.

Pero ahora…

Ahora tenía que hacer uso de la razón para tomar una decisión.

He seguido caminando.

Esta vez, por desgracia, mis pies no me guiaban solos. No tenía ni idea de a dónde quería ir. Ni en la calle ni en la vida.

Lo que más me habría apetecido era llamar a una amiga y contarle mi dilema. Una buena taza de café y alguien que me escuchara, eso era exactamente lo que necesitaba ahora mismo.

¿Holly? He pensado en mi antigua compañera de piso y amiga. Ella me entendería. Había conocido a su marido, Asher, en circunstancias igual de turbulentas. Pero ahora estaba casada y tenía un hijo. Había entrado en un mundo diferente.

¿Lea? Se acababa de casar ayer. No quería molestarla.

He suspirado.

Tenía que preguntarle a alguien. Tenía que hablar con alguien. Si no, iba a explotar. He sacado el móvil y le he escrito un mensaje a Lea.

Quizás respondería.

He vuelto a guardar el teléfono y he seguido andando. Me dolían los pies. El día de ayer con esos zapatos tan apretados había sido demasiado para mí. Solo quería sentarme en algún sitio. Darme un baño de pies. No hacer nada.

Quizás incluso fingir que las últimas horas nunca habían sucedido. O los últimos días. Simplemente despertar en mi cama y descubrir que hoy era un día completamente normal, en el que tendría que ir a trabajar y ocuparme de buscar una nueva compañera de piso. Y eso era todo.

Mi móvil ha sonado.

Lea.

—¿Diga? —he dicho.

—¿Josie? ¿Dónde estás? ¿Qué ha pasado? —Lea me ha asaltado con una sarta de preguntas—. Tu mensaje suena muy raro.

—Estoy fuera —he respondido—. De camino a casa. Y… —he respirado hondo—. No sé qué hacer. Acabo de encontrarme con Maddox y me ha hecho una oferta y…

—¿Una oferta? —la voz de Lea era un auténtico interrogante—. No tengo ni idea de qué me estás hablando, Josie. ¿Qué tipo de oferta exactamente? —Lea se ha reído por lo bajo—. Ayer estuvisteis tonteando bastante.

—Sí, tiene que ver con ese Hotel que he heredado… o no… —No sabía por dónde empezar.

—¿Con el Hotel? ¿Cómo es eso? —se ha extrañado Lea.

—Sí, claro, es una historia larga, porque en realidad no es mi Hotel, sino suyo, o eso parece al menos… —Mis frases se volvían cada vez más confusas. Yo misma me daba cuenta. Pero no tenía ni idea de cómo dar un sentido lógico a todo el asunto y explicárselo a Lea.

—Necesitas un café. —Lea ha ido directa al grano—. ¿Sabes qué? Ven aquí. Otis acaba de salir a comprar unas cosas. Estoy sola.

—Pero… ¿no tienes mil cosas que hacer? Voláis mañana, ¿no? —he querido saber. Lea y Otis se iban dos meses de luna de miel. Primero recorrerían Europa durante un mes. Después seguiría Australia, antes de regresar a los EE. UU. Los envidiaba por su plan. Ese tiempo juntos los uniría aún más como pareja. Y, además, verían rincones maravillosos del mundo en los que yo, probablemente, nunca pondría un pie.

Otis no era tan rico como Asher, el marido de Holly, pero Lea no se había buscado a un hombre pobre.

Yo, en cambio, me quedaba en la calle.

En el sentido más literal de la palabra.

—¿Vienes o no? —Lea me ha devuelto a la realidad—. No molestas. Solo un café. Ya verás cómo tu problema se desvanece en un periquete.

Ojalá fuera cierto.

—Sí. Voy para allá.

—Hasta ahora. —Lea ha colgado.

He guardado el móvil y me he puesto en marcha.

—La cafetera automática está rota, por desgracia. —Casi tres cuartos de hora después, estaba sentada en la acogedora cocina de Lea y Otis. Nunca se lo había preguntado a Lea, pero aquí debía de haber trabajado una decoradora de interiores cara. ¿De qué otra forma era posible instalar los últimos electrodomésticos y dispositivos y combinarlos con muebles de madera fantásticos logrando un conjunto tan armonioso?

—Vaya —he dicho.

—Pero nos queda una cafetera italiana pequeña. No te preocupes. No te quedarás sin nada. —Lea se ha reído.

—Uf. —He asentido aliviada. El aguachirri imbebible de antes me había permitido empezar el día con cierta compostura. Pero, en primer lugar, suelo beber mucho más que una sola taza. Y, en segundo lugar, desde entonces habían ocurrido cosas que habían agotado mi capacidad de aguante.

Necesitaba más café urgentemente.

Lea ha abierto un armario—. —Qué raro. ¿Dónde se habrá metido la cafetera? Si siempre estaba aquí. —Ha cerrado el armario y ha abierto la siguiente puerta.

Me he sentado en el banco esquinero. O mejor dicho, me he dejado caer en él.

Qué bien se estaba.

—¿Dónde está la dichosa cafetera? —Lea había abierto y cerrado todos los armarios—. Otis siempre guarda las cosas donde no debe. De verdad. No hay manera de que pierda esa costumbre.

He apretado los labios. Ese tipo de cosas pasan en todas las parejas, supongo. Pero no quería meterme en esos asuntos. —No pasa nada —he murmurado—. Con café sería mejor, pero sin él también se puede vivir.

—Claro —ha replicado Lea, mientras abría los cajones uno tras otro —. Pero aquí también se trata de si Otis es capaz de mantener el orden. —Ha cerrado el último cajón de un golpe. Luego se ha girado hacia mí y ha suspirado—. En fin. Ya llevamos bastante tiempo viviendo juntos y nos conocemos desde hace más. No podía esperar de verdad que Otis dejara todos sus malos hábitos de la noche a la mañana solo porque ahora estemos casados.

Me ha pasado por la cabeza que ahora Otis probablemente lo haría todavía menos que antes. Pero no he dicho nada.

—¿Y bien, qué es lo que te pasa? —Lea se ha sentado en la silla frente a mí. Luego se ha levantado de un salto—. Lo siento, ni siquiera te he preguntado si quieres beber otra cosa. Hoy soy una anfitriona nefasta.

He hecho un gesto restándole importancia. —No te preocupes.

Lea ha vuelto a sentarse. —Esa oferta, Josie.

—Sí, bueno… —he empezado. Entonces le he contado a Lea mi encuentro con Maddox en el Hotel.

—¿Tan mal aspecto tiene el Hotel de verdad? —ha querido saber Lea.

—Es un cuchitril —he respondido cansada—. ¡Si ya te lo conté!

—Pero se puede sacar algo de ahí. —Lea se ha levantado de nuevo y ha empezado a caminar por la cocina frenéticamente—. Solo necesitas un poco de dinero y podrías poner el Hotel a punto. Imagínatelo. —Se ha girado hacia mí. Le brillaban los ojos de emoción—. Qué maravilla sería.

He negado con la cabeza. —No es tan sencillo. Primero, no tengo dinero. Desde la semana pasada ni siquiera tengo trabajo, por si tengo que recordártelo.

—Es verdad. —Lea me ha mirado avergonzada—. Perdona, he estado tan ocupada con la boda que me he olvidado de todo lo demás. Era como si mi memoria de pez solo funcionara para la boda. —Lea se ha vuelto a sentar—. Pero ya estoy de vuelta. Ahora estoy casada, pero no quiero que eso cambie nada entre nosotras.

He asentido. Ya lo veríamos. En realidad, entre Holly y yo tampoco había cambiado nada. Y, sin embargo, todo era distinto. Simplemente ahora ella tenía una familia y vivía en otro mundo, mientras que yo me había quedado en el mío. Seguro que no era intencionado, pero las cosas cambian… simplemente porque sí. Porque pasa el tiempo. Porque la vida es así.

—Y además, el Hotel ni siquiera es mío. Es de Maddox. —He llegado al punto más importante.

—Eso ya lo has dicho antes. Pero no entiendo ni una palabra. ¿Qué está pasando? Todo desde el principio, por favor. —Lea, obviamente,

también había bebido bastante vino ayer y hoy le costaba seguirme el hilo.

Así que se lo he contado todo de nuevo. Por orden. Cómo había decidido esta mañana ir al Hotel y volver a echarle un vistazo. Que quizá no todo era tan terrible.

Cómo había aparecido Maddox allí.

Cómo descubrimos que el Hotel le pertenecía. Al principio no me había creído a Maddox, pero luego pensé en lo que me había contado la empleada de la residencia de ancianos: que mi carta estaba en el cajón de Mrs. Rotheringham y no sabían si el contenido seguía vigente. Evidentemente, Mrs. Rotheringham, por alguna razón, había cambiado de opinión y había decidido venderle el Hotel a Maddox. El porqué, nunca lo sabré. Mrs. Rotheringham ya no podía decírnoslo, así que era inútil que me rompiera la cabeza con ello o que lo discutiera con Lea.

Así que seguí contando cómo Maddox me había hecho la oferta.

Solo he omitido un detalle. La innegable tensión que había existido entre Maddox y yo. Tampoco le he contado a Lea que Maddox y yo habíamos acabado juntos en la cama anoche. Y que había tenido el sexo más salvaje de mi vida.

Algo en mi interior me frenaba.

Quizás porque Maddox era el mejor amigo de Otis. Otis y Lea estaban ahora casados y seguro que Lea le contaba todo a Otis. Y entonces… entonces Maddox hablaría algún día con Otis o Otis con Maddox y Maddox sabría que yo se lo había contado todo a Lea y eso no le gustaría y entonces…

Me daba vueltas la cabeza.

Estaba sentada segura en el banco, pero ahora casi me sentía mareada por el carrusel de pensamientos en mi cerebro. Tantas posibilidades. Tantos recovecos en los que podía tomar el camino equivocado.

No, no iba a contar nada de la noche.

Eso no era lo más importante ahora.

¿O sí?

—Ayer os llevasteis de maravilla. —Lea se ha reído—. Creo que al menos la mitad de las mujeres rabiaban de envidia porque Maddox solo te hizo caso a ti todo el tiempo.

Me he removido incómoda. El comentario me molestó. —Sí, simplemente surgió así.

—Pero si eso es estupendo. —Lea me ha mirado con los ojos como platos—. Y si ahora te hace esa oferta, pues todavía mejor. No podría ser más perfecto.

—No sé… —dudé—. Quiero decir, tengo que hacerme pasar por su prometida. Su prometida, ¿entiendes? ¿Para qué necesita una? ¿Por qué no se busca simplemente a una prometida de verdad a la que realmente quiera casar?

Ahí estaba la pregunta que me había estado rondando todo el tiempo sin que pudiera expresarla con palabras claras.

Lea se ha encogido de hombros. —Tampoco lo sé. Otis y él se conocen de toda la vida y Maddox lleva soltero desde siempre. Es de esos que piensas que su estado nunca va a cambiar. Tampoco sé exactamente a qué se debe.

He pensado en lo que Maddox me había confiado esta mañana. En lo que le había pasado por la cabeza cuando me dejó sola. Intuía que esas cosas estaban relacionadas.

¡Josie! Eso no es asunto tuyo. Es cosa de Maddox. Él te ha hecho una oferta y eso es lo único que importa ahora. Si vas a aceptar esa oferta o no. ¡Solo eso!

—Maddox es un tipo decente. —Lea ha intentado tranquilizarme—. Aunque tengas que hacerte pasar por su prometida, él nunca se te acercaría de una forma que tú no quisieras. —Lea ha sonreído—. Aunque ayer hubiera jurado que no te habrías opuesto. En absoluto. Vosotros dos… —Lea no ha terminado la frase.

—Hm. —No quería profundizar más en el tema.

—Quiero decir, ¿verdad que no fue fingido? ¿A que te gusta? —Lea me ha mirado inquisitiva.

—Sí, claro, es muy simpático —me he apresurado a asegurar. He bajado la mirada hacia la mesa de madera frente a mí con la esperanza de que no se me pusieran las mejillas rojas. Si Lea notaba que mentía, no pararía hasta saber exactamente qué estaba pasando.

Y no quería contarlo.

Todavía no.

Más adelante, cuando yo misma viera las cosas con más claridad, se lo contaría todo a Lea.

Pero ahora no.

—Pero si simplemente finjo que soy su prometida sin serlo en absoluto… —No he terminado la frase.

—Míralo de esta manera. Necesitas el dinero urgentemente. Es una oferta buenísima. De todas formas, nunca quisiste pasarte la vida embelleciendo a neoyorquinas ricas, sino montar algo por tu cuenta, ¿verdad? Maddox te ofrece la oportunidad de dar un paso adelante. Y es generoso. Por el dinero no tienes que preocuparte. —Lea me ha mirado—. No entiendo dónde está el problema. Si él no te cayera bien o si te preocupara que se te acercara sin tu consentimiento, entonces sí. Pero así…

Acercarse sin mi consentimiento.

Yo QUERÍA que Maddox se me acercara.

Exactamente ese era el problema.

De todos modos, Lea tenía razón. Realmente no tenía muchas opciones. Necesitaba dinero.

—¿Qué podría pasar de malo? En el peor de los casos, a los pocos meses dejas de estar prometida. O te conviertes de verdad en la prometida de Maddox. —Lea se ha reído de buena gana.

He intentado acompañarla en su risa.

¿No era eso exactamente lo que deseaba en secreto?

—Yo emprendo un nuevo camino con Otis. Ya va siendo hora de que tú también emprendas nuevos rumbos. Los tuyos propios. Ahora se te presenta una oportunidad. Aprovéchala. —Lea se ha inclinado sobre la mesa y me ha puesto una mano en el antebrazo.

He asentido.

Aprovecharía la oportunidad.

Necesitaba un nuevo comienzo urgentemente.

Aunque no tuviera ni idea de a dónde me llevaría.

Capítulo 14 Josie

—¿Hola? ¿Hablo con Josie Harland? —Una voz masculina estaba al otro lado de la línea. Acababa de recibir una llamada de un número desconocido y me había apresurado a coger el móvil. Una parte de mí había esperado que fuera Maddox quien me llamara. Al fin y al cabo, no conocía su número, solo sabía que era el dueño de *MyNights*. Eso es lo que me había contado. Había prometido ponerme en contacto allí. Y ahora había pensado que tal vez Maddox se adelantaría. Que querría convencerme para que aceptara su oferta.

Tonterías, Josie. Ni siquiera tiene tu número. ¿Cómo iba a llamarte? ¿Y para qué? Esto es la Nueva York del siglo XXI. Aquí ningún hombre va detrás de una mujer por teléfono. Simplemente busca a la siguiente. Especialmente si es un hombre como Maddox.

Seguro que podía tener a cualquier mujer que quisiera.

Pero entonces, ¿por qué precisamente yo tenía que hacerme pasar por su prometida?

Ya le había estado dando vueltas a esa pregunta en mi cabeza desde hacía un rato. No había encontrado una respuesta realmente satisfactoria. De lo contrario, no me lo estaría preguntando de nuevo.

—Sí, soy Josie Harland —respondí.

—Derek Hanson, de *Hanson Cosmetics*. Me ha enviado su currículum. —La voz al otro lado sonaba un tanto desagradable.

—Sí, es cierto. —De hecho, el viernes me había atrevido a enviar algunas solicitudes. Lea también me había animado a ello. ¿Qué podía pasar? En el peor de los casos, me darían un no por respuesta.

En lugar de eso, ahora recibía una llamada.

—¿Puede pasarse hoy mismo para una entrevista? —preguntó Derek Hanson—. Necesitamos urgentemente una esteticista en nuestro salón. Las tipas que trabajan aquí se están quedando embarazadas una tras otra y pronto no tendré a nadie que haga el trabajo.

La forma de hablar de Derek Hanson no me gustó en absoluto. Llamaba a sus empleadas «tipas» y criticaba sus decisiones sobre planificación familiar. ¿Acaso no era algo que cada uno podía decidir por sí mismo?

Pero tal vez solo estaba especialmente molesto en ese momento. O tenía un mal día. A cualquiera podía pasarle.

Reflexioné.

Lo mejor sería que me hiciera mi propia idea de Derek Hanson y del salón. Luego ya vería.

Pensé en Maddox.

Tras la conversación con Lea, había visto la oferta de Maddox como una oportunidad para empezar de cero. Salir del salón de belleza. Me encantaba mi trabajo, pero la mayoría de las veces no recibía mucho reconocimiento por ello. Al contrario. Por lo general, me tomaban por una tontita que no tenía mucho en la cabeza y que por eso mismo trabajaba en un salón de belleza. Los hombres me trataban con desprecio. Y las mujeres también. Algunas clientas eran amables y me veían como una profesional valiosa, pero otras creían que podían hacer conmigo lo que quisieran.

Si trabajara en el Hotel, sería diferente.

¿O no?

Tal vez sería exactamente igual.

En cualquier caso, no perdería nada por acudir a la entrevista con el Sr. Hanson.

—Claro, puedo pasarme hoy por allí. ¿A qué hora le viene bien? —le pregunté al Sr. Hanson.

—Tengo un hueco para usted en dos horas. —El Sr. Hanson no anduvo con rodeos.

—¿En dos horas? —Me pareció poco tiempo. Apenas tendría tiempo de prepararme. Tendría que cambiarme de ropa, leer algo en internet sobre *Hanson Beauty*, pensar cómo quería responder a

ciertas preguntas estándar... Y necesitaba urgentemente más café. Al fin y al cabo, anoche lo había celebrado por todo lo alto. Los acontecimientos se precipitaban de verdad hoy—. No es mucho tiempo.

—O viene en dos horas o lo dejamos estar. —El Sr. Hanson sonaba irritado—. Debería estar agradecida de que siquiera la haya invitado a una entrevista.

Tragué saliva.

Lo que más me apetecía era rechazar la cita de inmediato.

Venga, Josie, no puede hacer daño. En el peor de los casos, simplemente habrás practicado cómo va una entrevista de trabajo y conocerás las preguntas que suelen hacerse.

Y tal vez no sería tan terrible.

Quizás el Sr. Hanson solo era así de raro por teléfono y en realidad era muy amable. También existían personas así.

Además... además todavía había una parte de mí que dudaba de si realmente era tan buena idea aceptar la oferta de Maddox. Cuando había visto a Maddox antes en el Hotel, mi cuerpo se había vuelto loco de nuevo. ¿Cómo sería cuando lo viera todos los días? ¿Y si incluso tuviera que hacerse pasar por su prometida?

Entonces todo podría descontrolarse.

Al pensar en Maddox, mi piel experimentó un ligero cosquilleo y mi bajo vientre se contrajo. Mi cuerpo recordaba exactamente lo que había sucedido la noche anterior. Muy exactamente. Y eso que

Maddox no estaba conmigo ahora. Solo con pensar en él era suficiente.

Y si veía a Maddox más a menudo... si tuviera que fingir que éramos tan íntimos y cercanos como en realidad deseaba...

Podría desarrollar sentimientos profundos de repente.

Y eso no sería bueno.

Nada bueno en absoluto.

Después de todo, Maddox me había pedido hacerse pasar por su prometida. No había dicho que debiera ser su prometida de verdad. Y tampoco había mostrado interés en conocerme mejor.

¿Verdad?

—¿Y bien? —La voz impaciente del Sr. Hanson me devolvió a la realidad—. No tengo tiempo para esperar eternamente su respuesta.

—Nos vemos en dos horas —respondí. ¿Qué otra cosa podía decir?

—Hasta entonces. —El Sr. Hanson terminó la conversación sin esperar mi respuesta.

Tenía cierto malestar en el estómago.

¿El Sr. Hanson?

¿Maddox?

Ninguna de las dos opciones parecía ser la ideal por diferentes razones.

¿O me lo estaba imaginando yo sola porque tenía miedo?

Suspiré. No me quedaba mucho tiempo. Tenía que prepararme para la entrevista de trabajo.

—Su formación es buena. —El Sr. Hanson me miró. No me caía nada bien. Me había propuesto presentarme ante él sin prejuicios y simplemente ver cómo se comportaba. A menudo la realidad era muy distinta de lo que uno se imaginaba por teléfono.

Sin embargo, este no parecía ser el caso.

El Sr. Hanson tenía ojos de pez con los que me escudriñaba con frialdad. Su nariz sobresalía puntiaguda de su cara y su cabello estaba ligeramente graso. Sus hombros, en cambio, estaban cubiertos de escamas blanquecinas, o al menos eso parecía.

El Sr. Hanson parecía cualquier cosa, menos el dueño de un salón de belleza. Debería haber visitado él mismo uno de esos salones. Con regularidad.

Pero me cuidé mucho de decir eso. Los papeles estaban claramente repartidos: el Sr. Hanson era mi jefe potencial. Yo era una especie de suplicante que necesitaba urgentemente un trabajo.

El Sr. Hanson me examinó con ojo crítico. —¿Por qué dejó su último trabajo?

Me puse roja. Precisamente esa pregunta era la que me temía. Por eso mismo había deseado más tiempo para prepararme para la

entrevista. Entonces podría haberme inventado una historia que no nos dejara en mal lugar ni a mí ni a mi antiguo jefe.

—Simplemente resultó que ya no era lo adecuado —balbuceé entonces. Incluso a mis oídos aquello sonaba poco convincente.

—Ya veo. —El Sr. Hanson frunció los labios. Ahora recordaba aún más a un pez—. Ya no era lo adecuado. —Luego inclinó la cabeza hacia un lado—. Sonría —ordenó de repente.

¿Sonreír?

Insegura, miré a mi interlocutor.

—Vamos. ¿Acaso no sabrá ya ni cómo se sonríe? —El Sr. Hanson frunció el ceño—. ¿O es que se pasa el día con cara de pocos amigos ante sus clientas?

Negué con la cabeza. Luego sonreí. Me dolieron los músculos de la cara al forzar una sonrisa. Lo que con Maddox había surgido con tanta naturalidad, ahora tenía que forzarlo.

Maddox.

De repente sentí nostalgia de él.

—Tiene un diente torcido. ¿Por qué no se lo ha corregido todavía? —El Sr. Hanson se quedó mirándome fijamente.

—Yo… esto… verá, es que no tenía dinero para ello y… —Estaba completamente perpleja. Aunque siempre había creído que los demás se fijaban en mi diente y me juzgaban por ello, nunca nadie

me lo había dicho de forma tan directa. Por lo general, la gente simplemente apartaba la mirada. O se me quedaban mirando, pero no decían nada.

—Ese diente tiene que estar recto. Debe sacar el dinero de alguna parte. —El Sr. Hanson frunció el ceño—. Puedo adelantárselo y usted puede ir saldando su deuda aquí poco a poco. —El Sr. Hanson soltó una carcajada burlona—. Así al menos me aseguro de que no salga corriendo de inmediato.

Se me encogió el estómago. Aquello no sonaba a un favor amable, sino más bien a esclavitud moderna. El Sr. Hanson no quería prestarme el dinero para ayudarme; quería usarlo para controlarme.

—¡Levántese!

Miré al Sr. Hanson, pillada por sorpresa.

—Vamos. ¡Levántese!

¿A qué venía eso ahora? Pero, obediente, me levanté de la silla.

El Sr. Hanson también se puso en pie. Se acercó a mí despacio y empezó a rondarme como un gato. O más bien como un tigre.

¿Qué quería?

—Su figura no está nada mal —comentó con aprobación.

¿Cómo?

Debía de haber oído mal.

¿Qué pintaba un comentario así en una entrevista de trabajo?

—Al fin y al cabo, esto es un salón de belleza. Quiero que mis empleadas tengan un aspecto perfecto y encarnen el ideal para nuestras clientas. Cuando ese diente no esté, la cosa podría encajar. Ni siquiera necesita un aumento de pecho. —El Sr. Hanson se me acercó más.

Todo mi cuerpo se quedó rígido.

—Imagínese que le di ese mismo consejo a otra empleada y también le ofrecí hacerme cargo de los costes. ¿Y qué hace esa estúpida? Se marcha. En lugar de estar agradecida de que alguien quiera ayudarla, simplemente presenta su renuncia. —El Sr. Hanson sonaba sinceramente indignado.

Me mordí la lengua. Lo que más deseaba era decirle al Sr. Hanson que su empleada tenía toda la razón del mundo. La entendía perfectamente. Cualquiera se habría marchado en esa situación. Cualquiera. ¿Qué se creía este hombre? ¿Acaso pensaba que podía disponer de los cuerpos de sus empleadas solo por tratarse de un salón de belleza?

Me habría encantado decírselo todo a la cara.

Pero nunca se me había dado bien tener una respuesta rápida en situaciones así.

En mi cabeza solían formarse todas las palabras que quería soltar. Todos mis pensamientos, todas las frases. Mi postura estaba clara. Pero en cuanto tenía que decir algo, se me quedaba todo atascado en la garganta. La lengua se me paralizaba y la claridad previa se esfumaba.

La mayoría de las veces no decía nada.

Y también ahora me quedé callada.

No porque quisiera.

Sino porque no podía evitarlo.

Por dentro me maldecía a mí misma.

¿No podía defenderme NI UNA SOLA VEZ? En mi vida privada no me resultaba difícil, pero en lo profesional simplemente no lo conseguía.

El Sr. Hanson soltó una risita.

De pronto pensé que probablemente no era la primera vez que tenía delante a una mujer muda y humillada. Seguro que ya lo había vivido antes.

Otra risita.

¡Probablemente ese idiota incluso estaba disfrutando de la situación!

En ese momento tomé una decisión. No trabajaría aquí bajo ningún concepto. Ni hablar. El Sr. Hanson podía ofrecerme lo que quisiera; no había nada que me hiciera soportar semejantes circunstancias.

Iba a darme la vuelta, cuando de repente sentí que me tocaban el trasero.

Volví a quedarme petrificada.

Un dedo.

Dos dedos.

Y un pellizco.

¡El Sr. Hanson acababa de darme un pellizco en el culo!

¿Pero qué se había creído?

De nuevo, todas las palabras se formaron en mi cerebro. Un grito de indignación subió por mi interior, pero se quedó atascado en algún lugar de la garganta. Quería gritar fuerte y no podía.

Hice un gesto de náusea.

—Y el culo también está bastante bien. Terso y firme, como debe ser —rió el Sr. Hanson entre dientes.

Esa fue la gota que colmó el vaso.

Me di la vuelta bruscamente.

Y antes de que pudiera articular un pensamiento claro, mi mano aterrizó en la cara del Sr. Hanson.

Le pegué una bofetada.

Ese gilipollas insolente se lo merecía. Eso y nada más.

Las palabras no habían podido salir de mí.

Pero, como suele ocurrir, a veces un gesto dice más que mil palabras.

—¡Está despedida! —bramó el Sr. Hanson, poniéndose rojo como un tomate.

Y de repente todo se calmó en mi interior. Hasta logré soltar una risita suave. —¿Ah, sí? ¿Y cómo piensa hacerlo? Si ni siquiera estoy contratada. —Volví a reír.

Y entonces me di la vuelta y abrí la puerta. Salí de allí caminando con una sensación de triunfo como nunca antes había sentido.

La energía me recorría todo el cuerpo.

Era como si finalmente todo lo que nunca había podido decir hubiera salido de mí.

Me sentía liberada.

Y no me arrepentía de nada.

Menudo idiota.

Nunca había visto tal falta de modales.

En toda mi vida me habían tratado con semejante descaro.

Pensaba que mi último jefe era malo, pero el Sr. Hanson se llevaba la palma.

Jamás trabajaría allí.

Ni aunque me arrastraran con caballos.

Lea tenía razón.

Era hora de empezar de cero.

Salí del salón y caminé hasta la siguiente esquina.

Saqué mi móvil, busqué en Google el número de la sede de *MyNights* y pedí que me comunicaran con la secretaria de Maddox.

Poco después tenía a Maddox al teléfono.

—¿Josie? —Su voz no dejaba traslucir lo que pensaba.

—Hola, Maddox. —Me aclaré la garganta—. Solo quería decirte que... que acepto tu oferta. —Las palabras casi se me quedan atascadas de nuevo en la garganta, pero al final conseguí pronunciarlas.

—Bien. —Seguía sin notarse lo que Maddox pensaba. ¿Se alegraba?

¿Habría estado ya pensando en qué otra candidata podría encajar?

—¿Cuándo quieres que empiece? —quise saber.

—Nos vemos mañana en el Hotel. Con un arquitecto.

Un arquitecto.

Maddox no perdía el tiempo.

Después de acordar la hora, me despedí.

Mi estómago se había calmado.

Seguro que había sido lo correcto darle una bofetada al Sr. Hanson y dejarlo plantado allí mismo. Jamás querría trabajar en un salón así.

Pero ¿a dónde me llevaría mi decisión de aceptar la oferta de Maddox?

No tenía ni idea.

Es la decisión correcta, Josie. Por mucho que ames tu trabajo, siempre habías querido hacer otra cosa. ¿O vas a pasarte el resto de tu vida embelleciendo a las damas ricas de Manhattan?

No quería.

Aunque no me habría importado que mi futuro fuera más previsible.

Si hubiera sabido exactamente qué me esperaba con Maddox.

La realidad era que no tenía ni la más remota idea.

Capítulo 15 Josie

He llegado un poco demasiado pronto. Esa es otra de mis irritantes costumbres. O llego demasiado pronto o llego demasiado tarde. Me pregunto cómo se lo monta la gente para ser siempre puntual. Yo no lo he conseguido nunca. Si llego a la hora, es porque me he quedado esperando en la esquina de al lado diez o quince minutos. Para no presentarme antes de tiempo.

He suspirado.

Bueno.

Hay costumbres peores, ¿no?

He pensado en mi antigua colega Jeannie. Ella siempre era puntual. Al minuto exacto. Qué digo, incluso al segundo. Si aparecía dos minutos antes para ir al cine, entraba en pánico y me echaba en cara que me hubiera adelantado. Y a mí en realidad no me importaba nada esperar dos minutos. Si, por el contrario, llegaba dos minutos tarde, Jeannie me recibía igualmente con reproches. Se

creía que ya no iba a ir y me exigía que le enviara un mensaje para decirle que me retrasaba.

Por dos minutos.

¡Dos minutos!

Me hacía sentir como la persona más informal del mundo, y todo por dos minutos.

Al final dejé de ir al cine con Jeannie.

Mis otros conocidos y amigos eran más tolerantes. Holly y Lea nunca se habían quejado de mi puntualidad o falta de ella. Me aceptaban como era y sabían que, si llegaba tarde, era por una buena razón y no porque les estuviera dando plantón o me lo hubiera pensado mejor. Y si aparecía antes de tiempo, tampoco hacían ningún comentario. Parecían ni siquiera darse cuenta de que me había adelantado.

Pero Maddox…

No le conocía.

¿A lo mejor le ponía nervioso que llegara antes?

¿O quizá todavía tenía cosas importantes que hacer? Al fin y al cabo, Maddox dirigía una empresa enorme. Este hotel no era más que calderilla para él.

He sacudido la cabeza al pensar en esa diferencia.

Para mí lo significaba todo.

Para Maddox, en cambio, probablemente no mucho. Sin duda no era decisivo para su éxito. De lo contrario, difícilmente habría propuesto que yo colaborase aquí. No tenía ni idea del negocio hotelero y mucho menos de todo lo que había que tener en cuenta al reformar un edificio.

No podía confiar tanto en mí como para dejar este proyecto en mis manos si fuera algo vital.

¿O sí?

Sea como sea: quería demostrar que soy digna de confianza, así que he decidido esperar unos minutos más. Quien llega quince minutos antes no es ni puntual ni de fiar, sino que está, simple y llanamente, nervioso. O es incapaz de gestionar su tiempo. En mi caso, probablemente un poco de ambas cosas.

Sí, estaba nerviosa.

¿Cómo me saludaría Maddox?

¿Con confianza?

¿Enamorado?

¿Como a una… una prometida?

¿O más bien distante, para recalcar el carácter oficial de nuestro acuerdo?

He intentado preparar una respuesta para cada escenario posible. Si estaba preparada, nada podía salir mal.

¿Verdad?

He tragado saliva.

Estaba más nerviosa de lo que quería admitirme a mí misma.

Me he apoyado un momento junto a un panel publicitario en la fachada de una casa y he cerrado los ojos. He inspirado profundamente. Y he espirado. Y otra vez.

Todo va a salir bien, Josie. Todo. Maddox no es como el señor Hanson ni como ninguno de esos otros hombres asquerosos. No tienes nada que temer.

Poco a poco, mi respiración y mis latidos se han ido calmando. He mantenido los ojos cerrados un rato más.

Y entonces he oído la voz.

Sonaba enfadada.

—¡Te he dicho mil veces que me dejes en paz, maldita sea! No tenemos nada que ver el uno con el otro. Ni ahora ni antes. ¿Es que no lo pillas?

Maddox.

Era claramente la voz de Maddox. He abierto los ojos y me he sobresaltado. Maddox pasaba por delante de mí justo en ese

momento con el móvil en la oreja. Instintivamente, he hecho un movimiento hacia atrás. Solo que no podía retroceder más, porque ya estaba apoyada en la pared.

No quería que Maddox pensara que le estaba aguardando.

O que le estaba espiando.

Sin embargo, él no parecía haberse percatado de mi presencia; miraba al suelo mientras ladraba excitado al móvil: —Somos historia. No me interesas lo más mínimo, ¿está claro? No vuelvas a llamarme nunca.

No he podido entender más palabras, porque Maddox se alejaba a paso rápido. No me he atrevido a seguirle. Si me hubiera descubierto y hubiera deducido que iba tras él, eso habría supuesto posiblemente el fin de nuestro contrato. Me habría quedado no solo sin mi nuevo trabajo, sino también sin Maddox.

Y eso no lo quería bajo ningún concepto.

Y aun así…

Daría lo que fuera por saber con quién acababa de hablar Maddox. ¿De quién no quería saber más? ¿Quién no le interesaba?

¿Un socio comercial? En empresas como las de Maddox, seguro que surgían diferencias todos los días.

¿O acaso Maddox había estado hablando con una mujer?

Al pensarlo, mi corazón se ha acelerado.

¿Se había marchado tan pronto la mañana siguiente a la boda de Lea porque una mujer le estaba esperando? ¿Una de la que ya no quería saber nada y de la que se estaba separando en este preciso momento?

Tonterías, Josie. Eso no tiene ningún sentido. ¿Por qué iba a pedirte que te hicieras pasar por su prometida si se acaba de separar de su mujer? ¡Eso lo complicaría todo! No, seguro que es algo completamente distinto.

¿O no?

He mirado pensativa cómo se alejaba Maddox. De pronto me he dado cuenta de lo poco que conocía al hombre con el que había terminado en la cama después de la boda.

Luego me he dado un golpe en la frente.

Seguro que Maddox no tenía mujer.

Lea lo sabría.

Y me lo habría contado.

Se ve que de tanto estar nerviosa se me han nublado las ideas.

He respirado aliviada y profundamente.

Luego me he encaminado hacia el Hotel que yo había heredado y que ahora pertenecía a Maddox.

Al doblar la esquina, he visto que Maddox estaba frente a la escalera conversando animadamente con un hombre que llevaba un casco amarillo.

—Hola —he dicho mirando a Maddox con inseguridad.

—Josie —los ojos oscuros de Maddox han brillado un instante. Luego han vuelto a volverse inescrutables. ¿Me había imaginado ese brillo? ¿O de verdad había estado ahí? No he podido evitar fijarme en las orejas ligeramente despegadas de Maddox.

Oh, Dios mío.

Mi piel ha empezado a hormiguear y mis entrañas se han contraído levemente. Mis pezones también se sentían diferentes a un momento antes.

—Este es el Mr. Winters, nuestro arquitecto —me ha presentado Maddox al hombre del casco amarillo.

—Encantado —el Mr. Winters me ha dado la mano.

—Josie Harland —me he presentado. En ese momento he sido consciente de que Maddox ni siquiera sabía mi nombre completo. He reprimido una risita nerviosa. ¿Dónde se ha visto algo así? Firmar una especie de… bueno, una especie de contrato de trabajo, sin saber nada el uno del otro. Ni siquiera el nombre completo.

—Pues pongámonos manos a la obra —el Mr. Winters ha tomado el mando, cosa que he agradecido mucho. No tenía ni idea de qué esperaba Maddox de mí.

Los tres nos hemos girado hacia el Hotel.

Ahora ya no veía el edificio con mis propios ojos. Sino con los de Maddox y del Mr. Winters.

Era una ruina. Una casa vieja y destartalada en medio de Nueva York. Aquí había que meter dinero. Y mucho, además.

—Un inmueble con potencial —el Mr. Winters hablaba con entusiasmo.

Le he mirado de reojo.

¿Lo decía en serio?

—Se puede sacar mucho de esta casa —el Mr. Winters se ha rascado la cabeza—. Aunque también podríamos demolerla por completo y levantar en su lugar un edificio de acero y cristal. Algo muy moderno —el Mr. Winters ha mirado a Maddox esperando una respuesta.

Demolerla.

Se me ha encogido un poco el estómago. Aunque yo nunca había tenido un vínculo real con esa casa, al fin y al cabo había pertenecido a mi antigua profesora, Mrs. Rotheringham. Y antes a su prima. Seguro que ambas se habían reunido aquí a menudo para bromear y reír. La casa había estado llena de vida.

¿Y ahora todo eso iba a desaparecer así como así?

Entonces Maddox ha negado con la cabeza. —No, demolerla está fuera de toda cuestión. Quiero que la casa siga integrándose en el carácter de la calle. Debe dar la impresión de ser una casa de lo más normal.

Mr. Winters volvió a rascarse la cabeza. —Pensaba que su intención era reabrir el Hotel.

—Reabrirlo no es exactamente la palabra —replicó Maddox—. La idea es que pase a formar parte de mi cadena.

—Pero si estoy bien informado, los establecimientos de su cadena tienen un aspecto muy diferente. Todavía no he diseñado ninguno, pero cuando mi colega me entregó su dossier hace una semana, incluía información detallada sobre cómo se han proyectado sus hoteles en el pasado. Y aquello era bastante distinto. —Evidentemente, Mr. Winters también era nuevo en su puesto.

Aquello me alivió.

Aunque Mr. Winters parecía tener mucha más experiencia que yo.

—Es cierto —respondió Maddox—. Este edificio va a ser diferente. Quiero que los clientes se sientan aquí todavía más como en CASA. —Maddox miró a Mr. Winters con intención—. Lo que voy a decirle ahora es estrictamente confidencial.

Mr. Winters asintió. —Por supuesto. Además, ya hemos firmado el correspondiente acuerdo de confidencialidad para no revelar nada de lo que hablemos.

Maddox asintió. —Entonces entremos. Aquí fuera, en la calle, no tiene por qué enterarse nadie de lo que planeamos.

Maddox sacó una llave del bolsillo. Me habría encantado saber de dónde la había sacado mientras tanto, pero no me atreví a preguntarlo delante de Mr. Winters. De lo contrario, habría quedado definitivamente como alguien que no tenía ni idea de nada y,

además, posiblemente habría molestado a Maddox. Al fin y al cabo, no sabía qué le había contado sobre mí a Mr. Winters. No me había presentado con ningún cargo laboral.

O mejor dicho, ni siquiera me había presentado; de eso me había encargado yo misma.

—Madre mía. —Mr. Winters retrocedió espantado al entrar en el Hotel—. Esto tiene peor aspecto incluso de lo que parece por fuera.

Maddox asintió. —Podemos ver esta habitación. Es... —Maddox hizo una breve pausa—. Es un ejemplo bastante representativo del trabajo que le espera. —Maddox señaló la puerta por la que yo había pasado en mi primera visita.

Así que yo ya sabía lo que nos esperaba.

Muebles antiquísimos.

Cosas rotas.

Moho en el baño.

Aun así, me estremecí cuando los tres nos metimos en la habitación.

Mr. Winters guardó silencio y lo sometió todo a una inspección minuciosa. Dio golpecitos en las paredes, metió la cabeza debajo de la cama y olisqueó algunas cosas. Se me revolvió el estómago.

—Probablemente saldría más barato derribarlo. —Mr. Winters miró a Maddox con franqueza.

Maddox asintió. —Lo sé. Pero, a pesar de todo, he decidido no hacerlo.

—¿Puedo preguntar por qué? —Mr. Winters aceptó la afirmación de Maddox con calma, pero no se conformó simplemente con ella.

—Estoy en plenas negociaciones con la *VY Corporation*. Unas negociaciones tan importantes que no quería mencionarlas antes en plena calle —subrayó Maddox, mirando con significado a Mr. Winters.

—¿La *VY Corporation*? Pero si su sede principal no está lejos de aquí. Me refiero a su sede de Nueva York. —Mr. Winters volvió a rascarse la cabeza. Parecía ser una de sus manías.

—Exactamente. —Maddox asintió con gravedad—. Este contrato sería sumamente trascendental para mi empresa. Pero aún no lo tengo asegurado. Hay un competidor también en la liza y no está escatimando esfuerzos para inclinar la balanza a su favor.

¿Me lo parecía a mí o Maddox apretó brevemente la mandíbula?

—Sin embargo, con este edificio en esta ubicación —Maddox hizo un breve gesto con la mano—, tengo una ventaja decisiva. Y pienso aprovecharla. Quiero que usted, junto con el diseñador de interiores, me dibuje unos planos que parezcan hechos a medida para la *VY Corporation*. —Maddox hizo una pausa dramática—. Y que, además, cuando esté terminado, nos valga el premio al mejor hotel.

Mr. Winters asintió, ahora visiblemente impresionado. —¿Y de cuánto es su presupuesto?

Maddox restó importancia con un gesto. —Tan alto como sea necesario. No deben escatimar en gastos. Aquí solo lo mejor es suficiente. Unos cuantos millones deberían bastar. ¿No cree?

Mr. Winters asintió.

Yo me quedé sin palabras por el asombro.

Unos cuantos millones.

MyNights debía de ir mejor de lo que me había imaginado.

Maddox debía de tener más dinero del que yo podía concebir.

Probablemente era el hombre más rico que había visto en mi vida.

¿O no?

¿Sería tan rico como Asher, el marido de Holly?

¿O lo sería más?

—Josie aquí presente —Maddox me señaló— trabajará estrechamente con usted y supervisará la elaboración de los planos y, más tarde, la remodelación.

Tragué saliva.

Siempre había deseado una tarea así.

Sin embargo, nunca había hecho nada parecido.

¿Y ahora, de repente... con millones de por medio?

¿Y encima teníamos que ganar un premio cuando el Hotel estuviera terminado?

De pronto me sentí débil y un poco mareada.

En ese momento, sonó el móvil de Mr. Winters.

—Discúlpenme, por favor. Es mi jefe. Tengo que contestar. —Mr. Winters lanzó una mirada a Maddox.

Él se limitó a asentir. —Sin problema.

Mr. Winters salió de la habitación.

Y de repente, Maddox y yo estábamos solos.

Los dos a solas.

En una habitación.

Con una cama.

Es cierto que era una habitación de hotel con una cama viejísima en la que hoy nadie querría tumbarse.

Pero aun así.

—Lo conseguirás. —Sin que me diera cuenta, Maddox se había acercado a mí. Ahora me miraba con sus ojos oscuros.

Tragué saliva. Maddox parecía haberme leído el pensamiento y saber que dudaba de mí misma. —Pero nunca he hecho nada parecido. No sé... quizá no sea la persona adecuada para esta tarea.

Las cejas de Maddox se juntaron. De pronto recordé lo irritado que había sonado antes por teléfono. Pero ahora se limitó a decir con seriedad: —Claro que eres la persona adecuada. Yo te he elegido. Y nunca elijo a la persona equivocada. No deberías dudar tanto de ti misma, sino tener más confianza.

Maddox estaba ahora tan cerca de mí que su aliento me hacía cosquillas en la piel mientras hablaba.

Lo miré. —¿Eso crees?

—Claro que lo creo.

Y de repente, el aire a nuestro alrededor pareció vibrar.

—Eres alguien muy especial, Josie. Una mujer muy especial. En muchos sentidos. Ya me fijé en ello en la boda. Y hoy no es diferente.

Las palabras de Maddox se me clavaron bajo la piel. Mi corazón latía tan fuerte que creía que Maddox tenía que oírlo. Era demasiado consciente de que su cuerpo atlético no estaba lejos de mí.

Sino muy cerca.

Demasiado cerca.

Me lamí los labios con nerviosismo.

Y en esa fracción de segundo percibí cómo los ojos de Maddox se oscurecían un grado más. Se inclinó hacia delante.

Y antes de que pudiera decir nada, sus labios estaban sobre los míos. Muy suaves. Y delicados. Apenas sentí el roce de un contacto.

Pero aquello me excitó más que cualquier beso que hubiera recibido jamás.

Un leve roce de Maddox bastaba para que mi cuerpo estallara en llamas.

—Llevo deseando esto todo el tiempo —susurró Maddox. Y luego me sujetó la nuca. Su lengua me acarició los labios.

En ese instante sonó la melodía de Indiana Jones.

Fuerte.

Muy fuerte.

Me asusté y retrocedí de golpe.

Maddox me soltó y, soltando una maldición, buscó en el bolsillo de su chaqueta. —¿Quién demonios me interrumpe precisamente ahora? —Sacó su móvil—. Creía haber apagado el dichoso aparato. —Maddox echó un vistazo a la pantalla y luego también salió fuera.

Me quedé sola en la habitación.

Me ardían los labios.

Me hormigueaba la piel y mi cuerpo vibraba de pies a cabeza.

Mi corazón palpitaba.

Mis mejillas estaban calientes y sonrosadas.

Me costaba recuperar el aliento.

Y en mi cabeza, los pensamientos corrían de un lado a otro. ¿Quién llamaba a Maddox? ¿Era la persona de la que no quería saber nada?

Y... ¿me había besado así porque sí?

¿O significaba yo algo para él?

Capítulo 16 Maddox

Entré en mi despacho silbando. En los últimos días me he sentido incluso mejor y con más energía de lo habitual. No sabía decir por qué. En realidad, siempre me ha gustado mi trabajo, me levanto con ganas de que empiece el día y de afrontar las tareas que me esperan; no veo la hora de llegar a la oficina. No es que no me guste estar en casa. Me encanta mi ático. Las vistas que tengo allí son incluso mejores que las de mi despacho, y eso, en Nueva York, es decir mucho.

Pero es que también adoro mi trabajo y disfruto mucho de este lujo. Al fin y al cabo, no todo el mundo tiene la suerte de tener un empleo que le llene por completo y le haga feliz.

La mayoría de los días.

Por supuesto, yo también tengo esos días en los que lamento no haber optado por una vida sencilla como pescador en las Bahamas. O como ranchero en Texas. O cualquier otra cosa. Cualquier cosa menos lo que hago.

Pero, por suerte, esos días son escasos. Y, si soy sincero, no podría imaginarme una vida distinta a la que llevo. Amo Nueva York y su ajetreo. De vez en cuando necesito un poco de frenesí, porque solo entonces me siento realmente vivo. Como pescador, probablemente acabaría quedándome dormido de aburrimiento tarde o temprano mientras espero a que piquen los peces.

Soy un hombre de acción, alguien que toma decisiones, un visionario. Quiero poner en marcha mis sueños, no pasarme el santo día mirando al sol y soñando con cualquier cosa.

Me pregunté fugazmente con qué soñaría un pescador en las Bahamas mientras espera a que piquen los peces.

¡Maddox! Un pescador así no tiene tiempo para soñar. Tiene que preocuparse de que haya suficiente comida en la mesa y de alimentar a su familia.

Yo no tenía esas preocupaciones.

En primer lugar, no tengo familia y, en segundo lugar, gano dinero más que suficiente para alimentarme a mí mismo y a otros.

Y en tercer lugar, esto es precisamente mi sueño. Ofrecer a los que viajan por negocios en Estados Unidos el mejor alojamiento posible. Uno en el que se sientan como en casa.

Y en cuarto lugar… en cuarto lugar, me siento mejor que nunca. Desde hace un tiempo, las ideas y las ocurrencias parecen brotar de mí con más rapidez que de costumbre. Estoy creativo y sigo siendo el hombre de acción que siempre he sido.

Desde hace un tiempo.

Desde hace unos días.

Más concretamente, desde que estamos reformando el pequeño hotel que debe asegurarnos el contrato con la *VY Corporation*. Esta tarea me divierte mucho. Apuesto totalmente por nuestro concepto de crear un pequeño hogar para ejecutivos estresados. Me llena más de lo que habría imaginado.

El rostro de Josie se me vino a la cabeza. Su risa, sus ojos verdes chispeantes, su pelo rubio, sus labios carnosos y su barbilla redondeada. Ese diente que asoma de forma pícara en cuanto se ríe. Muchas veces no puedo esperar a verla e invento cualquier cosa para hacer reír a Josie. Simplemente tiene ese «no sé qué» y no es tan superficial e inalcanzable como otras mujeres que intentan ajustarse a un cierto estándar sin tener siquiera una personalidad propia.

Josie era simplemente Josie.

No fingía y siempre era ella misma.

Pensé en cómo la había besado. O casi besado. Ya no sabría decirlo con exactitud. La cercanía de Josie me había vuelto loco y me había importado un bledo que el Mr. Winters nos pillara dándonos un beso o no. Solo sabía que tenía que tocar a Josie.

Y a Josie parecía haberle pasado lo mismo.

¿Tendría algo que ver con ella mi buen humor?

Sacudí la cabeza. No, la cosa tampoco llegaba tan lejos. Josie era una persona muy especial. Pero nunca había habido una mujer que me mejorara el humor.

Solté una breve carcajada.

Al contrario.

Casi siempre mi humor empeoraba drásticamente en cuanto una mujer pasaba más de unas pocas horas en mi presencia.

No, mi humor no tenía nada que ver con Josie, de eso estaba seguro.

Era simplemente… simplemente una combinación de cosas buenas.

Me levanté y me acerqué al gran ventanal panorámico. Las vistas de Nueva York eran impresionantes. Hoy se anunciaba otro hermoso día de finales de verano.

En la puerta de mi despacho sonaron unos golpes bruscos.

—¿Patrick? —exclamé. Solo podía ser mi gerente general. Solo él se atrevía a llamar así. Si no, llamaba mi secretaria y se oía de forma muy distinta. También con claridad, pero de algún modo más femenina. Más suave.

—¿Lo has leído ya? —Patrick estaba ya dentro de mi despacho. Cerró la puerta tras de sí con nerviosismo.

Fruncí el ceño.—¿Qué se supone que tengo que haber leído? —Si Patrick me lo preguntaba así, sin saludarme directamente, es que algo había pasado.

—¿Me permites? —Patrick señaló mi ordenador. Sin esperar mi respuesta, se dirigió a mi silla, se dejó caer en ella y tecleó algo.

—¡Ahí! —dijo entonces, señalando la pantalla.

Me incliné sobre el hombro de Patrick.

El magnate de los hoteles es el peor Bad Boy de Nueva York

Un titular enorme que lucía junto a una foto.

Una foto mía en la que salía subiendo a toda prisa a un coche. No recordaba quién había hecho esa foto. Pero una cosa estaba clara: parecía un hombre que huía de algo. De malas noticias, de preguntas incómodas, de lo que fuera.

—¿Pero qué es esto? —solté.

Patrick hizo clic en el artículo.

Maddox Eastbourne, CEO y propietario de la cadena de hoteles MyNights, lleva una doble vida secreta y oculta. Mientras que de día se hace pasar por el empresario trabajador y supuestamente se preocupa por sus empleados y huéspedes, por la noche se desmelena. Así, incluso entre semana, visita un club de Nueva York tras otro y aparece a la mañana siguiente en el trabajo con ojeras profundas. Pero estas no se deben solo al alcohol y a las fiestas salvajes. No, a Maddox Eastbourne también le gusta divertirse con las más diversas damas neoyorquinas.

—«Llega, se queda con la que le gusta y luego se va», relata una afectada. «A la mañana siguiente hay que levantarse porque no puede deshacerse de nosotras lo suficientemente rápido. Un polvo rápido y a la calle, así es como funciona».

Su amiga añade: «Si has visto su apartamento por dentro una vez, no te vuelve a invitar… a menos que te traigas a otra amiga para que le sirva de "apoyo", como él lo llama».

¿Se conocerán estas prácticas también en el mundo de los negocios? Eastbourne tiene allí fama de ser un socio fiable y digno de confianza.

¿Pero será eso verdad?

¿Se puede confiar en alguien que trata así a las mujeres?

—¡Pero qué mierda es esta! —He leído el artículo una vez. Luego otra. Al fin y al cabo, quería asegurarme de no haber entendido nada mal—. ¿Qué idiota se ha inventado esto? ¿El becario? ¿O han usado una IA para echarme por tierra de esta manera? —Mi puño aterrizó con un fuerte estruendo sobre la superficie del escritorio.

Incluso Patrick se sobresaltó. Pero mantuvo la calma.—He pensado que te lo enseñaría de inmediato.

—¡Esto es el colmo! ¡Voy a demandar al periódico! ¡No hay ni una palabra de verdad en esto! —Volví a golpear la mesa.

Patrick se limitó a asentir.—Lo sé.

—Tienen que publicar una rectificación. ¡Inmediatamente! —Empecé a caminar de un lado a otro de mi despacho, muy alterado—. Si nuestros clientes leen esto, estoy acabado. Sobre todo con los clientes corporativos.

En ese momento me detuve y me quedé gélido.—Si la *VY Corporation* lee esto… —No seguí hablando. Aunque se trataba de

una empresa tecnológica, el Mr. Browning y compañía eran tan conservadores que hasta el sonido de un móvil les perturbaba. ¿Qué no causaría entonces este artículo?

—¡Como pille al periodista de pacotilla que está detrás de esto! —Rechiné los dientes y apreté las mandíbulas con tanta fuerza que la presión se hizo casi insoportable.

—Tiene que ser alguien que quiera perjudicarnos. —Al contrario que yo, Patrick mantenía totalmente la calma.

No te jode.

Al fin y al cabo, no era SU reputación la que estaban arrastrando por el fango.

—¿Perjudicarnos? —¿Quién querría perjudicarme a mí?

Y de repente, la imagen de Ezekiel apareció ante mis ojos.

Por supuesto.

¿No me había dicho que tuviera cuidado? ¿Y no había amenazado con encargarse personalmente de que tuviera un montón de problemas?

Resoplé.

—Una rectificación, no sé yo —reflexionó Patrick—. Entonces todo se volverá a publicar. Primero aparece todo esto aquí. —Patrick señaló la pantalla—. Y luego escriben que nada es verdad, para lo cual

tienen que volver a escribir lo que en realidad habían afirmado. Al final, eso es exactamente lo que quieren.

Me quedé mirando a Patrick. Nunca lo había visto así. Pero tenía toda la razón.

—¿Quién está detrás de este pasquín, para empezar? —pregunté. Poco a poco, mi rabia más profunda se iba disipando y podía volver a pensar con más claridad, ocupándome de cómo reaccionar mejor y qué hacer a continuación.

Patrick hizo clic en la pestaña con el nombre «Aviso legal».

Leí los datos.

El editor tenía el mismo apellido que Ezekiel. Los dos tenían que ser parientes.

Con eso, para mí todo quedó claro.

Sabía quién había filtrado la historia.

Ezekiel.

Quería hacerme daño.

El periódico digital se leía en todo el país. Sin duda también en Silicon Valley.

En ese momento sonó mi móvil. Indiana Jones. Inconfundible.—Maddox Eastbourne.

—Habla Browning. Mr. Eastbourne, lo que acabo de leer sobre usted en el periódico…

—… no tiene ni una palabra de verdad. —No dejé terminar al Mr. Browning.

—Seguramente cualquiera en su situación diría eso. —El Mr. Browning no se dio por vencido tan fácilmente. Pero tampoco lo esperaba yo.

—En eso tiene razón. —La experiencia me decía que los interlocutores siempre estaban más abiertos si primero se les daba la razón. El Mr. Browning tenía razón: cualquiera en mi lugar habría afirmado que lo que decía el artículo no era cierto.

—Me alegro de que al menos lo vea así. —El Mr. Browning sonaba molesto—. Está fuera, Eastbourne. De una vez por todas. Con alguien así no queremos ni podemos hacer negocios. No podemos permitirnos manchar la reputación de la *VY Corporation*. Nuestros empleados deben alojarse en establecimientos impecables y no en antros de mala muerte donde probablemente sean acosados por prostitutas por la noche.

—Por supuesto, Mr. Browning. Lo veo exactamente igual y eso es precisamente lo que quiero ofrecerle a usted y a sus empleados. —Seguí respondiendo a las reticencias de mi interlocutor.

El Mr. Browning resopló.—¿Cómo podría USTED ofrecer algo así cuando usted mismo lleva una vida totalmente distinta?

La objeción era justificada desde el punto de vista del Mr. Browning.

—Hemos terminado, esta es nuestra última llamada. —El Mr. Browning estaba decidido.

Me entró un sudor frío.

Tenía que darme otra oportunidad.

Como fuera.

Ezekiel no podía salirse con la suya con sus artimañas.

—Mire, Mr. Browning —le imploré—, en el artículo no hay ni una palabra que se ajuste a la realidad.

—Eso ya lo he oído. —El Mr. Browning volvió a resoplar—. Ya podría ir inventándose otra excusa mejor.

Tomé aire profundamente.—Quizás le interesen estas dos cosas: he adquirido un pequeño hotel que está situado en un lugar ideal con respecto a su sucursal de Nueva York. Actualmente, el edificio todavía no se puede utilizar, ya que son necesarias unas obras de renovación de gran alcance. No se ha usado en los últimos años y no se han hecho ni tareas de mantenimiento ni saneamientos. Estamos precisamente en proceso de prepararlo todo para sus empleados. —Hice una pausa.

El Mr. Browning se mantuvo en silencio. Teniendo en cuenta que ya había querido dar por terminada nuestra conversación, era una señal alentadora. Pero luego gruñó: —¿Y qué? Eso no hace que sus líos de faldas sean mejores de repente.

—Las obras de renovación están dirigidas por mi prometida. —Las palabras salieron de mi boca antes de que yo mismo supiera lo que

estaba diciendo.

Durante la llamada, había estado dando vueltas alrededor de mi escritorio. En ese momento estaba justo delante de Patrick y vi cómo sus ojos se abrían de par en par por el asombro. Me puse un dedo en los labios. Patrick no debía decir nada inconveniente ahora. Lo mejor era que no dijera nada en absoluto.

—¿Su prometida? —La voz del Mr. Browning no podía sonar más desconfiada.

—Exacto, mi prometida —reafirmé—. Ella también trabaja en mi empresa.

El Mr. Browning se quedó esta vez mudo de verdad.

—Estaré encantado de invitarle a usted y a sus colegas para que conozcan a mi prometida —continué entonces. Por dentro, estaba exultante. Estaba funcionando de maravilla. En realidad, no había contratado a Josie para que hiciera de mi prometida ante los socios comerciales. ¿Pero a quién le importaba eso ahora?

Josie estaba allí y me sería de utilidad con la *VY Corporation* en más de un sentido. Cuando la palabra «utilidad» me pasó por la cabeza, tuve una sensación extraña. No me pareció del todo correcto.

—Tengo que consultarlo internamente. —Al Mr. Browning no se le convencía tan fácilmente.

—Lo entiendo —respondí con sinceridad—. Pero mírelo así: de todas formas, ya habíamos concertado una cita. ¿Qué le cuesta cumplirla y convencerse de que digo la verdad y no le estoy mintiendo?

El Mr. Browning gruñó.

—De todos modos, seguro que estará en Nueva York. Sí, una hora es mucho tiempo para un hombre tan ocupado como usted. Pero, al fin y al cabo, se trata de reunir toda la información para que pueda tomar la mejor decisión posible. —Me esforcé por no precipitarme. A hombres como el Mr. Browning no les gustaba nada que uno se adelantara a sus decisiones y les hiciera sentir que sus reflexiones eran erróneas.

—Seguro que confía más en sus propios ojos que en cualquier artículo de periódico —adulé un poco al Mr. Browning—. Ya sabe que hoy en día cualquiera puede afirmar cualquier cosa. Un ordenador escribe ese artículo en cuestión de minutos o incluso segundos y probablemente también pueda colocarlo en el periódico.

El Mr. Browning emitió un sonido indefinible.—Vamos a examinarlo a usted y a su prometida con lupa —anunció entonces—. Pobre de usted si solo nos está contando un cuento.

Me contuve de responder.

—Espero con impaciencia su visita —anunció con entusiasmo y me despedí.

—Uf —exclamé entonces y miré a Patrick—. Ese sí que es un hueso duro de roer.

Patrick no hizo caso a mi comentario—. ¿Prometida? —Sonaba alarmado—. ¿Me quieres decir cómo piensas arreglar eso?

Le resté importancia con un gesto—. Eso déjalo de mi cuenta. —Me aclaré la garganta—. He conocido a alguien hace poco y, bueno… —

No seguí hablando. Porque no sabía qué decir.

Pero no hacían falta más palabras. Los ojos de Patrick se abrieron todavía más que antes—. Enhorabuena, tío.

—No se lo digas a nadie todavía, por favor —le pedí a Patrick.

Me sentía un poco incómodo con la idea de mentir ahora a mi gerente general. Al fin y al cabo, el asunto con Josie solo debía servir para calmar a mi hermana y a su pesada amiga. Había querido librarme de las garras de mi familia. Nada más. Pero ahora todo estaba cobrando unas dimensiones cada vez mayores.

Lo único que no me resultaba extraño en todo esto era que Josie estuviera a mi lado.

Josie como mi prometida.

Capítulo 17 Josie

—Mr. Browning observó a Maddox con detenimiento, casi como si lo viera por primera vez—. Mr. Eastbourne. Así que esta es su prometida. —Se dirigió a mí.

—Buenas tardes, Mr. Browning. Maddox ya me ha hablado de usted. —Le dediqué a Mr. Browning mi sonrisa más radiante. Maddox me pasó el brazo por los hombros y me atrajo hacia él. Me había contado lo de una campaña de desprestigio que uno de sus enemigos había lanzado contra él y que por eso necesitaba mi ayuda para resultar creíble ante sus socios comerciales. Parecía que todo el asunto le resultaba sumamente incómodo.

Y eso que me había contratado precisamente para eso.

Maddox me había asegurado varias veces que no había nada de cierto en esa campaña de difamación. Sus orejas ligeramente prominentes se habían puesto un poco rojas al decirlo, y aquello lo había hecho parecer todavía más sexy de lo que ya era. Sin embargo, en los últimos días solo nos habíamos visto brevemente, ya que Maddox era imprescindible en muchísimas citas. Lo grande

que era su empresa en realidad, de todo lo que tenía que encargarse y lo mucho que tenía que hacer era algo que no dejaba de asombrarme. Hasta ahora, yo había pasado la mayoría de los días en la obra y solo había entrado en la sede central de *MyNights* una vez.

Hacía unos días.

Hoy estaba aquí de nuevo.

Y alucinaba con la sede central.

Era un rascacielos de cristal que centelleaba y brillaba bajo el sol, y en cuya última planta se encontraba el despacho de Maddox. Con unas vistas con las que yo solo podía soñar. Había visto algo parecido cuando subí al Empire State Building. Pagando. Y sí, veía cosas así cuando iba a visitar a Holly. Mi amiga se había casado con un hombre rico y ahora vivía en un ático que tenía unas vistas casi tan buenas como el despacho de Maddox. Pero aquello también era otro mundo.

No era MI mundo.

Los Maddox de este mundo jugaban en otra liga y buscaban a sus mujeres entre las ricas herederas de Nueva York. Holly había tenido suerte. Aquello había sido una excepción, y las excepciones, como es bien sabido, confirman la regla. Yo, para Maddox, solo era una prometida que no era su prometida de verdad.

Por eso intentaba ignorar a mi cuerpo en la medida de lo posible. El hormigueo y las pulsaciones que aparecían cada vez que estaba en presencia de Maddox. Y, sobre todo, la sensación de seguridad que sentía cuando estaba cerca de él. Cuando con sus miradas, gestos y

palabras me daba ánimos y me decía que era capaz de más de lo que yo creía.

Cuando me demostraba que creía en mí.

Eso me alegraba y, a la vez, me ponía un poco triste. Porque entonces deseaba que lo que sentía entre Maddox y yo fuera real y no se basara solo en un acuerdo. La mujer que Maddox tuviera algún día a su lado, de verdad a su lado, podría considerarse muy afortunada.

Yo le había asegurado que no me creía ni una palabra de lo que salía en los periódicos. Por supuesto que no. No conocía a Maddox realmente, pero era como si aquella noche hubiera visto su interior. SABÍA cómo era de verdad, sin que tuviera que decir nada. Simplemente lo sabía.

¡Josie! Concéntrate en el aquí y el ahora. Si no interpretas bien tu papel, decepcionarás a Maddox y te verás en la calle antes de lo que te gustaría.

Se me encogió el estómago. Hasta ahora no había estado nerviosa. Pero ahora mi corazón latía más rápido y notaba cómo las palmas de las manos se me humedecían ligeramente. Espero que Mr. Browning y sus colegas no quieran darme la mano.

¿Cómo se llamaban?

Lo pensé febrilmente.

Oh, maldita sea.

Algo así no podía pasarme.

Tenía que parecer profesional.

Como una mujer de negocios a la altura del empresario que estaba a su lado.

Mr. Riddle y Mr. Halley.

Ya me acordaba.

Les sonreí a los tres.

—No tenemos tiempo que perder. Lo mejor será que revisemos todos los documentos aquí mismo y luego vayamos a la obra. —Mr. Browning demostró que no se dejaba impresionar por una sonrisa.

Conocía a gente así. En el salón de belleza habíamos tenido suficientes clientas de ese tipo. —Claro, faltaría más. Si no les importa, podemos tomar un café mientras tanto. —Miré a Mr. Browning con una sonrisa de disculpa—. Sin café no soy persona, y esta mañana he andado un poco justa de tiempo.

Maddox, a mi lado, se inquietó un poco y luego su cuerpo se tensó ligeramente. Me apoyé en él.

Mr. Riddle soltó una carcajada de repente. —Sí, conozco esa sensación demasiado bien. Sin café no soy capaz de hacer nada.

Le guiñé un ojo. —Pues me alegra saber que no soy la única. —Me incliné hacia delante y le susurré a Mr. Riddle—: Hace unas semanas se me estropeó la cafetera. Fue una catástrofe absoluta. Casi no encuentro el camino al trabajo.

Mr. Riddle asintió con comprensión. —Por eso siempre tengo una de repuesto en el sótano. No es la mejor, pero es mejor que nada. Por supuesto, también podría comprar un café para llevar, pero incluso para eso hay que salir de casa. Y sin café, eso no me resulta nada fácil.

—Una cafetera de repuesto —dije asombrada—. Qué práctico.

—Debería planteárselo usted también —me aconsejó Mr. Riddle.

Asentí. Por supuesto, no iba a revelarle a Mr. Riddle que en este momento ni siquiera podía permitirme una cafetera nueva. Pronto llegaría el momento, cuando Maddox me pagara un sueldo. Pronto. Pero no había querido pedirle un anticipo. Mi orgullo no me lo permitía.

—¿Podemos ver ahora los planos del arquitecto y del interiorista? —A Mr. Browning obviamente le resultaba molesta la confianza que acababa de surgir entre Mr. Riddle y yo.

—Por supuesto. —Maddox tomó la palabra—. Cariño, ¿podrías encender el proyector?

Asentí, agradecida por el encargo. Me había familiarizado bien con los planos del interiorista. No era especialmente difícil. La decoración, el mobiliario y los colores, al fin y al cabo, también tenían que ver con la estética. Así que no estaba tan alejado de mi antiguo trabajo. Pero el arquitecto... ahí la cosa iba de estática y fórmulas y resistencia y cosas similares de las que yo no tenía ni idea. Maddox me había asignado un colega experimentado que me acompañaba. Y a Mr. Winters también le encantaba explicarme todo lo que yo no sabía.

Pero ante los tres caballeros de Silicon Valley no quería quedar en evidencia mostrando mi ignorancia. Eso podía ocurrir con un simple comentario si no utilizaba las palabras adecuadas o si me trababa. Así que era mejor que hablara Maddox.

Encendí el proyector.

—Gracias, cariño. —Maddox me sonrió con cariño.

Se me calentó el corazón.

Casi creía que aquello era de verdad.

Se sentía tan real.

O algo así.

Se sentía real.

¡Josie! ¡Piensa en tu papel!

Le devolví la sonrisa. —Por ti, lo que sea. —Le lancé un beso al aire a Maddox.

Mr. Riddle sonrió. Mr. Halley y Mr. Browning no alteraron el gesto.

Espero que no me consideren poco profesional.

Mr. Riddle se me acercó. —Le he servido una taza de café. Podemos ir reponiendo fuerzas mientras su prometido habla. —Se rió.

Definitivamente había ganado un nuevo amigo.

Maddox se aclaró la garganta. Mr. Browning, Mr. Riddle y Mr. Halley centraron su atención en el proyector.

Maddox me lanzó una breve mirada. —Bien hecho —articularon sus labios sin sonido.

Sonreí con orgullo y sentí un calor agradable.

—Aquí pueden ver los planos. Este es el aspecto que tendrá el edificio dentro de unos meses. —Maddox señaló una imagen que mostraba una elegante casa señorial. Nada indicaba que se tratara de un hotel. Y nada indicaba que la casa hoy se pareciera más a una pocilga que a una elegante casa señorial.

—Para que puedan hacerse una idea del trabajo que nos espera... —Maddox pasó a la siguiente diapositiva.

Allí se veía el hotel tal como estaba hoy.

Mr. Browning frunció el ceño. —Pero si es una ruina.

Maddox sonrió. —Es una propiedad con un gran potencial. Por supuesto, tenemos que rehabilitar y renovar mucho, ya lo he dicho antes. Eso nos ofrece la oportunidad de diseñarlo todo según las últimas normativas e ideas. A sus empleados no les faltará de nada cuando sean nuestros huéspedes.

Maddox pasó a la siguiente diapositiva. —Aquí pueden ver la ubicación del edificio.

En la imagen se veía un fragmento del plano de Manhattan. En él estaban marcados el hotel y la sucursal de *VY Corporation*.

—Nada mal —comentó Mr. Halley. Mr. Riddle asintió con aprobación. Solo Mr. Browning no dijo nada.

—Por esta misma razón les he pedido que vinieran hoy. —Maddox asintió a los presentes—. Como pueden ver, no hay ningún otro hotel tan cerca de su sucursal. —Otro clic. En el plano aparecieron ahora otros hoteles.

Todos estaban más lejos que nuestro hotel.

La buena ubicación se hacía así aún más evidente.

—Como les prometí por teléfono: esto es algo muy especial. —Maddox miró a los presentes con entusiasmo.

Le di un gran trago al café de la taza que me había dado Mr. Riddle.

—Parece interesante. —Incluso Mr. Browning se dignó ahora a hacer un comentario—. No obstante, primero tenemos que hacernos una idea sobre el terreno. Antes de eso, es realmente imposible dar una valoración. —La voz de Mr. Browning no dejaba lugar a dudas de que lo examinaría todo con lupa y de que no había motivo para un optimismo exagerado.

Una hora más tarde, estábamos los cinco frente al hotel.

Mr. Browning, Mr. Riddle, Mr. Halley, Maddox y yo.

Maddox me tenía cogida de la mano y yo sentía el calor y la firmeza de su agarre. Me daba mucho más que un simple apoyo externo y, por un momento, volví a sentir que todo aquello era real. Como si no estuviéramos solo representando un papel, sino como si eso fuera la realidad. La única y verdadera realidad.

—Eres capaz de todo —me susurró Maddox al oído—. Me alegro mucho de que estés aquí. Te has metido a Mr. Riddle en el bolsillo. —Volví a sentir el aliento cálido de Maddox sobre mi piel.

Como en la boda.

Como en nuestra noche juntos.

Mi cuerpo empezó a vibrar y noté cómo el calor me subía a las mejillas. La presencia de Maddox a mi lado era más que evidente.

—Esto se ve todavía peor que en la imagen. —El comentario de Mr. Browning no fue precisamente alentador.

—Tanto mejor se verá cuando lo hayamos rehabilitado y renovado todo. —Maddox no se dejó amedrentar—. Se asombrarán de lo que somos capaces de hacer con una casa así. Y en muy poco tiempo.

Mr. Browning solo emitió un gruñido. Por alguna razón, parecía firmemente decidido a hacerle la vida lo más difícil posible a Maddox.

No puedes fastidiarla ahora bajo ningún concepto, Josie. Esto es importante. Precisamente para esto te ha contratado.

—Josie. —Maddox me soltó la mano—. Por favor, llévanos dentro.

Entré en el jardín delantero y subí la escalera. Luego busqué en mi bolso. Noté mi móvil, la cartera, un paquete de pañuelos, un pintalabios, un tubo de crema de manos...

Y entonces llegué al fondo del bolso.

¿Dónde estaba la dichosa llave?

Solté una risa nerviosa. —Un momento, por favor, no encuentro la llave.

Mr. Riddle se rió. —A mi mujer también le pasa siempre. De todos modos, me pregunto cómo encontráis cualquier cosa en vuestros bolsos. Se parecen más a un piso de tres habitaciones que a un bolso. —Mr. Riddle se rió. Los otros caballeros carraspearon.

Volví a palpar buscando la llave.

Nada.

Luego sacudí el bolso. Normalmente, entonces oía el tintineo de la llave.

Esta vez no fue así.

No podía ser verdad.

¿Es que no aprendería nunca?

Busqué de nuevo.

—Me temo que... —Hice una pausa—. Si no les importa, voy a vaciar mi bolso aquí un momento. —Le di la vuelta al bolso y vacié todo en un periquete sobre la escalera.

Ni rastro de la llave.

Me empezó a arder la cara.

¿Cómo podía decepcionar así a Maddox?

Entonces Mr. Browning suspiró. Se me cayó el alma a los pies. Ya estaba. Lo había fastidiado todo. Había pasado exactamente lo que no debería haber pasado. En lugar de ser una ayuda y un apoyo para Maddox, le traía mala suerte y líos. Jamás conseguiría el proyecto.

Y aquello era únicamente culpa mía.

Probablemente Maddox no volvería a dirigirme la palabra.

Y con razón.

Le había decepcionado.

Mi antiguo jefe tenía razón.

No valía para nada.

Me quedé mirando mis pertenencias esparcidas y deseé poder esfumarme y despertar en un lugar completamente distinto.

—Yo me olvido constantemente de las llaves de mi casa —confesó Mr. Browning de forma inesperada—. Al menos una vez a la semana. Tengo varias llaves escondidas en distintos sitios alrededor de la casa, pero lamentablemente siempre se me olvida volver a dejarlas en su sitio cuando las utilizo. Ahora suelo dejar una ventana un poco entreabierta. Así siempre puedo entrar.

Levanté la vista y me quedé mirando a Mr. Browning.

¿Aquel ejecutivo de Silicon Valley impecablemente trajeado se olvidaba de las llaves?

¿Al final era exactamente como yo?

Mr. Browning pareció notar mi asombro. —Todo el mundo tiene su debilidad.

Sentí que me entraba la risa floja. La reprimí con dificultad. No podía ser. Mr. Riddle no funcionaba sin café y Mr. Browning se olvidaba de las llaves.

Entonces Mr. Browning señaló la ventana que había junto a la escalera. —Aquí no han cerrado bien la ventana.

Asentí. Todavía no era capaz de procesar del todo lo que estaba ocurriendo. —Es que... bueno... ya tuve que entrar una vez por esa ventana porque no tenía llave. —Omití que aquella había sido una situación totalmente distinta y que, básicamente, me había colado en el hotel. No había sido un allanamiento propiamente dicho. Yo no sabía que la casa pertenecía a Maddox. Había pensado que era mía.

Si me ponía a explicar todo eso ahora, la historia se volvería solo más confusa y enrevesada.

En lugar de eso, sonreí. —Entonces parece que tendré que practicar de nuevo lo de escalar.

El rostro de Mr. Browning se transformó, de hecho, en una sonrisa.

—Yo te ayudo. —Maddox puso su mano en mi espalda. Cálida y firme. Él me sostendría.

Y no le había decepcionado.

Una buena sensación.

Una sensación malditamente buena.

Con la ayuda de Maddox, me encaramé a la barandilla de la escalera. Desde allí abrí la ventana, subí al alféizar y me deslicé hacia dentro. Luego respiré profundamente. ¿De verdad estaba pasando esto?

Fui hacia la puerta, descorrí todos los cerrojos y la abrí.

Ante mí estaban Mr. Browning, Mr. Riddle, Mr. Halley y Maddox.

—Pasen, por favor. —Hice un gesto amplio con el brazo y probablemente aparenté más seguridad de la que sentía.

Los tres caballeros de Silicon Valley pasaron por mi lado.

Maddox se quedó parado junto a mí. —Eres simplemente increíble —me susurró al oído—. Si no existieras, habría que inventarte.

Luego me cogió de la mano y me llevó hacia dentro.

De repente tuve un buen presentimiento.

Un presentimiento muy bueno.

Mejor de lo que jamás hubiera podido imaginar.

Capítulo 18 Maddox

La cita con Mr. Browning, Mr. Riddle y Mr. Halley había ido mejor de lo esperado. Por supuesto, siempre había creído que podría convencerlos con la ubicación del Hotel. Mi nuevo Hotel tendría una ubicación mejor que cualquier otro, al menos para la gente que fuera a trabajar por la mañana en la *VY Corporation*. Estos eran hechos que nadie podía negar. Y en hechos de este tipo se basaban, al fin y al cabo, las decisiones en las grandes empresas.

Aunque las simpatías y las impresiones personales jugaban, lógicamente, un papel importante. Precisamente para eso servían las citas presenciales. Podría tener Hotels maravillosos y ofrecer un precio estupendo, pero si a Mr. Browning no le caía bien o yo le recordaba demasiado a su suegro o a quien fuera, el contrato no llegaría a nada. No hacía falta haber estudiado psicología para darse cuenta de algo así.

Josie me había ayudado en ese aspecto y se había ganado todos los corazones con facilidad. A Mr. Riddle había sido fácil convencerlo. Mr. Halley parecía sumarse siempre a lo que dijeran los demás. Y Mr. Browning… bueno, al final Josie también lo había convencido a él.

Todavía no salía de mi asombro. Con qué ligereza y naturalidad lo había logrado. Simplemente había sido ella misma. No había intentado ni una sola vez esconderse o comportarse de forma distinta a como era.

Sí, al principio había percibido cierta inseguridad en ella. Me parecía de lo más natural. Era la primera vez que se le encomendaba una tarea semejante. Josie no me lo había ocultado y eso también se lo valoraba mucho. Quien es capaz de reconocer sus debilidades tiene el mayor potencial para crecer.

Además, tengo buen ojo para las personas con potencial. Y Josie era claramente una de ellas. Profesionalmente aún no había sacado de sí todo lo que realmente podía dar. De eso estaba completamente seguro.

Mr. Browning ni siquiera había intentado negociar el precio, y eso es algo que no ocurre en casi ninguna reunión.

Josie los había impresionado a todos.

Y después lo que más me habría gustado habría sido pasar tiempo con ella, pero mi agenda ya me reclamaba para la siguiente reunión. De repente maldije lo que tanto amaba de mi trabajo: el ajetreo, los encuentros con tantas personas diferentes, los distintos temas… Todo aquello me impedía ahora tener tiempo para Josie.

Quizá… eché un vistazo a mi agenda. En las dos próximas horas no había nada planeado.

Tal vez podría pasar un rato con Josie ahora. Iría al Hotel y la sorprendería. Tomaríamos un café juntos y…

Entonces sonó mi teléfono.

En la pantalla aparecía un número desconocido de Nueva York.

Suspiré. ¿Debería siquiera responder?

Por otro lado, podría ser importante. Mi secretaria no me pasaba a nadie que quisiera simplemente reservar una habitación. Ella filtraba con mucho cuidado quién tenía acceso a mí y hacía un trabajo excelente.

—Maddox Eastbourne.

—¿Sr. Eastbourne? Qué bien que hayamos podido contactar con usted personalmente. Mi nombre es Simon Hitchins, de la inspección de industria y comercio. —Una voz de tono severo. Probablemente gajes del oficio; al fin y al cabo, el Sr. Hitchins debía de pasarse el día entero amonestando a empresas y personas para que cumplieran las normas.

¿Pero por qué había acabado su llamada conmigo? Tenía una empleada que no se ocupaba de otra cosa en todo el día más que de que cumpliéramos las normativas y de estar siempre al tanto en cuanto a leyes, reglas y requisitos.

¿Por qué no hablaba ella con el Sr. Hitchins?

—Su establecimiento en el Lower Manhattan fue inspeccionado ayer por nosotros. —El Sr. Hitchins hablaba despacio y con gravedad.

—Ajá. —No sabía nada al respecto, pero normalmente tampoco me encargaba yo de esas cosas. Para eso tenía a mis empleados.

—Hemos detectado ratas. En el sótano. —El Sr. Hitchins sonaba compungido. —De esto, lógicamente, tenemos que elevar un informe.

—¿Qué? ¿Ratas en el sótano? ¿Y por qué no me he enterado de esto ayer mismo? —quise saber.

—Nuestro inspector acudió a su Hotel a raíz de un soplo anónimo —continuó recitando el Sr. Hitchins imperturbable. —En realidad, aún no le tocaba la inspección.

¿Un soplo anónimo? ¿Es que acaso alguno de nuestros huéspedes había visto las ratas y había llamado a la inspección de industria y comercio en lugar de avisar a recepción? Pero ¿qué hacía un huésped en el sótano?

—Como usted sabe, los informes sobre las infracciones detectadas se publican y actualizan a diario en internet, en nuestro sitio web. Su establecimiento figurará allí en unas pocas horas. —El Sr. Hitchins no cambió lo más mínimo su tono de voz.

—¡Pamplinas! —Ahora me puse enérgico. —En nuestros Hotels no hay ratas. Ni en el Lower Manhattan ni en ningún otro sitio. Tenemos unas normas de higiene estrictas que cumplimos en su totalidad. —Negué con la cabeza, aunque el Sr. Hitchins no podía verme. —Debe de tratarse de un error.

—Aquí no hay ningún error. ¿O pretende usted acaso acusar a nuestro inspector de dar información falsa? —Ahora la voz del Sr. Hitchins se volvió cortante.

—Por supuesto que no —me apresuré a asegurar. —No era eso lo que quería decir.

—Más le valdría ir a su Hotel a ver que todo esté en orden y llamar al exterminador. —La voz del Sr. Hitchins se había vuelto gélida. —Volveremos a realizar una inspección pronto. Si para entonces las deficiencias no han sido subsanadas, su Hotel será clausurado.

¡Clausurado!

¡Por una plaga de ratas!

Y antes de eso, la información aparecería en una página web de internet.

En una web conocida donde los periodistas seguro que buscaban información con regularidad. Al fin y al cabo, todo el mundo sabía que la inspección de industria y comercio revisaba empresas periódicamente y solo acechaban para ver un nombre importante en la lista.

Eso significaba un buen titular.

Y eso, a su vez, significaba dinero.

Lo que todo periódico necesitaba.

—Que tenga un buen día, Sr. Eastbourne. —El Sr. Hitchins terminó la conversación antes de que yo pudiera articular otro pensamiento.

¡Ratas!

En ese mismo instante llamaron a la puerta de mi despacho.

Los golpes de Patrick.

Abrí la puerta de golpe. —Tenemos que ir al Lower Manhattan de inmediato.

Poco después aparqué mi Ferrari rojo justo delante del Hotel. En realidad, aquello no era un aparcamiento, pero me daba igual. ¡Se trataba de una emergencia!

Salté del coche.

Patrick había llamado por el camino al gerente del Hotel y le había informado de nuestra llegada. El Sr. Gonway. No recordaba su nombre, pero difícilmente se me podía exigir algo así. Tenía cientos de Hotels por todo el país. Si tuviera que recordar el nombre de cada gerente, me pasaría el día entero memorizándolos.

El Sr. Gonway nos esperaba ansioso en la acera. —Sr. Eastbourne, señor, no nos lo podemos explicar —empezó a soltar nada más poner yo un pie en el suelo. —Lo mantenemos todo limpio y cumplimos con todas las normas. Es totalmente imposible.

Asentí al Sr. Gonway. —Queremos ver el sótano nosotros mismos.

—Por supuesto, señor. —El Sr. Gonway asintió con fervor. Parecía temer por su empleo y ahora se esforzaba especialmente por complacerme. —Podemos usar la entrada lateral de aquí mismo. —El Sr. Gonway señaló una escalera discreta que bajaba a pocos metros de la entrada principal del Hotel. —Esta puerta la usamos normalmente solo para las entregas.

Patrick y yo seguimos al Sr. Gonway hacia abajo.

Allí me encontré con una estampa de lo más normal.

Estanterías con lencería.

Un cuarto con algunos muebles que debían repararse o llevarse al desguace. Todos los Hotels tenían algo así.

Una despensa donde se guardaban las existencias para el desayuno. Aquí miré con especial detenimiento. Inspeccioné las esquinas y olfateé. ¿No decían que las ratas normalmente se podían oler?

Pero allí todo estaba como siempre.

—Aquí solo guardamos alimentos secos, en bolsas cerradas —explicó el Sr. Gonway. Ahora parecía un poco más tranquilo. —Todo lo que esté abierto se guarda arriba en la cocina o en la cámara frigorífica.

Asentí. —Pasemos también por allí para estar seguros.

De camino arriba echamos un vistazo a la sala de calderas y a otras instalaciones técnicas.

Ni rastro de ratas por ninguna parte.

—¿Ha llamado ya al exterminador? —quise saber.

—Viene mañana. Tendremos que cancelar el desayuno entonces —dijo el Sr. Gonway con pesadumbre.

—Consiga vales de alguna cafetería cercana y envíe allí a nuestros huéspedes —ordené. Probablemente los clientes agradecerían el cambio de aires.

Tampoco en la cocina ni en las despensas y cámaras frigoríficas situadas sobre el sótano había ni rastro de ratas.

Me habría encantado registrar todo el Hotel, pero, en primer lugar, eso no era posible. Al fin y al cabo, los huéspedes estaban en sus habitaciones y yo no podía ni quería molestarlos o invadir su intimidad.

Y en segundo lugar, probablemente no habría servido de nada.

Entonces recordé las palabras del Sr. Hitchins. Se había recibido un soplo anónimo.

—¿Ha habido alguien últimamente que haya estado especialmente insatisfecho con su estancia aquí? —quise saber.

El Sr. Gonway sacudió la cabeza. —Todo ha sido como siempre. No hubo nada fuera de lo común.

Me encontraba ante un enigma.

¿Quién podía tener interés en ponernos en la picota?

Entonces apreté el puño.

Ezekiel.

—Gracias, Sr. Gonway —me despedí—. Mantengámonos en estrecho contacto para que resolvamos este problema lo antes posible.

El Sr. Gonway asintió apesadumbrado. Volvía a retorcerse las manos. —Sinceramente, es un misterio para mí cómo ha podido pasar algo

así...

No respondí. Ahora solo se trataba de limitar los daños causados. ¿Y si el Mr. Browning se enteraba del asunto?

Lo mejor sería que le llamara yo mismo de inmediato.

Actuar de forma proactiva siempre era mejor.

Sorprender al otro en lugar de esperar a que ocurriera algo y me pusiera en un aprieto. Así tendría todas las ventajas de mi lado.

Lo haría ahora mismo desde el coche.

Patrick no dijo nada mientras salíamos. Mi gerente general era un hombre que rara vez hablaba sin pensar. Reflexionaba sobre todo con gran detalle, analizaba cada aspecto en su mente y al final daba su opinión, que siempre estaba bien fundamentada. Su silencio era señal de que seguía sopesando la situación.

Salimos a la acera.

—Se me ha olvidado una cosa. Vuelvo enseguida. —Patrick volvió a entrar.

Miré a mi alrededor y me detuve en seco.

Un tipo de aspecto sospechoso merodeaba cerca de la entrada del sótano y miraba por encima del hombro más de una vez para comprobar si lo estaban observando.

—¡Oye! —le grité.

El hombre me lanzó una mirada asustada. Llevaba ropa vieja pero bien cuidada. No parecía un sintecho. Más bien alguien con muy poco dinero que apenas se las apañaba para ir tirando.

Echó a correr.

Huyendo de mí.

Salí disparado tras él.

Si hacía un momento había pensado que el hombre era sospechoso, ahora su comportamiento me parecía sumamente culpable.

Corría rápido.

Pero yo estaba en buena forma.

Zancada a zancada, le fui ganando terreno.

En la esquina le agarré por el cuello. —¿Se puede saber de qué huyes?

—¡Suélteme! —el hombre se resistió—. No he hecho nada malo.

—¿Ah, no? Pues entonces no habrá problema si te hago una o dos preguntas. ¿Qué estabas haciendo allí en mi Hotel?

—Solo vi las escaleras y quería saber a dónde llevaban. —El hombre hablaba sin aliento. Como todavía lo tenía sujeto por detrás, no podía mirarle a los ojos. Pero era evidente que mentía.

Le temblaba todo el cuerpo.

Le temblaba la voz.

Mentía.

Y en ese momento, algo se movió en su bolsillo.

Alargué la mano hacia allí.

Una rata grande saltó a la acera y se escabulló.

—Así que has sido tú. —Zarandeé al hombre—. ¿Por qué? ¿Por qué has soltado ratas en nuestro Hotel?

El hombre no respondió. Pero estaba claro que se sentía bajo una presión enorme.

—Te voy a llevar a la policía —anuncié.

De repente, el hombre recuperó el habla. —No. No, por favor, no. Por favor, a la policía no. Yo no tengo la culpa. Él simplemente me encargó que hiciera todo esto y luego...

Él.

Ezekiel.

Tenía que ser él.

No cabía ninguna otra posibilidad.

—¿Ezekiel? —pregunté, no obstante, para asegurarme.

—Sí —gimoteó el hombre—. Apenas tengo dinero y cuando él vino y me ofreció tanto solo por soltar unas cuantas ratas... ¿cómo iba a decir que no?

—¿Eres consciente de que con esto estás perjudicando mi negocio? —volví a zarandearlo.

En ese instante llegó Patrick. —¿Maddox?

—Llama a Ezekiel. El móvil está en el bolsillo de mi chaqueta —ordené.

Patrick obedeció sin hacer preguntas. Sabía que yo no daba instrucciones así sin motivo.

—Bueno, Maddox, ¿cómo te va? —la voz maliciosa de Ezekiel sonó por el altavoz.

—Excelente. Estoy aquí con el recadero que contrataste para soltar ratas en mi Hotel. —Esperé expectante la respuesta de Ezekiel.

Ezekiel soltó una carcajada. —Cada vez te inventas historias más estúpidas.

—Más bien serás tú —repliqué. Luego le ordené al hombre, cuyo nombre desconocía—: Habla con él.

—Yo no tengo la culpa —sollozó el hombre al teléfono—. Lo hice todo tal como me ordenó, pero cuando he venido ahora con la segunda rata en el bolsillo, me ha pillado.

Sonreí.

Una confesión.

Ezekiel volvió a reír. —Está diciendo tonterías. Eso primero tendrás que demostrarlo, Maddox.

—No será muy difícil. —Disfrutaba teniendo a Ezekiel totalmente en mis manos—. Vamos a ir directos a la policía y luego a ver a mi abogado. Y llamaré a mi jefa de prensa para pedirle que esté presente.

—¿Jefa de prensa? —por primera vez se percibió cierta inseguridad en la voz de Ezekiel.

—Por supuesto. ¿O crees que voy a ocultar al mundo tus intrigas y aceptar a cambio que mi propia reputación se vea destruida? —Esta vez fui yo quien se rió.

—Nadie te creerá. —Ezekiel no sonaba muy convencido.

—Yo creo que sí. Al fin y al cabo, tenemos una confesión. Todo el mundo sabrá lo que tramas y a qué medios recurres para perjudicar a un competidor. Todo el país conocerá tu verdadera cara. —Exageré un poco a propósito para asustar a Ezekiel. No vendría mal.

Hice una pausa y luego añadí: —Solo habría una forma de evitarlo.

—¿Sí? —con esa sola palabra, Ezekiel admitió involuntariamente estar detrás de la intriga.

Triunfé por dentro.

—Llama al Mr. Browning. Ahora. Inmediatamente. Y explícaselo todo. —Sonreí ante la idea de Ezekiel confesando ante el severo hombre de Silicon Valley que había introducido ratas en mi Hotel—. Y publica un artículo sobre tus tejemanejes en ese periodicucho digital en el que tanto te gusta informar sobre mí. Allí podría aparecer algo sobre ti para variar. —Mi sonrisa se ensanchó aún más.

—¡Ni hablar! —Ezekiel se negó indignado.

—Bien. —Me encogí de hombros—. Entonces llamaré yo mismo al Mr. Browning y encontraré a alguien más que quiera publicar esta historia. Ya veremos entonces quién gana el premio al mejor Hotel. —Me carcajeé.

—Contrataré a un abogado y te demandaré por difamación. —Ezekiel resopló—. A quienquiera que tengas contigo, no lo he visto en mi vida. Probablemente esté borracho y diga cualquier cosa si le das algo de dinero.

Miré a Patrick. —Entonces llamamos al Mr. Browning ahora mismo. Y después a la inspección de industria y comercio.

Esta vez, estaba deseando que llegara la conversación. Las cosas pintaban mucho mejor de lo que había pensado esta mañana.

Capítulo 19 Josie

—¿Prometida? —Los dos rostros me miraron fijamente. La expresión oscilaba entre el horror y... ¿la sorpresa? Pero no en el buen sentido. Más bien aquello rozaba el rechazo.

Miré de reojo con cautela a Maddox. ¿Es que no les había dicho nada a sus padres? Hoy estábamos aquí como invitados. Maddox me había comunicado la cita y me había dicho que debía hacerme pasar por su prometida.

Tal como habíamos acordado.

Exactamente igual que con Mr. Browning.

No le había dado más vueltas al asunto porque, si lo que había funcionado con los señores de Silicon Valley, seguramente también funcionaría con la familia de Maddox. Por eso no me había preocupado más por todo el tema. En los últimos días me había volcado por completo en mi nuevo proyecto. Coordinar la renovación y el saneamiento del hotel se había convertido en una cuestión

personal para mí. Me estaba divirtiendo como nunca hubiera imaginado y, además, aprendía algo nuevo cada día. Maddox se pasaba de vez en cuando y me felicitaba por mi trabajo.

Eso me llenaba el corazón de alegría.

Por supuesto, quería hacer bien cualquier trabajo, pero que Maddox estuviera satisfecho conmigo me daba una validación especial y mucha confianza en mí misma. Necesitaba ambas cosas urgentemente tras los fracasos con mi anterior jefe.

Estaba floreciendo.

Y cuando Maddox estaba allí, simplemente me sentía siempre especial. Me miraba como si solo existiera yo. Me hacía sentir única, maravillosa y fantástica. Nunca me había sentido así.

Debía hacerme pasar por su prometida, eso era lo acordado.

Pero, en realidad, una parte de mí se sentía como si fuera su prometida de verdad.

¡Josie! No deberías mezclar la fantasía con la realidad. Eso nunca le ha sentado bien a nadie. De ahí solo nace la desgracia.

Maddox me apretó la mano.

Con bastante fuerza.

Y ahí supe que no les había dicho nada a sus padres porque había previsto esta reacción. Porque posiblemente temía que se volvieran aún más distantes. Nunca le había preguntado por la relación con

sus padres. O por qué necesitaba a alguien que se hiciera pasar por su prometida ante ellos. Probablemente me había regodeado demasiado en el honor de que fuera YO quien pudiera hacerlo. Y me había concentrado demasiado en cómo se sentía todo. Real. Por eso había pasado por alto los problemas que podrían surgir. Había cerrado los ojos. Y ahora me encontraba ante un muro de rechazo y no sabía cómo gestionarlo.

¿En qué estaba pensando?

¿En qué estaba pensando Maddox?

—Bueno, pues entrad. —La madre de Maddox abrió la puerta un poco más y retrocedió para dejarnos pasar—. Al menos podrías haber dicho que traías a alguien —siseó.

El padre de Maddox permaneció mudo por el momento. Me escudriñó con desconfianza. Bajo sus ojos saltones de pez, me sentí incómoda. Observada. Bajo la lupa.

Insegura, empecé a cambiar el peso de una pierna a otra.

Una mujer de mi edad salió por una puerta. —Maddox. —Sonó fría. Debía de ser la hermana de Maddox. Amber. Recordaba el nombre. Maddox me lo había mencionado—. ¿Y quién es esta? —Los ojos de la hermana se clavaron en mí.

—Amber, esta es Josie. Mi prometida. —Maddox me pasó un brazo por la cintura y me atrajo hacia él, como para demostrar nuestro vínculo. Yo me acurruqué contra él. Aunque me sentía bien a su lado, las miradas hostiles de su familia eran demasiado para mí. Por supuesto que no esperaba que todos rompieran a llorar de alegría, pero esto... esto me parecía, por decir lo menos, un poco extraño.

Amber estalló en una carcajada estrepitosa. O en un chillido. No sabría definir exactamente el sonido. Se sacudía entera y no lograba calmarse. Cuando poco a poco lo consiguió, se secó las lágrimas de los ojos.

—Prometida —logró decir, sin dejar de reír—. ¿Ahora ya te comprometes solo por traer a tu última aventura de una noche? ¿Es así como se llama ahora en tus círculos? ¿En lugar de llamar a las cosas por su nombre? —Amber volvió a sacudirse de risa.

Me quedé petrificada.

¿Cómo lo sabía?

Y... ¿acaso Maddox había traído a otras aparte de a mí afirmando que eran sus prometidas?

¿Qué se suponía que debía decir ahora?

Lo que más me apetecía era darme la vuelta y salir corriendo. No tenía ganas de lidiar con todo aquello. La familia de Maddox parecía complicada, por decirlo de manera suave.

Maddox me apretó un poco más contra sí. Parecía presentir lo que me pasaba por la cabeza. —Josie y yo nos queremos y vamos a casarnos. —Su voz se mantuvo totalmente tranquila al decir aquello. Como si estuviera muy seguro de lo que decía—. Y no sé a qué viene que afirmes tales cosas, Amber. No tienes ni idea de mi vida. Por suerte. Además, no es asunto tuyo.

Sentí la calma y el calor que emanaba Maddox.

—Seguro que puedes entender que estemos sorprendidos. —La primera frase ligeramente conciliadora desde que había entrado en la casa. Venía de la madre de Maddox—. Al fin y al cabo, siempre habíamos pensado que tú y... —No llegó más lejos.

—¿Sorprendidos? —La hermana de Maddox volvió a chillar—. Se puede llamar así, sí. —De repente, Amber se plantó frente a mí y me puso el dedo directamente en el pecho—. No te fíes de él. No es de fiar. Te lo dice una mujer que lo conoce desde hace años. Deberías largarte hoy mismo y no acercarte a él mientras todavía puedas. —Los ojos de Amber se clavaron en los míos.

Tragué saliva.

Instintivamente quise retroceder, pero el brazo de Maddox alrededor de mí me lo impidió. Me apretó de nuevo.

Sentí cómo el calor y la fuerza fluían de su cuerpo al mío.

Como si estuviéramos intercambiando energía.

Pero a un nivel mucho más profundo de lo que jamás había experimentado antes. En un nivel que solo nosotros dos conocíamos.

Me aclaré la garganta. Tenía que responder a esa pregunta. Maddox podía mandarle cerrar la boca a su hermana, pero al final yo tenía que hacer una declaración. Mostrar mi compromiso con Maddox.

Para eso me había contratado.

Le sonreí a Amber. —¿Crees que no conozco bien a Maddox? Por supuesto que lo conozco. —Me pegué tanto a Maddox que nuestros cuerpos parecían fundirse.

Y de repente sentí calor.

Mucho calor.

Mi piel empezó a hormiguear de esa forma en que siempre lo hacía cuando Maddox estaba cerca de mí.

Maddox se inclinó hacia mí y me depositó un beso fugaz en la oreja izquierda.

Se me encogió el vientre.

Tragué saliva y me esforcé para que no se me notara nada.

Aquí no, Josie. Aquí no y ahora no.

Amber estaba frente a mí y parecía haberse quedado sin palabras. Pero enseguida se recuperó. —Bueno, al menos físicamente pegáis bien. Orejas de soplillo y un diente torcido. Dios los cría y ellos se juntan. —Y volvió a estallar en carcajadas.

Inspiré aire bruscamente.

¿Quién se creía que era esta mujer?

Ella tampoco es que pareciera precisamente una supermodelo.

Pero me tragué el comentario mordaz que tenía en la punta de la lengua. No quería sembrar la discordia en la familia de Maddox, empezar una pelea o hacerme antipática de cualquier otra forma.

Solo quería...

Simplemente ser la prometida de Maddox y ya está.

Sin entrometerme en un conflicto familiar.

Maddox permaneció tranquilo a mi lado.

¿Estaría acostumbrado a que su hermana fuera así?

—Deberías tener cuidado con lo que dices, Amber —replicó él mientras me llevaba hacia el interior.

A mis espaldas, oí cómo la madre de Maddox siseaba: —Contente de una vez y sé amable. No tiene por qué caerte bien ni tienes que adoptarla ya como tu nueva hermana. Limítate a ser educada. ¿Para qué te hemos educado?

Casi podía sentir cómo Maddox ponía los ojos en blanco a mi lado.

En mi familia no había tales conflictos. Quizá también se debía a que no tenía hermanos. Como hija única no podías pelearte con nadie de tu edad. Y la relación con mis padres había sido más bien armoniosa. Hoy estaba muy agradecida por ello. Al fin y al cabo, ya no los tenía. Pero sí un montón de buenos recuerdos.

Probablemente por eso me había imaginado la visita a los padres de Maddox de forma un poco demasiado sencilla. Uno siempre parte de lo que conoce.

Nos sentamos a la mesa. Maddox se inclinó hacia mí. —Hoy está especialmente insoportable.

Eso me consoló.

Un poco.

—¿Y a qué se dedica usted profesionalmente, Josie? —El padre de Maddox parecía haber decidido ahora entablar conversación conmigo.

Ya estábamos con el postre.

Habíamos sobrevivido a la comida más o menos. La madre de Maddox se había esforzado por mantener la charla trivial y así la conversación, aunque a trompicones, no se había detenido del todo.

Habíamos evitado hablar del compromiso o de cualquier otra cosa comprometida.

Hubo otros temas.

El tiempo.

Nueva York.

Un musical de Broadway que los padres de Maddox habían visto.

El hecho de que Maddox solo comiera ensalada, algo que Amber comentó en voz alta y de lo que se burló. Yo no había querido intervenir. El momento simplemente me había resultado bochornoso.

Pero también habíamos superado eso.

—Es que esperábamos que Maddox hiciera una unión que me aportara cierto beneficio comercial. —El padre de Maddox no se anduvo con rodeos.

Tragué saliva.

¿Pero dónde se había visto algo así?

¿Acaso le habían buscado a Maddox una heredera rica?

¿Y qué se suponía que debía responder ahora?

¿Que trabajaba para Maddox?

¿O en un salón de belleza?

Seguro que ninguna de las dos cosas le servía de nada al padre de Maddox.

En ese instante, sonó el timbre.

Amber se levantó de un salto. —Voy yo.

Esperamos.

Menos de dos minutos después, Amber reapareció con una mujer de más o menos su misma edad a cuestas.

—Randa. —La madre de Maddox le dedicó una sonrisa radiante a la invitada—. Nos alegra que tú también estés aquí.

El padre de Maddox se puso en pie para saludar a Randa.

A mí no me habían brindado tanta cordialidad.

Maddox, a mi lado, soltó un ligero gemido de fastidio.

Randa me miró.

—Esta es Josie, la prometida de Maddox. —Amber me presentó, recalcando la palabra prometida como si se tratara de algo particularmente indecente.

Randa enarcó las cejas. —¿Ah, sí? Pues de eso no me habías contado nada. —Perforó a Maddox con la mirada.

Luego me miró a mí. —Bienvenida al club entonces. —Enarcó las cejas con ironía.

¿Club?

—Espero que seáis muy felices juntos. —La ironía en la voz de Randa era imposible de ignorar.

Un deseo de la mayor de las desgracias probablemente habría sonado igual.

Maddox sonrió a mi lado. —De eso estoy completamente seguro. —Miró a Randa.

Habría jurado que en su voz había una nota de triunfo.

¿Triunfo?

¿Por qué?

Amber le dio un codazo a Randa. —¿No te parece a ti también que hacen buena pareja? ¿Con las orejas de soplillo y el diente torcido?

Las dos se echaron a reír.

Entonces Maddox se levantó. —Ya basta.

Me agarró de la mano y tiró de mí para que me levantara. —Ven. Te enseñaré mi antigua habitación.

Sujeta de su mano, pasé por delante de la mesa y salí del comedor.

Oí a Amber y a Randa cuchichear y reírse.

Luego Maddox me llevó escaleras arriba.

Cuando llegamos a su habitación, me miró con seriedad. —Siento que hayas tenido que aguantar tales impertinencias por parte de esas dos. Y mis padres tampoco han estado precisamente amables.

Sonreí, pero me salió una mueca forzada. —¿Tu familia es siempre así? —pregunté. Me temblaba un poco la voz. Solo ahora me daba cuenta de cuánto me había afectado toda la escena.

Maddox suspiró. —No siempre. Y no siempre de forma tan extrema. Es como si hoy se hubieran puesto de acuerdo en secreto para comportarse todos de la manera más repugnante posible. Y que para colmo tuviera que aparecer Randa...

Tragué saliva.

Las humillaciones sufridas me habían calado hondo. Una cosa era que un jefe o cualquier otra persona te insultara por un diente torcido. Pero en la mesa de una familia, aquello era algo completamente distinto.

Estaba a punto de preguntarle a Maddox para qué necesitaba imperativamente una prometida si sus padres parecían estar en contra de cualquier relación. Al menos de la nuestra. Y qué pasaba con su hermana, que lo tomaba por un mujeriego. Y quién era esa Randa. Abrí la boca.

En ese momento, Maddox se plantó frente a mí. —Creo que ese diente te da personalidad. —Su voz era baja y suave.

Y, de repente, la tensión entre nosotros volvió a aparecer. Exactamente esa tensión que me hacía contener el aliento y que sentía una y otra vez siempre que Maddox estaba cerca de mí. La tensión que ya había sentido hacía un momento en el comedor de sus padres.

—Espero que lo conserves para siempre y que no te lo cambies nunca. —Maddox me acarició la cara con la mano.

Solo pude asentir.

No era capaz de nada más.

Nadie me había dicho nunca algo así.

Me moría por decirle a Maddox que me encantaban sus orejas, pero en ese momento me pareció un poco excesivo.

¿Encantaban?

¿Acaso me estaba permitido sentir algo por él?

Si esto no era más que... ¿un acuerdo?

Pero mi corazón, que latía desbocado, decía otra cosa. Las miradas de Maddox decían otra cosa.

Maddox estiró el brazo por encima de mí y echó la llave a la puerta de la habitación.

Y entonces se inclinó y me besó.

Por fin.

Eso era lo único que podía pensar.

Por fin volvíamos a estar cerca.

Había anhelado esto desde que...

En realidad, desde que volví a ver a Maddox después de nuestra noche juntos.

Lo había deseado cada día.

Los labios de Maddox se posaron ahora con delicadeza sobre los míos. Con tanta suavidad que sentí que me derretía. El contacto era apenas perceptible y precisamente por eso resultaba tan intenso. Abrí la boca ligeramente. Pero Maddox me hizo esperar. Sus manos recorrieron mi espalda hasta mis nalgas. Amasó mis glúteos suavemente y me presionó contra sus caderas.

Oh, sí.

Oh, Dios, sí.

Me froté contra Maddox.

Pero Maddox no tenía prisa.

Sus manos subieron por mi espalda. Me tomó la cabeza entre las manos. Y, por fin, nuestro beso se volvió más intenso. La lengua de Maddox exploró mi labio superior. Mi labio inferior. Tanteó y jugó con la abertura de mis labios.

Solté un gemido sordo.

Y de repente la lengua de Maddox estaba en mi boca. La recibí con la mía con sumo gusto. Comenzó una danza salvaje y apasionada. Mientras nuestras lenguas se entrelazaban, yo seguía frotando mi pelvis contra Maddox y sentía su erección.

Jadeé.

Maddox gimió.

—Me vuelves loco, Josie —murmuró al separar su boca de la mía. Luego me quitó la camiseta por la cabeza—. Por Dios, cuánto tiempo llevo esperando esto. —Desabrochó el cierre de mi sujetador.

Y yo. Cuánto tiempo había estado esperando yo.

Eso fue lo que me pasó por la cabeza.

Pero apenas podía hablar por la excitación.

Solo me salió un gemido.

—Silencio —me gruñó Maddox al oído, mientras mi sujetador caía al suelo y su mano acariciaba mi pecho—. Las paredes aquí no son delgadas, pero tampoco son a prueba de ruidos.

Y entonces fui consciente.

Estábamos en casa de los padres de Maddox. Ellos estaban sentados abajo, en la mesa. Con la hermana de Maddox y su extraña amiga.

—Quizá deberíamos... —empecé a decir con timidez.

Maddox me selló la boca con un beso salvaje. Nuestros labios se apretaron con ímpetu. Maddox me amasaba el pecho mientras yo forcejeaba con su cinturón.

La boca de Maddox bajó hasta mi oreja. —Debería haberte sacado de ahí abajo antes. Protegerte.

Protegerte.

Nadie me había dicho nunca algo así.

Por fin conseguí abrir el pantalón de Maddox, bajarle los calzoncillos y sostener su miembro en mi mano. Con movimientos primero suaves y luego cada vez más enérgicos, lo recorrí de abajo arriba.

—Ohhh... —gimió Maddox—. Ohhh...

Yo continué.

—Oh, maldita sea. —Maddox se arrancó la camisa. Luego siguieron mi falda y mis bragas.

Y entonces Maddox estuvo dentro de mí.

Ni siquiera habíamos llegado a la cama. Yo estaba tumbada sobre la alfombra, frente a la cama de juventud de Maddox, y él estaba dentro de mí. Su miembro me llenaba por completo.

Gimí.

La cabeza de Maddox estaba al lado de mi oreja. —Tranquila —susurró, y me tapó la boca con un beso.

Y así me penetró. Cada vez más hondo.

Cada vez más y más hondo.

El miembro de Maddox rozaba exactamente el punto adecuado en mi interior.

Su boca se alejó de la mía y me poseyó con más intensidad aún.

En mi interior, todo empezó a contraerse.

Mi centro comenzó a arder.

Entonces sentí cómo una inmensa bola de fuego empezaba a expandirse dentro de mí.

—Bésame otra vez —jadeé justo a tiempo.

De nuevo, Maddox me selló la boca.

Y entonces el fuego se desató por completo. Una ola de placer me recorrió desde los dedos de los pies hasta el cuello. Era como si fuera a explotar y a ser inundada por multitud de sentimientos al mismo tiempo.

Fue increíble.

Me corrí.

Con el miembro de Maddox dentro de mí y su lengua en mi boca, alcancé el orgasmo como nunca antes lo había hecho.

Reprimí mis gemidos lo mejor que pude.

Maddox volvió a embestir.

Y otra vez.

Jadeaba con fuerza contra la alfombra, al lado de mi oído.

Y entonces él también se corrió.

Capítulo 20 Maddox

Tres semanas después.

—Estamos encantados de darle la bienvenida como nuestro nuevo socio comercial. —Mr. Browning me sonreía como si nunca me hubiera planteado una sola pregunta crítica.

Le devolví una sonrisa reservada.

Sí, había conseguido el contrato.

Ezekiel había salido perdiendo.

Hacía una semana que Mr. Browning me había llamado para darme la buena noticia. Había celebrado la victoria a lo grande con Josie y habíamos pasado una larga noche juntos. Tal como nos habíamos estado viendo con frecuencia durante las últimas tres semanas. No nos habían vuelto a invitar a casa de mis padres. Probablemente todavía tenían que asimilar la impresión de mi compromiso.

También Amber y Randa se habían mantenido al margen. Eso me venía de perlas. Una vez creí haber visto a Randa mientras caminaba hacia casa desde mi nuevo hotel. Pero no estaba seguro. También podía haberme equivocado.

En cualquier caso, no había recibido mensajes.

Ni llamadas.

En realidad, el «trabajo» de Josie ya estaba hecho. No me había parado a pensar en qué vendría después. Cómo debían seguir las cosas. Si es que debían seguir.

Pero al final… al final, siguieron.

Disfrutaba de la compañía de Josie mucho más de lo que jamás hubiera imaginado. Probablemente más de lo que jamás había disfrutado de la compañía de ninguna mujer.

—Estamos seguros de que con usted hemos tomado la decisión correcta —continuó Mr. Browning con su discurso—. Su nuevo hotel está idealmente situado respecto a nuestra sucursal y, hasta que esté terminado, estamos convencidos de que nuestros empleados también se sentirán a gusto en sus otros establecimientos.

Asentí.

Ante nosotros había dos carpetas abiertas.

En su interior se encontraba el contrato por duplicado.

Solo faltaba firmar, y eso sucedería en cuanto Mr. Browning terminara su discurso. Parecía que le encantaba escucharse a sí mismo y no quería quitarle la oportunidad. Dejé que mi mirada recorriera el público, que consistía básicamente en Mr. Riddle, Mr. Halley y otros tres empleados de la *VY Corporation*. Yo mismo me había traído a Patrick como refuerzo. Por un momento había sopesado si traer a Josie, pero luego descarté la idea.

Nos conocíamos bien.

Y de algún modo, tampoco nos conocíamos tanto.

Por fin escuché de labios de Mr. Browning las palabras redentoras: —Procedamos entonces a la firma.

Mr. Browning tomó asiento en una silla. Yo en la otra. Una pluma Montblanc estaba preparada. Se sentía agradablemente pesada en mi mano. Asentí con aprobación. Desde que existen las tabletas, ya no escribía a mano. Pero esta pluma… tenía algo especial.

Mr. Browning se inclinó hacia adelante y estampó su firma en el papel. Yo hice lo mismo. Después intercambiamos las carpetas y repetimos el procedimiento.

¡Y con eso ya era oficial!

¡Había ganado!

Ezekiel estaba fuera de juego.

Ratas, titulares difamatorios, amenazas, descuentos… nada de eso había servido de nada. Al final me había impuesto.

Y eso también se lo debía a Josie.

—Es una pena que su encantadora prometida no haya podido venir. —Mr. Browning se levantó y me estrechó la mano.

Patrick sacó su móvil e hizo una foto. Nuestra jefa de prensa se lo había pedido. Por supuesto, enviaríamos la noticia de la firma a todos los medios de comunicación. Sonreí para mis adentros. Ezekiel echaría espuma por la boca cuando leyera todo esto. Pero ya no le serviría de nada.

Demasiado tarde.

Era demasiado tarde.

¿Se habría enterado ya de su derrota?

Seguramente le estarían avisando en ese mismo instante. En las licitaciones, se comunica el rechazo al segundo candidato una vez que el favorito ha firmado el contrato. Y, en principio, eso es exactamente lo que acababa de pasar: yo había firmado el contrato.

Sonriendo, me imaginé a Ezekiel intentando conseguir algún cambio o anularlo todo, o a Mr. Browning recibiendo desesperado una oferta mejor en el último momento.

Demasiado tarde.

Sentí una satisfacción como pocas veces había experimentado. Hasta ahora, con mi cadena hotelera *MyNights*, había sido el número uno del sector. Ezekiel me seguía de cerca.

Pero ahora…

Ahora no me alcanzaría tan fácilmente.

Probablemente nunca más.

Me dirigí a Mr. Browning. —Por desgracia, Josie no ha podido venir. Alguien tiene que trabajar en casa. —Me reí para indicar que era una broma.

Mr. Browning asintió con aprobación. —Así debe ser. No hay que dejar que una mujer le diga a uno lo que tiene que hacer. Eso se aplica tanto al periodo previo al matrimonio como durante el mismo. Hay que dejar claro quién es el señor de la casa y quién manda. Que las mujeres trabajen, no hay problema.

Arqueé las cejas. Obviamente, Mr. Browning había malinterpretado mi broma.

—Esta noche nos encantaría llevarle a los mejores clubes de la ciudad. —Mr. Browning sonrió—. Como somos solo hombres, no tenemos que andar con miramientos por ninguna dama delicada que pudiera tener ciertos reparos.

¿Qué se suponía que significaba eso?

Por supuesto que quería volver a celebrar la firma esta noche. Pero ¿por qué iba Josie a tener algo en contra? Si ella hubiera estado aquí, habríamos celebrado juntos.

—A mi prometida también le gusta ir de fiesta por los clubes —me limité a decir. Y era cierto. La semana pasada llevé a Josie a un club en una azotea para celebrar la ocasión. Quedó absolutamente

fascinada y no sabía qué le gustaba más: si las fantásticas vistas, las copas o la música.

—Pues mejor que mejor. —Mr. Browning soltó una carcajada estrepitosa—. Entonces ni siquiera tiene que salir de viaje para disfrutar de la libertad, sino que puede hacerlo todos los días en casa.

Me contuve la respuesta. ¿Quién querría ir a un club todos los días? ¿Y quién tenía tiempo para eso? Yo, por ejemplo, algunos días también tenía que trabajar o simplemente disfrutaba de una buena película y un whisky en mi ático, junto con Otis.

Aunque eso se había acabado; seguramente Otis ya no vendría tan a menudo como antes. A más tardar en cuanto él y Lea esperaran su primer hijo, tendría que apañármelas sin mi compañero de cine y mejor amigo.

—Al menos yo tengo permiso para salir esta noche —me susurró Mr. Browning con complicidad—. En cuanto hay socios de negocios en la ciudad, puedo escaparme de mi mujer.

Estuve a punto de preguntarle a Mr. Browning por qué se había casado si sentía que su mujer lo asfixiaba tanto. Pero me guardé la pregunta.

Unas horas más tarde, Mr. Browning y yo estábamos en la calle y él llamó a una puerta pintada de negro.

Miré a mi alrededor. Nada indicaba que detrás de esa puerta hubiera un club. No había carteles luminosos, ni pósteres, ni rótulos. Nada. Ni siquiera una placa con el nombre en la puerta.

—Esto debe de ser un lugar verdaderamente exclusivo —masculló Patrick detrás de mí.

Se abrió una pequeña trampilla en la puerta. Tras ella apareció un rostro tosco que ocupaba toda la abertura.

—Vengo con dos invitados —anunció Mr. Browning.

El rostro asintió. Luego se cerró la trampilla y se abrió la puerta.

—Pasen, por favor. —Nos condujeron por un pasillo largo y oscuro.

¿Qué era esto?

¿Un club secreto?

¿Una secta?

Finalmente, nos encontramos en una sala con sillones de felpa morada. Unas camareras con un escueto disfraz de conejita de felpa morada se movían de un lado a otro con botellas de champán.

—El espectáculo está a punto de empezar —susurró Mr. Browning—. Le aseguro que las damas que bailan aquí son impresionantes. A cuál más guapa. Y no son nada tímidas.

Ahora todo estaba claro.

Mr. Browning me había llevado a un club de estriptis.

Ante la idea de tener que ver a unas cuantas mujeres desganadas desnudándose más o menos voluntariamente, se me quitaron las

ganas de reír. Patrick se aclaró la garganta detrás de mí. Él tenía esposa y una hija pequeña, y yo sabía que jamás iba a clubes de estriptis.

—Parece que hay un malentendido. —Me dirigí a Mr. Browning—. Preferiríamos celebrar nuestra colaboración en un club más… tradicional. —Elegí mis palabras con cuidado. Al fin y al cabo, Mr. Browning era ahora un socio comercial, y uno muy importante. Si le gustaba ir a clubes de estriptis, era asunto suyo y yo no pensaba juzgarlo por ello.

Cada cual con sus gustos.

Pero no tenía ganas de terminar en un club de estriptis cada vez que nos viéramos de ahora en adelante. Mejor dejar las cosas claras desde el principio.

—Pero no sea así, hombre. —Mr. Browning se rió—. ¿Qué hombre le dice que no a unas cuantas mujeres desnudas a las que puede mirar sin más? Y le aseguro que no son nada tímidas. La cosa no tiene por qué quedarse en solo mirar. Ni en solo tocar. —Mr. Browning me guiñó un ojo—. Que su prometida sea tan abierta en este sentido e incluso le acompañe es realmente digno de elogio. Así al menos no se aburrirán y el matrimonio durará más. Yo probablemente ya me habría divorciado hace tiempo si no pudiera escaparme a un club de vez en cuando.

Negué con la cabeza. —Gracias por la invitación. Pero preferiríamos ir a otro club.

En ese momento eché de menos a Josie más que nunca.

Si ella hubiera estado aquí, no habríamos acabado en esta situación. Estaba seguro. Mr. Browning no se habría atrevido a hacer semejante propuesta.

Miré al escenario vacío.

Quienquiera que fuesen las bailarinas, ninguna de ellas le llegaría a Josie a la suela del zapato. Podía decirlo sin haber visto ni una sola actuación. Josie era única. Su carisma me abrumaba cada vez. Cuando la desnudaba, me sentía como electrizado. Cada vez era como la primera.

Pensé en los ojos verdes de Josie y en el brillo que desprendían. En sus labios carnosos, su barbilla redondeada, su nariz recta y ese diente ligeramente torcido que relucía cuando se reía. En los pechos firmes y turgentes de Josie, en sus piernas largas y su cintura estrecha. En sus gemidos apasionados y en lo fácil que era darle placer en la cama. Y en lo mucho que le gustaba complacerme a mí.

Pensé en la risa de Josie y en que encontraba mis orejas sexis y que le daba exactamente igual si yo comía ensalada, carne o crema de chocolate.

Y de repente supe con total certeza lo que ya había estado sintiendo durante las últimas tres semanas pero no había querido admitir: quería a Josie.

Solo a Josie.

Siempre a Josie.

Si Randa, Amber y mis padres me habían quitado las ganas de volver a involucrarme seriamente con una mujer, Josie me había

devuelto el apetito.

Apetito de ella.

Quería saborearla cada noche.

Los clubes de estriptis ya no me gustaban especialmente de antes. A esos lugares les faltaba todo estilo y toda alma. Igual que a las mujeres que se exhibían en ellos.

—Vamos. —Le hice un gesto a Patrick—. Mr. Browning, ¿se viene con nosotros? —me dirigí cortésmente a mi socio.

—Cielo, no querrás irte ya, ¿verdad? —Una camarera con el disfraz de conejita morada se me acercó y me pellizcó la mejilla. Pegó su cuerpo al mío y pasó la mano por mis abdominales—. Una tableta de chocolate. —Soltó una risita coqueta—. Deberías estar orgulloso. No todo el mundo la tiene. Pero por eso mismo, todas las mujeres de aquí dentro se pondrán calientes por ti, te lo garantizo. —La camarera se apretó aún más contra mí—. Si no tuviera que terminar mi turno, te secuestraría ahora mismo y te llevaría arriba, te lo aseguro. —Volvió a reír y pude oler su aliento cargado de alcohol.

Exacto. Alcohol.

Y las bailarinas probablemente se habrían drogado.

¿De qué otra forma se podía aguantar exhibir el cuerpo desnudo ante hombres extraños cada noche? ¿O incluso dejarse tocar?

¿Venderse?

Y precisamente por eso las bailarinas parecían tan desalmadas.

Ni siquiera estaban presentes de verdad.

Pensé en la presencia de Josie y en su vitalidad.

En su risa.

En todo lo que había despertado en mí.

Con asco, aparté a la bailarina de mí.

—Ay, cielo. —Se rio y volvió a presionarse contra mí—. No te hagas el difícil. Te conozco a ti y a los de tu clase. Vosotros los hombres siempre empezáis no queriendo admitir cuánto os pone la idea de hacerlo con una auténtica estríper. Así de fácil. Sin compromisos, sin nada. Una mujer que simplemente os dé lo vuestro. Al principio os apartáis. Pero en cuanto habéis visto uno o dos pases, entonces… entonces es cuando se os dispara la adrenalina. —La mujer se rio.

Sin decir palabra, agarré a la mujer por las muñecas y la aparté. ¿Para qué iba a explicarle que no todos los hombres eran iguales? ¿Que no todos necesitaban ser convencidos? ¿Y que tampoco querían serlo?

Cada persona es un mundo.

Y, por lo tanto, no a todo el mundo le gusta lo que ofrecen los clubes de estriptis.

—¡Ay! —La mujer se frotó las muñecas—. Espero que luego en la cama seas un poco más tierno y considerado, si no las chicas

tendrán que taparse los moratones mañana con maquillaje. —Se rió —. Pero saben cómo hacerlo. No eres el único que es así. Quizá debería reservarte directamente dos bailarinas para ti. Y cuando acabe mi turno me uno yo. Así nos divertiremos de verdad.

Me di la vuelta y simplemente me marché. Patrick me siguió.

Recorrimos de vuelta el largo pasillo oscuro.

De repente, sentía más ganas de ver a Josie de lo que jamás hubiera podido imaginar.

—Mr. Eastbourne. —Mr. Browning corrió tras de mí sin aliento.

—Está bien. —No quería hablar con él. No quería darle explicaciones ni escuchar ninguna.

Quería oír la voz de Josie.

Además, le había prometido que la llamaría cuando se firmara el contrato. Pero, entre tanta charla superficial y la parada en el hotel, aún no había tenido ocasión de contactar con ella. Quería hacerlo con tranquilidad.

Ahora tenía tiempo.

Cuando volvimos a estar en la calle, eché mano al bolsillo.

No había móvil.

Busqué en el bolsillo del otro lado.

Seguía sin haber nada.

Revisé todos los bolsillos.

—¿Qué pasa? —preguntó Patrick.

—Creo que me he olvidado el móvil.

¿En el Hotel?

Traté de recordar cuándo había usado el teléfono por última vez.

Ni idea.

De algún modo, uno siempre tiene ese trasto en la mano.

Le había prometido a Josie que la llamaría.

Y ahora no podía localizarla.

En realidad, algo así no era un problema.

Pero hoy tenía un extraño presentimiento.

Como si algo no marchara bien.

Capítulo 21 Josie

—Por fin podemos volver a beber algo de verdad. Como en los viejos tiempos. —Holly estaba sentada en el taburete alto de la barra y me miraba sonriente. Me guiñó un ojo—. He tenido que contenerme bastante tiempo por el embarazo y la lactancia. Y después… bueno, no sé. Simplemente seguí con la vida sana de alguna manera.

Holly me dio una palmadita afectuosa en el antebrazo. —Pero eso se ha acabado, te lo aseguro.

Estábamos en uno de los bares más nuevos de Nueva York. Los taburetes de la barra estaban iluminados en todos los colores, al igual que la propia barra. En contraste, del techo solo emanaba una luz tenue. El bar se encontraba en la última planta de un rascacielos y las vistas eran sencillamente impresionantes. En realidad, yo no podía permitirme una visita aquí, pero Holly se había empeñado. Quería celebrar por todo lo alto su regreso a la vida, como ella lo llamaba.

Además, Josie, ahora puedes permitírtelo. Has recibido tu primer sueldo de Maddox. Con eso has podido pagar las facturas más

urgentes. Sí, tu cuenta bancaria se ha quedado vacía en un abrir y cerrar de ojos. Pero la situación es mucho más relajada. No tienes que temer constantemente que alguien te pise los talones reclamando dinero. Puedes darte un capricho. Porque el próximo sueldo llegará seguro.

Y ese sueldo era mucho más alto que mis ingresos como esteticista. No tendría por qué buscar una compañera de piso si no quería de verdad. No necesitaría un trabajo extra ni tendría que suplicar al banco por un préstamo.

Podía vivir.

Vivir, pura y simplemente.

Y disfrutarlo.

Eso era algo totalmente nuevo y extraño. No había estado en una situación tan relajada desde que Holly se mudó. Así que yo también tenía algo que celebrar y por eso había aceptado encantada la propuesta de Holly. ¿Quién sabía cuándo volvería a tener tiempo mi amiga para salir de juerga conmigo? Sí, su hija pequeña ya era lo suficientemente mayor para pasar una noche a solas con su papá, Asher. Pero seguramente Holly no querría dejarlos solos con demasiada frecuencia.

¿Para qué se tenían hijos, después de todo?

—Dos margaritas. —Holly le guiñó un ojo al camarero. Luego se rió mirándome—. Tu predilección por el tequila no ha cambiado, ¿verdad?

Sonreí. —Desde luego que no. A veces descubro cosas nuevas y desarrollo nuevas preferencias. Pero por eso mismo conservo las antiguas.

—Es bueno saberlo. —Holly sonrió—. A mí es que eso ni me gustaba.

Esta vez sonreí yo. —Hasta aquella noche en que bailaste sobre la barra y caíste directamente en los brazos de Asher.

Holly y yo soltamos una carcajada al unísono.

—Hoy en día ya nadie se creería eso de mí —dijo Holly jadeando de la risa.

El camarero deslizó dos copas de cóctel hacia nosotras sobre la barra.

—Con el borde de sal, como debe ser. —Holly asintió con aprobación.

—Eso espero, con estos precios. —No pude evitar el comentario.

—Te invito yo. —Holly se rió—. Al fin y al cabo, es mi regreso al mundo de la fiesta. Así que yo organizo la velada. Y la que organiza paga, eso está claro.

Iba a protestar. Pero justo en ese instante, el olor a Margarita me llegó a la nariz. Tequila. Triple seco. Lima.

El olor era tan fuerte y punzante que me dieron arcadas.

¿Acaso Holly también lo olía?

Tragué saliva y seguí tragando mientras observaba a mi amiga. Pero ella parecía totalmente impasible y contemplaba su copa de Margarita con anticipación. Ni rastro de náuseas.

Al contrario.

Holly cogió su copa. —¿A qué esperamos? —Sus ojos brillaban.

Volví a tragar saliva. Bajo ningún concepto quería decepcionar a mi amiga. Y yo QUERÍA celebrar. Moví mi mano hacia la copa.

Y entonces las náuseas se volvieron tan fuertes que salté del taburete, me presioné la mano contra la boca y corrí despavorida hacia el baño. Detrás de mí oí un fuerte estruendo. El taburete debió de haberse caído. Pero no tenía tiempo de ocuparme de eso ahora. Corrí.

Mi estómago se rebeló como nunca antes lo había hecho. ¿Qué llevaba ese maldito Margarita? No era la primera vez que me bebía uno.

Que intentaba beberlo.

El camino al baño parecía interminable. Me choqué con varias personas.

—¡Oye! ¿Qué te pasa? —oí detrás de mí.

No me di la vuelta.

Ya sentía cómo el contenido de mi estómago se abría paso hacia arriba.

No.

Ahora no.

Todavía no.

Por fin llegué al servicio. Abrí la puerta de un tirón. Por suerte, las dos cabinas estaban libres. Entré corriendo y me incliné hacia delante.

Justo a tiempo.

Vomité todo lo que había comido hoy.

Que no era mucho.

Porque ya esta mañana me había sentido rara. Un poco de náuseas. Pero se sentía diferente a otras veces. No sabría decir exactamente cómo. Pero no era un estómago revuelto por algo en mal estado, al menos eso me imaginaba yo.

Por fin pasó todo.

Agotada, me dejé caer al suelo después de tirar de la cadena.

—¿Qué pasa? —De repente, Holly estaba en la puerta. No la había oído llegar.

—Ay… me he puesto malísima de repente. —Me pasé la mano por la frente, exhausta—. No sé cómo ha podido pasar. Debo de haber cogido algún virus.

—¿Te encuentras mal por lo demás? ¿Tienes fiebre? ¿Dolor de cabeza? —Holly me miraba preocupada.

Negué con la cabeza y levanté la vista hacia ella. Seguía sentada en el suelo del baño. De repente me sentía demasiado débil para levantarme. Era como si me hubieran succionado toda la energía.

—No, todo bien. Solo… —Hice un gesto hacia el inodoro.

Holly frunció el ceño.

—Esta mañana ni siquiera me ha sentado bien el café. —Ante el recuerdo, volví a negar con la cabeza—. Probablemente por eso estoy tan mal. Quiero decir, por eso no tengo energía.

—¿Y durante el día te has sentido mal? —quiso saber Holly.

—No. —Me quedé pensando—. Para nada. Me he sentido como siempre. Quizá un poco… —reflexioné—. Me tiene que bajar la regla pronto. Antes siempre me siento un poco nerviosa y floja, me tensan los pechos y, bueno, mi tripa tampoco está como de costumbre. Así es como me he sentido. —Me encogí de hombros.

—Y has tenido náuseas y ya no toleras el café. —La frase de Holly fue una afirmación, no una pregunta.

Asentí. Poco a poco sentía que recuperaba las fuerzas y empecé a incorporarme.

—Así me pasó a mí también cuando me quedé embarazada —dijo Holly—. Hasta pensaba que era el síndrome premenstrual, ¿te acuerdas? Fuiste tú la que me «iluminó», por así decirlo. —Holly volvió a reír—. Bueno, como tú no tienes hombre, eso queda descartado en tu caso.

Me volví a hundir en el suelo.

Embarazada.

¿Podía ser?

Eché cuentas.

El resultado me hizo estremecer.

No era del todo imposible.

Había tomado mi pastilla con regularidad. Pero una vez se me pasó un poco la hora. Con tanto nerviosismo e inquietud por haber sido despedida y porque además iba a ser la madrina de Lea, aquel día no pensé en la pastilla. Solo más tarde se me ocurrió de repente, con un sudor frío, que se me había olvidado. Entonces me la tomé. Un poco tarde. Pero como no tenía hombre, no importaba nada. Eso fue lo que pensé aquel día. Al día siguiente se casó Lea y acabé en la cama con Maddox.

—¿Josie? —La voz de Holly sonaba como si viniera de muy lejos. Y eso que mi amiga seguía exactamente en el mismo sitio.

—¿Sí? —Intenté concentrarme. Todo daba vueltas a mi alrededor, aunque sin llegar a estar mareada. Si alguien me hubiera preguntado cómo me sentía, no habría sabido qué decir.

Contrólate, Josie. Contrólate.

Frente a mí estaba mi amiga.

Tenía que contárselo todo.

Tragué saliva y me aclaré la garganta. Luego me levanté, pasé por el lado de Holly y fui al lavabo. Bebí ávidamente del grifo y me eché agua fría en la cara. Entonces me sentí algo mejor.

Me di la vuelta. —Tengo un hombre.

Holly abrió mucho los ojos y la boca. —¿Qué?

Me puse roja. —Lo sé, lo sé, debería habértelo contado hace tiempo. Pero de alguna manera… simplemente no se dio la ocasión adecuada. Y luego pensé que… bueno… no sabía si era algo serio.

Holly y yo seguíamos solas en el baño de señoras. A diferencia del bar, aquí reinaba una calma relativa. Así que me apoyé en la pared y le conté todo a mi amiga. Cómo conocí a Maddox, cómo volví a verle y que había aceptado hacerse pasar por su prometida porque su familia le presionaba y querían que se casara con una mujer a la que ni siquiera soportaba.

—Suena complicado —Holly frunció el ceño. Pero acto seguido, sonrió—. No obstante, parece que le gustas de verdad. En serio.

Me puse roja como un tomate. —Sí… yo… creo que sí. —Las palabras salieron apenas en un susurro. Vacilé.

¿Le gustaba yo de verdad a Maddox?

¿O sea, de verdad de la buena?

Aunque te guste pasar tiempo con alguien, te acuestes con esa persona y te lo pases de maravilla, eso no significa ni mucho menos que esa persona te guste de verdad o que quieras conocerla a fondo. Para una vida en común hace falta más. Valores compartidos y una visión similar del futuro.

No tenía ni idea de lo que Maddox quería para su vida.

Y yo nunca le había dicho lo que quería yo.

Sencillamente, no hablábamos de eso.

Normal.

Al fin y al cabo, solo se suponía que debía hacerse pasar por su prometida.

¿O no?

Holly parecía haberme leído el pensamiento. —Aun así, pueden surgir sentimientos reales entre vosotros. Que al principio sea una farsa no significa nada. Todo es posible. —Mi amiga se encogió de hombros—. Hay gente que dice amarse desde el primer momento y al poco tiempo se acaba todo. Y otros descubren solo poco a poco lo mucho que significa el otro para ellos. Y otros tantos… —Holly se encogió de hombros otra vez—. Todo es posible.

—Ahora mismo está de viaje de negocios en Silicon Valley —dije en voz baja—. Ha prometido llamarme y contarme cómo ha ido todo.

Holly se rio bajito. —Mira, ahí lo tienes. No haría eso si solo tuvieras que hacerse pasar por su prometida. En ese caso, se alegraría de que por fin lo dejasen en paz y no te llamaría motu proprio.

Me quedé pensando.

Era muy posible.

—¿Y te hace ilusión que te llame? —quiso saber Holly.

Asentí.

Y volví a ponerme roja.

Iba a responder algo, pero en ese instante volví a sentir náuseas. Salí disparada por delante de Holly hacia el baño.

Empecé a tener arcadas. Una tras otra.

Pero no salía nada.

—A mí a veces también me pasaba así —comentó Holly con sequedad. Luego añadió con determinación—: Voy a bajar ahora mismo a comprar un test de embarazo. He visto una farmacia aquí al lado. Tú quédate aquí y espera. Cuando vuelva, te haces el test y así salimos de dudas.

—Pero… —protesté débilmente.

—Nada de peros. —Holly no aceptaba réplicas. Antes de que pudiera decir nada más, desapareció por la puerta. Oí brevemente la música del bar y después volvió a reinar el silencio.

Me dejé caer al suelo junto al lavabo.

¿Podía haber una situación más absurda?

Estaba sentada en el baño de un bar esperando a que mi amiga volviera con un test de embarazo para comprobar si esperaba un hijo de un hombre que me había contratado para que me hiciera pasar por su prometida.

Esas cosas solo pasan en las películas.

Ni siquiera ahí, Josie. Nadie se tomaría en serio un guion así. Dirían que el guionista tenía demasiada imaginación. O que se había tomado una copa de más la noche anterior. Que una historia así es burda y falta de originalidad.

Pero estaba pasando.

¡Me estaba pasando a MÍ!

Esta era mi vida.

Pensé un momento en Maddox.

¿Querría tener hijos?

Realmente no sabía nada de su vida, de sus deseos, de sus sueños.

Respiré hondo.

Todo irá bien, Josie.

Saqué el móvil del bolso.

Maddox debería haber llamado ya hace media hora.

Pero no había llamada.

Ni tampoco ningún mensaje suyo.

Seguro que la reunión se había alargado más de lo previsto.

—¡Toma! —Holly interrumpió mis pensamientos. Estaba en la puerta y me tendía una caja azul y rosa.

La cogí.

—Este chisme es bastante fácil de usar. Solo tienes que mear en la varilla y esperar tres minutos. Entonces tendrás el resultado. —Holly estaba sin aliento. Debía de haber corrido mucho.

—Sí, lo sé. —Hacía más de un año ya se me había pasado por la cabeza que pudiera estar embarazada y me hice un test.

Aquella vez fue una falsa alarma.

¿Y ahora?

Entré en la cabina y cerré la puerta tras de mí, sin echar la llave. Al fin y al cabo, Holly estaba fuera.

Seguí las instrucciones de la caja.

Y esperé.

Y esperé.

—¿Y bien? —Al cabo de un rato, la voz de Holly llegó a través de la puerta.

Había puesto el test junto a mí, sobre el cubo de la basura, y había cerrado los ojos. Me daba demasiado miedo ver el resultado.

No tienes nada que temer, Josie. Maddox siempre ha sido muy cariñoso y atento contigo y te ha concedido todos tus deseos. No te va a dejar tirada ahora ni te va a acusar de querer encasquetarle un hijo. Todo saldrá bien.

Abrí los ojos.

En la ventanita del test se leía claramente el resultado.

—Positivo.

Holly abrió la puerta de golpe. —¡Madre mía, Josie! —Mi impetuosa amiga me abrazó—. ¡Es grandioso!

—Sí —dije en voz baja. Mis dudas eran ahora más fuertes que nunca.

—¿Es que no te alegras? —Holly me miró desconcertada.

Asentí.

Y luego negué con la cabeza.

Y volví a asentir.

—Yo… no lo sé. —Miré a Holly con duda—. No tengo ni idea de lo que él piensa.

Holly no preguntó quién era «él». Ya lo sabía de sobra.

Me puso una mano en el antebrazo para tranquilizarme. —Josie, todo irá bien. Yo nunca hablé con Asher sobre tener hijos. Simplemente me quedé embarazada. Lo aceptó sin problemas. Incluso se alegró. Después del susto inicial. —Holly soltó una risita ante el recuerdo.

Qué fácil lo decía ella.

Ella no tenía preocupaciones.

Holly pareció sentir de nuevo lo que me pasaba por la cabeza. Me acarició el antebrazo con calma. —Todo saldrá bien, ya lo verás. La mayoría de los hombres necesitan algo de tiempo para hacerse a la idea de que van a ser padres. Pero en cuanto se dan cuenta, prevalece la ilusión. Seguro que con Maddox no es diferente.

Asentí.

Las palabras de Holly sonaban muy lógicas.

Entonces salí de la cabina y cogí mi bolso. Volví a sacar mi móvil. —Voy a llamarlo ahora mismo. Se lo diré. Así tendrá todo el viaje de vuelta para asimilarlo.

Holly asintió con aprobación. —Es una idea excelente.

—De todos modos, debería haberme llamado ya hace tiempo. —Marqué el número de Maddox.

Al otro lado dio señal.

Y sonó.

Y sonó.

Nadie contestaba.

Maddox no estaba disponible.

Después del décimo tono, colgué.

—No responde.

Normalmente, algo así no me preocuparía. A cualquiera le puede surgir un imprevisto.

Pero, por alguna razón, mi instinto me decía que algo no iba bien. Al fin y al cabo, Maddox también había querido llamarme y no lo había hecho.

—Seguro que te llama enseguida. —Holly seguía optimista.

Asentí.

Mis temores parecían tan ridículos que preferí guardármelos para mí.

Pero una voz en mi cabeza canturreaba: «No quiere un hijo, no quiere un hijo. Y a ti tampoco te quiere ya. Por eso no llama».

Traté de silenciar esa voz.

Pero no lo conseguí.

Cada vez era más fuerte.

¿Por qué no llamaba Maddox?

¿Por qué no cogía el móvil?

Algo en mi interior me decía con total claridad que algo no iba bien.

¿Pero el qué?

Capítulo 22 Maddox

Rebusqué en mi bolsa.

¿Dónde narices estaba el dichoso móvil?

Habíamos logrado escapar de aquel espantoso club de striptease, pero seguía sin encontrar mi teléfono.

—Tendrás una copia de seguridad de los datos, ¿no? —Patrick intentaba tranquilizarme—. Y un móvil de repuesto en Nueva York.

—Sí. —Asentí. ¿Cómo iba a explicarle a Patrick que necesitaba el maldito móvil AHORA? Quería llamar a Josie para escuchar su voz y su risa. Su asombro y su alegría cuando le dijera que el contrato estaba firmado y que ya nada se interpondría en nuestro camino.

El Hotel con el que su profesora había soñado volvería a ponerse en pie y a llenarse de vida.

Y Josie y yo…

Mejor se lo contaba en persona cuando nos viéramos.

Ese tipo de cosas siempre sonaban fatal por teléfono.

Y, sin embargo, me moría por oír su voz.

—Aquí está. —Por fin sentí el rectángulo rígido en mi mochila. Tanteé hasta dar con él. La mochila tenía un bolsillo interior pequeño en la parte trasera donde nunca guardaba nada. Y mucho menos el móvil. Jamás lo llevaba en la mochila.

¿Cómo demonios había acabado ahí el dichoso trasto?

—Bueno, entonces todo arreglado. —Patrick era, y siempre sería, la calma personificada.

Ya estábamos sentados en el avión. Normalmente utilizaba mi jet privado para estos viajes. Pero como no quería presentarme en la *VY Corporation* como un hotelero derrochador que cobraba precios desorbitados para costearse sus lujos, esta vez me había decantado por un vuelo de línea. Así que Patrick y yo estábamos sentados en la primera clase de un Boeing, esperando a despegar.

Desbloqueé el teléfono.

Madre mía.

¿Cuántos correos sin leer tenía? Sí, ya de por sí recibía cientos de correos al día. Pero esta vez parecía haber incluso más. Me daban ganas de volver a guardar el móvil enseguida.

Pero quería llamar a Josie.

Solo un momento.

Vi que había intentado localizarme.

Tenía que darme prisa.

Estábamos a punto de despegar y entonces estaría prohibido usar el teléfono. Bufé. Ojalá no hubiera cogido el maldito vuelo de línea. A mi propio piloto le habría bastado con ordenarle que se quedara unos minutos más en tierra. En caso de necesidad, podría haber fingido un problema técnico ante la torre de control y habríamos retrasado la salida media hora.

Ahora no podía hacer eso.

Bling.

En ese instante recibí un correo.

Asunto: Sobre su novia Josie – algo que debería saber

¿Algo que debería saber sobre Josie?

Miré el remitente.

Una dirección de usar y tirar.

Resoplé. Recibía montones de correos de este tipo a diario. Contenían spam, amenazas, intentos de chantaje y acusaciones sin fundamento. Por lo general, ni les prestaba atención.

Incluso ahora, mi dedo sobrevoló el botón de «eliminar».

Y, sin embargo, acabé pulsando en el correo.

Se abrió.

Su Josie le está engañando. Cada día. ¿Lo sabía ya? Si no, ahora ya lo sabe. ¿Con quién tiene una aventura? Véalo usted mismo.

¿Josie teniendo una aventura?

Era ridículo.

Todavía no había recibido acusaciones de este tipo, pero siempre hay una primera vez para todo.

Entonces me quedé helado.

Nadie sabía nada de lo de Josie y yo.

¿O sí?

Pensé en Randa, Amber y mis padres. Pero ellos no enviarían un correo insinuando que Josie tenía una aventura, ¿verdad? Eso sería ir demasiado lejos. Randa y Amber eran dos cotillas que solo pensaban en casarme y emparejarme con Randa. Pero ¿enviar correos anónimos por eso? Al fin y al cabo, eso era casi... ¿era un delito? Nunca me había molestado en averiguarlo. Aunque lo fuera, resultaba demasiado tedioso localizar a los remitentes de los correos para pedirles cuentas.

Pero en este caso…

Descargué las imágenes.

Quizá fuera otra persona. Había estado con Josie en el club en una azotea. Había gente que nos había visto.

—Señor, a partir de ahora solo puede usar su móvil en modo avión. —Una guapa azafata estaba a mi lado.

—Oh. Sí. Por supuesto. —Asentí y activé el modo avión.

Dichoso vuelo de línea.

Entonces miré las fotos.

Josie y un hombre, riendo juntos, cogidos de la mano y besándose. Josie y un hombre que parecían tener mucha complicidad. En una foto, Josie le acariciaba la cara al hombre.

Conocía a ese hombre.

Era Ezekiel.

Sentí cómo me invadían todo tipo de emociones.

Rabia.

Enfado.

Y de repente, me eché a reír.

Vaya sandez.

No eran más que fotomontajes. Cualquier diseñador gráfico medianamente bueno podía hacer algo así. Hoy en día, hasta un software podía lograrlo. Ya ni siquiera hacía falta buscar a alguien. Bastaba con borrar hábilmente el rastro en internet. Y el remitente del correo obviamente sabía cómo hacerlo.

Al fin y al cabo, el correo era anónimo.

Pulsé «eliminar».

No quería tener esa basura ni un segundo más en mi bandeja de entrada.

Naturalmente, no pude borrarlo en ese momento. El modo avión ya estaba activado. Lo haría más tarde.

Quería volar a casa con tranquilidad, estrechar a Josie entre mis brazos y disfrutar de una velada agradable con ella. Y pasar una larga noche juntos. Desde la comida en casa de mis padres, nos habíamos visto a menudo.

Y, aun así, nunca tenía suficiente de Josie.

Sabía que jamás me cansaría de ella.

De eso estaba completamente seguro.

Me recosté en el asiento y cerré los ojos.

Qué fastidio no haber cogido el jet privado. Así podría llamar a Josie ahora mismo, escuchar su voz y contarle lo del correo. Y reírnos juntos de la de porquerías que envía la gente hoy en día.

En ese instante, el avión aceleró.

Despegamos.

Por fin.

Cuanto más rápido voláramos, antes volvería a ver a Josie.

—¿Todo bien? —preguntó Patrick mientras caminábamos por la terminal de llegadas del aeropuerto.

—Sí, ¿por qué? —Tenía el pensamiento puesto en Josie.

—Has tenido los ojos cerrados durante todo el vuelo y no has trabajado ni un poco. Nunca habías hecho eso. —En la voz de Patrick no había reproche. Simplemente me había observado con mucha atención.

—Es cierto. Tenía que reflexionar sobre algo. —No pensaba revelar más. Salimos del edificio del aeropuerto y nos dirigimos hacia la parada de taxis.

Patrick se limitó a asentir. Luego dijo: —¿Te importa si cojo mi propio taxi? Mi familia me espera y no me apetece pasarme por la oficina.

Negué con la cabeza. —Te lo has ganado con creces. —Señalé el primer taxi de la cola—. Te cedo el turno. Gracias por acompañarme y que pases una buena tarde.

Patrick levantó la mano a modo de saludo y abrió la puerta del taxi.

Le seguí con la mirada. Yo tampoco pensaba ir a la oficina. Pero eso no tenía por qué explicárselo a Patrick.

Volví a darme la vuelta. La cola de taxis que esperaban pasajeros era larga. Pero otros viajeros ya habían ocupado los taxis que había detrás de mí, así que o retrocedía un poco o esperaba a que los taxis avanzaran.

Retrocedería.

—Vaya, ¿a quién tenemos aquí? —Una voz quejumbrosa llegó a mis oídos—. Le he estado buscando. Pero se ve que quería esconderse de mí.

Levanté la vista.

Ante mí estaba el hombre que trabajaba para Ezekiel.

El tipo que había metido ratas en mi Hotel.

¿Qué hacía él aquí?

Le fulminé con la mirada. —i¿Cómo te atreves siquiera a dirigirme la palabra?! ¡Más te valdría mantenerte alejado de mí! ¡Tu jefe tiene suerte de que aún no haya tomado medidas legales por lo ocurrido!

No había tomado medidas porque no había tenido tiempo. Y porque había firmado el contrato. No quería parecer el típico ganador que patea al perdedor cuando ya está en el suelo. Ezekiel no habría dudado en hacerse la víctima a mi costa. Aunque me sentía preparado para esa batalla, decidí que no valía la pena el esfuerzo. Mi tiempo era demasiado valioso. Tenía cosas más importantes que hacer.

Pero entonces, lo mínimo era que Ezekiel me dejara en paz.

Sin embargo, su secuaz estaba allí, frente a mí.

—No te creas que ya lo tienes todo hecho solo porque el contrato esté firmado —graznó el hombre, alzando el puño cerrado hacia el cielo. Algunos pasajeros que pasaban por allí se giraron para mirarle.

Resoplé. —Ahórrate esas amenazas vacías. Dile a Ezekiel que mejor invierta su dinero en otra cosa. Debería contratarte como conserje, a lo mejor así encuentras también algunas ratas en sus hoteles.

—Quien ríe el último, ríe mejor. —El hombre no se inmutó. Parecía que ni siquiera me había escuchado—. Impugnaremos el contrato y ya verás de qué te sirve entonces.

—No me digas. —Aquella amenaza no me impresionó lo más mínimo. El hombre solo era el secuaz de Ezekiel y seguramente no tenía nada que ver con sus negocios reales.

—Tenemos a los mejores abogados. —El hombre volvió a alzar el puño.

—Puede ser. Pero de nada os servirá si la *VY Corporation* no quiere hacer negocios con vosotros. Un abogado no puede obligarlos a ello. —El asunto empezaba a aburrirme. ¿No podía el tipo simplemente largarse?

Seguí caminando.

Pero el hombre me seguía los pasos.

¿Dónde había un taxi libre?

Por desgracia, debían de haber aterrizado varios aviones en los últimos minutos. Todos los taxis estaban ocupados.

Bueno, no tardarían en quedar libres. Aquí llegaban taxis constantemente para dejar pasajeros y estaban listos para recoger a otros. Tendría que aguantar la palabrería del hombre unos momentos más.

—Esa empleada tuya en tu nuevo Hotel tampoco pega ni golpe en todo el día. —El hombre no se daba por vencido.

¿Empleada en el nuevo Hotel?

Agucé el oído.

El tipo tenía que estar hablando de Josie.

—Eso no es asunto tuyo. ¿De qué la conoces siquiera? —La pregunta salió de mi boca antes de que pudiera contenerme.

Mierda.

En realidad, no quería darle al hombre la oportunidad de entablar una conversación real.

Pero cuando mencionó a Josie, mi curiosidad fue más fuerte.

Al instante, soltó una carcajada burlona. —Conoce a tus enemigos. Ese es el lema que aplica Ezekiel y hasta ahora le ha ido de maravilla. Siempre un paso por delante.

Aquellos idiotas debían de haberme estado vigilando.

Y a Josie también.

Lo sabían todo sobre nosotros. O al menos, bastante. Se habían entrometido en mi vida privada.

Ante ese pensamiento, la rabia me consumió.

—En el futuro, nos dejaréis en paz, ¿queda claro? —le espeté al hombre—. De lo contrario, acabaré llamando a mi abogado. Acoso. Molestias. Espionaje. Seguro que podemos reunir unos cuantos cargos interesantes. —La amenaza en mi voz era evidente.

Pero el hombre siguió imperturbable. —La niñita es bastante atractiva, la verdad. Y muy lista. —Soltó una risita—. Prácticamente hace dos trabajos a la vez y saca buena tajada. Seguro que no le pagas nada mal, ¿eh?

No respondí.

Había terminado con aquel tipo.

—Ahí está ella, supervisando obras o fingiendo que lo hace. Y cuando tú no estás, abre las piernas para unos cuantos más y así se saca un sobresueldo. Al final el Hotel se convierte en un hotel por horas. —El hombre soltó una carcajada aún más fuerte que la anterior. No podía parar de reír.

Mantuve la mirada fija en la carretera.

Ahí venía un taxi.

Estaba libre.

Por fin.

—Y Ezekiel se ha convertido en uno de sus clientes. Me ha dicho que te diga que, de momento, no tiene quejas. —El hombre reía y reía sin parar.

No le di respuesta.

No quería seguir escuchando acusaciones tan ridículas. Simplemente no quería lidiar con aquello.

No era verdad.

Josie no era así.

En el fondo de mi corazón, lo sabía.

Me subí al taxi mientras el hombre continuaba riendo.

Mientras nos alejábamos, una espina se clavó en mi corazón. La duda se instaló allí.

Profunda y persistente.

Las fotos que me habían llegado por correo.

Las afirmaciones de aquel hombre.

Sacudí la cabeza.

Tonterías, Maddox. Ezekiel estará detrás de ambas cosas y lo ha planeado todo para crearte la máxima inseguridad. Nada de esto es cierto, nada.

Y, sin embargo...

La duda estaba en mi interior.

¿Y si fuera verdad?

Había contratado a Josie para que se hiciera pasar por mi prometida.

Necesitaba trabajo y dinero con urgencia, y solo había dudado un instante antes de aceptar.

¿Y si necesitaba más dinero?

¿Y si, tras darse cuenta de que se podía ganar dinero con los hombres, se le había ocurrido la idea de ampliar el negocio?

¿Y si Josie no era en absoluto quien yo creía?

Mi cabeza no paraba de dar vueltas.

Tenía que descubrir la verdad.

Y pronto.

Pero antes necesitaba reflexionar.

Necesitaba un lugar tranquilo.

Capítulo 23 Josie

Miré a mi alrededor, perpleja. Tras el test positivo, había seguido intentando llamar a Maddox. Pero nunca me cogió el teléfono. Fue entonces cuando me di cuenta de que ni siquiera sabía con exactitud a qué hora salía su vuelo. Miré el reloj. Era demasiado tarde para llamar a la secretaria de Maddox.

Pero quizá en Silicon Valley todavía hubiera alguien localizable. Al fin y al cabo, había una cierta diferencia horaria y allí la gente aún estaba trabajando. Tal vez. Si no habían terminado la jornada temprano. Pero en una empresa como *VY Corporation*, eso me parecía bastante improbable.

Busqué el número en Google y marqué.

Entonces me detuve.

¿Qué estaba haciendo?

Sí, tenía que hablar con Maddox urgentemente. ¿Pero no podía esperar a que volviera? Sí, tenía que darle una noticia urgente. Pero, por otro lado, tampoco era algo que no pudiera esperar unas cuantas horas más. Maddox estaría aquí pronto.

¿Verdad?

Su silencio me ponía nerviosa. En las últimas semanas se había mostrado muy fiable y nunca había faltado a una llamada prometida o a una cita. Algo así era inusual.

¿Habría pasado algo?

Josie. Cálmate. Ya piensas como una embarazada. Probablemente tus hormonas ya se estén volviendo locas y veas peligros por todas partes donde no los hay.

Seguí caminando despacio. Holly y yo nos habíamos ido del club justo después de mi test positivo. De todas formas, ya no podía beber nada. Holly se había reído a carcajadas y lamentado nuestra mala suerte. —Vaya momento. Nada más recupero la libertad de disfrutar de un poco de alcohol, vas tú y ya no puedes.

Había sonreído. No me sentiría realmente bien hasta que le hubiera contado la noticia a Maddox y supiera que me apoyaba.

Holly había querido animarme una vez más. —Todo saldrá bien. De verdad, Josie. Saldrá bien. En aquel entonces yo no pensaba que volvería a ver a Asher nunca más, por razones muy distintas. ¿Y hoy? —Holly levantó la mano con su anillo de casada y me sonrió con elocuencia—. Se arreglará. Créeme.

Yo solo había asentido.

Holly me había invitado a su casa a tomar una tacita de té. Lo había rechazado. La hija de Holly era adorable, pero no quería verla en ese momento. Me habría recordado demasiado al niño que crecía en mi vientre. ¡Tenía que asimilar yo misma primero que pronto sería madre! Se comprendía que los padres necesitaran algo de tiempo para eso. Con las madres, no tanto. ¡Pero a las madres nos pasaba lo mismo! También necesitábamos tiempo.

Yo necesitaba tiempo.

Le había dicho a Holly que prefería dar un paseo y había caminado sin rumbo por las calles.

Pero, una vez más, mis piernas me habían llevado exactamente al lugar donde quería estar. Estaba frente al Hotel.

Sonreí.

Me había pasado exactamente lo mismo una vez. Aquella vez, tras mi primera noche con Maddox. También entonces había caminado sin rumbo por los alrededores y finalmente había llegado al Hotel. En aquella ocasión, Maddox también se había presentado allí.

¿Y ahora?

Sonreí. Ahora, al menos, llevaba la llave conmigo, que saqué de mi bolso. Abrí la puerta y entré en el edificio. Las obras estaban en pleno apogeo. Habían retirado todos los muebles viejos. Ya no quedaba papel pintado en las paredes y el suelo estaba tan desnudo y pelado como podía estarlo un suelo. Todo era un poco triste y, sin embargo, todo aquello prometía el nuevo comienzo que pronto habría aquí. Las obras no avanzaban tan rápido como se había planeado. En los últimos días había habido algunos problemas con la

empresa de reformas que había contratado. Pero, en general, estaba satisfecha y esperaba que Maddox también lo estuviera.

Aquí había un nuevo comienzo.

En mi interior había un nuevo comienzo.

Instintivamente, me llevé la mano al vientre. Todavía estaba plano y no podía sentir ningún cambio. Y, sin embargo, estaba ocurriendo, en este preciso momento, dentro de mí.

Detrás de mí, la puerta crujió.

Un sobresalto me recorrió el cuerpo.

¿Quién era?

Había olvidado cerrar la puerta con llave y no contaba con que entrara nadie. El Hotel había estado vacío tanto tiempo sin que nadie se interesara por él. ¿Por qué iba a ser diferente ahora?

—Ahí estás. —Satisfecha, una mujer cruzó el umbral.

Y tras ella, enseguida, una segunda.

La hermana de Maddox, Amber, seguida de su mejor amiga Randa.

—¿Qué hacéis aquí? —Las miré atónita. Si ni siquiera sabían que este Hotel existía. ¿Cómo habían llegado hasta aquí?

—Te estábamos buscando. —Amber me asintió—. Y ahora te hemos encontrado.

—Pero cómo...

Amber sacudió la cabeza con sorna. —Soy la hermana de Maddox, ¿ya lo has olvidado? Para mí es pan comido conseguir toda la información que quiera. —Amber enarcó una ceja.

Las dos seguían plantadas ante la puerta, bloqueándome cualquier salida. Me sentía de algún modo amenazada.

Acorralada.

—No quiero hablar con vosotras. Si queréis hablar con Maddox, no está aquí. No aterrizará hasta esta noche y podréis hablar con él mañana. —Quería librarme de las dos.

Amber soltó una risita. —Ya lo sabemos.

Entonces Randa se adelantó. —¡Quita tus manos de Maddox! —me siseó.

Retrocedí de un salto.

Hasta ahora siempre había sido Amber la que llevaba la voz cantante.

—¿Qué...? —balbuceé.

—Deja en paz a Maddox. —Randa me agarró ahora por el hombro.

—¡Ay! ¡Suéltame! ¿Qué quieres de mí? —Me resistí, pero el agarre de Randa no hizo más que apretarse.

—Llevamos mucho tiempo juntos. —Randa volvió a sisear. Pequeñas gotitas de saliva me saltaron a la cara. Retrocedí, pero Randa no cedía—. Maddox y yo nos conocemos de toda la vida y lo nuestro es para siempre. ¿Te enteras?

Negué con la cabeza. —No mientas. —No creía ni una palabra de lo que decía Randa. Quizá estuviera loca por Maddox. Podría ser. Pero en ningún caso estaban juntos. De lo contrario, los padres de Maddox nunca habrían permitido que estuviéramos juntos en su casa. ¿O sí?

—Maddox rompió conmigo. Por una estúpida y tonta pelea. —Randa se ponía cada vez más furiosa—. Solo te trajo a la cena para fastidiarme. —Randa clavó sus uñas profundamente en mi piel—. Le engañé. En una reunión de antiguos alumnos me emborraché y acabé en la cama con mi novio de la adolescencia. Maddox se enteró. Rompió conmigo y me amenazó con que me lo devolvería.

Una parte de mí quería decirle a Randa que cerrara la boca de una vez. Y otra parte de mí escuchaba fascinada. Estábamos en medio de la obra. Empezaba a oscurecer y solo podía distinguir el rostro de Randa como una sombra. Pero el tono de su voz decía más que una mirada.

Randa me odiaba.

Me culpaba a mí del fin de su relación.

En lugar de buscar la culpa en sí misma.

—Quería recuperar a Maddox. Pero entonces entra él contigo por la puerta y encima afirma que os habéis prometido inmediatamente.

Prometida. —Randa soltó una carcajada. De nuevo me alcanzaron unas gotitas de saliva—. Qué absurdo. —Randa me sacudió.

Mis pensamientos iban a mil por hora.

¿Entonces Maddox no me había contratado como prometida para escapar de sus padres, como había afirmado?

¿En realidad quería escapar de su ex?

¿ESA era la verdad?

¿Yo solo era una pieza de su venganza?

Solté un jadeo.

Entonces recobré el juicio. —Mientes. —Miré a Randa a la cara, tan bien como me lo permitía la oscuridad—. No te creo ni una palabra.

Los ojos de Randa destellaron. —¿Ah, sí? Pues te vamos a enseñar de qué va la cosa. —Randa me soltó con tanta brusquedad que casi me tambaleé.

Jadeé de nuevo. Las dos seguían bloqueando el camino hacia la puerta. Acababa de sentir la fuerza de Randa. No sería capaz de apartarla. Y mucho menos a ella y a Amber.

Randa metió la mano en su bolso.

Mi corazón se detuvo. Por un instante creí que iba a sacar un arma.

Pero era un móvil.

Randa lo desbloqueó y estuvo tecleando y deslizando un rato. Luego me puso la pantalla delante. —Toma.

Una foto.

Randa y Maddox en una fiesta de disfraces con looks de pareja hawaiana. Randa estaba en brazos de Maddox y los dos se reían a la cámara.

Sentí una punzada en el corazón.

Luego negué con la cabeza. —Eso no demuestra nada. —Pensé en la boda. En aquel momento Maddox y yo no habíamos tenido nada, pero absolutamente nada el uno con el otro. Y, aun así, un fotógrafo podría haber tomado un montón de fotos nuestras con ese aspecto o parecido. Un flirteo inofensivo. Quizá ni siquiera eso. Simplemente un poco de ambiente de fiesta y un poco de alcohol de más.

Randa cogió el móvil y siguió deslizando.

Esta vez vi un collage. Randa y Maddox en el bosque. Randa besando a Maddox en la mejilla. Randa y Maddox frente a la casa de sus padres.

Los dos parecían tan compenetrados.

Me negaba a creer lo que veía.

—Queríamos comprar una casa y formar una familia. No estábamos prometidos, pero yo ya había dejado la pastilla. —Randa ya no sonaba maliciosa. Estaba triste. Profundamente triste.

Y quizá por eso sus palabras me hirieron mucho más que su siseo malintencionado de antes.

Formar una familia.

Dejar la pastilla.

Me tambaleé hacia atrás.

Así que Maddox me había utilizado realmente solo para su venganza.

—Ya imaginábamos que no sabrías nada de esto. —Esa era Amber. Se acercó a mí y me puso una mano en el antebrazo en un gesto de compasión—. Randa, ve a por un vaso de agua al baño.

Quise decirle a Randa que no se molestara. Todas las tuberías de la casa estaban cortadas. La semana que viene empezaría la reforma integral. En esta casa ya no había agua. Y si la hubiera, garantizado que no la bebería.

Pero no me salió ni una palabra.

Tenía la garganta como anudada.

Amber pronunciaba palabras de consuelo que ni siquiera captaba y que solo pasaban de largo por mis oídos. —Maddox puede ser un auténtico capullo a veces. Pero mejor que te des cuenta ahora y no desperdicies años de tu vida con él. Ahí fuera hay otros hombres estupendos que están deseando conocerte.

Sollocé.

Se me humedecieron los ojos y el labio inferior empezó a temblarme.

Otros hombres estupendos.

Formar una familia.

Venganza.

Era demasiado para mí.

Demasiado.

—Quiero ver a Maddox. —Por fin algo salió de mi boca. Y eso era exactamente lo que quería. Quería ir con Maddox y oír lo que tenía que decir sobre todo este asunto. Oírlo de verdad.

Él me diría la verdad.

Randa se rió. No me había dado cuenta de que había vuelto al pasillo. Ahora estaba detrás de mí. — ¿Y de verdad crees que ese viejo mentiroso te diría la verdad? —Siguió riéndose. Le dio un auténtico ataque de risa y no podía parar.

Y entonces Amber se unió.

Las dos se reían y se reían y se reían.

Se reían de mí.

Se burlaban de mí.

Mi labio inferior temblaba más fuerte. Tragué saliva y sollocé. Tenía los ojos empañados. Pero por nada del mundo quería echarme a llorar delante de ellas.

—Ese tío miente más que habla —bramó Randa—. Y tú quieres ir con él. —Parecía como si nunca hubiera oído un chiste tan bueno.

No podía apartar la mirada de las dos.

Y quería irme.

Simplemente irme.

Retrocedí.

Un paso.

Y otro más.

Mis piernas querían correr, pero era como si en ese momento fuera imposible. Quería darme la vuelta, pero una parte de mí se veía obligada a mirarlas.

Seguí retrocediendo.

Las dos seguían riéndose.

Me flaquearon las rodillas.

Me sentía como si fuera a vomitar de nuevo en cualquier momento.

¿Por qué no estaba Holly aquí?

Ella me habría apoyado ahora.

En ese instante, la puerta volvió a crujir detrás de mí.

¿Maddox?

Contuve el aliento.

Quería darme la vuelta.

Pero no podía.

Alguien entraba en el Hotel.

Un hombre.

Lo supe por los pasos.

—¡Serás estúpida! —gritó Randa en ese momento en un último arrebato. Se abalanzó sobre mí.

Di dos pasos largos hacia atrás.

Entonces tropecé.

Y caí directamente contra un pecho.

Un pecho masculino.

Dos brazos me rodearon.

Quería soltarme, pero ahora no podía salir huyendo.

Capítulo 24 Maddox

Me quedé parado en el umbral de la puerta abierta del Hotel y no podía dar crédito a lo que veían mis ojos.

Había venido directamente desde el aeropuerto porque quería reflexionar antes de llamar a Josie y hablar con ella. Estaba aquel correo electrónico, estaba el empleado de Ezekiel con sus afirmaciones, y estaba el hecho de que apenas conocía a Josie y ella había aceptado mi trato con demasiada facilidad. Todas esas cosas daban vueltas en mi cabeza y necesitaba poner orden en ese caos urgentemente. De lo contrario, echaría a perder por completo la conversación con Josie.

Había visto que ella había intentado localizarme en el móvil varias veces. Le devolvería la llamada. Pero no de inmediato.

Primero tenía que pensar con calma. Y la mejor forma de hacerlo era a solas.

Por eso, en lugar de ir a casa desde el aeropuerto, pedí que me llevaran al viejo Hotel que estábamos renovando. A esa hora no habría nadie allí y tendría precisamente la tranquilidad que necesitaba. Además, allí nadie me buscaría.

Cuando el taxi me dejó en la esquina y pagué, vi por el rabillo del ojo a un hombre subiendo la escalera. Me resultó familiar, aunque en la penumbra me costaba asegurarlo.

¿Quién era?

Subí los escalones con sigilo.

La puerta seguía entreabierta. ¿Se habría olvidado Josie de cerrarla con llave? ¿O había vuelto el arquitecto? Tenía que llamarles la atención a ambos sin falta: debían tener más cuidado en el futuro. Las obras de renovación seguían avanzando y pronto habría en el Hotel objetos de valor que podrían ser robados. Por no mencionar que los indigentes siempre buscaban refugio y podían terminar instalándose en una obra.

No quería líos ni retrasos de ningún tipo.

¿Acaso el hombre que acababa de entrar en el Hotel pretendía pasar la noche allí?

¿Pero por qué tenía la sensación de conocerlo?

Asomé la cabeza con cautela.

—¡Qué demonios! —grité entonces con todas mis fuerzas—. ¿Pero qué está pasando aquí?

Lo que vi fue una imagen increíble.

Justo delante de mí estaba Ezekiel.

Ezekiel, que sostenía a Josie entre sus brazos.

Una Josie que parecía aferrarse a él buscando apoyo, consuelo y sostén.

Ambos parecían...

... como si estuvieran juntos.

Incluso más que en las fotos.

Mis pensamientos se arremolinaron.

Y de pronto lo vi todo con claridad.

—¡Mentirosa... maldita zorra mentirosa! —grité a pleno pulmón—. Así que es verdad. Tienes algo con este idiota a mis espaldas. ¡Y probablemente también con unos cuantos más! ¡Me finges un gran amor mientras te diviertes con otros! —Apreté los puños. Mi mandíbula se tensó.

Hasta ese momento había logrado convencerme de que todas aquellas pruebas contra Josie eran probablemente meras falsificaciones y que alguien quería separarnos. Ahora me preguntaba si yo era el tonto de turno. Había querido creer en su bondad, había creído en NOSOTROS y ahora...

... ahora tenía que constatar que todo era peor de lo que jamás había imaginado.

¿Cómo he podido ser tan estúpido?

Llevaba años jurándome que no me involucraría con nadie más y entonces... entonces conozco a una mujer por la que estaba dispuesto a mandar todos mis principios a paseo. ¡Y ahora me doy cuenta de que habría sido mejor no haberme liado precisamente con esa mujer!

—¡Eres una traicionera de cuidado! —Mi rabia iba en aumento. En el fondo, lo que sentía era decepción y confusión. Pero eso no se lo diría a Josie. Se reiría de mí por haberme dejado engañar. Por haber sido tan idiota.

En ese caso, mi humillación sería total.

—En lugar de trabajar, te has dedicado a recibir aquí a tus admiradores y a retozar con ellos. Aquí no se ha avanzado nada y tú has cobrado por partida doble —con eso repetí casi palabra por palabra lo que me había dicho el secuaz de Ezekiel—. Y ahora continúas con lo mismo, porque piensas que no estoy. —Mi voz subía de tono cada vez más. Bramé—: Pero como ves, te has equivocado. Estoy aquí y no me dejo engañar tan fácilmente.

Josie se soltó de Ezekiel. Me miró fijamente. En la penumbra no podía verle bien la cara. Me pareció que sus ojos se veían más grandes de lo normal y que brillaban con humedad. Como si Josie tuviera lágrimas en los ojos. Pero eso no podía ser, ¿verdad?

Resoplé.

Y si lo eran... seguro que eran lágrimas de cocodrilo.

Una mujer tan traicionera probablemente también sabía llorar por encargo. Así manipulaba a los hombres y acababa logrando que se sometieran a sus deseos.

Pero conmigo no.

Josie podía contarme lo que quisiera. No me iba a creer nada de nada. Al fin y al cabo, había visto pruebas, negro sobre blanco.

Y más que eso.

Había sorprendido a Josie en brazos de Ezekiel.

Y con eso bastaba.

No me importaban las lágrimas de Josie.

—Yo trabajo siempre —se defendió Josie. Su voz tembló ligeramente al decirlo.

¡Ajá! Lo sabía. Quería manipularme con sus lágrimas. Después afirmaría que yo era un bruto y que todo era culpa mía.

Exacto.

Que me había traicionado descaradamente era algo que quedaría en el olvido.

—Los obreros han tenido un problema. Hubo varias bajas por enfermedad y por eso la semana pasada no tenían personal

suficiente y no pudieron avanzar tanto como estaba previsto. Pero su jefe me ha asegurado que no hay ningún problema y que recuperarán el tiempo perdido. Todo se ve mucho mejor que hace poco. —La voz de Josie sonaba ahogada.

Me reí. —Eso cuéntaselo a tu abuela. Y ni siquiera ella te va a creer. Probablemente ella te crió y eres la mentirosa que eres hoy gracias a ella. ¿Sois todas así de falsas y traicioneras?

Señalé a Ezekiel. —Recibir a tu amante aquí así como así... ¿es que no tenías ningún miedo de que te pillaran? —Solté una risa burlona —. Pero bueno... pillada in fraganti, por así decirlo.

Josie movió la barbilla. En la penumbra veía poco.

—No tengo nada con otros hombres —esta vez su voz sonó firme—. Ni con él ni con ningún otro. Eso solo te lo dicta tu imaginación.

—¿Mi imaginación? —Me reí—. Si lo he visto con mis propios ojos. Y tú lo llamas imaginación. Realmente eres una mentirosa muy hábil.

—¿Mentirosa hábil? —Ahora Josie parecía furiosa. Habría jurado que le echaban chispas los ojos. Ya lo había visto en la boda. Aquella vez sus ojos brillaban y centelleaban de alegría.

Eso ya pasó, Maddox. Eso es agua pasada. Solo fue una ilusión. Una ilusión de un día que fue solo eso... un día. Ni más ni menos. No significó nada.

—Podemos aclarar quién de los dos es el mentiroso aquí —Josie se puso las manos en las caderas. De pronto parecía más enérgica y decidida que nunca—. ¿Se supone que YO tengo otros hombres? ¡Eso solo lo dices para desviar la atención de tus propios engaños!

Me reí. —La mejor defensa es un buen ataque. Atribuirme a mí lo que haces tú, es un truco muy viejo.

—¡TÚ eres el que está haciendo eso! ¡Me atribuyes cosas que tú mismo has hecho! —Josie parecía a punto de abalanzarse sobre mí, pero se contuvo en el último momento.

Mejor así.

De todos modos, no tendría ninguna oportunidad contra mí. A las mujeres furiosas les gusta aporrear el pecho de un hombre. Y no consiguen nada con ello. Salvo que el hombre se quede frío por dentro. ¿Qué se puede esperar de una mujer que no sabe controlar sus emociones?

—¡Tienes algo con Randa! Estáis juntos y pensáis en formar una familia. ¡Y a mí me has estado engañando todo este tiempo! ¡Solo me has utilizado para tu venganza barata! —Las palabras salieron de Josie como un torrente.

Mi ira iba en aumento. ¿Pero qué se creía Josie? Solté una risotada sarcástica. —¿Engañarte? Solo era un juego. Te lo dije desde el principio. Que todo era solo un juego. ¿No habrás creído que había algo de serio en todo esto?

Josie emitió un sonido indefinible, a medio camino entre un sollozo y un gemido de dolor.

Era un sonido terrible.

Nunca había oído nada igual.

Era como si tuviera delante a un animal herido.

Y no a un ser humano.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

¡Maddox! Es una manipuladora nata. No debes hacerle caso. No puedes dejar que vuelva a enredarte en sus jueguecitos y excusas. De lo contrario, acabarás en su red y entonces no habrá escapatoria. Te envolverá y ni siquiera te darás cuenta de en qué trampa has caído.

Por suerte me había dado cuenta a tiempo.

Pensé en los planes y sueños que había forjado durante mi viaje.

Realmente había sido un idiota.

Entonces Ezekiel reaccionó. Había seguido nuestra pelea con atención. Pensé en el hecho de que me había estado observando. —¡Te lo advertí! —Ezekiel soltó una carcajada estridente—. Puede que ganaras el contrato. Pero el que ríe el último, ríe mejor. Te dije que me follaría a tu mujer. Igual que tu abuelo se folló a mi abuela. —Siguió riéndose.

Resoplé y lo miré con frialdad. —¿El que ríe el último, ríe mejor? Pues nada. Quizá me ría yo primero por el simple hecho de que al final cargarás tú con esta zorra y no yo. —Señalé a Josie—. Te la puedes quedar si quieres. Con mucho gusto, además.

Y entonces me eché a reír.

Al fondo, en la esquina, Randa y Amber se unieron a mi risa.

Ezekiel no dijo nada más.

Josie volvió a emitir aquel gemido.

Ya no podía seguir escuchando aquello.

—Lárgate de una vez —le espeté a Josie—. Largo de aquí todos. Este es MI Hotel y no quiero a nadie aquí. ¡FUERA!

Agarré a Josie del brazo y la arrastré hacia la puerta.

Quería que todos los demás se marcharan también.

Pero, sobre todo, no quería volver a ver a Josie nunca más.

—No te atrevas a volverte a cruzar en mi camino jamás.

Capítulo 25 Josie

No te atrevas a volver a aparecer ante mis ojos nunca más.

Maddox me había agarrado bruscamente del brazo y me arrastraba hacia la puerta.

No te atrevas a volver a aparecer ante mis ojos nunca más.

Las palabras rebotaban en mi cabeza como una pelota de ping-pong.

No te atrevas a volver a aparecer ante mis ojos nunca más.

Maddox me empujó fuera de la casa.

Quise replicar algo. ¿Pero el qué?

Tenía la garganta como anudada y, además, no sabía qué decir.

¿Gritar a pleno pulmón «estoy embarazada» para que Maddox hablara conmigo a pesar de todo? Acababa de demostrar claramente que no tenía ningún interés en hablar conmigo. Acusaciones e insultos, eso era lo único que sabía hacer.

Sorber por la nariz.

Antes de que pudiera siquiera articular un pensamiento coherente, me encontré en el rellano de la escalera. Donde Maddox me había empujado.

—¡No vuelvas a dejarte ver por aquí! —siseó Maddox de nuevo.

Luego cerró la puerta de un portazo detrás de mí.

Me había echado. Del Hotel, de su vida, de todo.

Un viento fuerte me azotó la cara.

Es verdad.

Para esta noche se habían pronosticado las primeras tormentas de otoño que asolaban regularmente Nueva York. Este año, el cambio de tiempo se había adelantado.

Me estremecí.

Entonces oí unas carcajadas ensordecedoras que salían de la casa.

Todos ahí dentro se estaban burlando de mí en este momento. De mí, la tonta de Josie, que estaba fuera en la calle y que había creído demasiado en la bondad de la gente.

En la bondad de Maddox.

Que, obviamente, no existía.

Me había dejado engañar y me había dejado deslumbrar por sus ojos bonitos, sus palabras y sus promesas.

¿Promesas?

No había habido ninguna.

Yo había interpretado cosas donde no las había.

De pronto me sentí increíblemente estúpida.

Las carcajadas a mis espaldas subieron de tono.

Y entonces bajé las escaleras corriendo.

Tenía que largarme de allí cuanto antes.

No quería volver a ver a Maddox nunca más.

Y tampoco a todos los demás.

¿Cómo podía tratarme así?

Fuera, en la calle, el viento me golpeó con toda su fuerza. Una ráfaga me dio de lleno en la cara y apenas podía respirar.

¿Hacia dónde?

¿A la izquierda o a la derecha?

A la izquierda, Josie. Por ahí se va a casa.

Una vez más, lo único que deseaba fervientemente era acurrucarme en mi cama y no saber ni oír nada de nadie. Que nadie me encontrara, que nadie me hablara. No quería tener que volver a pronunciar el nombre de Maddox nunca más.

Solo quería olvidarlo.

Debería ser como si nunca hubiera existido.

Había sido un error.

Una pesadilla espantosa.

Caminé despacio por la calle. Me habría gustado echar a correr con todas mis fuerzas, pero el viento me lo impedía. Parecía venir de todas partes. Unas veces tenía que inclinarme contra él para poder avanzar, otras parecía querer estamparme contra la hilera de casas, otras contra la calzada.

Seguí luchando.

En mi interior crecía la rabia.

Entonces oí pasos detrás de mí.

¿Maddox?

Por un momento, se me detuvo el corazón.

Entonces me di la vuelta. En ese mismo instante me agarraron del brazo.

—Bueno, pequeña, ahora que el otro ya no quiere nada contigo, ¿podríamos hacer un trato tú y yo? Si lo he entendido bien, ¿estás disponible para este tipo de negocios? —soltó una risa burlona.

Era el otro hombre del Hotel. Aquel contra cuyo pecho me había chocado. No tenía ni idea de quién era.

Me tenía agarrada del brazo con la misma brusquedad que Maddox antes.

—¡Ay! ¡Suélteme! ¡Me está haciendo daño! —grité indignada.

—No te pongas así. ¡Para el otro bien que abriste las piernas sin dudarlo! —el hombre volvió a reírse—. Y ahora parece que necesitas un nuevo trabajo, por lo que veo. Él ya no va a darte nada por eso.

Me sentí sucia.

—Venga, vamos. —El hombre intentó arrastrarme con él. Empecé a sentir miedo.

—¡No! Socorro. —grité tan fuerte como pude. Pero no había nadie más en la calle.

El hombre se rió. —Aquí puedes gritar todo lo que quieras. Nadie te oirá.

Miré a mi alrededor con desesperación. No se veía a nadie. Ninguna ventana se abría. Si alguien me había oído desde alguna casa,

estaba ignorando mis gritos de auxilio.

Tendría que valerme por mí misma.

Con un último esfuerzo, levanté la pierna y le propiné una patada en la rótula al hombre.

—¡Auuuu! —aulló él. Me soltó de golpe.

Y entonces eché a correr.

El viento ya no podía conmigo. El miedo me impulsaba y corrí más rápido de lo que lo había hecho nunca. A mis espaldas oía los gritos del hombre.

—¡Te voy a demandar! —bramó.

Pero cuanto más me alejaba, más débiles eran sus gritos.

Bien.

Así que no me seguía.

Con el corazón a mil, giré por una callejuela lateral y seguí corriendo. Aquí el viento no soplaba con tanta fuerza.

Solo quería huir.

Pero entonces ya no pude más.

Miré a mi alrededor.

No había nadie delante de mí.

No había nadie detrás de mí.

Las farolas proyectaban una luz fantasmal sobre la acera y se balanceaban con el viento. A mi lado había un portal y me refugié allí. Ahora estaba a resguardo del viento.

Jadeando, me apoyé en la pared y me sujeté los costados. La carrera me había agotado más de lo que esperaba. Me habría gustado cerrar los ojos un momento, pero no me atrevía. Tenía demasiado miedo de que el hombre me encontrara después de todo.

Tenía que estar alerta.

Aun así, mi cuerpo empezó a calmarse un poco.

Y fui consciente de lo que acababa de pasar.

Había perdido a Maddox.

No es una gran pérdida, Josie.

Quería autoconvencerme de ello, pero mi cuerpo no me hacía caso. Los ojos se me llenaron de lágrimas. Ahora el viento ya no podía secarlas. Y ahora ya no tenía que fingir que era fuerte. Que salía por la puerta con la cabeza bien alta. Que no me importaban las burlas de Maddox y de los demás.

Una lágrima me recorrió la mejilla derecha.

Y luego otra por la izquierda.

Y entonces las lágrimas empezaron a brotar sin parar.

Lloré para desahogar mi dolor.

En silencio y con calma.

Me habría gustado llorar a gritos, pero no quería llamar la atención. Así que simplemente dejé que las lágrimas corrieran.

Había perdido a Maddox.

Puede que fuera un imbécil, pero a lo largo de las últimas semanas me había ido enamorando de él poco a poco. Sin darme cuenta y sin quererlo. Simplemente había pasado. Habíamos pasado mucho tiempo juntos y nos llevábamos bien.

Al menos eso era lo que yo creía.

Pero para Maddox todo había sido puro teatro.

Yo no significaba nada para él, absolutamente nada.

Y ahora, para colmo, estaba embarazada de él.

Ahí sí que solté un sollozo fuerte.

¡Embarazada! Estaba esperando un hijo de un idiota. Un hombre que no quería volver a verme y al que yo no quería volver a ver. Un hombre que me había contratado solo por diversión. Y yo había caído en su trampa.

En lugar de haberme creído simplemente lo que me dijo.

Que solo era una mujer que debía hacerse pasar por su prometida.

Probablemente ya entonces tenía planeado deshacerse de mí poco después. En cuanto su venganza contra Randa se hubiera consumado. ¡Entonces ya no me necesitaría y podría desecharme como a un juguete viejo! Como a una muñeca que vuelves a poner en la estantería cuando dejas de interesarte por ella.

Pero la muñeca estaba embarazada.

¡YO estaba embarazada!

¿Qué iba a hacer?

Ni siquiera tenía ya trabajo. Maddox me lo había quitado todo, literalmente.

Lentamente me atreví a salir del portal y eché a andar por la calle. Ahora más que nunca quería irme a casa. A mi cama.

¡Ploc!

Una primera gota de lluvia me dio de lleno en la cabeza.

¡Ploc!

Otra más.

Seguí caminando.

Naturalmente, no llevaba paraguas. Había planeado irme de fiesta a un club con Holly. Después habríamos cogido un taxi que

probablemente Holly habría pagado entero. No me habría permitido rechazarlo. No me había preocupado en absoluto por el camino de vuelta a casa.

Se suponía que iba a ser una noche estupenda.

Y ahora resultaba ser la noche más asquerosa de mi vida.

¡Estaba embarazada!

¡Y en el paro!

Maddox me había contratado en su Hotel y no le había importado que no tuviera experiencia previa.

Resoplé.

¡Vaya mérito!

Si de todas formas planeaba deshacerse de mí pronto, eso no le habría preocupado.

Realmente había sido una idiota. Cegada por el enamoramiento. ¿Por qué no había insistido en que Maddox y yo redactáramos un contrato por escrito sobre todo aquello? ¿O en que el asunto de la herencia lo aclarara un tercero independiente? No, simplemente había aceptado todo lo que Maddox me había propuesto. Sin más quejas.

Y ahora me quedaba sin nada.

¿Cómo podía ser tan ingenua?

¿Y qué narices iba a hacer ahora?

Entonces las gotas de lluvia se transformaron en un torrente constante que caía del cielo.

Llovía.

Y llovía.

Una auténtica lluvia de otoño.

Me estaba calando.

Pero seguí caminando simplemente.

¿Qué otra cosa podía haber hecho?

Llovía y yo seguía adelante.

De nuevo me corrieron las lágrimas por la cara. Toda mi vida era un auténtico desastre y la culpa no era de nadie más que mía.

¿Cómo había podido ser tan tonta?

Me lo preguntaba una y otra vez mientras caminaba por las calles del oscuro Manhattan.

Las últimas palabras de Maddox me vinieron a la mente de nuevo.

Que no quería volver a verme nunca más.

Sollocé.

No volvería a aceptar una oferta así nunca más.

De verdad, nunca más.

Hacerse pasar por su prometida.

Había sido tan tonta.

La lluvia caía sobre mí sin cesar. A estas alturas la ropa se me pegaba mojada al cuerpo y sentía cómo un hilillo de agua me bajaba por la espalda.

—¡Atchís! —estornudé.

Y entonces me estremecí.

¿Hacía tanto frío por las noches desde hacía tiempo? ¿O es que simplemente no me había dado cuenta?

En ese instante, se me enganchó el pie en una baldosa que sobresalía ligeramente del pavimento. Tropecé.

Y esta vez no hubo nadie para sujetarme.

Ni Maddox.

Ni ningún extraño.

Nadie.

Mi cuerpo impactó contra el pavimento mojado.

—¡Ay! —esta vez grité.

Pero nadie me oyó. Las calles estaban oscuras, mojadas y vacías.

Me quedé tirada en la calle con el cuerpo dolorido. El corazón me latía con fuerza. La lluvia tamborileaba sobre mí sin tregua. Me dolían las rodillas y la cadera.

Cerré los ojos.

Todo aquello no podía ser verdad.

Por favor, por favor, que nada de esto sea verdad. Haz que me despierte en mi cama, al calor y en seco. Que todo esto no haya sido más que una horrible pesadilla.

Volví a abrir los ojos.

Seguía tirada sobre el asfalto mojado. Nadie vendría a ayudarme. Nadie.

Tenía que salvarme yo misma.

Con esfuerzo, logré incorporarme.

Sentía el cuerpo como si me hubiera pasado una apisonadora por encima. Como si alguien me hubiera dado una paliza y luego me hubiera tirado de un coche en marcha.

Tampoco ha sido para tanto la caída, Josie.

No era solo la caída. Era todo el dolor. El dolor y la desesperanza que sentía ahora mismo.

Volví a estornudar.

Quería irme a casa.

Tres cuartos de hora después, estaba agotada ante mi puerta.

Por fin en casa.

Busqué en mi bolso.

Nada.

Ni rastro de las llaves.

La lluvia había amainado un poco, pero todavía tenía la ropa pegada al cuerpo. Quería entrar y meterme bajo mi ducha caliente.

Rebusqué impaciente en el bolso.

Ni rastro de las llaves.

Vacié el contenido del bolso. En medio del pavimento mojado de la calle, pues todavía estaba ante la puerta del portal.

Nada.

Una vez más, me había olvidado las llaves.

Estornudé.

Empapada.

Despedida.

Abandonada.

Embarazada de un idiota.

Y ni siquiera podía entrar en mi propio piso.

Me habrían dado ganas de dejarme caer al suelo y echarme a llorar. Pero ya lo había hecho suficientes veces hoy.

Volví a meterlo todo en el bolso.

Todo menos el móvil.

Entonces llamé a Holly.

Capítulo 26 Josie

Tres semanas después.

—Tienes que hacer algo, Josie. —Holly estaba sentada frente a mí a la mesa de la cocina y me hablaba con insistencia—. No puedes limitarte a esconder la cabeza bajo el ala.

—No estoy escondiendo la cabeza bajo el ala —repliqué mirando a mi amiga con aire desafiante. Luego di un sorbo al té de mi taza. Arrugué el gesto con un poco de asco. Aquel té sabía demasiado sano. Ya no tomaba café, pues me daba miedo que no le sentara bien a mi hijo, al menos no en las cantidades que solía beber antes. Por eso ahora prescindía por completo de mi amada pócima. Los primeros días no me había sentido muy bien e incluso sufrí una especie de síndrome de abstinencia. Pero ahora la cosa empezaba a mejorar.

Aun así, el té estaba asqueroso.

—¿Y cómo te imaginas tu futuro? —Holly me miró con aire de reto —. ¿Dónde vas a trabajar? ¿De qué vas a vivir?

—Tengo un trabajo. —Desde hacía dos semanas volvía a trabajar en un salón de belleza como esteticista. Holly me había conseguido el puesto. Desde que estaba casada con Asher, disponía de excelentes contactos en muchas empresas neoyorquinas, grandes y pequeñas. Y así fue como se enteró de que el conocido de un conocido estaba pensando en contratar a una esteticista adicional.

Dos días después obtuve el puesto, que ni siquiera se había llegado a publicar en ninguna parte. Así funcionaban las cosas cuando se tenían contactos.

Por suerte tenía a Holly.

—El puesto es genial —continué—. Mucho mejor que en el antiguo salón. —Pensé con nostalgia que debería haberle preguntado mucho antes a Holly si conocía a alguien que quisiera contratarme. Entonces Marty McLaughlin nunca me habría despedido y ahora no estaría metida en todo este lío, sino disfrutando de la vida.

Si hubiera hecho esto, si hubiera hecho lo otro... Josie, lamentarse no te sirve de nada.

—Las compañeras son majas, gano incluso más y tengo unos horarios de trabajo mucho más agradables. —Sonreí a Holly—. No me podría haber pasado nada mejor y no sé cómo agradecerte que me hayas conseguido todo esto. Sin ti, estaría de verdad con el agua al cuello.

Holly frunció el ceño. —Me alegra que ahora todo te vaya bien. Pero ¿qué piensas hacer cuando nazca el niño? —Holly señaló mi vientre.

Puse una mano sobre él. Todavía no se notaba que estaba embarazada. Tenía el vientre tan plano como siempre. Solo mis pechos parecían estar creciendo ya. Pero podía disimularlo bien. Y mis nuevas compañeras no me conocían de hace mucho, así que no se darían cuenta.

—Yo... —Tomé aire. Y luego no dije nada.

No tenía ni idea.

Esa era la verdad.

Con un bebé no podría seguir trabajando, y mucho menos en un salón de belleza. Ni en ningún otro sitio. ¿Dónde iba a dejar al bebé mientras trabajara? No tenía a nadie que cuidara del nuevo pequeño habitante del mundo. Por no mencionar que, al principio, el niño necesitaría a su madre. E incluso más adelante, cuando el niño fuera lo bastante mayor como para quedarse con una madre de día o en una guardería... ¿con qué iba a pagar los cuidados?

Sí, mi sueldo era mejor que en mi antiguo trabajo. Pero ni por asomo ganaba lo suficiente para financiar el cuidado del niño. Apenas podría mantenerme a mí y al bebé.

Eso si todavía conservaba el trabajo para entonces.

¿Y cómo iba a financiar la baja por maternidad?

Me quedé mirando el tablero de la mesa con aire sombrío.

Durante dos semanas me había regodeado en la alegría de mi nuevo trabajo y me había dicho a mí misma que todo saldría bien.

Durante dos semanas no había pensado en el futuro.

Durante dos semanas tampoco le había prestado mucha atención a mi embarazo. Por suerte, las náuseas ya habían remitido, así que podía imaginar que todo era normal.

Eso se había acabado.

Tenía que mirar a la realidad a la cara.

—Josie. —Holly puso una mano sobre mi antebrazo—. Sabes que no voy a dejarte sola. Eres mi mejor amiga y me ayudaste tanto en su día. Por supuesto que no te voy a abandonar.

—¿De verdad? —Alcé la vista. Fue como si un rayo de esperanza brillara en el horizonte.

Holly asintió con firmeza. —De verdad.

De pronto mis problemas ya no parecían tan insuperables.

Holly volvió a poner expresión severa. —Pero que te ayude no significa que te vaya a eximir de la responsabilidad de tu propia vida.

¿Qué quería decir?

Holly continuó: —Maddox es asquerosamente rico y puede hacerse cargo del niño sin problemas. Deberías hablar con él y exigirle que te apoye. Sí, puede que sea un capullo, pero el dinero es el dinero. Y lo necesitas urgentemente. Y tu hijo también.

Holly tenía razón. Necesitaríamos dinero.

Pero sacudí la cabeza. —No quiero volver a verlo nunca más.

Holly suspiró. —Eso lo entiendo.

—Pues ya está. —Quería zanjar el tema. Me resultaba incómodo. Cada vez que se mencionaba el nombre de Maddox, los antiguos sentimientos volvían a aflorar en mi interior. Tenía que invertir mucha energía para mantener mi corazón bajo control. Y por eso no quería hablar de Maddox ni verlo.

Era un capullo y no me merecía.

Solo tenía que hacérselo entender a mi corazón.

Pero acabaría consiguiéndolo.

—A Asher y a mí nos pasó algo parecido —reflexionó Holly—. Yo tampoco quería volver a verlo. Pero luego me enteré de que estaba embarazada y supe que tenía que hablar con él. —Holly me señaló con el dedo índice—. Cosa que, por cierto, TÚ me recomendaste encarecidamente.

Tragué saliva.

Holly tenía razón.

En aquel entonces yo le había dicho exactamente lo mismo que ella me acababa de decir a mí. Que su marido Asher tenía dinero de sobra para permitirle criar al niño.

Holly y Asher volvieron a verse y luego...

Luego todo acabó bien.

Un final feliz.

Por un momento, mi corazón dio un vuelco. ¿Podría haber algo así para Maddox y para mí si volvía a verlo?

Tonterías, Josie. Esto es diferente. Muy diferente. Asher no se aprovechó de Holly de esa manera. Entre ellos solo hubo un malentendido y tenían que hablar. Incluso Asher quería hacerlo. Mientras que Maddox seguro que es lo último que desea es volver a verte. Ese hace tiempo que está en la cama con otra.

—Ya saldré adelante de alguna manera. Seguro que se encuentra alguna solución. Aún tengo tiempo. —Ya de verdad quería dar por terminado el tema.

Holly suspiró. —Al menos prométeme que reflexionarás sobre si hablar con él o no. —Mi amiga sabía cuándo no podía sacar nada más de mí. Este era uno de esos momentos.

—Está bien. Reflexionaré sobre ello.

Sin embargo, no dije cuánto tiempo iba a reflexionar.

Ni cuándo.

No es que no quisiera pensar en ello.

Pero es que no quería sentir todas las emociones que me provocaba.

Sentimientos por Maddox que ya no quería tener.

—Adiós. —Al día siguiente le sonreí a mi clienta.

—Hasta la próxima. —La mujer de mediana edad se despidió de mí alegremente con la mano—. Me parece que usted es una verdadera suerte para este salón. Ya estoy deseando que llegue nuestra próxima cita.

Volví a sonreír. —Gracias. —El cumplido inesperado me reconfortó. Este era de verdad un lugar donde me sentía más que a gusto.

La clienta salió del salón.

—Josie, ha llamado tu próxima clienta. Llegará unos 15 minutos tarde. —Mi compañera Sannie salió de la pequeña sala de descanso hacia la parte delantera.

—Vaya, de acuerdo. Entonces tendremos que ver cómo lo hacemos para que la clienta que viene después de ella no tenga que esperar. —Suspiré y me encogí de hombros.

—Las clientas son iguales en todas partes, ¿eh? —Sannie se rió con tolerancia.

—Vaya que sí —asentí. Un vistazo al reloj me indicó que, debido al retraso de la clienta, ahora tenía todavía 20 minutos hasta que tuviera que prepararlo todo para la cita—. Entonces iré un momento a tomarme un té.

—Hay que aprovechar las pausas tal como vienen —dijo Sannie con tranquilidad.

—Buen lema. —Me reí. Luego me fui atrás, a la pequeña sala de descanso, llené el hervidor de agua y busqué mi taza.

Aquí, a cada esteticista se le entregaba una taza con su nombre al empezar. «Josie» ponía en letras blancas sobre fondo rojo en mi taza. Me alegraba cada día cuando veía la taza. Introduje una bolsita de té y, poco después, vertí el agua hirviendo.

—Por aquí, por favor. —Sannie acompañó a su siguiente clienta hacia el interior.

—Espero que no hayan vuelto a subir los precios. —Una voz aguda y que sonaba ligeramente quejumbrosa. Me resultaba familiar. Pero ¿de qué iba a conocer yo a esa mujer?

—No, no. Solo lo hacemos siempre a principios de año. En sus últimas citas no se ha subido nada. —Pude notar que Sannie estaba un poco molesta.

Así que clientas pesadas como la señora Palin también las había aquí.

Suspiré.

Eso habría sido demasiado bonito para ser verdad.

—¿Y el descuento después de diez tratamientos, todavía lo tienen? —La misma voz. Volví a pensar de qué conocía yo a esa mujer.

Sannie la acompañó a la cabina. Pero como la puerta de la sala de descanso estaba un poco abierta, todavía podía oír lo que hablaban las dos.

—Por supuesto. —Sannie asintió.

—Hoy tengo que estar especialmente guapa, así que esmérese. —La clienta, por su parte, no mostraba ningún esmero. Le estaba sugiriendo a Sannie que no se esmeraba todas las veces.

Sannie no respondió. Pero tampoco era necesario.

La clienta siguió hablando. —Luego voy a quedar con el hombre de mi vida. —Soltó una risita.

—¿Con el hombre de su vida? —preguntó Sannie, aunque no sonaba curiosa. Ese tipo de chismes estaban a la orden del día y formaba parte de nuestro trabajo hablar con las clientas de esas cosas.

—Sí. Ese idiota tiene que comprender por fin que su lugar está conmigo. Tiene que verme y desearme al instante. Así que no sea tímida con el maquillaje. Ese tipo tiene que entender de una vez que estamos hechos el uno para el otro. —Ahora la clienta sonaba furiosa—. He hecho de todo por él. Me he hecho amiga de su familia, me he interesado por sus aficiones, de todo.

—Hm —hizo Sannie. ¿Estaría pensando ella también que el hombre probablemente no se había decidido por la mujer precisamente por eso? Eso rozaba el acoso. ¿Y por qué iba alguien a renunciar a sus propios intereses solo porque tuviera un hombre? ¿O lo quisiera? Y, para colmo, la mujer llamaba idiota al hombre. ¿Qué hombre iba a querer a una mujer así?

—El idiota se fue a la cama con otra que recogió por ahí. Incluso se la presentó enseguida a sus padres. —La voz sonaba cada vez más furiosa—. Entonces me encargué de que esos dos rompieran. Una intriga se urde fácilmente.

—¿Una intriga, Randa? —Ahora Sannie sí que sonaba curiosa.

Randa.

Ahora ya sabía de qué me sonaba la voz.

Era Randa.

La mejor amiga de la hermana de Maddox.

Su casi prometida, con la que había estado años.

Me mareé y me alegré de estar sentada.

—Sí. La eché a patadas. Una rubita de ojos verdes que se creía que podía permitirse de todo, aunque no era más que... simplemente una NADA. —Randa escupió literalmente la palabra «nada».

Nada.

Yo no había sido nada para ella.

—Simplemente me dejó de lado. —La voz de Randa llegaba hasta mí como a través de un velo—. Tuvimos una aventura de una noche una vez, y después de eso cortó conmigo. No quiere saber nada de mí. Nunca ha querido. Pero esto se acabó. Tiene que comprender que yo soy la mujer adecuada para él. Y ahora no quiero hablar más de esto. Quiero que me pongan guapa. —Efectivamente, Randa se calló entonces. Solo oí ruidos suaves. Sannie se había puesto manos a la obra.

Tragué saliva.

¿Maddox nunca había querido nada de verdad con Randa?

¿La había rechazado y había roto con ella, y Randa no había querido aceptarlo?

¿Que los dos estaban hechos el uno para el otro había sido mentira?

Una intriga, como la propia Randa había dicho.

Todo mi mundo se vino abajo.

Maddox no era quien yo había creído durante las últimas semanas.

¿Pero quizá fuera quien yo había creído al principio?

De repente ya no sabía qué pensar ni qué creer.

Capítulo 27 Maddox

—Bueno, Maddox, ¿dónde está tu prometida? —preguntó Amber con voz cantarina, mirándome con ojos de cordero degollado.

Yo estaba echando humo. Como si no hubiera estado en el Hotel hace tres semanas por la noche. Como si no supiera exactamente lo que había pasado. Como si no hubiera oído cada una de las palabras.

No, Amber fingía no tener ni la más remota idea.

Una mosquita muerta.

Estábamos sentados en el salón de mis padres tomando café. Era el cumpleaños de mi madre y nos había invitado a comer hoy. Me había tomado el día libre y, en realidad, tenía la intención de llevar a mis padres a un sitio elegante. Pero mi madre no se había dejado convencer de lo contrario; quería cocinar ella misma, como hacía cada día.

Me encogí de hombros. Hay cosas que no cambian nunca. Mi madre cocinando incluso el día de su santo, mi hermana lanzando indirectas y mi padre en silencio. Así había sido siempre en nuestra familia. Y no parecía que fuera a cambiar.

—Ha habido algunos cambios —dije con voz sombría.

—Eso ya nos lo has dicho por teléfono. —Mi madre sonaba comprensiva. Nos había invitado a comer a Josie y a mí, y yo había tenido que decirle que Josie no vendría.

Mi padre se aclaró la garganta por fin. —Esa mujer me pareció sospechosa desde el primer momento. Algo no encajaba con ella. Lo dije enseguida. Pero, como de costumbre, nadie quiso hacerme caso.

Me mordí la lengua para no responder.

¿Y qué iba a decir, de todas formas?

—Espero que la próxima vez elijas mejor —concluyó mi padre su discurso con tono solemne.

Rechiné los dientes. Tenía en la punta de la lengua decirle que mi elección no era asunto suyo y que yo tomaba mis propias decisiones libremente, sin pedirle permiso. Me imaginaba lo que él entendía por «elegir mejor»: alguien como Randa. Pero lo que para él era la mejor opción, estaba muy lejos de serlo para mí.

Sin embargo, guardé silencio. No quería montar un numerito el día del cumpleaños de mi madre. Al menos hoy, deberíamos estar todos aquí sentados manteniendo la fiesta en paz.

En ese momento sonó el timbre.

—¿Quién podrá ser? —se extrañó mi madre.

—Ya voy yo. —Amber se levantó.

Agradecí la interrupción. No tenía ganas de seguir discutiendo mi «compromiso» con Josie. Había sido la idea más estúpida que se me había ocurrido nunca. En realidad, una especie de arrebato provocado por un cóctel de hormonas. En la boda de Otis y Lea me había enamorado un poco de Josie. Esas cosas pasaban. A algunas personas incluso con bastante frecuencia. Luego volví a ver a Josie y me pareció buena idea contratarla para quitarme de encima a Randa y a mi familia, que no paraban de criticarme y de intentar que me acercara más a Randa.

Simplemente no podía seguir escuchando sus habladurías, y presentar a otra «prometida» me pareció una forma sencilla de escurrir el bulto. Había resultado tentador.

Tan tentador como Josie.

Pero también una falta de previsión.

En las últimas semanas me había preguntado a menudo en qué estaba pensando exactamente. ¿Cuánto tiempo había pretendido seguir con ese juego? ¿Hasta que Randa encontrara a otro y me dejara en paz de una vez? ¿Hasta que mi padre comprendiera que la elección de mi pareja era solo asunto mío?

¿Cómo había pensado poner fin a todo aquello?

No querías terminarlo, Maddox. Esa es la verdad. Desde el principio no quisiste que acabara y solo buscabas una excusa para conocer mejor a Josie sin traicionar tus principios.

Principios que tenía por una buena razón, tal como se había demostrado ahora.

Solté un gruñido.

Entonces regresó Amber.

Acompañada de Randa.

Solté un gemido.

Hoy no me iba a librar de nada.

Randa parecía haber intentado hacerse un tratamiento de rejuvenecimiento y haberse caído directamente en un bote de pintura después.

Pensé con nostalgia en lo discretamente que se maquillaba siempre Josie y en lo perfecta que estaba siempre. Ella sabía cómo arreglarse. Randa, por el contrario, lo exageraba todo.

Josie, Josie y siempre Josie. Me había esforzado de verdad por borrarla de mis pensamientos. Pero me había resultado imposible. No dejaba de pensar en su pasión, en el brillo de sus ojos y en su risa. Veía su cara una y otra vez ante mí, con su pelo rubio y sus ojos verdes, y a veces creía sentir su cuerpo.

Esto tenía que parar.

Pero no sabía cómo desconectar esos pensamientos.

—Maddox —gorjeó Randa. Es decir, intentó gorjear, pero sonó más bien como una puerta de jardín oxidada—. Siento muchísimo que lo tuyo con tu prometida no haya funcionado.

—Seguro —mascullé. La mentira de Randa era fácil de detectar.

—Espero que ya te encuentres un poco mejor. —Randa se dejó caer en la silla vacía a mi lado. Allí se había sentado antes Amber, pero a mi hermana le encantaba quitarse de en medio.

Mi madre hizo lo mismo. Aunque se quedó sentada, cogió una revista del revistero que había junto a la mesa y se enfrascó en ella. Hacía eso todos los días cuando estaba a solas con mi padre. Parecía que ya no tenían mucho que decirse. Así que mi madre leía revistas en lugar de intentar que su silencioso marido hablara.

Randa me dio unas palmaditas en el antebrazo. Con asco, lo retiré y lo puse sobre la mesa.

—En cuanto te sientas un poco mejor —chilló Randa con su voz de puerta de jardín—, tal vez podríamos hacer algo juntos por fin. Ahora ya no estás comprometido y quizás tengas los ojos y los oídos abiertos para otras personas que están cerca de ti. No todas las mujeres son como tu prometida, ¿sabes?

Gracias a Dios.

Y al mismo tiempo, por desgracia.

Randa no era Josie.

Y Randa no era, ni mucho menos, la mujer que yo quería o la que me haría olvidar a Josie.

¿Pero tal vez salir no fuera tan mala idea? Así seguro que conocería a alguien que me distrajera. Que me distrajera de ELLA. ¿No se decía que un clavo saca a otro clavo? Si me entretenía con otra mujer, dejaría de pensar en Josie y mi problema estaría resuelto.

¿Cómo no se me habría ocurrido antes?

—A mí, desde luego, me encantaría y además creo que sería una velada MUY agradable. —Al decir MUY, Randa me miró profundamente a los ojos. No había ninguna duda de qué manera quería hacerme la velada agradable.

Aparté la mirada.

No tenía ningún interés.

No con Randa.

—Esa sí que es una buena idea —asintió mi padre con aprobación.

Levanté la vista y lo miré fijamente. ¿A qué venía que mi padre se metiera en esto? Normalmente nunca decía nada y no opinaba sobre los asuntos familiares.

Excepto cuando se trataba de mi elección de pareja.

—Un hombre que solo se queda en casa lamiéndose las heridas es solo medio hombre. —Mi padre soltó una carcajada estrepitosa—. La

vida sigue, eso hay que entenderlo tarde o temprano. En el mar hay muchos peces. O en este caso, muchas mujeres dispuestas.

La rabia empezó a subirme por el cuerpo. —¡No te metas en mi vida! —le espeté a mi padre.

Y ahí estaba por fin la discusión que había querido evitar por ser el cumpleaños de mi madre.

Pero mi madre ignoró la situación por completo. Siguió leyendo su revista como si nada.

—¿Meterme en tu vida? —Mi padre se rio—. Solo te doy unos buenos consejos para que no lo eches todo a perder por completo.

—¿Todo? —Me puse en pie—. Se te ha olvidado que soy un empresario de éxito. —Ganaba más dinero que mi padre y sospechaba desde hacía tiempo que eso era precisamente lo que más le escocía. Siempre quería ser admirado como el más grande y el mejor. El hecho de que ya no fuera el número uno de la familia en ese aspecto debía de haberlo afectado mucho. Así que intentaba destacar en otros campos y demostrarme que él sabía hacer algo mejor que yo.

Por ejemplo, llevar un matrimonio.

Contuve un bufido.

Un matrimonio en el que la mujer leía revistas en lugar de hablar con su marido.

Claro. El matrimonio que todo hombre desea.

Ni de broma.

—Si nosotros solo queremos lo mejor para ti —gorjeó Randa a mi lado, mirándome con ojos como platos.

—Sé muy bien yo solo qué es lo mejor para mí —repliqué secamente —. Tú deberías preocuparte más por ti misma. Hay muchos hombres ahí fuera que mueren por tus huesos. —Me ahorré añadir «y por tu dinero». En su lugar añadí—: Yo no soy uno de ellos y deberías grabártelo bien en la cabeza de una vez por todas.

Randa se puso pálida. —No seas tan cruel —susurró—. Siempre tienes que ser tan cruel.

Puse los ojos en blanco. ¿Desde cuándo era cruel rechazar a una mujer? ¿Es que ahora había que salir con todas para que no se pusieran histéricas y montaran un drama porque el hombre no las quería y era «cruel» solo por tener criterio propio?

—Mira, Maddox —interrumpió entonces mi madre la conversación—. Aquí hay una foto de tu competidor. Al menos eso creo. Se llama Ezekiel, ¿verdad?

Mi madre era una ávida lectora de las columnas de chismes y se informaba regularmente de quién se alojaba en mi Hotel. Luego buscaba en las revistas artículos y fotos sobre esas personas y me mandaba los artículos. Casi siempre por WhatsApp. A veces incluso me pedía un autógrafo y en un par de ocasiones había conseguido hacerme con uno para ella.

—Es cierto. —Agradecí a mi madre el cambio de tema. Los años con mi padre parecían haberla adiestrado para ignorar los temas espinosos y desviar la conversación hacia cualquier otra cosa.

En nuestra familia, los conflictos rara vez se resolvían, y si se hacía, era de forma incompleta. Preferíamos distraernos y meter el tema debajo de la alfombra.

¿Así que por qué no hacerlo ahora también?

—Qué bien —gorjeó entonces Randa. Parecía que todavía no se había rendido.

La ignoré y me levanté para acercarme a mi madre. Me tendió la revista. —Mira. —Señaló una foto con el dedo.

La vida privada de Ezekiel me importaba más bien poco. Sin embargo, quería saber qué se decía de él. Al fin y al cabo, podía ser importante para mis negocios.

Me incliné sobre la revista.

En la foto aparecía Ezekiel. Con una mujer en brazos que me resultaba vagamente familiar. Una morena de labios inyectados cuya risa parecía ligeramente forzada. Sus ojos oscuros no participaban en esa risa.

—Es esa actriz que durante años hizo el papel secundario en… —El resto de la frase de mi madre se me escapó. Me di cuenta de que hablaba, pero ya no oía sus palabras.

Aquella no era Josie.

Ezekiel salía en una foto con una mujer, pero no era Josie.

¿Qué significaba aquello?

¿Acaso Ezekiel ya había cortado con Josie?

¿Cambiaba de mujer tan rápido como otros hombres de calcetines o pantalones?

Recorrí con la mirada el breve texto que había debajo de la imagen.

El conocido hotelero Ezekiel Molloy, que junto a su novia de toda la vida Hidry Johnson…

¿Ezekiel tenía novia?

Eso era nuevo para mí.

—A los dos se les ve juntos a menudo en las fotos —dijo mi madre animadamente. Ahora volvía a prestar atención a sus palabras—. Varias veces pensé en mandártelo también, pero luego me dije que probablemente esta información no te interesaría. —Se rio—. Son cosas de mujeres. Y además, ese hombre no es realmente tan interesante. No es actor ni ningún otro famoso de verdad.

Asentí lentamente.

Mis pensamientos iban a mil por hora y fui incapaz de decir nada.

Ni siquiera sabía qué decir.

Ezekiel no estaba con Josie.

Y si podía dar crédito a las columnas de chismes y a las palabras de mi madre, nunca había estado con ella. Si Ezekiel hubiera salido en las fotos con otra mujer, ella me lo habría contado.

¿Había engañado Ezekiel a su novia con Josie?

¿O acaso ellos dos nunca habían tenido nada?

Me quedé mirando la foto, como si pudiera darle vida y obtener de Ezekiel y su novia una respuesta a todas mis preguntas. Pero, por supuesto, ellos permanecieron mudos.

La duda en mi cabeza se hacía cada vez más grande.

Una inquietud empezó a apoderarse de mí.

¿Había sacado conclusiones precipitadas aquella noche hace unas semanas?

¿Josie nunca había tenido nada con él?

¿Acaso Ezekiel me la había pintado mal a propósito para perjudicarme?

En aquel momento esa idea no se me había pasado por la cabeza, pero ahora no me parecía nada descabellada.

Me aclaré la garganta. —Pero tenía otras mujeres, ¿no?

Mi madre se encogió de hombros. —Ninguna con la que saliera en las revistas.

Ninguna con la que saliera en las revistas.

Eso podía significarlo todo.

O nada.

La duda en mi interior creció.

Tenía que averiguar la verdad.

Y a ser posible, de inmediato.

Miré el reloj. —Me acabo de acordar de que tengo una cita importante. En realidad quería posponerla, pero lamentablemente no ha sido posible. Ya sabéis cómo es esto. Los negocios son los negocios. No siempre se puede decir que no o hacer lo que uno quiere.

Mi madre asintió comprensiva.

Mi padre no dijo nada.

Salí de la habitación lo más rápido que pude.

Me pareció oír que Randa o Amber me gritaba algo.

No me volví.

No me importaba.

Tenía que averiguar qué pasaba con Josie.

Tenía que descubrir la verdad.

Capítulo 28 Josie

Nunca había ansiado tanto que terminara la jornada como hoy. Al menos, nunca desde que tenía este trabajo. Me gustaba trabajar aquí y los días siempre se me hacían más cortos que en mi antiguo empleo. Venía una clienta tras otra y las horas parecían volar.

Pero hoy era diferente. Hoy deseaba que llegara la hora de salida como no lo había deseado nunca. Lo que más me habría apetecido era dejarlo todo plantado y salir corriendo hacia donde estaba Maddox. O correr a cualquier parte. Tenía que descubrir la verdad, y me urgía mucho.

Desde que había sido testigo de la verborrea de Randa, la impaciencia me quemaba por dentro.

¿Y si todo fuera muy distinto de lo que yo creía?

Y al mismo tiempo, la duda también me carcomía.

Porque, ¿y si no fuera distinto?

¿Y si Randa simplemente hubiera estado contando historias aquí para hacerse la interesante? Al fin y al cabo, había muchísimas mujeres así. Se inventaban novios, prometidos y maridos. Admiradores que las sacaban a todo lujo y que nunca existieron. Las supuestas joyas se las habían comprado ellas mismas y se habían ido de vacaciones solas. El fin de semana en el que las habían mimado tanto lo habían organizado ellas por su cuenta.

Quizá Randa también fuera así.

Tonterías, Josie. Después de todo, no ha presumido aquí de su prometido o de su marido, sino que se ha quejado de que un hombre no quería saber nada de ella y ha lamentado que todas sus intrigas no hayan servido de nada. ¿Quién admitiría algo así? A menos que sea en la intimidad de un salón de belleza.

A lo largo de los años, a menudo había pensado que las esteticistas sabíamos más sobre la vida de nuestras clientas que sus maridos, familias, hijos y amigas. Éramos esteticistas y, al mismo tiempo, una especie de psicólogas. Éramos las oyentes que no tenían en otra parte de su vida. Éramos discretas y no teníamos nada que ver con la vida de nuestras clientas.

Y así nos lo contaban todo.

Sin tapujos.

Venían aquí para maquillarse y embellecerse y, sin embargo, desnudaban sus almas y corazones.

Ese tipo de pensamientos me asaltaban la cabeza mientras embellecía inquieta a una clienta tras otra.

—Hoy estás un poco rara, Josie —comentó Sannie en un breve descanso—. ¿Pasa algo?

—¿Qué? —Salí de mis pensamientos sobresaltada. Luego sacudí la cabeza—. No, no, todo va de maravilla.

Sannie asintió y no preguntó más. Era mi compañera favorita, pero no nos conocíamos especialmente bien. Al fin y al cabo, yo solo llevaba poco tiempo trabajando aquí. A diferencia de nuestras clientas, no nos confiábamos todos los secretos de inmediato.

Nunca se sabía.

Cambiaba el peso de una pierna a otra.

¿Qué debía hacer?

¿Debía llamar a Maddox sin más? ¿Preguntarle? Pero, ¿se pondría siquiera si llamaba? ¿Me pondría yo si llamara él?

Sí.

Me pondría.

Porque Randa había estado aquí y lo había soltado todo.

Y porque estaba embarazada.

Maddox era el padre de mi hijo no nacido.

De NUESTRO hijo.

Suspiré.

Necesitaba consejo urgentemente.

Y cuando por fin se marchó mi última clienta, corrí a la pequeña sala de descanso y saqué mi móvil. Por si acaso, revisé el cuadrante. Sannie todavía tenía una clienta y nuestra compañera Frida tenía hoy el turno de tarde y estaría ocupada un buen rato más. Nadie me molestaría ni escucharía mi conversación. Nunca cerrábamos la puerta de la sala de descanso por completo, y tampoco me atreví a hacerlo ahora. Pero si hablaba bajo, nadie me entendería desde fuera.

—¿Josie? —La voz de Holly al otro lado me resultó tranquilizadora de inmediato.

—Holly. Menos mal que estás ahí. Tengo que contarte algo sin falta —susurré.

—¿Puedes hablar un poco más alto? ¿Por qué susurras tanto? —Holly hablaba más alto de lo habitual, probablemente para compensar mi falta de volumen.

—Aún estoy en el trabajo y no quiero que nadie me oiga —musité.

—¿Por qué? —Holly estaba confundida.

—Bueno... —Tomé aire profundamente. Luego se lo conté todo a Holly. Cómo había venido Randa y cómo al principio yo no sabía quién era. Lo que había contado. Que luego me había dado cuenta de quién se trataba y que creía que había estado hablando de Maddox.

Holly guardó silencio.

Eso me puso nerviosa.

—Y simplemente no sé qué hacer ahora —concluí mi relato—. Necesito tu consejo.

Holly inspiró profundamente. —Pues ¿qué voy a pensar que tienes que hacer? Tienes que hablar con Maddox. Ya te lo he dicho. Y ahora lo pienso con más razón.

—¿Tú crees? —Volví a hablar con un volumen normal. Ya había compartido mi secreto y ahora no me importaba que alguien notara que estaba hablando por teléfono o incluso que oyera lo que decía. Esto era inofensivo.

—Lo creo. ¿O cómo piensas descubrir si no cuál es la verdad? —preguntó Holly con energía—. ¿Dándole vueltas al coco? Así no vas a sacar nada en claro. Esa tal Randa tampoco te va a decir nada, supongo.

Me eché a reír sin querer. La idea me parecía simplemente absurda. —Seguro que no.

—Pues eso. De todos modos tenías que darle una noticia a Maddox. Así que puedes aclarar este asunto de paso. —Holly parecía saber exactamente qué debía ocurrir a continuación.

—Y si... si... —No conseguí que el pensamiento me saliera de los labios.

—¿Y si no te dice la verdad? —completó Holly mi frase.

Asentí, aunque Holly no pudiera verme. —Exacto.

—Eso no lo puedes saber ni controlar. Pero cuando le veas la cara, ya notarás si miente o no. —Holly bufó—. Además, ¿por qué iba a mentir? Si no te quiere, ya te lo dirá. De lo contrario, tendrá a una mujer al lado que no le gusta por el resto de su vida. Nadie quiere eso.

Las palabras de Holly me dolieron.

¿Y si realmente era así? ¿Si yo no le gustaba?

Desde luego, la verdad era mejor que una mentira, aunque la verdad doliera.

Pero el miedo al posible rechazo estaba profundamente arraigado en mí y ahora formaba un nudo en el estómago.

—Y para ti también es mejor si dice la verdad, sea la que sea —añadió Holly. Luego su voz se suavizó—. Mujer, Josie, todo saldrá bien. De una forma u otra. De vez en cuando ocurre un milagro como el de Asher y el mío. Y de vez en cuando, el final feliz llega de una manera completamente distinta.

No eran las palabras que quería oír. Pero era la verdad. Holly era honesta hasta la médula, como tantas veces. Eso era algo que siempre había valorado en mi amiga.

Tomé aire profundamente. —Tengo miedo —confesé entonces.

—Lo entiendo —respondió Holly con sencillez.

—¿Puedes...? —Mi voz tembló un poco al decir estas palabras—. Bueno, ¿podrías venir conmigo? ¿Solo como apoyo moral? Para que no esté sola y sepa que estás ahí, en caso de que... —No seguí hablando.

—Sí. —Eso fue todo lo que dijo Holly.

Solté el aire. Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo tensa que estaba. —Gracias.

—¿Dónde estás? —quiso saber Holly.

—Todavía en el trabajo. Pero ya he terminado la jornada. —Miré el reloj.

—Paso a buscarte. Espérame allí. Y luego iremos juntas a su casa. Necesito unos minutos, tengo que avisar a Asher de que ahora le toca cuidar a su hija. —Holly era pragmática y organizada.

Todo lo contrario que yo. Mi cabeza era un auténtico caos y me temblaban las rodillas. Y eso que todavía ni siquiera tenía a Maddox delante. ¿Qué sería de mí después?

—Gracias —dije otra vez.

—No hay de qué. Hasta ahora. —Holly terminó la conversación. Cuando se trataba de asuntos urgentes, nunca perdía ni un minuto.

Me guardé el móvil y respiré hondo.

En ese instante, se oyeron gritos fuertes desde fuera. —¡Quiero que me devuelvan el dinero! ¡Pero ya mismo! —Una clienta estaba en el

vestíbulo montando un espectáculo.

Me sobresalté.

¿Quién era?

Un vistazo al reloj me indicó que Sannie y Frida aún estaban ocupadas con sus clientas.

—Me habéis puesto guapa para él y he pagado un dineral por ello, y ahora resulta que no me quiere. Ni siquiera me ha mirado. Porque sigue pensando en la otra. Inútiles, ¡idiotas!

Randa.

Ahora reconocía la voz.

Me retiré al rincón más apartado de la pequeña sala de descanso.

¿Había rechazado Maddox a Randa otra vez?

¿O qué otra cosa significaban sus palabras?

El corazón me latía a toda prisa.

—¡Maldita sea! ¿Es que no hay nadie aquí? ¿Os escondéis todas en vuestros rincones y no os atrevéis a salir solo porque habéis hecho una chapuza así? —Randa se ponía cada vez más furiosa. Su voz fue subiendo hasta convertirse en un grito que me dolía en los oídos, y eso que había una pared de por medio.

Encogí los hombros y agaché la cabeza.

Ni pensar lo que pasaría si Randa descubriera que trabajaba aquí.

Que estaba a solo unos metros de ella.

—¡Cobardes! —seguía rabiando Randa.

Ojalá Sannie saliera pronto a calmarla.

Aunque Randa no sonaba como alguien a quien fuera fácil calmar. Más bien parecía alguien a quien el personal de seguridad tendría que imponer una prohibición de entrada. Lo malo es que no teníamos seguridad. En un salón de belleza, de vez en cuando podía haber alguna pequeña queja. Pero nunca me había topado con clientas violentas ni había oído a ninguna compañera hablar de incidentes de ese tipo.

Éramos un gremio pacífico.

—¡Gilipollas! —Randa no tenía pelos en la lengua.

Se oyó un golpe.

¿Había golpeado el mostrador de recepción?

¿O contra la pared?

De pronto, la puerta se abrió de golpe. Hasta entonces solo había estado entornada y me había protegido de cualquier mirada curiosa. Randa no podía haber sabido que yo estaba en la sala de descanso.

Pero ahora estaba frente a mí.

Me quedé petrificada.

Randa se me quedó mirando y, por un momento, pareció que se había quedado sin habla de verdad.

Luego gritó aún con más fuerza: —¡TÚ! ¡TÚ! ¡TÚ!

Solo esa palabra.

Nada más.

Pero resultaba más aterradora que cualquier insulto que pudiera habérsele ocurrido.

Entonces, sin previo aviso, Randa se abalanzó hacia delante. Me agarró por los hombros y me empujó contra la pared del fondo de la sala de descanso, que no tenía ventanas.

—Ya me lo podía imaginar. Tú, idiota, de verdad tienes que estar metida en todos los ajos. —Randa me sacudió.

No sabía lo que me estaba pasando.

Aunque ya había oído a Randa antes, el ataque fue repentino e inesperado.

—Me quitas al hombre que amo y que me ama. Lo destruyes todo entre nosotros. Vaca intrigante. —Randa gritaba y gritaba.

—¡Eso no es verdad! —En un respiro de Randa, por fin pude hablar. Y ahora recuperé la energía. Le agarré las muñecas e intenté soltar sus manos de mis hombros. Pero Randa poseía una fuerza

insospechada. Simplemente no me soltaba. Al contrario, cuanto más intentaba librarme de ella, más se crispaba su agarre.

No podía escapar.

—Tienen un salón aquí y les quitan los hombres a sus clientas. Todas están compinchadas. Son a cual peor. —Randa volvió a dejarse llevar por los alaridos de antes—. Seguro que sortean entre ustedes quién se queda con el hombre de cada clienta. Y a ti te ha tocado el mío.

—¡Él no es tu hombre! —le grité a Randa.

Y, de repente, su agarre se aflojó.

Otras dos manos se habían posado sobre las muñecas de Randa y me ayudaban a deshacer aquel cierre de hierro.

Sannie estaba detrás de Randa.

Ni siquiera la había oído entrar en la sala de descanso. Los berridos de Randa lo habían tapado todo.

—¡Bueno, vamos con calma! —Sannie tenía a Randa bien sujeta. ¿No me había contado en mi primer día que iba a clases de artes marciales? Desde luego, era lo bastante fuerte como para mantener a Randa bajo control.

—¡Idiota! —Randa también atacó a Sannie.

—Hace un momento nos ha contado sus propias intrigas y me ha confesado todo lo que ha hecho para deshacerse de su rival. Si aquí hay alguien que juega sucio, es claramente usted. —Sannie no subió

tanto el volumen como Randa, pero lo hizo lo suficiente para dejar claro quién mandaba allí.

Y, efectivamente, Randa se quedó muda.

—Además, está atacando a mi compañera. No queremos clientas así. Solo queremos trabajar en paz y armonía y dar lo mejor de nosotras cada día. Eso es todo. —Sannie arrastró a Randa hacia la puerta—. Por eso, ahora le pido que se marche en paz. Tiene prohibida la entrada a partir de este momento.

—¡Idiota! —Randa, al parecer, no podía contenerse. Tenía que tener la última palabra a toda costa—. Me quejaré a vuestro jefe.

—Hágalo. —Sannie no se inmutó lo más mínimo—. Me dará la razón. Porque él valora mucho que sus empleadas se sientan seguras en su lugar de trabajo y que no sean agredidas. —Sannie bajó el tono, pero su voz fue aún más insistente—: Y si no se va ahora mismo, la denunciaremos. Aquí hay testigos de sobra de su comportamiento violento.

Randa se quedó con la boca abierta.

Luego salió desfilando hacia la puerta con la cabeza bien alta y desapareció sin decir ni una palabra más.

Solté el aire. Hasta ese momento no había sido consciente de lo tensa que estaba. Pero ahora me temblaban las piernas y me apoyé contra la pared.

—¿Todo bien? —Sannie me miró preocupada.

Asentí.

Todavía no podía hablar.

—A esa mujer le falta un tornillo. Entra aquí, suelta rumores y ataca a cualquiera sin venir a cuento. —Sannie sacudió la cabeza.

Asentí. El hecho de que yo no fuera "cualquiera" para Randa y que no me hubiera atacado al azar era algo que le contaría a Sannie en otro momento. Por hoy ya había sido suficiente.

—¡Hola! —resonó una voz alegre fuera.

Holly.

Venía a buscarme.

De repente, me temblaron las rodillas todavía más.

Pero por razones muy distintas a las de hace un rato.

Capítulo 29 Maddox

No había ni un solo aparcamiento libre en toda la calle. Ni uno solo. Ni siquiera el amago de un hueco. Es más, ni siquiera había un sitio libre donde pudiera haberme detenido ilegalmente. ¡Incluso todas las dichosas plazas de vado permanente estaban ocupadas!

¡Lo típico de Nueva York!

Mientras que en otras ocasiones habría sacudido la cabeza con una sonrisa, ahora resoplé molesto. ¿Es que no podía salir algo como yo quería ni UNA sola vez?

Giré y di otra vuelta a la manzana. Quizá alguien se habría ido para cuando volviera a enfilar la calle de Josie en tres minutos. Por suerte el tráfico no era demasiado denso, así que la vuelta extra no me costaría demasiado tiempo.

Inspiré profundamente y apreté los dientes.

Tranquilo, Maddox, mucha calma. Josie no se va a fugar.

Pero ¿y si lo hacía? ¿Y si justo en este instante salía de su apartamento y se marchaba a algún lugar donde yo no pudiera encontrarla?

Entonces ya volverá, Maddox. No va a emigrar a Australia ni a mudarse a la otra punta del país así como así. Al fin y al cabo, no se veía ningún camión de mudanzas frente a la casa, por lo que no se está mudando.

Pero todas las palabras de consuelo resultaban inútiles. No lograba calmarme. Cuanto más tiempo pasaba, más inquieto me ponía.

Tenía que ver a Josie. Era lo único en lo que podía pensar.

Ciertamente, ya había desperdiciado suficiente tiempo.

No QUERÍA esperar ni un segundo más.

Hasta que no viera a Josie, no hallaría descanso.

Retiré la mano derecha del volante y cerré el puño.

Luego volví a entrar en la calle de Josie.

Frente a mí, una furgoneta blanca abandonaba una zona de carga y descarga. En realidad estaba reservada para camiones que abastecían a los comercios colindantes. Pero me importaba un bledo. Josie era más importante que cualquier entrega.

Aparqué el Ferrari rojo y bajé del coche.

—Oiga, oiga. Esto está reservado para entregas. —Una pequeña furgoneta roja se había detenido detrás de mí. El conductor me miraba fijamente desde la ventanilla. Hablaba con un acento inclasificable. Aquí, en Nueva York, las nacionalidades y los idiomas se mezclaban como en un gran crisol de culturas. Todos venían de alguna parte y todos se encontraban aquí.

—Tengo prisa. —Le hice un gesto al conductor para que esperara.

—Todo el mundo la tiene. Yo también tengo prisa. Tengo que cumplir mi horario. Si no puedo descargar aquí porque usted bloquea el hueco, llegaré tarde a la siguiente cita. —El hombre parecía muy molesto.

Podía entenderle. Pero, aun así, no pensaba quitar el coche de allí. —Seguro que encuentra otro sitio —le dije para darle largas.

Entonces el hombre apagó el motor de la furgoneta. Así, sin más. En medio de la calle. Me bloqueó por completo. —No encuentro otro sitio. Seguro que no. —Su tono ahora era ligeramente agresivo—. Este lugar no es para usted. Salta a la vista. Por mucho que conduzca un Ferrari rojo, no puede permitirse todo lo que quiera. —El conductor señaló la señal que indicaba que el espacio estaba reservado para el tráfico de mercancías.

—Escuche, mi asunto es realmente urgente y solo tardaré cinco minutos. —Eso era mentira. Esperaba que tardara bastante más de cinco minutos. Si en cinco minutos ya estaba de vuelta en el coche, significaría que Josie no quería hablar conmigo.

Y eso sencillamente no podía ser.

No podía ser.

—Eso dicen todos. —El conductor no se daba por vencido—. Y luego se quedan aquí medio día. Escuche, o se larga ahora mismo o llamo a la grúa. No sería la primera vez.

En ese momento, aquello me dejó frío. El tipo podía mandar el Ferrari al depósito que quisiera. Tenía que ir a ver a Josie. —Ni siquiera puedo salir si usted lo bloquea todo —repliqué con frialdad.

Ahora el conductor se puso rojo de rabia. —¡Será maleducado e idiota! ¡Primero aparca mal y encima me echa la culpa a mí!

Le miré harto. —Escuche, en el tiempo que lleva bloqueando el tráfico aquí, probablemente ya habría podido descargar su mercancía hace rato. Si sigue así, llegará tarde a su próxima cita, independientemente de si yo me quito de aquí o no.

El hombre se puso granate.

Pero no dijo nada.

Estaba harto de aquella conversación. Primero perdí un tiempo precioso buscando aparcamiento. Y ahora en discusiones estériles. —Vuelvo enseguida. —Con eso dejé al tipo plantado. Difícilmente iba a dejar su furgoneta en medio de la calle para seguirme. Entonces el problema lo tendría ÉL primero. Y no yo.

En el fondo me daba un poco de lástima, porque los repartidores no lo tenían nada fácil con el tráfico de Nueva York. Por lo general, solía ser considerado.

Pero ahora había algo mucho más importante.

Alguien más importante.

Josie.

A mis espaldas oía al hombre despotricar y maldecir desde la ventanilla de la furgoneta. Pero me daba igual. Caminé a paso rápido hacia el edificio donde vivía Josie.

Un rascacielos antiguo, como los muchos que había en Manhattan.

Busqué el nombre de Josie en el portero automático. Aquí no había conserje como en mi edificio. Todo estaba un poco más descuidado, un poco más cutre, un poco más envejecido. Josie merecía algo mejor. Pero probablemente no podía permitirse nada superior. Aquel era un pensamiento nuevo y extraño para mí.

Finalmente encontré la placa con su nombre.

Apreté el dedo contra el botón.

Un timbre.

Eso también me resultaba ajeno. Me parecía un vestigio de mi infancia.

Esperé el conocido chisporroteo del interfono.

Pero no pasó nada.

¿Estaría Josie ocupada?

Quizá se estaba dando una ducha.

Seguí esperando.

Luego llamé otra vez.

Pero de nuevo no hubo respuesta.

No me rendí. No QUERÍA rendirme. Pero tras quince minutos, tuve que reconocerlo: Josie no estaba en casa.

Un vistazo al reloj me indicó que, a esa hora, lo más probable era que la mayoría de la gente no estuviera en casa, sino en el trabajo.

¿Habría encontrado Josie un nuevo empleo?

El pensamiento me dolió un poco. Yo quería que Josie trabajara conmigo.

Tú la has despedido, Maddox.

Quizá el mayor error de mi vida.

Mi inquietud iba en aumento. ¿Dónde podía encontrar a Josie? ¿Quién podría saber dónde estaba?

Lea.

Era la prima de Josie y eran muy buenas amigas. Las mejores amigas siempre sabían qué pasaba en la vida de la otra. Si tenía un nuevo trabajo o un nuevo hombre.

¿Sabría Lea también de lo mío?

Era posible. Y quizá Josie le había contado a Lea nuestra... nuestra «ruptura» y le había dicho dónde trabajaba ahora. Quizá Josie

simplemente había vuelto a su antiguo trabajo y se había arreglado con el jefe. En ese caso, Lea sabría sin duda dónde trabajaba Josie.

Cogí el móvil y marqué el número de Otis. Por alguna razón, no tenía guardado el número de Lea.

—¡Maddox! —Otis respondió al primer tono. Así que no parecía haberle molestado—. Viejo amigo, ¿cómo vas?

—Bien. —Fui directo al grano—. Oye, Otis, necesito urgentemente una información de Lea. Tengo que saber dónde trabaja Josie.

—¿Josie? —A Otis no le extrañó en absoluto mi franqueza. Me conocía desde hacía mucho tiempo. Se limitó a reír—. Bueno, ¿y cómo va la cosa entre vosotros? Lea me contó una historia muy interesante.

No dije nada.

—¿Maddox? —Otis pareció percibir que algo me pasaba.

Hice de tripas corazón. Otis era mi mejor amigo. Si no podía contárselo a él, ¿a quién entonces? —Bueno, ya sabes que con el compromiso y todo ese rollo no me llevo muy bien, pero Josie de verdad me ha cautivado y por eso le pedí que me ayudara.

—Haciéndose pasar por tu prometida. —Otis parecía estar al tanto.

Qué mérito, Maddox. Es el marido de Lea. Seguro que no se guardan ningún secreto.

Asentí y continué hablando. —Y luego lo eché todo a perder. Pero no fue solo culpa mía. Recibí un correo muy raro con fotos que muestran a Josie con otro. Y luego la vi precisamente con ese hombre y... —Me revolví el pelo con desesperación.

—Despacio, Maddox. No lo entiendo todo bien. —Otis parecía no estar despierto del todo.

—¿No puedes preguntarle a Lea simplemente dónde trabaja Josie ahora? ¡Tengo que encontrarla! —Mi voz sonaba desesperada, incluso yo mismo lo notaba. Nunca me había oído hablar así.

—Puedo. Pero Lea está ahora mismo en un masaje relajante y no pienso sacar a mi mujer de allí. Volverá en quince minutos. ¿Podrás esperar tanto tiempo? —Otis sonaba un poco divertido.

Esperar.

Esperar.

Siempre esperar.

De pronto me pareció que no había hecho otra cosa en todo el día.

—Cuéntamelo todo otra vez. ¿Cómo ha sido eso de las fotos? —La voz de Otis me sacó de mis pensamientos.

Pero agradecí la distracción, así que volví a relatar lo que había sucedido aquel día. —Al principio no creía que Josie tuviera algo con ese tipo. Pero luego vino su empleado y acusó a Josie. Ahí fue cuando la duda se instaló en mí. Y luego vi a Josie en sus brazos y entonces... entonces algo se rompió dentro de mí... no sé. Fue como

la confirmación. En ese instante. Pero seguramente en ese momento fue cuando lo estropeé todo —relaté.

—Amigo, tío. —Otis suspiró—. ¿Por qué no me mandaste la foto enseguida para que le echara un vistazo? ¿Y el correo? —Otis era detective privado. Cuando no estaba de luna de miel, no hacía en todo el día otra cosa que investigar a personas, rastrear correos y juzgar si las fotos eran falsas o no. Al menos así me imaginaba yo su trabajo.

—No sé por qué no se me ocurrió —dije con voz humilde.

—Mándame la foto. Ahora mismo —ordenó Otis—. ¿Aún conservas el correo?

Sí, todavía tenía el correo. Primero lo había borrado, pero después lo había movido de la papelera a alguna carpeta donde ahora dormía el sueño de los justos.

—Un momento. —Retiré el móvil del oído, trasteé en él y le reenvié el correo a Otis.

—¿Sigues ahí? —pregunté después.

—Claro. Y el correo ya ha llegado. —Otis sonaba muy tranquilo—. Espera un momento, voy a verlo.

Esperar.

Otra vez esperar.

Tranquilo, Maddox, mucha calma.

Inspiré y espiré profundamente e intenté concentrarme en mí mismo.

—¿Maddox? —Tras lo que me pareció una eternidad, pero que en realidad fueron solo unos pocos minutos, la voz de Otis volvió a sonar en mi oído.

—¿Sí? —El corazón me golpeaba con fuerza contra las costillas. No sabía muy bien por qué. Pero seguro que había una razón.

—La foto es falsa. Y además de forma muy chapucera, si me permites decirlo. La ha hecho un aficionado. No necesito ni pasársela a uno de mis expertos en fotografía, puedo juzgarlo yo mismo. Las otras fotos no las he mirado con detalle todavía, pero me apuesto un mes de vacaciones a que son igual de falsas. Lo demás no tendría ningún sentido.

Dejé que las palabras de Otis calaran en mí.

Falsa.

Josie nunca había estado en brazos de Ezekiel.

Nunca había salido con él.

—¿Y ahora qué? —pregunté sin saber qué hacer. Realmente no tenía ni idea de qué pasos seguir.

—¿Dónde estás? —quiso saber Otis.

—Delante de su casa. —Odiaba admitirlo. Nunca había ido detrás de una mujer. Pero esto... esto era diferente—. No está en casa —

añadí.

—Pues métete en una cafetería y espera a que llegue —aconsejó Otis.

Esperar.

Si volvía a oír esa palabra una vez más hoy, me volvería loco.

Impaciente, caminé de un lado a otro por la acera.

Luego cerré el puño.

Una foto falsa.

No, varias fotos falsas.

Aquello era obra de Ezekiel y lo que más deseaba era darle una buena tunda a ese idiota.

Ahora mismo, aquí y ya.

Josie es más importante, Maddox. No sacas nada con pegarle a Ezekiel. Eso no deshará nada de lo que ha pasado.

Relajé el puño.

—Ya está aquí Lea —oí decir a Otis.

Respiré aliviado. —¿Puedes preguntarle dónde trabaja Josie? ¿Dónde puedo encontrarla ahora?

Otis suspiró. —Sí. Lo haré. No cuelgues.

Oí cómo Otis le hablaba a Lea.

Poco después tenía un nombre y, enseguida, gracias a Google, también una dirección.

Ahora podía ir a ver a Josie.

Aclararlo todo.

Mi corazón latía con más fuerza incluso que antes.

Capítulo 30 Josie

—Qué víbora más intrigante. ¡Y encima violenta! —Holly caminaba a mi lado por la calle y desahogaba su indignación sin filtros—. No he visto nada igual en mi vida. Y mira que he pasado por mucho, sobre todo en su día con Asher. Cuando no sabíamos si volveríamos a vernos o no. Pero algo así… no, es la primera vez que me topo con algo parecido. —Holly seguía negando con la cabeza.

Yo me había tranquilizado un poco. Ya no me temblaban las rodillas y el corazón me latía de forma más o menos normal.

Más o menos.

Holly y yo habíamos salido del salón de belleza. Mi jornada había terminado. Y Holly me llevaría en coche a casa de Maddox. Se lo contaría todo y entonces…

Entonces se decidiría cómo iba a continuar mi vida.

Mi vida entera.

Mi futuro dependía de las próximas horas.

O quizás incluso de los próximos sesenta minutos.

Pronto sabría con quién iba a vivir.

Y cómo.

No exageres, Josie. Pronto sabrás si vas a vivir con Maddox. Pero si no sale bien, eso no significa que tengas que llevar una existencia solitaria el resto de tus días.

No, no significaba eso.

Pero yo quería a Maddox.

Y por eso sentía como si me lo jugara todo a una carta.

El corazón me golpeaba con fuerza contra las costillas y me faltaba el aire. Intenté calmarme contando hasta cuatro mientras inspiraba y expiraba.

—Todo irá bien, Josie. —Holly me apretó el brazo con cariño. Comprendía sin necesidad de palabras cómo me sentía—. Créeme, al final todo saldrá bien. Y si no sale bien, es que todavía no es el final.

Intenté sonreír.

Pero fracasé estrepitosamente.

Estaba demasiado tensa.

Seguramente no sería el fin del mundo si las cosas no salían como yo quería.

Pero…

Tragué saliva.

Las rodillas se me volvieron a poner blandas como la plastilina y sentí que no podía dar ni un paso más.

—El coche está ahí delante. —Holly no dejaba de darme ánimos.

—No sé qué haría sin ti. —Le sonreí con gratitud a mi mejor amiga. Tras el encuentro con Randa, deseaba ver a Maddox más que nunca. Y al mismo tiempo me sentía tan agotada que apenas podía moverme del sitio. Si me sentaba en el coche al lado de Holly, recuperaría algo de energía. Podría poner mis pensamientos en orden. Pensar en qué decirle a Maddox. Todo dependía de mis palabras y quería encontrar las adecuadas a toda costa.

No quería meter la pata.

—¡Oh, maldita sea! —soltó Holly de pronto, deteniéndose en seco.

—¿Qué pasa? —Yo me había quedado con la mirada perdida, consciente de los transeúntes apenas lo justo para no chocar con nadie. Todo era como si estuviera detrás de un… ¿un cristal empañado? ¿O de una película? Era como si estuviera allí pero a la vez no. Porque en mis pensamientos estaba con Maddox y en lo que el futuro me depararía.

—Un pinchazo. —Holly señaló su pequeño Porsche plateado. Su marido Asher le había regalado ese coche. Para trayectos cortos por

la ciudad. Para todo lo demás tenían un coche familiar en el que hacían excursiones con su hija pequeña. Pero después de que Holly le confesara a Asher que de niña siempre había soñado con un Porsche plateado, el coche apareció un buen día frente a su puerta.

Y ahora estaba allí aparcado, con una rueda pinchada.

—¡Maldita sea! —volvió a jurar Holly.

Yo no dije nada. Mi cerebro funcionaba algo más lento de lo habitual.

—Lo siento muchísimo, Josie —se disculpó Holly—. Me habría encantado llevarte a casa de Maddox, pero así…

Claro. No podíamos circular. Asentí mecánicamente.

¿Qué iba a hacer ahora?

—Tengo que llamar al servicio de asistencia en carretera. —Holly sacó su móvil—. Menos mal que Asher contrató la modalidad premium con Porsche. Seguro que no tardan en llegar. —Holly buscó en su lista de contactos.

No tardan en llegar.

Aun así, ese tiempo me parecía una eternidad.

A mi cerebro le costaba horrores seguir el ritmo de los acontecimientos.

Josie, concéntrate en lo importante. Tienes que ir a ver a Maddox. Tienes que hablar con él.

Tenía que hablarle del hijo que llevaba en mi vientre.

A mi lado, Holly hablaba por teléfono, pero yo ni siquiera captaba sus palabras.

Cuando Holly colgó, me dio un toquecito en el brazo. —Josie, tardarán al menos una hora. No puedo moverme de aquí hasta que lleguen. Sin mí no pueden llevarse el coche, por lo visto no les está permitido por alguna razón. El seguro o algo así. Lo siento.

Volví a asentir.

—Pero tú puedes con esto. Puedes ir sola a casa de Maddox. —Holly me sonrió con ánimo—. Eres mucho más fuerte de lo que crees.

Entonces reaccioné un poco. —¿Tú crees? —Miré a Holly con desánimo. De repente me sentía mucho más insegura que antes. Me temía que solo saldrían tonterías de mi boca cuando estuviera frente a Maddox. Que no se me ocurriría ni una frase coherente y que me quedaría en blanco.

Y lo peor era el miedo a que no me creyera.

O que ni siquiera me escuchara.

Que no me dejara ni terminar de hablar.

Mi cabeza no paraba de fabricar un escenario catastrófico tras otro.

Holly me agarró por los hombros. —¡Josie! Escúchame bien. Solo es un pequeño cambio de planes. Vas a lograrlo, ¿me oyes?, ¿vas a lograrlo?

Asentí con timidez. Pero entonces logré decir: —Quizás sea mejor que ni siquiera vaya a verle.

—¡Tonterías! —Holly negó con la cabeza—. Ya sabes que, en cuanto te decides a hacer algo, el universo viene y te pone a prueba. Y eso es exactamente lo que está pasando ahora. El universo te está poniendo a prueba. Quiere saber si de verdad quieres ir con Maddox. Si vas a hablar con él. Aunque yo no esté ahí y aunque todavía no sepas cómo vas a llegar a su casa. —Holly sonrió—. Aunque esa es la parte fácil.

¿Esa era la parte fácil?

—¿Qué es lo que quieres de verdad? —Holly me miró—. ¿Esconderte en tu cama e ignorar todos los problemas hasta que sean tan grandes que ya no puedas ignorarlos? ¿O luchar por ti y por tu futuro? ¿Y por tu hijo? —Al decir las últimas palabras, Holly puso una mano sobre mi vientre.

El vientre donde crecía mi hijo.

Nuestro hijo.

El niño que Maddox y yo habíamos concebido y que un día no muy lejano vería la luz del mundo y correría a mi alrededor. Me recordaría a Maddox todos los días.

Y me recordaría que no había hablado con Maddox.

A menos que hablara con él ahora mismo.

Pensé en Maddox. Y de repente su imagen apareció ante mis ojos de forma tan nítida como si acabara de verle. Casi podía oler su fragancia e incluso imaginé que estaba entre sus brazos, apoyada en su cuerpo atlético. Sus ojos oscuros parecían calar hondo en mí, lo que me dio una sensación de tranquilidad. Y las orejas de soplillo de Maddox… quería tocarlas.

Y mientras tanto, allí seguía yo, en una acera en medio de Manhattan.

La añoranza por Maddox era tan abrumadora en ese momento que se me saltaron casi las lágrimas. Todas las emociones que había contenido en las últimas semanas y en la última hora estaban aflorando.

—Vas a lograrlo —repitió Holly una vez más para animarme.

—Yo… sí. —Asentí.

—Coge un taxi. Ve a ver a Maddox y habla con él. Me habría gustado acompañarte, pero de todos modos no habría podido estar presente mientras habláis. Eso tenéis que solucionarlo vosotros dos a solas. —Holly sonrió—. Soy tu mejor amiga y siempre estaré para ti. Pero esto no es asunto mío y… —Se encogió de hombros—. Hay cosas que no son para oídos de terceros.

Asentí. Holly tenía razón. En parte, yo había estado rehuyendo la responsabilidad que ahora debía asumir.

Pero ya no podía seguir postergándolo.

Tenía que hacerme responsable de mí misma.

Y de mi hijo.

Me puse erguida. Holly me estrechó entre sus brazos y me dio un fuerte apretón. —Vas a lograrlo —dijo por última vez. Luego me soltó y me dio una palmadita en el brazo—. Dos calles más allá hay una parada de taxis. Allí encontrarás uno.

Asentí. Luego me di la vuelta y me puse en marcha. Con cada paso crecía mi certeza de que estaba haciendo lo correcto, de que superaría cualquier situación que se presentara y de que al final todo saldría realmente bien.

Llegué a la parada de taxis más rápido de lo que esperaba. Había un taxi solitario esperando. Cómo no. Era la hora punta. Media o quizás toda Nueva York se dirigía a algún sitio. A casa, al turno de noche, al gimnasio, a ver a unos amigos, a cualquier parte. Los taxistas hacían ahora su agosto y apenas había un momento en el que no llevaran a algún pasajero.

Al menos aquí había un taxi esperando. Aliviada, ralenticé un poco el paso.

Ahora todo iría bien.

Casi había llegado al taxi cuando una mujer pasó corriendo a mi lado.

Directa hacia el taxi.

Me apartó de un empujón sin miramientos y tropecé. Casi pierdo el equilibrio. —Oiga… —empecé a decir indignada.

Pero la mujer ni siquiera me oyó. Ni siquiera se detuvo ni se volvió.

Simplemente abrió la puerta trasera del taxi de un tirón y se lanzó al asiento de atrás. Luego cerró la puerta con un fuerte golpe. Se quedó mirándome.

Le vi la cara.

Randa.

Sus rasgos estaban desfigurados por el odio.

Me entró un escalofrío.

¿Y si volvía a bajar? ¿Y si me atacaba de nuevo? Aquí en plena calle no tenía a nadie que me defendiera. Holly estaba demasiado lejos, no podía ni verme ni oírme. Y el resto de peatones no moverían ni un dedo para meterse en una pelea entre dos mujeres.

Pero, para mi alivio, Randa se giró hacia delante, le dijo algo al conductor y luego me ignoró por completo.

El taxi arrancó.

Solté el aire.

Sin pelea, sin ataque.

Pero también sin taxi.

Miré hacia la calle. Una hilera de coches pasaba por delante de mí. A esta hora del día, nadie corría por Manhattan. Sencillamente era

imposible. Demasiado tráfico. Conté varios taxis en la calle. Pero todos y cada uno de ellos llevaban a algún pasajero en el asiento de atrás, muchos incluso a varios. Podía pasar mucho tiempo hasta que encontrara un taxi libre.

De repente, me invadió la inquietud.

Mientras que antes había dudado y tenido mis reservas, ahora no veía el momento de llegar a casa de Maddox.

Iría a pie.

El camino era largo, pero al menos así tendría la sensación de que estaba en marcha. De que me acercaba a mi destino. De que hacía algo útil en lugar de quedarme aquí plantada.

Me puse en movimiento.

Mis pies empezaron a caminar cada vez más rápido.

Automáticamente me llevaban en dirección a Maddox, igual que hace unas semanas me habían llevado automáticamente hacia el viejo hotel. Allí donde había vuelto a ver a Maddox.

Maddox.

Empecé a correr.

Y entonces sentí cómo se me doblaba el tobillo. Tropecé y apenas pude agarrarme a una farola.

Ten cuidado, Josie. Así no llegarás nunca a casa de Maddox.

Inspiré profundamente.

Luego di un paso.

Y solo a duras penas pude reprimir un grito de dolor.

Maldita sea.

Me dolía el tobillo.

No podía apoyarlo.

No podía ir a ver a Maddox.

Capítulo 31 Maddox

Conducía por la carretera a la velocidad exacta permitida. Ya casi había llegado a mi destino. Con Josie. No quería que me pararan en el último momento por exceso de velocidad y perder un tiempo valioso.

Por un lado, quería llegar lo antes posible.

Por fin sabía dónde estaba Josie. Ya no podía escaparse de mí. Pronto estaría frente a ella y miraría sus ojos verdes.

Por otro lado, no me importaba en absoluto que el viaje durara un momento más y no pudiera pisar el acelerador a fondo a mi antojo. Mientras que ante la puerta de la casa de Josie todavía sabía exactamente lo que quería decirle, o al menos me imaginaba saberlo, ahora en mi cabeza reinaba un vacío absoluto.

Intentaba preparar las palabras, pero todo lo que se me ocurría sonaba desierto y hueco. Insustancial. Genérico.

Y sobre todo: poco convincente.

Josie ya no podía huir de mí, porque sabía dónde encontrarla. Pero muy bien podía rechazarme e informarme de que no quería volver a verme.

¿Y qué haría yo entonces?

Tenía que evitar eso a toda costa.

Así que, aunque prestaba atención al tráfico, mis pensamientos estaban puestos en encontrar las palabras perfectas. Si le explicaba todo a Josie con lógica, ella entendería lo que había pasado y me dejaría entrar de nuevo en su vida.

O dejarme entrar en su vida, a secas.

No estaba seguro de si antes había tenido un lugar allí.

Pero quería ese lugar.

Sí, ahora lo quería.

Estaba más seguro de lo que lo había estado nunca.

Y quería darle a Josie un lugar en mi vida. Eso mismo es lo que había pensado hacía tres semanas. Luego lo había echado a perder por mi propia estupidez e intentado en vano borrar a Josie de mi memoria.

¿Habría ahora una segunda oportunidad?

Tragué saliva con dificultad.

No podía estar seguro y eso me afectaba más de lo que quería admitir. Me encantaba controlarlo todo. Estaba acostumbrado al éxito, ya fuera en lo profesional o en lo privado. Jugaba para ganar. No por jugar. Y mucho menos para perder.

Pero ahora no podía estar seguro de si ganaría.

Todo dependía de Josie.

Tal vez ni siquiera estuviera dispuesta a escucharme.

Tal vez, mientras tanto, hubiera reorganizado su vida por completo y me hubiera olvidado.

Tenía un trabajo nuevo, así que ¿por qué no también una vida nueva?

¿Quién podía saberlo?

Lo que más me habría gustado habría sido llamar a Otis y preguntarle si Lea sabía algo al respecto.

Tonterías, Maddox. No querrás parecer un niño pequeño que pregunta por cada nimiedad y no se atreve a correr un riesgo.

No llamaría a Otis.

En ese instante, la melodía de Indiana Jones me sobresaltó.

Mi móvil.

Lo había dejado antes en el asiento del copiloto y, deliberadamente, no lo había conectado al sistema de entretenimiento del Ferrari. Normalmente la conexión se establecía de forma automática, pero esta vez la había cortado. Quería reflexionar durante este viaje y no ser molestado por llamadas. Mi empresa podía apañárselas unas horas sin mí; después de todo, tenía empleados competentes. Patrick estaba al tanto de todo lo que había que saber y solo me interrumpiría por asuntos urgentes.

Eché un vistazo a la pantalla.

No era ni Patrick ni nadie de mi empresa.

Otis.

Mi mejor amigo me llamaba. A pesar de que acabábamos de hablar.

Mi corazón latió más rápido. ¿Y si Otis tenía información importante? ¿Y si había descubierto algo más sobre Josie y quería desesperadamente que yo lo supiera?

Tenía que ser eso.

¿Por qué otra razón me llamaría?

Alargué la mano para coger el móvil. Normalmente, mientras conducía, solo hablaba por teléfono a través del sistema de entretenimiento, ya que era mucho más cómodo y seguro. Pero ahora iba a hacer una excepción. Aunque en realidad no estuviera permitido. Pero esto era urgente.

—¿Otis? —Toqué el botón verde y me llevé el móvil al oído para entender mejor a mi amigo. No tenía ni idea de dónde se encontraba

exactamente en su viaje, pero en nuestra última llamada se había oído un ruido de interferencias en la línea.

—Lo siento, me he equivocado de número, tío. —La voz de Otis se oía, en efecto, con poca nitidez—. En realidad quería llamar al restaurante donde Lea y yo vamos a cenar esta noche. Ya había hablado con ellos antes porque estoy planeando una sorpresa para Lea... He pulsado el contacto equivocado.

—No pasa nada. —Por dentro me sentí aliviado de que Otis no tuviera nada que decirme. En este caso, la falta de noticias era una buena noticia.

No había pasado nada.

Mis latidos se calmaron de nuevo.

Exactamente en ese instante, una fuerte sirena a mi lado me sobresaltó.

Miré a la izquierda.

Una motocicleta con un policía encima. Me hacía señas con la mano. Debía orillarme a la derecha y detenerme.

—Tengo que colgar, tío. —Dejé el móvil y seguí las instrucciones del policía.

Cuando bajé la ventanilla, el policía se subió la visera del casco.

—Señor, ha estado hablando por teléfono mientras conducía.

En ese momento me sentí como un ladrón atrapado con las manos en la masa. Sorprendentemente, incluso tuve el deseo de negar mi falta, y eso a pesar de que el policía me había visto con sus propios ojos. Era como si tuviera que demostrarle que no era una mala persona y que normalmente tampoco hablaba por teléfono al volante.

Quería que tuviera una buena opinión de mí.

—Eso conlleva una sanción. Voy a proceder a ponerle una multa que deberá abonar lo antes posible. —El policía asintió con seriedad. Se quitó con parsimonia sus gruesos guantes de motorista. Por supuesto. Con los guantes puestos no podía hacer prácticamente nada. Mucho menos ponerme una multa que quedaba registrada electrónicamente en el sistema.

Suspiré.

No por la multa. Sí, la suma que había que pagar por el uso del móvil al volante no era precisamente pequeña. Pero eso no representaba un problema para mí. A final de mes ni siquiera notaría que había gastado esa cantidad. No suponía ninguna diferencia.

No económicamente.

También me quitarían algún punto o incluso varios. Eso tampoco era tan grave.

Pero ahora estaba aquí atrapado.

Y eso era más que grave.

Si bien hace un momento había estado agradecido por el tiempo para ordenar mis pensamientos, ahora predominaba el temor de que Josie pudiera terminar su jornada e irse a casa mientras yo esperaba aquí a que me pusieran una multa. No era lógico, pero era así.

Quería irme. Lo que más deseaba era volver a sentarme en mi Ferrari y marcharme. Que el policía me enviara la multa por correo, la pagaría sin rechistar. Pero quería irme.

Si te vas así como así, Maddox, te buscarás aún más problemas de los que ya tienes.

Tragué saliva y resistí el impulso de volver a entrar y arrancar.

—¿Podría darse prisa, por favor? —le pregunté al policía.

El agente levantó la vista con desaprobación. Estaba ocupado mirando mi matrícula.

—Realmente siempre tienen prisa, ¿verdad? Siempre tienen que hacer dos cosas a la vez. Conducir y hablar por teléfono, por ejemplo. Y ahora no puede ni esperar los cinco minutos que se tarda en formalizar la denuncia. Seguro que ahora me va a decir que me lo he imaginado todo y que no estaba hablando por teléfono.

Negué con la cabeza.

—No, he hablado por teléfono y asumo toda la responsabilidad. Es solo que... —Me detuve. No podía contarle al policía lo de Josie, ¿verdad?

—¿Es solo qué? —El policía me miró con un toque de curiosidad. Se puso las manos en las caderas—. Siempre me ha interesado saber

qué pasa por la cabeza de alguien como usted. Conducir un Ferrari y hablar por teléfono a la vez. Así que suéltelo.

Alguien como yo. El policía me metía en el mismo saco que a todos los demás. Aquellos que hablaban por teléfono al volante todos los días sin pensar ni un momento en el bienestar de los demás.

Supongo que me lo tenía merecido. Aunque yo no fuera así.

—¿Y bien? —El policía no cedió cuando no respondí de inmediato.

Dudé. Luego me decidí. ¿Qué tenía que perder?

—Se trata de una mujer —empecé—. Yo... me he portado bastante mal y ahora quiero ir a verla a toda costa, y entonces me llamó mi amigo y pensé que tendría información importante sobre ella y por eso contesté, aunque en realidad quería reflexionar tranquilo, y entonces aparecieron ustedes y...

Me interrumpí a mí mismo.

Madre mía, Maddox, no podrías ser más confuso. Nadie va a entender lo que estás diciendo. Si casi ni tú mismo lo entiendes.

Además, me había puesto rojo como un tomate durante mi discurso. Podía sentir cómo me ardían las orejas.

El policía se rascó la oreja.

Luego asintió. —No es que haya entendido todo lo que me está contando, pero me queda claro de qué se trata. —Contra todo

pronóstico, el policía sonrió. Y de forma bastante amplia—. Amor. Se trata de su corazón.

Me quedé mirando al agente, asombrado. Hasta ahora no me había cruzado con ningún policía que se dejara ablandar por los sentimientos. ¿No iba eso incluso en contra de su trabajo?

El agente pareció percibir mi asombro. Su sonrisa se ensanchó aún más. —Yo mismo me casé hace apenas un mes. Sé cómo es eso.

Solté aire aliviado. Y también sonreí.

El policía me hizo un gesto. —Lo que voy a decir ahora debe quedar estrictamente entre nosotros. Ni una palabra de esto a nadie, ¿está claro?

Asentí. ¿Qué me iba a decir aquel hombre?

—Venga, circule de una vez. —El agente señaló mi Ferrari—. Vaya y busque a la dama de su corazón. En un caso así, haré la vista gorda. —El policía levantó el dedo en plan de advertencia—. Pero deje el móvil tranquilo. Eso no le gusta ni a la policía ni a las mujeres.

Asentí aliviado.

Una vez más, me había librado por los pelos.

La multa seguía sin importarme. La habría pagado al instante.

Pero el retraso…

Mi corazón dio un vuelco espectacular.

El policía volvió a subir a su moto. Antes de bajarse la visera del casco, me advirtió por última vez: —No corra demasiado. Aunque la tentación sea grande, lo entiendo. —Sonrió y se tocó el casco con dos dedos.

Después se marchó.

Arranqué el motor y emprendí también el camino hacia la dirección donde Josie trabajaba ahora.

Mi corazón latía cada vez más fuerte. Creía que incluso los peatones de la acera debían de oírlo.

Aquí tenía que girar.

Reduje la velocidad.

Y entonces la vi.

Josie.

Estaba apoyada en una farola y hacía una mueca, como si tuviera dolor.

Mi corazón latió aún más fuerte.

¿No se encontraba bien?

¿Había pasado algo?

Me detuve de inmediato.

Me daba igual si me ponían otra multa por aparcar mal o por obstaculizar el tráfico. Me daba exactamente lo mismo.

Completamente igual.

Había cosas más importantes.

Salté del Ferrari, rodeé el capó y corrí hacia la farola.

—Josie. ¿Estás bien? —En cuanto las palabras salieron de mi boca, me maldije a mí mismo. ¿Es que no podía ni saludar a Josie como es debido después de todo este tiempo?

Josie me miró. Sus ojos verdes se agrandaron y sus labios temblaron ligeramente.

No sonrió.

Simplemente me miró.

Y mi corazón empezó a latir con más fuerza que antes.

—Te he visto y parecía que tuvieras dolores, y entonces he pensado en parar y… —empecé a decir.

El rostro de Josie se cerró. Sacudió la cabeza. —Todo está bien. Solo se me ha torcido el pie. Ya se me pasará. —No dijo nada más.

Me maldije internamente.

Genial, Maddox. Bien hecho.

—Bueno, en realidad iba de camino a verte —añadí, dándome cuenta de lo pobre que sonaba aquello después de mi explicación anterior.

Había intentado preparar bien lo que iba a decir y al final la había fastidiado más de lo que yo mismo creía posible.

Inspiré profundamente. No me iba a dar por vencido tan fácilmente. Así que empecé de nuevo. —Lo siento, Josie. Me he portado como un completo idiota.

Josie me miró. Hasta ese momento me había estado observando con ojo crítico.

Pero ahora, el amago de una sonrisa se dibujó en sus labios.

Eso me dio ánimos. —Yo… recibí cierta información que no te dejaba en muy buen lugar. —No quería entrar en detalles ahora, podía dejar eso para más tarde. O para nunca. Josie no tenía por qué saber lo que otros andaban difundiendo sobre ella. Qué clase de suciedad y mentiras.

Porque en ese momento no me cabía la menor duda de que eran mentiras.

—Y cuando llegué y te vi en brazos de Ezekiel, pues… ya no supe qué estaba bien y qué estaba mal. Y en lugar de preguntarte, simplemente reaccioné de forma exagerada. —Tragué saliva. Ahora venía la parte más difícil de mi explicación—. Lo siento. Espero que puedas perdonarme. Porque tú… tú no tienes nada con él, ¿verdad? —De pronto me asaltaron las dudas de nuevo.

Josie movió ligeramente los labios. Vi su diente.

Encantadoramente torcido.

Como siempre.

Josie sacudió la cabeza.

Mi corazón se detuvo por un instante.

¿Estaría pensando en decirme que me marchara?

Josie se pasó la lengua por los labios.

Hizo amago de hablar. Luego se mordió el labio.

E hizo un nuevo intento.

—No, no tengo nada con él. Ni con ningún otro.

Respiré aliviado. Quise acercarme a Josie, pero ella hizo un gesto defensivo con la mano.

—¿Entonces no estás con Randa? ¿No queréis formar una familia? —preguntó.

La miré fijamente. —¿Cómo se te ocurre algo así? —Fue lo único que pude pensar y decir.

—Ella lo afirmó. Y tu hermana también. —Josie me observaba con atención.

La rabia se apoderó de mí. Una rabia furiosa como nunca antes había sentido. —Esas dos malditas… —Me interrumpí y apreté el puño. No quería maldecir a mi propia hermana delante de Josie.

Pero esas dos se iban a enterar.

¿Qué se habían creído?

Luego recapacité. Josie era más importante que cualquier mezquino pensamiento de venganza. Randa y Amber ya nos habían separado una vez. Ahora no permitiría que impidieran que todo volviera a estar bien entre Josie y yo.

—A mi familia le habría gustado que me prometiera con Randa y me casara con ella —admití—. Y una vez tuve algo con ella. —Hice una mueca al recordar aquel momento—. Estaba borracho y tenía mal de amores, y ella apareció así de repente… fue un error terrible. Habría preferido ocultarle ese detalle a Josie, pero sabía que ahora tenía que contar toda la verdad.

Solo así tendría una oportunidad.

—Nunca he sentido nada por ella. Jamás. Y ella no podía aceptarlo. Por eso, cuando vio lo que siento por ti… —Cambié el peso de un pie a otro—. Se volvió loca. Tuvo que ser eso. —Asentí de nuevo.

Luego miré a Josie. —¿Puedes perdonarme?

Josie abrió la boca.

Luego volvió a cerrarla.

—Estoy embarazada —soltó de repente.

—¿Qué? —Me sentí como si alguien hubiera cogido un tronco de madera enorme y me hubiera golpeado en la cabeza.

Seguro que había oído mal, ¿verdad?

—Estoy embarazada —repitió Josie. Y luego añadió—: Vas a ser padre.

¿Yo… iba a ser… padre?

A cámara lenta, empecé a comprender lo que Josie me acababa de decir.

—¿Vamos a ser padres? —me aseguré, no obstante.

Josie asintió.

Escenas de futuro empezaron a pasar ante mis ojos. Josie y yo. Josie, yo y un niño. Mi familia.

Iba a tener una familia.

Con Josie.

—¡Eso es maravilloso! —grité tan fuerte que todos los peatones se giraron hacia mí—. ¡Vamos a ser padres!

Estreché a Josie entre mis brazos. —Ahora no te me volverás a escapar nunca más.

—Y tú a mí tampoco —susurró Josie antes de que la besara.

Capítulo 32

Maddox y Josie

Un año después

Maddox

—Realmente ha dado usted en el clavo. —Mr. Browning me miró con un gesto algo agrio. Probablemente se debía sobre todo a que no parecía conocer otra expresión facial. —Nuestros empleados solo quieren alojarse con usted. Las únicas quejas que recibo son las de que siempre tiene todo reservado.

Yo estaba de pie ante el mostrador de *Josie's Place*, el pequeño hotel que por fin había abierto sus puertas hace un tiempo. Josie y Patrick me habían ayudado con el trabajo en todo lo posible, y en los planos se notaba claramente la influencia de Josie. Todo era acogedor, práctico y, al mismo tiempo, elegante y de la mejor calidad.

No era de extrañar que nuestros huéspedes estuvieran más que encantados. Desde la inauguración de *Josie's Place*, no ha habido ni un solo día en que el hotel no colgara el cartel de completo. La gente se nos echaba encima y, como bien ha dicho Mr. Browning, sobre todo los empleados de la *VY Corporation* estaban entusiasmados.

También el jurado que otorga el premio al mejor hotel de Nueva York se había alojado aquí hace poco.

Y les había encantado.

El premio ha sido para nosotros y ahora preside la recepción de *Josie's Place*, a la vista de todo el mundo.

Me invadió el orgullo al pensarlo. Se lo debía a Josie. Solo a ella.

—Debería ampliarlo —sugirió Mr. Browning.

—Eso le quitaría al Hotel su carácter único. Precisamente porque es pequeño e individualizado podemos cuidar tan bien de nuestros huéspedes. Y es justo por eso por lo que sus empleados se sienten aquí tan a gusto. —Hice un gesto que abarcaba todo el Hotel.

—Hum —gruñó Mr. Browning, para reconocer después—: Eso es posible, desde luego. No entiendo nada del sector hotelero. Mi trabajo son las compras y solo por eso he venido hoy en viaje de negocios.

Asentí. Luego añadí: —A pesar de todo, tal vez pronto tenga noticias positivas para sus empleados.

—¿Ah, sí? —Mr. Browning me miró con interés.

Sonreí. —No puedo decir más por el momento.

Y tampoco quería decir más.

Patrick me dio un codazo de inmediato.

Estaba a mi lado despidiendo a los huéspedes del Silicon Valley. Normalmente los dos estaríamos a estas horas en nuestra sede central, pero hoy habíamos hecho una excepción. Al fin y al cabo, el propio Mr. Browning se alojaba aquí. Sería nuestro interlocutor cuando se volvieran a negociar los contratos con la *VY Corporation*.

Sin embargo, nos acababa de dar a entender indirectamente que teníamos muy buenas cartas en ese asunto.

Sonreí de oreja a oreja.

—Bueno, Eastbourne, me tengo que ir. —Mr. Browning se encogió de hombros. —Mi agenda está, como siempre, muy apretada. Ya sabe cómo va esto.

Asentí. Lo sabía. O mejor dicho: lo había sabido. Desde que Josie llegó a mi vida, todo eso ha cambiado. Y sobre todo desde el nacimiento de Freya. Amo a mi hija pequeña con una intensidad que me ha sorprendido a mí mismo. Y aunque a menudo tenga que quedarme hasta tarde en la oficina, quiero asegurarme de no perderme cómo crece. Por eso ahora trabajo más a menudo desde casa y puedo pasarme espontáneamente por su habitación para ver cómo Josie juega con ella o simplemente para verla dormir.

He ido dejando el día a día cada vez más en manos de Patrick, que se muestra agradecido por la nueva oportunidad y me apoya con todas sus fuerzas. No podría haber deseado un colaborador mejor.

No podría haber deseado una vida mejor.

Josie me ha aportado alegría y serenidad. Ya no puedo imaginarme ni un solo día sin ella. Una nueva armonía reina en todas partes.

Incluso mis padres le han cogido cariño a Josie y no se cansan de ver a su primera nieta. Amber también es una tía entusiasta.

Sonreí.

Josie es como un hada que agitó un momento su varita mágica y cambió mi vida de arriba abajo.

Para mejor.

Cuando Mr. Browning se despidió, Patrick dijo: —Por un momento pensé que se lo ibas a contar todo.

Negué con la cabeza y sonreí. —Aunque en las últimas semanas y meses me he tomado mucho más tiempo para mí, eso no significa ni mucho menos que esté fuera de juego o que haya olvidado los principios básicos de los negocios.

Patrick asintió. —No quería decir eso.

—¿Sigue en pie la cita? —pregunté.

Patrick volvió a asentir. —En tres semanas, si se confirman todas las cifras.

En tres semanas llegaría el momento. Entonces habría alcanzado mi siguiente gran objetivo.

La adquisición de la empresa de Ezekiel. Mi equipo y yo hemos trabajado constantemente en ello durante los últimos meses. Ezekiel no ha administrado muy bien sus negocios en los últimos años y ahora se enfrenta a graves problemas financieros. Necesita dinero urgentemente.

Ese dinero vendrá de nosotros.

Y después, nosotros también decidiremos qué pasa con los hoteles de Ezekiel y con su empresa. Mi compañía pronto será mucho más grande de lo que jamás imaginé y los colegas de Mr. Browning encontrarán sitio para alojarse con mucha más facilidad.

Y Ezekiel será definitivamente historia. Había confesado que nos había estado vigilando a mí y a Josie. Además, falsificó el correo electrónico y se coló en el Hotel. Cumplió su amenaza e intentó arrebatarme a mi mujer. Una venganza tardía por lo que mi abuelo le había hecho.

Pero eso ya no importaba.

Había otras cosas que ocupaban mi mente.

Sonreí con orgullo.

Mi vida realmente no podría haber sido mejor.

Pero eso no se debía solo a mi inminente triunfo profesional. En realidad, eso era lo que menos importaba.

—¡Maddox! ¿Qué haces aquí perdiendo el tiempo? ¿Es que quieres echarte atrás en el último minuto? —La voz alegre de mi amigo Otis

me sacó de mis pensamientos. Había entrado en la recepción de mi Hotel sin que me diera cuenta.

—Ni hablar, colega. —Le devolví la sonrisa a mi mejor amigo. —Ni hablar. En realidad, hoy no debería haber trabajado, pero no podía dejar de saludar a esta delegación. —Me encogí de hombros. —Hay cosas de las que uno no se puede librar.

Otis sonrió. —Pues espero que pienses de otra manera sobre nuestro próximo cometido.

Miré a mi mejor amigo escandalizado. —Por supuesto.

Otis soltó una carcajada.

Yo le seguí. Otis y yo íbamos a ir juntos a comprar mi traje para mi boda. Se había ofrecido a acompañarme.

Y de repente, me sentí lleno de gratitud. Gratitud por mi mejor amigo, mis empleados, mi trabajo, mi vida.

Por Josie y por la maravillosa hija que me ha dado.

No podría haber tenido más suerte.

Ni en mis sueños más locos me lo habría imaginado así de maravilloso.

Al fin y al cabo, la vida sigue escribiendo las mejores historias.

***

Josie

—Ahí delante está la tienda. —Holly me dio un codazo, emocionada.

—Lo sé. —Sonreí. —Al fin y al cabo, ya hemos estado allí más de una vez. —En lugar de en la tienda, me concentré en el capazo que llevaba Lea. Dentro dormía mi hija pequeña, Freya.

Mi hija.

Y la hija de Maddox.

A veces me despierto por la mañana y sigo sin creerme la suerte que tengo. Cuando Freya me sonríe y balbucea algo. Cuando me reclama. Cuando Maddox me mira con sus ojos oscuros y mi piel empieza a vibrar.

Eso no ha cambiado en todos estos meses. Al contrario, mis sentimientos por Maddox se han hecho aún más fuertes y crecen con cada día que pasamos juntos. Antes no habría creído posible que algo así pudiera existir. Ahora lo vivo en mis propias carnes.

Pocos días después de nuestro reencuentro, me había mudado con Maddox. Desde entonces, mi vida había cambiado de una forma que nunca habría creído posible. Dejé mi trabajo en el salón de belleza poco después para centrarme en mi embarazo. Al mismo tiempo, asesoraba y ayudaba a Patrick y a Maddox con la reforma del hotel. Que ambos valoraran de verdad mi aportación y quisieran conocer mi opinión había sido una experiencia completamente nueva para mí. Pensé con orgullo en el pequeño hotel. Hace poco había ganado

el premio al mejor hotel de Nueva York, otorgado por un jurado independiente que había examinado todos los establecimientos con lupa. Habíamos ganado, y Maddox afirmaba que solo me lo debía a mí.

Yo lo dudaba; al fin y al cabo, él también había trabajado duro para que el hotel estuviera terminado a tiempo.

Fuera como fuese: juntos habíamos creado una verdadera joya.

Pero la joya más grande de todas dormía plácidamente en su maxicosi.

Le sonreí a Freya.

Entonces levanté la vista.

Y me quedé de piedra.

¿Podía ser?

¿Era ella de verdad?

Se acercaba hacia nosotras de forma imparable.

¿Me habría reconocido?

Tenía que haberme reconocido, pero no movió ni un músculo de la cara. Pasó por nuestro lado sin decir palabra. Como si no me conociera. Como si nunca nos hubiéramos visto.

—¿Qué pasa? —preguntó Holly. Como siempre, mi mejor amiga era capaz de percibir mi estado de ánimo al instante.

—Esa... —Miré a mi alrededor con cautela. Pero ella ya estaba fuera del alcance de mi voz—. Esa era la mejor amiga de la hermana de Maddox. La que lo quería para ella en aquel entonces y... —No seguí hablando. Lea y Holly conocían toda la historia.

—Oh —dijeron Holly y Lea.

—¿Has vuelto a saber algo de ella? —quiso saber Lea.

Negué con la cabeza. —Fue como si se la hubiera tragado la tierra. Probablemente la hermana de Maddox se lo contó todo y entonces... —Me encogí de hombros—. Ni idea. No tengo ni la menor idea de lo que pensó o hizo.

—Y ese tampoco es tu problema. —Holly me pasó un brazo por los hombros en un gesto amistoso y me apretó brevemente contra ella —. Tienes cosas más importantes de las que ocuparte.

Asentí.

—¿Y cómo va la cosa con los padres de Maddox? —quiso saber Lea —. Al fin y al cabo, tampoco es que te recibieran muy amablemente.

—Al principio, sí. —Asentí—. Pero cuando Maddox y yo estuvimos juntos definitivamente y quedó claro que estaba embarazada... la cosa mejoró. Y desde que Freya está en el mundo, les faltaría tiempo para mudarse con nosotros. Los tiene a todos hechizados. — Miré con cariño a mi pequeña—. Incluso la hermana de Maddox parece otra persona desde el nacimiento y se ha convertido en una tía entusiasta.

—Probablemente por eso Randa no te ha saludado. —Lea se quedó pensativa—. No solo ha perdido a su marido, sino también a su mejor amiga.

—Ella tiene la culpa. —Holly no quería dejar lugar a la nostalgia—. Está en su mano cómo se comporta y, si se hubiera resignado a todo, seguro que al menos habría conservado a su amiga.

Asentí.

—NOSOTRAS vamos a pasar ahora una tarde agradable mientras Josie se prepara para su gran día. —Holly señaló la tienda.

Habíamos llegado a la tienda de moda nupcial. Hoy era la prueba final de mi vestido. Lea, Holly y yo ya lo habíamos elegido juntas hacía unas semanas. Hoy debía probármelo una vez más para que nada saliera mal en la boda de Maddox y la mía.

Boda.

Mi corazón latía con fuerza. Necesitaba urgentemente un café para calmarme. Desde el nacimiento de Freya tomaba una taza de vez en cuando. Pero no demasiado; no quería perjudicar a mi hija. Pero hoy, para celebrar la ocasión, me daría el gusto de tomar una taza.

Si alguien me hubiera dicho hace un año que mi vida se desarrollaría así, le habría dicho que estaba loco. ¿Yo casándome? ¿Yo madre? Ni hablar. No es que no lo hubiera deseado, pero simplemente no creía que fuera a tener nunca tanta suerte.

Y ahora tenía más suerte de la que jamás había soñado. Maddox era un compañero maravilloso que, a pesar de su apretada agenda,

sacaba mucho tiempo para Freya y para mí. Era un padre estupendo y Freya balbuceaba encantada cada vez que la cogía en brazos.

Mi vida no podría haber sido más maravillosa.

—Vamos. —Holly abrió la puerta de la tienda de novias.

Entré.

Un paso más hacia una nueva vida.

Que ahora iba a sellar de manera oficial.

***

Josie

El One World Observatory estaba lleno hasta la bandera. Ya no tenía ni idea de quiénes eran algunos de los invitados. Durante la planificación de nuestra boda, Maddox me había comentado con pesar que tenía que invitar a algunas personas por motivos profesionales. Yo solo me había encogido de hombros. No me importaba demasiado; no conocía a esa gente. Para mí lo único importante era que estuvieran las personas que quería.

Lea y Otis.

Holly.

Patrick, al que había llegado a conocer mejor durante nuestra colaboración en los últimos meses y al que ahora agradecía en

silencio que le guardara las espaldas a Maddox tan a menudo.

Empezó a sonar la música y caminé lentamente por el pasillo hacia el frente. Había estado pensando mucho tiempo en quién debería llevarme al altar. Pero, en realidad, solo había un candidato posible: mi tío John, el padre de Lea. La familia de Lea eran mis únicos parientes vivos.

Y así, del brazo de John, avancé por el pasillo hacia la mesa adornada de blanco donde esperaba nuestro oficiante. Las flores desprendían un aroma embriagador y casi se podría haber pensado que estábamos también en Central Park, como en la boda de Otis y Lea. Aferré mi ramo y parpadeé.

A lo lejos distinguí a los padres de Maddox y a su hermana. Ojalá mis padres hubieran podido presenciar este momento. La alfombra roja bajo mis pies se volvió borrosa ante mis ojos. Me aferré con más fuerza al brazo del tío John y él me dio unas palmaditas con la mano que tenía apoyada en mi brazo. En mis oídos sonaba la marcha nupcial.

Me habrían encantado secarme los ojos.

Pero en lugar de eso, tragué saliva y parpadeé.

Y cuando el tío John puso mi mano en la de Maddox, de repente volví a ver con claridad. Estábamos en el One World Observatory. Ante nosotros se extendía todo Manhattan. Con ese panorama fantástico ante nuestros ojos, Maddox y yo nos convertiríamos ahora en marido y mujer.

De manera oficial.

Y eso me trajo las lágrimas a los ojos. Volví a parpadear.

Aunque en los últimos meses ya me había sentido como si fuéramos marido y mujer.

Y sin embargo...

Esto era diferente.

A mi lado estaba mi madrina, Holly. Y al lado de Maddox estaba Otis, que era su padrino. Otis pareció notar cómo me sentía. Cuando apreté la mano de Maddox más de lo necesario, Otis se inclinó y susurró tan bajo que solo nosotros cuatro pudimos oírlo: —Me esforzaré por no dejar caer los anillos.

Solloqué. Y luego tuve que reprimir una sonrisa.

Pero Otis fue más allá. —Además, le he recordado a Maddox que apague su móvil. Lo he comprobado personalmente. No sea que una llamada importante le impida casarse contigo. —Otis enarcó una ceja—. Nunca se sabe. Más vale prevenir.

Ahora tuve que reprimir una risita.

Otis lo había conseguido. Mi estado de ánimo sentimental se había transformado en pura alegría de un segundo a otro.

Alegría por convertirme ahora en la mujer de Maddox.

Detrás de mí, Freya lanzó un grito.

Miramos hacia atrás. Lea había sacado a Freya de la maxicosi y la mecía de un lado a otro. Nos guiñó un ojo. Todo estaba en orden con Freya.

Maddox y yo podíamos casarnos.

Miré a los ojos al hombre con el que pasaría el resto de mi vida. Vi sus maravillosas orejas de soplillo. Nuestras miradas se fundieron.

Y sin que el oficiante dijera nada, sin que nadie dijera nada, sin palabras, lo supe:

Esto era para siempre.

Para siempre y por toda una vida.

FIN